

LUIS DE GUEVARA

---

INTERCADENCIAS  
DE LA CALENTURA DE AMOR



---

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

*me acogí a otro aposentillo ... cerrando para dentro, porque ... en tales lances mejor es guardarse que dejarse maltratar de un tirano muypreciado del honor; porque después, cuando parezca la inocencia, nos saben pagar con un pésame y dos ternezas a lo falso, si dejan tiempo a la inocente de poderlas escuchar (Novela I).*

## ADVERTENCIA

**E**N estas *Intercadencias de la calentura de amor* encontramos un conjunto de novelitas cortesanas cuya línea argumental se ciñe a lo habitual en el género, si bien algunas de ellas (especialmente las más trágicas) sobresalen de la media y recuerdan (sólo recuerdan) las mejores de la gran María de Zayas. Relato fluido; vocabulario y sintaxis sin complicaciones; billetes y poemas, los justos y necesarios, sin los larguísmos soliloquios habituales del género, las novelas se leen con interés y sólo pecan en lo de siempre: escaso diálogo, cronología confusa y situaciones un tanto inverosímiles.

Y es que los encuentros inesperados son un verdadero tópico en este tipo de novelas. Tal sucede ya en la primera de ellas, pues el indiano don Ramiro se topa con la desesperada doña Engracia a la puerta de un mesón de Zaragoza donde pensaba hacer noche en su regreso a la casa paterna en Jaca. La dama le ruega auxilio para salvar su vida, que amenazan su esposo, padre y hermano creyéndola adúltera. Tras dejarla con sus padres, don Ramiro vuelve a Zaragoza, y ya de regreso a Jaca y extraviando el camino topa con una mujer agonizante que resulta ser la criada cuyas malas artes han sido la causa de la desventura de doña Engracia. Arrepentida, confiesa al desconocido viajero su mala acción, lo que permite a don Ramiro volver a Zaragoza para resolver el conflicto ante la Justicia y a plena satisfacción de las partes, y aun de la suya, pues acaba casándose con la ya viuda doña Engracia.

En estas novelas, como generalmente en todas las del género, se echa en falta la madre de la sufrida protagonista. Claro está que a una madre responsable jamás de los jamases se le pasarían por alto no ya las acciones, sino los pensamientos de una hija en edad de merecer y gustosa de ver y ser vista, de modo que los autores suelen prescindir del personaje con escasas contemplaciones; la virtud de la doncella (y lo que es peor, la honra de la familia) queda en mano de criadas, primas, vecinas y alcahuetas; encendidas notas de amor y románticas serenatas nocturnas rinden a la más recatada; no faltan lances callejeros de capa y espada, ni en la casa rejas, ventanas y balcones escalables, y todo y con eso el siempre atareado y severo padre (cuando no el colérico hermano) será el último en enterarse: el drama está servido. El desenlace puede acabar en magnífica boda y gozosa descendencia o con los principales

protagonistas muertos o recogidos en sendos conventos para purgar sus desvaríos: trágico o próspero, siempre ejemplar para los lectores. Y no sé si debiera decir lectoras, pues las más de estas novelas parecen destinadas a amenizar las tardes de bordado.

Del Autor de esta *Calentura de amor* no hay más datos que los que recoge la portada del libro, y aun el lugar de nacimiento no queda suficientemente identificado. De hecho, no fue el Autor, sino el librero barcelonés Joan Roca quien tomó la iniciativa de publicar el libro «que llegó a mis manos». La verdad, a mí eso de «Compuesto por Fulano de Tal, natural de Cual» siempre me recuerda al *Guzmán y Quijote* apócrifos, y en algunas apostillas del texto y composiciones poéticas creo advertir una mano femenina, y pues no he sido capaz de observar rastro de misoginia, mi intuición masculina me sugiere aquello de *Cherchez la femme*; pero este ingeniero bien puede equivocarse de medio a medio. Quede, pues, el asunto para mejor opinión, preferiblemente femenina. Lo que no ofrece duda es que el libro fue compuesto por cajistas catalanes, como se deduce de las abundantísimas variaciones gráficas de las consonantes s/c/ç/z y las vocales abiertas a/e.

En las notas indico siempre la lectura del original y la plana correspondiente, pero sin corregir la paginación, que se descompone más allá del pliego H, p. 64. También anoto las ligeras diferencias que ocasionalmente he encontrado al compulsar dos ejemplares más. Y digo ocasionalmente porque no he revisado de cabo a rabo esos dos ejemplares, sólo he consultado las planas de uno cuando las del otro, por transparentarse anverso y reverso, resultaban difíciles de leer.

E. S. F.

Barcelona, marzo 2017

Portada: Detalle de *Allegoria del trionfo di Venere*, de Angelo Bronzino (1503-1572).

**INTERCADENCIAS  
DE LA  
CALENTURA  
DE AMOR.**

**SUCCESSOS YA TRAGICOS, Y  
lamentables, ya dichosos, y bienlogrados.**

**POR EL LICENCIADO LVIS DE  
*Guevara, natural de Segura.***

**DEDICADAS  
A DON JAYME DE  
CORDELLAS.**



**En BARCELONA: en la Imprenta de JOSEPH LLOPIS Año 1685.**

*A costa de Iuan Roca. Libroño; vendense à su casa en la Tapineria.*

La calle Tapinería (entre la Catedral y la Vía Laietana) debe su nombre a los 'xapiners', los artesanos que elaboraban 'tapins' o 'xapins' (chapines en castellano), un popular calzado femenino con gruesa suela de corcho. A escasos metros de la librería, en la Plaza del Ángel, se encontraba la imprenta de Josep Llopis, cuya hija y heredera Josefa casó (1702) con Joan Piferrer, un hijo de agricultores llegado a Barcelona en busca de alguna ocupación. Fallecida Josefa, Joan casó (1709) con Teresa, hija del librero Joan Pau Martí (que había comprado la imprenta de los Cormellas) y devino uno de los editores más destacados de su tiempo.

# A DON JAIME DE CORDELLAS<sup>1</sup>

Señor:

**D**ISCURSO es de políticos que el consagrarse un libro es obsequio de la persona a quien se dedica o protección del autor que compuso la obra; porque, aunque es verdad que (como dice Sócrates en el lib. 8 *apud* Platón<sup>2</sup>) las dedicatorias ninguna utilidad llevan a quien es objeto de la dedicación, por no poder engrandecerse con ellas sus glorias, se ha de conceder que son obsequiosos rendimientos con que se venera la persona de quien se hace el aprecio, quedando con esto la obra más calificada cuanto queda de mayor patrón favorecida. No le dedico, pues, a V. M. este libro para engrandecer<sup>3</sup> a su persona, sino para patrocinar a su autor, porque su nobleza no necesita de que se publiquen sus lustres cuando son tan conocidos por todo el orbe.

Él llegó a mis manos, y dellas vuela a los pies de V. M. dándole alas la fineza<sup>4</sup> con que se la<sup>5</sup> consagro; y juntamente me dedico a sus preceptos suplicándole, con la cortedad rendida deste mi ofrecimiento, se digne pasar por el libro los ojos, y leerá los sucesos trágicos y dichosos de amor<sup>6</sup> (que son experiencias de la mocedad), y poner en mi voluntad el agrado, y hallará los efectos más vivos y solícitos<sup>7</sup> de un deseo, que con esto tendré el consuelo de que he servido en algo a V. M. y no le ha descontentando mi pequeño servicio. Así lo espero de su generosa nobleza, cuya vida guarde el Cielo.

B. L. M.<sup>8</sup> de V. Md.  
su muy cierto y fiel servidor  
Juan Roca

---

<sup>1</sup> Podría tratarse el militar catalán y austriacista Jaume de Cordelles i Ramanyer.

<sup>2</sup> En la obra de Platón. Debe referirse a la *Apología de Sócrates*, en que Sócrates se defiende de la acusación de corromper a la juventud ateniense.

<sup>3</sup> Orig.: 'engradecer'.

<sup>4</sup> Orig.: 'finesa'. A lo largo del texto son muy frecuentes las variaciones gráficas s/c/ç/z. No las anotaré.

<sup>5</sup> Por pensar aquí en 'la obra', no en 'el libro'.

<sup>6</sup> Orig.: 'de l ud amor'. ¡Curiosa errata!

<sup>7</sup> Orig.: 'sollcitos'.

<sup>8</sup> Besa las manos.

**APROBACIÓN DEL M. R. P.<sup>9</sup>**  
**FR. ÁNGEL VIDAL,**  
 Letor jubilado, Difinidor habitual, Calificador del  
 Santo Oficio, Coronista de la Orden y Guardián  
 del convento de San Francisco de Barcelona

**P**OR mandado de V. S. he leído con atención un libro cuyo título es *Intercadencias<sup>10</sup> de la calentura de amor*: hasta el título nos enseña la fragilidad del humano y la permanencia del divino. Compúsole el licenciado Luis de Guevara, natural de Segura,<sup>11</sup> entretejiendo lo próspero con lo trágico. Y cierto que dio en el blanco para nuestro desengaño; que el amor humano es un tormento apacible que si por una parte regala, ofende por otra; si por una lisonjea, injuria por otra; miente a los principios con esperanzas de dichas, cuando al fin se manifiesta con experiencias de tragedias. Enseña el Autor, manifestando los achaques que padece,<sup>12</sup> a tomar preservativos para no enfermar con sus dolencias, y así, a más de que en sus cláusulas no hallo palabra alguna que sea disonante a nuestra santa fe y a la perfección de las costumbres, advierto en su erudición mucha enseñanza, en su composición mucha retórica, en su discurso mucha curiosidad y en su letura mucho provecho. Este es mi sentir, salvo, etc.<sup>13</sup> Hoy, a 4 de agosto 1683.

Fr. Ángel Vidal

*Die 22 Maii 1685*

*Imprimatur*

*Don Michael de Cortiada R.<sup>14</sup>*

---

<sup>9</sup> Muy reverendo padre.

<sup>10</sup> En lo moral, 'intercadencia' vale 'inestabilidad en el afecto', más o menos en línea con lo que del amor humano se lee más abajo, que promete 'esperanzas de dichas' y resulta en 'experiencias de tragedias'.

<sup>11</sup> Puede tratarse del pueblo homónimo en la prov. de Guipúzcoa, pero hay otros en España con el mismo nombre: Segura (Tarragona), Segura de León (Badajoz), Segura de Toro (Cáceres), Segura de la Sierra (Jaén), Segura de los Baños (Teruel)...

<sup>12</sup> El amor, no el Autor.

<sup>13</sup> Salvo opinión más autorizada, se entiende.

<sup>14</sup> Miquel de Cortiada, leridano y catedrático de Derecho, fue Regente de la Audiencia de Barcelona. En el periodo 1661-65 publicó sus *Decisiones cancellarii et Sacri Regni Senatus Cathaloniae*.

CENSURA DEL M. R. P. PRESENTADO<sup>15</sup>

FR. FÉLIX ROL,

Prior del convento de San Agustín de Gerona

OBEDECIENDO el orden y comisión del muy ilustre señor don Luis de Josa, en ambos derechos Dr., Canónigo de la Catedral de Barcelona, Arcediano de Santa María y Vicario General, etc., he leído con puntual atención un libro cuyo título es *Intercadencias de la calentura de amor*, que compuso el licenciado Luis de Guevara, con cuatro sucesos prósperos que acompañan otros tantos trágicos; que siempre anduvieron muy iguales las dichas y desventuras, como dice el Sp. S.<sup>16</sup> El sapientísimo Salomón, supongo. en el c. 14<sup>17</sup> de los *Proverbios*: *Risus dolore miscbitur, et extrema gaudii luctus occupat*.<sup>18</sup> En unos y otros debe aplaudirse el estilo tan bordado de floridas razones y poéticas frases, sin que haya voz disonante de lo católico de nuestra santa fe y perfeto de las costumbres, antes un provechoso divertimento donde el curioso tendrá mucho que aplaudir, no poco que admirar y escarmientos que huir, que siendo en cabeza ajena serán fáciles de tolerar.<sup>19</sup> Del amor funda curiosos avisos y pondera discreto las intercadencias de tan recia calentura del alma, pretendiendo con liciones manuales de tan falso amor adoctrinarnos a amar lo divino, donde son los verdaderos amores llenos de dichas sin azares, de felicidades sin zozobras, de consuelos sin afanes, donde lograremos los sucesos prósperos sin pasar por los trágicos que a los humanos amores siguen. Enamorados nos quiere la Majestad Soberana, pero muy a lo de Dios; que quizás por esto pintó Alciato en sus *Emblemas* al Amor con alas, para que pueda volar a tan elevadas esferas el corazón humano; como dijo Propercio, lib. 1: *Eidem non frustra ventosas addidit*<sup>20</sup> *alas, fecit et humano corde volare Deum*.<sup>21</sup> Ociosas fueran las alas para el desgraciado amor lleno de mil pesadumbres. Pone por eso el Autor el escarmiento a los ojos, para el desengaño de quien engañado vive. Así, soy de parecer es obra digna de que salga a dar tan excelentes noticias, salvo, etc. En el convento de San Agustín de Barcelona,<sup>22</sup> a los 12 de noviembre 1683.

Fr. Félix Rol

---

<sup>15</sup> El teólogo que aguarda el título de maestro.

<sup>16</sup> El sapientísimo Salomón, supongo.

<sup>17</sup> Orig.: 'c. 4'.

<sup>18</sup> Aun en la risa puede doler el corazón, y el regocijo puede acabar en dolor.

<sup>19</sup> Orig.: 'tollerar'. No anotaré otros casos similares.

<sup>20</sup> Orig.: 'ventozas addit'.

<sup>21</sup> No sin razón también le dotó de airosas alas e hizo que el Dios volara en el corazón humano (Propercio, *Elegías* 2.12).

<sup>22</sup> Después de los de Tarragona y Girona, el firmante llegaría a ser Prior del de Barcelona en 1693. En 1685 publicó en Girona su *Nombre singular de la mayor Princesa del Orbe... María, señora nuestra*.

## PRÓLOGO AL LECTOR

QUE sea enfermedad amor danlo por tan cierto los que dél escribieron, que dijo Máximo Tirio no se engañasen cuando oían que le llamaban deidad: *Eadem enim voce mortales significant, et deum et morbum*; que no le vale el sagrado de la deidad que le atribuyeron para que no sea enfermedad pestilente. Diranle dios porque este mal parece que tira gajes de inmortal, por ventura por lo incurable, y de innacible por su escondido origen. La maravilla es que Ovidio, tan enfermo de amor,<sup>23</sup> quiso ser médico de esa dolencia, y lo que primero puso por asentado principio fue no ser medicable con yerbas: *me miserum quia amor non est medicabilis herbis*; pero, aunque quiso curar a otros, ni a sí propio ni a ellos pudo. ¿Cómo han de curar los enfermos de ese mal, si huyen y aborrecen (dijo Catzio<sup>24</sup> en sus *Emblemas de amor*) al mismo médico? *Infaelix medicum respuit aeger opem*; porque, como es enfermedad invisible, parece difícil la cura de tanta dolencia: *hei michi caecus amor vulnera caeca facit*. Con todo eso, porque de sus efetos se ve, de ellos rastrear se puede la causa, y ella quitada cesará el efeto, que es lo que se pretende en estos sucesos ejemplares que propongo.

No hallo enfermedad que se le parezca al amor más vivamente que la calentura, antes pienso que es ella mesma. Díjolo Florencio Schonovio:<sup>25</sup> *Et sani amantium stuamus febritus*, por los efetos; porque la fiebre, en opinión de médicos, dijo Pierio,<sup>26</sup> es mal<sup>27</sup> que *superans totius corporis calor*, y el de los amantes es fuego terrible, como lo dijo el pecho de la abrasada reina Dido:<sup>28</sup> *Vulnus alit venis, et caeco carpitur igne*. La fiebre o calentura vuelve pálidos a los mortales que la padecen, y dijo el grave Horacio de los amantes: *Nec tinctus viola pallor amantium*,<sup>30</sup> y Florencio: *Qui pallor aegris idem est amantibus*; pero el efeto más alto y más común que más tengo advertido es las intercadencias que causa. Tome cada cual el pulso al amor y lo echará de ver.

Si estuviera amor firme en el objeto amado parece que fuera menor la enfermedad, si no el frenesí; pero es de tal complección este mal, aun en los sucesos prósperos, que he juzgado había de llamarse siempre amor *calentura con intercadencias*. Oigan a Zenón, que aunque con más alta pluma lo dijo, es muy de oír en el caso presente:

---

<sup>23</sup> En alusión a su obra *Remedia amoris*.

<sup>24</sup> Jacob Cats (1577-1660).

<sup>25</sup> Orig.: ‘Schonchio’. Se trata de Floris van Schoonhoven o ‘Florentius Schoonhovius’ (1594-1648).

<sup>26</sup> Piero Valeriano Bolzani (1477-1558).

<sup>27</sup> Orig.: ‘mas’.

<sup>28</sup> Reina de Cartago que fue seducida y abandonada por Eneas en su camino hacia Italia.

<sup>29</sup> Orig.: ‘venus, nec’. El pasaje procede de la *Eneida*, libro IV.

<sup>30</sup> *Odas*, III-10.



*Omnis amans ubique turbulentus, ubique fertur insanus, premitit, dat, tollit, nunc tristis, nunc hilaris, nunc humilis, nunc reus. Iocatur, ludit, pallet, tabet, suspirat, celat, obsequitur, aut tentat, aut decipit, peiusque blanditur, quam furit. Vultis scire quod malum sit, in ipso fructu suo etiam ipse se odit, venenis eius totus exestuat mundus.*

Esta es, pues, la mayor desdicha que reconocen los sabios en el mal de amor; por eso hoy propongo los ejemplares, por que a ellos atentos los incautos mozos y no experimentadas doncelluelas sepan que cuando más bien librados no escapan de un mal que es frenesí furioso. Ocho casos presento verdaderos, aunque los episodios no lo son. Si te agradaren, recíbelos benigno, favoréceles desengañado y no arrojes, como enfermo furioso, la medicina, porque en este caso el desengaño es la mayor. Dios te guarde



## TABLA DE LAS NOVELAS DE ESTE LIBRO

Qué son dueñas, suceso próspero .....	11
Los hermanos amantes, suceso trágico .....	32
Los bandoleros de amor, suceso próspero .....	53
Los contrapesos de un gusto, suceso trágico .....	76
Los celos provechosos, suceso próspero .....	97
La desdichada firmeza, suceso trágico .....	116
La porfía hasta vencer, suceso próspero .....	135
Los celos del otro mundo, suceso trágico .....	160



## Suceso primero (próspero)

### QUÉ SON DUEÑAS

**V**OLVÍA del Nuevo Mundo un caballero de conocido solar, tan dichoso, que en cuatro años que allá pasó con algún caudal y pisó el dorado clima de la Nueva España había adquirido más de cuarenta mil pesos; que aunque le costaron en su adquisición cuarenta mil pesadumbres, ya no se acordaba sino de sola su próspera fortuna, pues en la Casa de la Contratación<sup>31</sup> de la antigua Sevilla los había registrado, cobrando bastantes seguridades, para la imperial ciudad de Zaragoza, donde ahora acompañado de criados llegaba, para después subirse a las arcillosas montañas de Jaca, en un lugar de las cuales había sido su nacimiento y estaba la casa antigua de sus viejos padres, a quien don Ramiro (que así llamaremos nuestro héroe) había con sus estragos y mocedades sumamente empobrecido.

Era la hora de las once de la noche; el tiempo, áspero y terrible, por causa de un enfadoso ventisquero que hacía más intratable el erizado diciembre, que entraba con brios de encanecer<sup>32</sup> presto las verdes plantas que la piedad del sol del ardiente estío había dejado lograr aquel año. Llegó cansado a uno de los mesores de aquella gran ciudad, junto al puente, y apenas bajaba del<sup>33</sup> caballo cuando se le ofreció a los ojos y a la luz de la lamparilla del mesón una bellísima mujer, pero tan descompuesta que daba no vulgares muestras de algún mal suceso, si bien el mismo desaliño servía de dar más alma a su hermosura y más ardiente majestad a sus ojos bellos.

—Si sois hombre y caballero, según que lo dice el traje, compadeceos —le dijo— y sacadme luego a caballo deste lugar, porque me buscan y es fuerza que, hallándome, sea un ejemplar de la fortuna en esta ciudad. Y casi es cierto que me hallen, porque se han de hacer diligencias exquisitas.

Era animoso don Ramiro, y aunque a pesar de la mula y aun de sus criados (que de mala gana se parten del mesón sin sus piensos), fingiendo se le había olvidado algo en el camino mandó a todos volviesen a subir a caballo, llevando él mismo aquella hermosa señora en su mula, saliendo a toda prisa de la ciudad, ordenando a sus criados pasasen adelante hasta Osera<sup>34</sup> y allí le atendiesen en el

<sup>31</sup> Orig.: 'contrastacion' (p. 1).

<sup>32</sup> Orig.: 'encanacer' (2).

<sup>33</sup> Orig.: 'de' (2).

<sup>34</sup> Osera de Ebro se encuentra unos 30 km al E. de Zaragoza en dirección a Lleida.

mesón, sin<sup>35</sup> hablar ni decir, aun preguntados, quién era ni qué aguardaban, hasta poner en cobro aquella afligida dama.

Retirose del camino real el cauto don Ramiro, y aun se hurtó a las mismas sendas subiéndose por lo más sublime del monte. A la luz de una pastoril cabaña que acaso vio encaminó<sup>36</sup> su mula, y en el humilde albergue fueron recogidos de sus rústicos pero compasivos moradores con agasajo, a pesar de los fieros mastines que se lo gruñían, y recobrados los dos de su desaliento supieron estaban ya tres leguas de la ciudad, camino de la montaña.

Durmieron lo poco que de la noche les quedaba, si bien harto desasosegadamente doña Engracia (este será ahora el hombre de la dama), y así, casi antes del día, satisfaciendo a los pastores su piedad, tomando a uno dellos, que se ofreció voluntario, por guía (y prometió encaminarles por una senda tal que por fuerza habían de ir escondidos hasta ponerlos en el camino real de Jaca), se partieron, encomendando con muchas veras a los demás que si acaso los buscaban algunos por allí, dijese no los habían visto.

Llegó a Jaca don Ramiro, y remozando el gran contento las canas a sus viejos padres casi descubrieran por toda la ciudad la venida a no decirles lo que importaba el silencio. Contoles su ventura, enseñoles las libranzas del dinero para Zaragoza, con que quedaron locos de contento viendo tan gallardo y tan rico a su hijo don Ramiro.

El cual deseoso de saber el misterio que en sí encerraba<sup>37</sup> aquella dama, pues no podía dejar de contener en sí variedad de acontecimientos, cortésmente le pidió le diese parte de sus trabajos, para poder remediarlos o, si no, sufrir una misma fortuna con la adversa suya. Y ella que ya lo deseaba (que alivian las penas comunicadas), dijo así:

—Hija soy de un caballero de la ciudad de Zaragoza, noble, si bien no con la riqueza que sus padres le dejaron, porque en tiempo de su mocedad disipó en juego y en mujeres gran parte de su patrimonio. Criáronme, con todo eso, con el generoso pundonor que se debía a quien yo era; mas con tanta clausura, que fuera de aquel mesón donde os hallé, por estar a la vista de mi casa, y algunas iglesias no puedo dar razón de mi patria en cosa alguna. Porque era mi padre, don Lupercio de Funes, que así se llama, tan mirado sobre su honor, y tenía yo un hermano tan imitador de su padre, que en viéndome a la ventana ya eran seguras las riñas y más apretada ni clausura. Pero ¿qué importa, si los astros impíos<sup>38</sup> tienen reservado en sus iluminados caracteres otra cosa? No es dominado el hombre por las estrellas, que sobre ellas mismas es el libre albedrío; pero difícilmente puede escusar la malignidad e influencia que ellas amenazan.

No podían mi padre y hermano ser tan atentas centinelas de mis ojos que tal vez no mirasen ellos<sup>39</sup> lo que para aquel estado presente menos les convenía para

---

<sup>35</sup> Orig.: 'siu' (2).

<sup>36</sup> Orig.: 'en camino' (2).

<sup>37</sup> Orig.: 'encerra' (3).

<sup>38</sup> Orig.: 'limpios' (3).

<sup>39</sup> Mis ojos, se entiende.

su reposo. Pues una vez en una iglesia miraron que un caballero los miraba, tan sin atender a otra cosa, que más parecía estatua de mármol pario<sup>40</sup> que mortal criatura. Encontróse mi vista con la suya, y pienso que la mía le sacó de su encanto, dando a entender con media risa y algunos alemanes se daba por favorecido más allá de sus merecimientos. Y saliendo de la iglesia, procurando darme el agua santa escusando este trabajo a mi escudero me dijo:

—Más he negociado en un instante hoy que en la asistencia de tres años, amante Clicie<sup>41</sup> siempre de vuestro hermoso sol.

No me dejó responder el susto, porque tal me tenía<sup>42</sup> el miedo de hermano y padre, que cada hombre o sombra me lo parecía; pero en esta y otras ocasiones que le vi me pareció tan galán y tan fino amante, que ya deseaba saber su nombre y aun tenía voluntad de pagar agradecida. Parece que me leyó el alma, pues aquella tarde entró una mujer en mi casa, ausentes los míos, si bien no mis criadas ni una prima que tengo, preguntando por la señora doña Engracia con un manguito de martas finas en la mano diciendo le habían dicho que yo le quería comprar.

Quise verlo, y al poner dentro las manos las hallé ocupadas de un papel, que era el alma de aquel manguito. Azoreme como aquel que pone la mano en la madriguera para sacar el tímido conejuelo y halla una desapiedada serpiente que le pica, pero por ser delante mis criadas y prima no me atreví a hacer ruido. O lo más cierto es que el alma, profetisa de su bien, sospechaba brujuleando glorias del galán que ya amaba. Y así, desabrochándome la manga del brazo, dentro del mismo manguito me puse el billete entre ella y la camisa, volviéndole a la cautelosa tercera su manguito. Y regateándole el precio de industria, si bien con razones ambiguas y misteriosas deseaba que me entendiese, entendiolo, en efeto, la advertida mujer, y bien se le echó de ver en los ojos el contento del buen despacho de su negocio cuando halló que el manguito no traía consigo la alma, cándida por defuera, por dedentro negra, que ella había puesto; y así, se fue diciendo volvería con la respuesta otro día<sup>43</sup> y para mí entendí me decía volvería ella por<sup>44</sup> la respuesta.

Escondida, pues, en mi retrete, leí el papel, que decía:

*Yo soy aquel caballero que tres años ha que sigo mariposa vuestras hermosas  
luces: bien merezco favores, pues fundo méritos en servicios, y si por la  
partes que me ilustran queréis saber mi origen, llámome don Blasco de Luna.  
Vos echaréis de ver si debéis pagar mis amantes desvelos; donde no, diré sois  
ingrata. Y a tanto llego ya, que si no me dais el sí de dejaros adorar me parto*

<sup>40</sup> De la isla de Paros, en el Mar Egeo, famosa por la blancura del mármol que de allí se extraía.

<sup>41</sup> Ninfa que, perdidamente enamorada de Helios, le seguía con la mirada en su recorrido diario.

<sup>42</sup> Orig.: 'temia' (4).

<sup>43</sup> Al día siguiente.

<sup>44</sup> Orig.: 'con' (4). La tercera da a entender que volverá para responder la oferta de la dama, y ésta bien entiende que volverá por el billete de respuesta al galán.

*a Flandes a buscar una lisonjera bala que sea suave Parca<sup>45</sup> de mi vida; que más lisonja es perderla sin vos que ganarla sin mí. Dios os haga correspondiente y no ingrata.*

Cuál quedé en mis pensamientos no hay para qué explicarlo a quien sabe de amor. Sólo sé que hice firme propósito, por conocer las prendas de mi amante, de favorecerle a pesar del gusto de mis padres, que por antiguos enojos que se tenían ellas dos nobilísimas casas no se miraban a gusto ni se consentían parentescos. Y así, a la mañana, cuando la astuta tercera vio que ya mi padre y hermano se iban con sus criados entró con la misma traza, y tomando yo el manguito, puse entre las blanduras de las cebellinas<sup>46</sup> martas un papel, aun más blando que no ellas, encareciendo a mi prima cuánto deseaba para mí aquel manguito, por ser tan bueno, y de industria no concertándome. Decía el papel:

*Pienso, señor, que la licencia que pedís os la han dado días ha mis ojos, y aun que vos os la habéis tomado antes. Miré vuestra gala y bizarría, y digo que como vos no os mudéis (propiedad tan inseparable en los hombres) prometo de ser eternamente vuestra. Y ojalá que la bala de Flandes se trueque en flecha, tirándola a vuestro corazón mis ojos para que acabe con todo lo que no sea de mi gusto. No es medio a propósito para más de una vez el que usáis de la mujer: tras de mi casa hay una reja en una callejuela desechada; de allí colgará un hilo a las diez de la noche; fiad dél, que os hará Teseo del laberinto de mi amor, que desea enredaros en el lazo dulce del matrimonio. Sólo no sea Ariatna infeliz,<sup>47</sup> sino correspondida Fedra. Dios os guarde para mí.*

Esta fue la traza que yo di. Y por esta reja, que desde unos entresuelos de mi casa se comunicaba a la referida calle, casi no reparada ni de la malicia ni de los míos, nos comunicábamos las almas, tan conformes, que para la gloria de amor no faltaba más que el último complemento; pero la fortuna inconstante, nunca permanente en el bien, nos puso con una ocasión en términos que todas estas alegrías hubieran de tornarse en mortales y lamentables tristezas.

Sabía mi prima, como amiga, todos estos sucesos, y ella mediaba en nuestros amores tan fina, que parecía estaba cohechada por nosotros dos. En particular se enseñaba muy aficionada a don Blasco, tanto, que tal vez me causaba celos. A mi prima amaba tiernamente mi hermano, y ella, aunque le correspondía, era exterior; pero en lo del alma era su galán y amante don Martín, un caballero de nobles partes y que podía muy bien merecer la mano de mi prima. No sabía estos amores mi hermano don Jorge, pero sospechábalos y le hacían andar muy

---

<sup>45</sup> En la mitología romana, las tres Parcas (Nora, Décima y Morta) personificaban el nacimiento, vida y muerte de cada hombre, cuyo inevitable destino escribían en un muro de bronce.

<sup>46</sup> Del nombre científico: 'martes zebellina'. Hoy decimos 'cibelina'.

<sup>47</sup> El ovillo que Ariadna, hija del rey Minos, dio a a Teseo le facilitó la salida del Laberinto de Creta tras dar muerte al Minotauro, pero Teseo la abandonó después para casarse con su hermana Fedra.

desvelado, porque amaba mucho y era poco correspondido; que desvela mucho los sentidos una ingratitud no merecida.

Y una de las noches que andaba tras de alcanzar la causa que rastreaba de sus celos estábamos mi don Blasco y yo dandonos las almas a los hierros de la formidable reja cuando de repente se vio asaltado mi amante de cuatro espadas tan desapiedadas que mortalmente le amenazaban su fatal estrago: defendiose valiente y ofendió determinado a morir, si bien su valor y su espada desviaban los instrumentos de su muerte, que cara compraban sus contrarios; y retirando pies salieron a la ancha calle, donde entonces venía don Martín para apurarse a los ojos de mi prima doña Luisa (que así se llamaba), y viendo la superchería de los cuatro se dio por ofendido y se puso a la parte del agraviado; con que así porque miraban ya soñolientos los ojos de las estrellas (que tibiamente lucían, por venir ya su descanso cerca con la venida de el alba) como porque había un herido entre ellos se retiraron para mejor vengar después su agravio. Yo en tanto me subí a mi cuarto llorosa y con más penas que el mar contiene gotas de agua, pues miraba a mi bien tan a pique de morir.

Habíanse conocido los dos amantes, y pidió don Martín a don Blasco la causa de la pendencia, que la dijo, agradecido a su ayuda; mas como don Martín oyó los indicios de la reja, la calle y casa, no sé si le pesó de haberle valido (mas no digamos eso, que era noble), pero por lo menos se despechó de haber ayudado a la causa de sus celos; y así, arrestado y resuelto le dijo a don Blasco:

—Bien debéis a mi brazo, después de Dios, la vida; pero imaginad que me la habéis quitado en las palabras que habéis dicho: en esa reja adoro yo, en esa calle y en esa casa, una hermosura que puede ser, según su ingratitud, a vos os anime para darme penas. Pero habéis de dejar de dárme las abandonando la<sup>48</sup> empresa, o aquí está mi pecho para que con las heridas que me ocasiono desafiándoos salgan mis pesadumbres, que como áspides invisibles me atormentan.

Menos había menester el fuego del corazón de don Blasco para reventar, si bien el haber sido su defensor enfrenaba sus altaneros bríos y con palabras blandas le retiraba sus airados impulsos; mas nada, en fin, bastó para que no sacasen las espadas (que los celos son muy ciegos y muy irracionales), y fue tan venturosa la de don Blasco, que dio con don Martín en la dura tierra pasado el cuello. Retirose mi amante, pero por mucho que quiso encubrirse, apremiada y constreñida mi prima de mi hermano, declaró que don Blasco era mi amante y don Martín lo era suyo. Ambas cosas sintió mortalmente don Jorge mi hermano, pero la última mucho más, y así, gustando de lo sucedido, determinó apoyar<sup>49</sup> los pensamientos de don Blasco, si bien amenazándome para que dijese a qué hora y por qué parte había yo hablado aquella noche a Blasco; que diciéndole la verdad, halló que don Blasco fue a quien primero acuchillaron y que don Martín fue el que le valió, y ahora debían de haber reñido.

---

<sup>48</sup> Orig.: 'abandonando lo' (7).

<sup>49</sup> Orig.: 'apoyor' (7).

Sintió mi prima la desdicha de su amante, porque habiendo vivido poco más de una hora, don Martín declaró su homicida, perdonándole y diciendo que había sido él mismo quien había ocasionado la espada de su contrario en su garganta. Sabiendo, pues, mi prima por cuáles medios había sucedido, propuso vengarse de mí por el medio más sangriento que supo su malicia inventar (que así me lo dijo ella enojada); y si bien no sé cuál fue, lo que sé es que desde aquel día me sucedieron crueles desdichas, que viniendo después de algunas dichas fueron más desapiudades.

Hicieronse amigos don Jorge y don Blasco (tanto estimó aquél la lisonja que éste le había hecho en matarle al opuesto de sus amores); prometióle mi mano, que agradecido lo estimó, ofreciéndose por íntimo amigo suyo. Y dando parte a mi padre (que aunque antes la enemistad había puesto divorcio en las voluntades, la unión de las almas de estos dos caballeros rompió por todo), y vino<sup>50</sup> mi padre en ello, mediando con la Justicia para que dejase salir en fiado de la reclusión de un convento (donde se había retirado) a don Blasco. Con esto bien se podrá creer cuánta había de ser mi alegría, pues en un punto miraba rendidos tantos imposibles. Hicieronse las bodas, no reparando mucho don Blasco en el dote, que era amante fino y no se casaba con el dinero.

Teníamos en nuestra casa entonces una dueña, que había sido aya mía y casi puedo decir que nació en sus brazos; pero aunque le debo mi educación,<sup>51</sup> jamás quise conformar mi natural con sus costumbres, por parecerme se desviaba de lo bueno y justo, y mi madre días había la había acomodado con don Gonzalo, padre de mi prima, más por sacarla de mi lado y hacerme este gusto que por otra circunstancia. Había venido por aquellos días con doña Luisa, para asistirle, desde una aldea donde don Gonzalo estaba retirado. Ésta, pues, mancomunada con mi prima, procuró estorbar mi matrimonio consultando las dos el modo; pero no fue posible, porque se concluyeron las bodas presto y no valieron sus enredos, pero procuraban ponerme mal con mi esposo, que adoraba mis pensamientos, ofreciéndole la dueña a doña Luisa que me quitaría el marido, pues yo le había quitado a ella el que había elegido por esposo. ¿Qué no harán dueñas y Prometeos,<sup>52</sup> señor, que entiendo me cuesta tanto esta mala hembra, que jamás será posible recobrar lo que por ella perdí y lamento? Ella, a más de ser dueña, supe que tenía sus ensayos de hechicera. ¡Mirad si habían de salir monstruosidades horribles de tan espantoso concreto!

Una noche, pues, mi don Blasco y yo estábamos en la cama feriándonos uno a otro favores de amor, y, ya fatigados, dulcemente queríamos entregar los miembros a la potestad de Morfeo cuando estando en esto oímos una voz, como de hombre, que desta manera hablaba:

---

<sup>50</sup> Preferiría leer simplemente 'vino' (8). Estos pequeños lapsus de sintaxis son frecuentes en el texto.

<sup>51</sup> Orig.: 'educion' (8).

<sup>52</sup> Zeus castigó a Prometeo a causa de sus continuos engaños.



—Doña Engracia, ¿todo ha de ser ternezas a tu esposo? Vuélvete a esotro lado: mira que te aguarda tu amante antigo, envidioso de las dichas que goza don Blasco. Participe también de ellas don Gaspar.

Esto dijo, haciendo la voz un tono como que se recelaba de que mi esposo lo oyese. El cual saltando de la cama alborotado y tomando la espada, acuchillando el aposento y llamándome traidora y adúltera juraba me había de quitar la vida en concluyendo con la del galán que me requibraba. Pero sosegándole yo y advirtiéndole que podía ser esto ilusión (pues sabía yo estar libre e inocente de lo mesmo que veía me achacaba con razón), cuando le vi desviado de mí me acogí a otro aposentillo que estaba en el mesmo cuarto, cerrando para dentro, porque sospeché no perdonaría su enojo mi vida, y en tales lances mejor es guardarse que dejarse maltratar de un tirano muypreciado del honor; porque después, cuando parezca la inocencia, nos saben pagar con un pésame y dos ternezas a lo falso, si dejan tiempo a la inocente de poderlas escuchar.

Procuraba romper la puerta mi don Blasco, y lo hiciera a no llegar mi padre y hermano diciéndole a gritos abriese el aposento o puerta de él. Más confuso se halló entonces mi esposo con este suceso, pues al ir a abrir halló que la puerta estaba cerrada por la parte de dentro, conforme la había dejado él mesmo cuando se acostó. Entraron con luces; contoles el caso; reconocieron de nuevo todo el cuarto, y aunque eran extremos de honor, viendo que don Blasco mesmo daba la disculpa de su desalumbramiento se sosegaron, y me mandaron salir de mi encierro prometiendo no hacerme mal alguno, pues no hallaban culpa mía en el suceso.

Don Ramiro, prométoos<sup>53</sup> que desde el instante que experimenté desconfianzas en mi esposo, no sé qué fue, que jamás me dieron gusto sus gracias, cuando antes adoraba en ellas. Mirábale torcido el rostro, y flojamente le amaba mal hallada en sus<sup>54</sup> brazos. Conocíalo él, que no era necio, y andaba tan disgustado, dándome en rostro no ser otra la causa sino los amores del galán cuya voz había oído, que continuamente me daba con ella en la cara: cosa indigna de un marido, pues el agravio, sospechado o cierto, aun cuando se castiga no le ha de pronunciar el labio. Si bien como no hallaba apoyo alguno para sus celos tenía doblado martirio en sus confusos pensamientos.

Esta era la causa por que de noche anduviese muy desvelado, y yo no menos temerosa de algún mal suceso (que si un marido se enoja, aun sin culpa ha de temer de pagarla la inocente). Y una destas, que estaba diciéndome, a mi parecer, ternezas tibias y amores flojos, por andar sin el alma que antes les solía dar, oímos los dos estas palabras:

—Verdad es, doña Engracia de mis ojos, que te gocé no ha dos cuartos de hora; pero advierte que es precipitoso amor, e impaciente en sus deseos, y para

---

<sup>53</sup> Orig.: 'prometeos' (9).

<sup>54</sup> Orig.: 'us' (10).

mí ha un siglo. Vuelve pues, amada señora, el rostro hermoso al que te adora enamorado con la posesión de tus amables prendas.

Esto dijo. Y calló la voz, y aunque no callara no pudiera oír más don Blasco, protestando me había de matar luego.

—Pues, señor —le dije yo, más confusa que no él—, ¿puede ser que así os carguéis de razón? Vos no habéis dormido en toda la noche; yo he estado siempre a vuestro lado. Pues ¿cómo puede ser que sea verdad lo que la mentirosa voz me achaca? Mirad, por Dios, que esto debe de ser procedido de causa más superior que ni yo ni vos podemos entender.

Quietó su pasión el afligido don Blasco, pero quiso reconocer, aunque a oscuras, cuarto y ventanas, y todo lo halló como lo habían cerrado a la noche sus celos; con que más confuso aguardó el día, aunque se sospechaba tal vez en el tiempo que le aguardaba, y me lo decía, que todo aquello debía de haber sucedido entre sueños como la fuerza de su imaginación se le debía de haber representado, y me pedía a mí si yo había oído la voz. Vino el día, pero ni el menor asomo de sus celos pudo hallar, con que nos determinamos a la mañana mudar de cuarto, y aun, si todavía nos perseguía la perseverancia de la voz, pasarnos a la casa de su madre (porque entonces estábamos en la de mi padre días había, por no gustar yo de estar con mi suegra).

Parece ser que en estos días un señor de título se prendió tan fino de los hermosos ojos de mi prima, que un punto no se osaba en aplicar medios para su conquista, y con papeles, asistencias y dádivas procuró ablandar la dureza que fingía doña Luisa, que con ser diamante en la hermosura no lo fue en la resistencia, pues a dos embates, cuatro suspiros y algunos presentes (sangre con que se ablandan y aun se hace brecha a tan diamantinas murallas), ayudando la endemoniada dueña, instrumento de Satanás y Parca del honor, no sólo flaqueo, sino que se rindió mi prima, si bien con aquella necia circunstancia de fe y palabra de esposo. Gozábala por el aposento de la dueña, pasando a nuestra casa por unos tejados de otra que le había franqueado la deslealtad de un lacayo de ella, y estaba entonces este amor en su mayor altura.

Pudiera doña Luisa dejar de inquietar mi sosiego, pues tenía su empleo, aunque no con la honestidad que debiera dama de su nobleza. No lo hizo; antes cada día, aun delante de mí (que sabía todos estos sucesos), si bien con modo de risa falsa, pedía la palabra a la falsa dueña, que también con sus fisgas y disimulos solapados se lo volvía a prometer. Y aunque miraban las dos que estábamos disgustados don Blasco y yo, como no debían saber la causa, ni yo se la decía, eso memo les daba mayores incentivos para la conclusión de mi perdición y su venganza, pues desde la muerte de don Martín fue siempre terrible el aborrecimiento que tuvo a toda nuestra casa doña Luisa, y sólo por razón de estado<sup>55</sup> estaba con nosotros. De suerte que mi hermano, que trabajaba en conquistar su agrado, perdía pie, y entiendo que por sólo vengarte de él se

---

<sup>55</sup> Conveniencia, estrategia.

entregó a la voluntad de don Diego (este era el nombre del señor de título galán de mi prima, que también era juez del Real Consejo de Aragón.

Un día, pues, que habíamos salido las dos a unas fiestas que se hacían al día del nacimiento del malogrado príncipe de España Baltasar Carlos,<sup>56</sup> habiendo dos que habíamos mi esposo y yo vuelto a dormir (por ser estremado para el gusto de don Blasco) al cuarto donde la infame y mentirosa voz se oía, por haber días que ya no le oíamos y también por ver si todavía perseveraban sus delirios, acaso le sucedió a mi esposo haber perdido al juego una cantidad notable y venir a buscar dinero para satisfacer a la parte (que jugaban, como a caballeros, sobre su palabra). Entró don Blasco, porque tenía otra llave (como yo) del cuarto, y casi muy junto a mi cama vio en tierra un papel, que lo levantó asustado, y curioso cuanto alborotado le leyó, y vio en él amores, correspondencias, ternezas y, lo que más fue, mi nombre dos veces escrito y cifrado en él. Pareciole, sin duda, a mi esposo el dibujo negra sombra de su muerte, y aun de la mía. No especificaba el nombre del amante, pero sí el de *juez*, a causa que respondía en orden a alguna cosa que se le había pedido por la correspondiente tocante a su jurisdicción, y aun parecía que decía apretase la culpa de don Blasco en orden a la muerte de don Martín.

Procuraba don Blasco entonces quedar del todo libre de la sospecha<sup>57</sup> había tenido la Justicia cohechando medios que lo negociasen en el Real Consejo. Todo esto es menester saber para que entendáis la traza de que se valió don Blasco para castigar sus ofensas.

Despidió al paje que había venido con él por el dinero, y lleno de rabia el apasionado pecho, forjando rayos con los ojos y recogiendo su papel se vino a la plaza, donde se corrían unas cañas, y entró en ella al tiempo que doña Luisa y yo estábamos a un balcón, y en otro el caballero juez, al lado, hablando con mucho desenfado y gusto con mi prima y conmigo: no hubo menester más para dar por cierto que aquél era mi galán y su enemigo, y con tanto<sup>58</sup> intentó la venganza, para su mayor cautela, desta suerte.

Llegamos a casa tarde, y haciéndome mil caricias (que, aunque las acostumbraba aun entonces, me parecieron novedad digna de advertimiento) calló aquella noche; pero a la mañana, enojado y fiero me dijo si conocía aquel papel y a quién se había enviado. Temblé como azogada, viendo tan cercana la cara fiera y horrenda de la muerte, y no supe apenas decirle sino que me hallaba inocente.

— ¡Ah falsa y liviana mujer! Ya sé quién es tu fermentado galán — dijo entonces echando centellas de los turbados ojos—. Aquí está recado para escribirle del modo que sueles para hacerle venir a tus torpes brazos. Y vive Dios que si no lo haces has de morir con esta daga. Mas yo seré el mesmo que te dicte el papel.

---

<sup>56</sup> Hijo de Felipe IV, nació en 1629 y falleció en 1646, días antes de cumplir 17 años.

<sup>57</sup> Quizá habría que suplir 'que' (12), pero el Autor omite ocasionalmente la partícula.

<sup>58</sup> Por ello, por lo tanto.

Toma la pluma: dirémosle que le has de hablar para que negocie el buen despacho de la libertad mía. Y advierte que le has de hablar estando yo aquí, encubierto tras de aquel tapiz; que si te desmandas a señalarle cosa ni decirle que yo estoy escondido te pasaré el fementido pecho con una pistola que ha de estar encarada en mi mano enfrente de tu pecho en tanto que le hables. Yo quiero ver sus continentes,<sup>59</sup> y aun los tuyos, para averiguar mis sospechas.

En tanto dejome encerrada en el aposentillo de mi mismo cuarto mandándome encomendase a Dios el suceso, porque de la boca de don Diego dependía la vida de entrambos, pues no quería diese<sup>60</sup> crédito al papel y a tantas verisimilitudes como en el caso se contenían; y registrando cuantos escritorios y cajones tenía yo no halló cosa que le diese el menor motivo a sus terribles celos. Recogió todas mis joyas y dinero suyo, aguardando la noche en que había de celebrarse la espantosa tragedia de mi muerte y de la de aquel caballero, a quien yo tenía por inocente en el caso que le acumulaba don Blasco, encomendándome yo a Dios aquel día muy de veras, procurando asimismo hacer un examen de mi vida toda echándome de corazón a los pies divinos de la Virgen Madre, que en el mayor trabajo sabe acudir con más poderosa ayuda.

Sacome del encerramiento en siendo de noche para escribir el billete, o por mejor decir, la sentencia de muerte a don Diego, siendo toda la nota suya, y mandándome que le diese a un escudero que allí me trujo, estuvo él presente al darle el recado que le di. Recibió el billete el infeliz caballero y ofreció que a la hora de las nueve, cuando rondaría la Ciudad<sup>61</sup> y era la que se le pedía, acudiría a mi casa, respondiendo también por papel, que fue agotar todo el vaso de la ponzoña de los celos a mi engañado esposo, pues conformando las letras, eran todas de una mano; sólo en el uno no había firma.

Considerad, don Ramiro, cuál estaría mi alma viendo la conformidad de las letras y sabiendo que jamás había yo hecho ni un mínimo favor a don Diego. Miraba si se habían descuidado mis ojos y no lo sabía de mí; consideraba si acaso don Diego lo había hecho para darme esta mortal pesadumbre, pero no me lo dejaba aprobar su nobleza; imaginaba si acaso era concierto de la dueña, o de mi prima, para vengarse de lo que me habían amenazado, pero sin consentimiento del caballero veía que no podía ser de ningún caso, a más de que días había que Gómez<sup>62</sup> ni mi prima habían entrado en mi cuarto, ni solían entrar. En fin, por ninguna parte hallaba cómo me venía esta triste desventura que aun lamento.

Llegó el desdichado caballero. Escondiose don Blasco con el horrendo cañón asestado casi a mi pecho mirándole yo. Portose como galán, diciéndome algunas ternezas alabándome de hermosa y entendida; y aunque yo no respondía a eso, perseveraba diciéndome le mandase, porque tenía grandes obligaciones a mi casa. ¡Oh, quién le hubiera podido decir: «Calla, hombre, que te pierdes! Mira

---

<sup>59</sup> Composturas, acciones.

<sup>60</sup> Pues yo protestaba que él diese, se entiende.

<sup>61</sup> Ayuntamiento. Se refiere a la ronda nocturna intramuros para frenar cualquier desorden.

<sup>62</sup> La dueña, se entiende.

que me das muerte y te la das». Mas yo estaba tan torpe, y él tan galán, que ni yo supiera advertirle entonces ni él advertirse supiera.

Díjele, al fin, a lo que le había llamado y prometiome todo buen despacho; y con esto encaminándole por la puerta falsa de mi casa, por ser de noche y por el recato de la vecindad (que así me lo mandó don Blasco), el cual dejando el escondrijo de su tapiz saltó a la calle por la principal puerta, y yo entonces viéndome libre, llamé aparte a don Diego y le dije (no queriendo parecer en algun tiempo aleve):

—Guardaos; que este llamaros con el billete ha sido violencia de los celos de mi marido, que de vos los tiene y quiere daros muerte.

Esto le dije, y hurtando el cuerpo a los criados me subí a mi cuarto. Don Diego viendo que ya era forzoso lance salir, encomendándose a Dios considerando que le aguardaban para matarle y que si se quedaba en casa había de morir sin remedio (lo que aventuraba saliendo a la calle), salió al fin (creo yo) animándose<sup>63</sup> y valiéndose de todas las trazas para escapar de la fiera muerte. Sentí yo que habían tirado un pistoletazo, y unos gritos que dijeron:

—¿Por qué inocentemente me habéis muerto, don Blasco?

A cuya voz no desmayando yo, antes animosa me alenté a salir por la puerta falsa. Echándome el manto como pude y dándome el mismo temor alas llegué donde vos os apeábades. Sucedió lo que visteis hasta este punto, donde, aunque me veo libre de mis enemigos, porque sin duda pasara la misma fortuna que el triste don Diego, no lo estoy del qué dirá el vulgo atroz, que sin mirar descargos condena a la mayor inocencia. Ni de mi hermano, marido y padre tampoco lo estaré, que me han de buscar aunque me esconda a las cavernosas grutas de la tierra.

Esta es mi historia, donde veréis que Dios ayuda a los inocentes, pues me preparó en medio de tan gran trabajo el consuelo en vuestro gran valor. Y si os ha admirado, es fuerza que os lastime y me ayudéis, siquiera por desvalida e inocente.

—Eso haré yo —dijo don Ramiro—, señora doña Engracia, con la vida y el alma. Y pues tengo de ir a Zaragoza, y a Osera a buscar mis criados, que aun me están aguardando allá, yo sabré todo el suceso y cómo se habla en Zaragoza de vuestro honor. Y fiad del Cielo, que sacará a luz lo confuso deste suceso y vuestra honestidad quedará más resplandeciente, bien así como los rayos del Sol después de un mortal eclipse.

Llegó el día; despídiose don Ramiro algo tierno de doña Engracia, encomendando su regalo a sus padres, y en breve tiempo se puso en Osera y de allí a la gran ciudad de Zaragoza, y halló que don Diego estaba muy mal herido; que don Blasco entre vigilantes guardas reservado estaba en una obscura cárcel; que habían con públicos pregones puesto terribles penas al que no descubriese la

---

<sup>63</sup> Orig: 'arrimandose' (15).

dama; que andaban su padre y hermano hechos Argos<sup>64</sup> en su busca para darle desapiadada muerte; que el vulgo novelero contaba de mil maneras el suceso, tanto, que a no ser muy noble don Ramiro sospechara si le había mentido doña Engracia. Informose en secreto de doña Luisa y de la dueña Gómez, y díjole un criado de la casa (a quien se apegó por andar encubierto) que estaban en casa de su dueño, pero muy tristes y pesarasas. Y con todas estas nuevas envió un criado suyo don Ramiro a Jaca dando cuenta a doña Engracia, que se alegró de que viviese don Diego, aunque con tan evidente peligro.

Quiso el Cielo, pues, que campease la verdad y luciese la honestidad de esta dama por este medio que ahora se oirá.

Era el padre de don Diego también juez del Real Consejo de Aragón y el que con mayores ahíncos bramaba por la venganza de su hijo, puesto que<sup>65</sup> éste había pedido como cristiano no se le pidiese a don Blasco la muerte. Llegó el día en que sacaron al preso para tomarle el dicho, y confesó ser verdad haber muerto a don Diego porque sabía trataba ilícitos amores con su esposa, a la cual tenía destinada para el mismo fin, sino que se le había escapado no sabiendo cómo. Pidiéronle cómo sabía lo de los amores y sacó él los dos papeles que traía en sus bolsillos guardados; viose la letra, conformaron una y otra y enmudecieron viendo el un<sup>66</sup> papel que tanto se declaraba en la correspondencia de doña Engracia suponiendo últimos favores de amor.

Estaba a esto presente el padre de don Diego, y dijo que o no era cristiano su hijo o los papeles eran falsos, porque estando tan cercano a la muerte le había dicho muchas veces que jamás había hablado para fines torpes con doña Engracia y que moría inocente de aquel caso. En fin, tanteándolo todo aquel gravísimo senado, acordaron que fuese un juez a don Diego para que reconociese si era su letra la de los papeles. Hízose, y admiróse el doliente caballero, diciendo:

—La letra, mía es; mas ¡ay Dios, que aquí debe de haber alguna grave maldad escondida! Este papel escribí yo a otra dama, que no se llama Engracia, pero por encubrir su nombre quiso que así la llamase cuando le escribiese. Decía ella que por guardar el recato a su nobleza, y ahora veo el grande hierro que habemos hecho, pues no era bien encubrir la infamia propia con el deshonor ajeno. Esta dama se llama doña Luisa y es prima de doña Engracia, y no entiendo cómo han venido estos papeles a manos de don Blasco, si no es que para honestar mi muerte y la de su mujer haya querido ese caballero valerse de esta tropelía.

Advirtió el Juez la confesión del herido, que se lastimaba de haber dado materia con el nombre supuesto del papel a tan graves desventuras como él mismo experimentaba. Dio parte de todo al Consejo y acordaron que aquello era invención de don Blasco de Luna; pero el padre de don Diego, que era integérrimo juez, dijo que lo que a él le parecía era que prendiesen a doña Luisa, u la tomasen el dicho para saber de ella a quién había entregado sus papeles u

---

<sup>64</sup> Gigante de cien ojos a quien Hera encargó la específica misión de evitar que Zeus se acercase a Ío, su más preciada ternera.

<sup>65</sup> Aunque.

<sup>66</sup> Aquel. En el orig.: 'èl un' (16).

quién andaba en su cuarto más frecuentemente. Así se hizo, poniendo y secrestando la dama en lugar decente, que, asustada, no supo dar razón de cosa alguna, más de que su mayor valida y de quien más había hecho caso, por deberle su crianza y haberle comunicado todos sus secretos, era Gómez: una dueña que era todo el gobierno de la casa de su padre don Gonzalo y ahora estaba con ella en casa de don Lupercio de Funes.

Esto dijo, y apenas lo pronunciaba cuando le vino un terrible desmayo, tal y con<sup>67</sup> tantos asombros, bascas y visajes, que causó lástima a cuantos en<sup>68</sup> la casa (que de una noble señora era) estaban. Sólo el Juez entendió que debajo de aquello se debía encerrar algún gran secreto y que doña Luisa no<sup>69</sup> tenía culpa en el desastre de el herido don Diego. Y no fue perezoso en diligenciar el haber a manos todos los que entendía eran cómplices en la tragedia, porque luego envió ministros que le trujesen a su presencia a Gómez, sospechando que donde había dueña era fuerza fuese ella la malilla<sup>70</sup> de este juego. Y no se engañaba; mas la taimada hembra, desde que vio llevaba la Justicia a doña Luisa se había asegurado huyéndose, con que dejó más sospechoso al Juez, y aun cierto de que era ella todo el principio, medio y fin de la maraña; y hizo algunas diligencias para haberla a manos, pero en balde.

Esto sucedía en el tiempo que el cuidadoso don Ramiro dejando a Zaragoza tomó postas para correr hasta Jaca y ganar las albricias de doña Engracia, porque conoció se iban mejorando a más andar sus fortunas, cuando, cerrando la noche con negras nubes y horribles sombras, perdieron un criado y él totalmente el camino, y no fue posible, por más que hicieron, hallarle, hasta que de cansados dejaron caminar los caballos por donde les diese gusto; y apenas lo hizo el de don Ramiro cuando de repente amedrentado, dando violentas corvetas y terribles bufidos volvió atrás, ni obedeciendo a la espuela ni al duro freno. Quiso porfiar el asustado caballero, pero no fue posible. Saltó del caballo y, sacando la espada, hubiera de caer a los primeros pasos que dio tropezando en un bulto que, al pisarle estremeciéndose, arrojó un gemido tal que, aunque se entendió ser mujer, sospechó estar en el último trance de la vida.

—¿Quién sois? —dijo animoso don Ramiro.

A quien respondió la voz:

—Yo soy una infeliz mujer que salí ayer de Zaragoza huyendo de ciertos delitos. Concerteme con un lacayo de una casa junto a la de mis dueños, con quien años había tenía amores ilícitos y deshonestos, para que me llevase a la ciudad de Lérida, donde sólo me juzgava segura de los que me habían de buscar. Y saliendo en sendas mulas cogionos la noche en este paraje, y apenas llegaron sus negras sombras cuando, mandandome bajar de a caballo mi villano amante, me desnudó, habiéndome pedido joyas y dineros que traía en abundancia, y

---

<sup>67</sup> Orig.: 'en' (17). Corrección erróneamente introducida en otra línea. V. la nota sgte.

<sup>68</sup> Orig.: 'con' (17). V. la n. anterior.

<sup>69</sup> Suplo 'no' (17).

<sup>70</sup> El comodín.

rehusándolo yo, pidiendo al Cielo justicia a gritos (que sin duda la pedí de mis delitos), me dio dos estocadas, con que me dejó poco menos que difunta y casi en carnes Desmayeme, por la sangre que me iba faltando, hasta que me despertó el sentir que me pisaban, sospechando yo que alguna fiera de el monte venía a concluir lo que la fiera dejaba hecho con mi vida, y todo lo merezco, porque tan mala mujer no ha cubierto jamás ese cielo que vemos. Mas oíd lo que haréis bien de decir mañana en Zaragoza, si allá vais, por librar a un caballero y a una dama de la muerte que les aguarda en algún cadahalso. Y no lo hago por descargo de mi conciencia, que ya sé que por mucho que haga no recabaré misericordia de mis horrendos y detestables hierros, sino por que sepáis que quien en mal anda, en mal para.

—¿Quién sois vos —dijo don Ramiro—, que así queréis atropellar la misericordia de Dios y abandonar de vuestra alma este suave atributo suyo que tanto nos importa? ¿Estando tan cerca de vuestro fin habláis así? Ya que vivisteis como pagana, segun decís, no muráis como bárbara ahora: pedid a nuestro dulce Dueño y Dios perdón de vuestros hierros.

—Yo soy —dijo ella— una mujer a quien llaman Jimena Gómez. Fui dueña de honor en casa de unos caballeros, y aunque me llamé «de honor» no le tuve, porque siempre viví envuelta en mil torpezas, si bien hipócritamente las paliaba con capa de virtud. ¡Qué hombres no he engañado! ¡Qué doncellas no he violentado para que perdiesen su virginal candor! ¡Qué casadas no he solicitado para sus galanes! ¡Qué de mentiras habré dicho, qué de testimonios habré levantado! Todo es proceso infinito, porque a mis repulgos<sup>71</sup> se deben los embelecocos, a mis tocas la hipocritez, a mis lágrimas lo falso, a mis melindres<sup>72</sup> lo dudoso; y, en fin, yo toda, debajo de mi monjil, en lo aparente honesto, fui un Mongibelo<sup>73</sup> torpe de las llamas de amor, envidia, soberbia, ira y todos los demás vicios, que a un Demonio casi se podían aplicar. Pero ¿qué mucho, si tenía hechos pautos<sup>74</sup> con él? Aborrecía yo a una dama, dueño mío, casi de balde<sup>75</sup> que dicen, porque era ella en sí amable, honesta, virtuosa y cuerda, y amaba a otra, prima de ésta, con tanto extremo que era en mí cosa notable, pues sin más interés que servirla la quería tanto que me abalanzaba a cualquier desalumbramiento por difícil que fuese.

—¿Cómo se llaman esas damas? —dijo don Ramiro.

—La una se llama —dijo— doña Engracia de Funes, y la otra doña Luisa Lizarte.

—Pues pasad adelante en lo que queréis que haga en Zaragoza, que ya sé toda la historia. No me pidáis cómo la sé, sino vamos al caso, pues os va faltando el aliento.

---

<sup>71</sup> Dobleces, trato falso.

<sup>72</sup> Orig.: 'malindres' (19).

<sup>73</sup> Nombre siciliano del volcán Etna.

<sup>74</sup> Conciertos, pactos.

<sup>75</sup> Por nada en concreto.



—Así es —dijo—. Y pues sabéis el suceso, oíd y os contaré la causa por que estoy aquí. Murió don Martín; pidiome doña Luisa que pues de ello era causa doña Engracia, ya casada, procurase quitarle el esposo u dejarlos tan desasosegados y desconfiados el uno de el otro que jamás tuviesen paz. Varias hice trazas para descomponerlos, hasta que hallé una que fue el principio de sus disgustos y el de mis gustos, porque le tenía grande de hacer mal y poner rencillas entre voluntades conformes.

Fue el caso que tenía yo mi aposento en un cuarto alto de la casa, pared en medio del de don Blasco, esposo de doña Engracia. De esta pared quité un ladrillo con artificio sin que se echase de ver, porque a una y otra parte había unos cuadros que atapaban mi malicia; y estando en el sumo silencio de la noche, fingiendo tal vez voz de hombre que se recataba amante de doña Engracia y tal vez haciendo que el lacayo mi amante, ya mi homicida, lo hiciese, le decíamos palabras que suponían últimos favores y pretendían su prosecución amorosa. Con que don Blasco tenía graves pendencias con su esposa, tanto, que llegaba al último de quererla, matar; pero como viniendo el día no hallaba vestigios más ciertos de su deshonor callaba, pero pasando una vida miserabilísima diciéndose cada día agravios a la cara. De esto ya no daba parte yo a doña Luisa, y más me holgaba que supiese los efectos que no la causa (porque estaba temerosa no me descubriese, como parienta; que, en fin, tarde u temprano se hacen las amistades entre ellos), y si se holgase mucho dello hacía cuenta de decirle que yo era el taller de donde salían aquellas piedras.

Tenía estrechísima correspondencia doña Luisa con un caballero, y sus billetes registraba yo muy de ordinario, porque me los comunicaba mi señora. Pareciome que si yo le cogía alguno y lo echaba al cuarto de doña Engracia para que pareciese descuido suyo de habersele caído había acabado con todo. Así lo hice, mandando forjar una llave maestra para abrir el escritorio de doña Luisa, y registrando papeles, hallé que en todos la llamaba *Engracia*, que este era el concierto de los dos amantes (que no sé para qué era menester nombrarse para amarse), con que me pareció tener concluida la tela de mis enredos. Pues por el antiguo embeleco del ladrillo dejé caer bien junto a la cama el papel que me pareció más tierno y más a propósito para hacer cargar la imaginación de don Blasco, que llegó a casa estando fuera doña Engracia, abrió el cuarto y presto le vi salir furioso. Lo demás no sé, sino que en todo aquel día ni jamás vi a doña Engracia, y así, sospecho que la habrá muerto, ocasionado de los agravios que lo le hice creer.

Después dijeron que don Blasco había muerto a don Diego, que era el caballero que amaba a doña Luisa, lo que sintió tan dolorosamente ella, que como le vi con tanto sentimiento no me atreví a darle parte de mis estraños desatinos y del fin de aquéllos; porque sospechando la dama que había sido por mi medio, me decía cuán apesurada estaba de haberles perseguido y que yo por su medio lo hubiese hecho, pues era ella la que más lo lloraba. Y así, porque vi que sólo se podían descubrir mis delitos por el dicho de doña Luisa, ordené con hechizos, en

que he sido muy diestra lo más de mi vida, hacer que acabase la suya a manos de ellos con íntimos dolores y acervos tormentos, escondiendo las ligaduras<sup>76</sup> debajo de una alacena que está a la sala mayor de la casa de don Lupercio, padre de doña Engracia.

Y es tanto lo que apreté el pacto, que pienso que si no es muerta debe de faltar poco; ni es posible que se vea libre, si no es con divina y superior fuerza, si no queman los hechizos en que está el pauto que hice con quien la atormenta y oprime, si bien el traidor me prometió darle la muerte dentro tres días, lo que no ha hecho, a lo que entiendo. Mas ella morirá; y muera, pues yo también muero. Por orden del Real Consejo prendieron a doña Luisa, y como yo sabía de ella que no callaría, ni pude hacer que muriese luego, según lo tenía trazado, viéndome perdida intenté el último remedio, y ha sido tal, que me ha acabado de echar a perder, según que muero a las manos de un villano cómplice en mis delitos, a quien, si pudiera, diera ahora mil muertes.

—No es de cristiano pecho en el trance en que estáis, señora Gómez, el apetecer venganzas —dijo don Ramiro—. Volveos a Dios, que misericordioso es, y por más pecados que tengáis se dolerá de vos como le pidáis perdón de corazón.

—Eso hiciera yo si lo esperara; mas no...

Y aquí se oyó un horrible trueno con muchos alaridos de fieras y crueles lobos, con que el ánimo de don Ramiro y del criado, con ser uno y otro robusto, flaqueó desmayándose, y hasta el alba no despertaron del pesado parasismo.

Con las ambiguas luces de la cual deseando ver y hallar la desdichada Gómez, no hallaron más que la mula revolcándose en su sangre, de las heridas que también sin duda le había dado el cruel lacayo, y luego, poco trecho de allí, un lago de sangre con señas de que había estado tendida alguna persona. Sospecharon los dos algún horrendo suceso; estremeciéronse de nuevo; encomendáronse a Dios y, tomando sus caballos, que por allí pacían la verde yerba, volvieron a la ciudad de Zaragoza al tiempo que empeoraban las heridas de don Diego y la salud de doña Luisa. A la cual viéndola casi muerta y que no paraban un punto las bascas, los señores del Consejo habían mandado volver a su casa suplicando don Diego no le hiciesen sinsabor alguno, por ser aquella dama su esposa, aunque en secreto. Don Blasco también estaba a esta sazón, en la cárcel, apretado de una pestilente calentura procedida de tantos desastres como padecía.

No le sufrió el generoso corazón a don Ramiro detenerse más, sino dar remedio así a los trabajos de don Blasco como a los de doña Luisa. Y llegando a la medianoche se fue derecho a la casa de don Lupercio de Funes, y apenas quería pisar sus umbrales cuando oyó que dentro del portal, que abierto estaba, se sentían fieras cuchilladas, horrendas voces y alaridos tales que le hicieron meter mano a la espada, mandando al criado previniese la suya y un par de pistolas

---

<sup>76</sup> Conjuros.

armadas que traía. Entraron, y a vuelta de algunas varas<sup>77</sup> que entre la luz de unas hachas se divisaban vio algunos autorizados ropones de jueces del Real Consejo, los cuales por una mano tenían asida una llorosa y afligida dama que de don Ramiro fue luego conocida, por ser la mal afortunada doña Engracia, y por otro cabo detenido de algunos alguaciles y corchetes don Jorge, hermano suyo; asimismo en las ventanas del patio algunas doncellas que con dolorosos sentimientos hacían más lamentable el suceso, y el viejo don Lupercio con una cota de levantar<sup>78</sup> y una espada dando terribles gritos. Había al entrar de la casa una litera y algunos caballos ensillados y mozos de a pie que los tenían del diestro; también estaba el anciano padre de don Ramiro entre la barahúnda que sonaba.

No supo aquí su pensamiento determinarse a cosa hasta consultarlo muy bien consigo, y parecióle que antes de descubrirse era bien saber el suceso y los varios acontecimientos de lo que miraba y casi le confundía; y así sosegándose, oyó que decía don Jorge:

—Déjenme pasar el infame pecho a esa vil mujer, afrenta de mi casa, lunar de mi honor, y luego hagan de mi cuanto quisieran.

Esto casi repetía don Lupercio desde arriba, a lo que replicaba uno de los jueces:

—¿Posible es, señor don Jorge, que no se sosegará con la razón la apasionada porfía vuestra? Dejad hacer a la Justicia y fiad de ella, que si en doña Engracia vuestra hermana hay culpa, la pagará.

Esto mesmo gritaba a don Lupercio.

Fue el caso que aquel pastor guía de don Ramiro y doña Engracia hasta el camino de Jaca, viendo lo que en los apretados pregones que oyó precisamente mandaban descubrir a quien supiera de doña Engracia con tantas penas temió, y sospechando debía ser la que había acompañado se fue a don Jorge (a quien conocía por haber estado en guarda de unos rebaños de su padre en una antigua herencia) diciendole:

—Par Dios, señor nuestro amo, que por descargar mi conciencia me quiero ir a la Justicia; que entiendo que una dama que acompañé el otro día hasta Jaca debe de ser esa por quien andan pescudando<sup>79</sup> los pregones.

Preguntóle por el talle, facciones, vestido y modos de la dicha dama, y dándole razón concerniente a sus sospechas le mandó, amenazándole, le dijese dónde estaba, porque a él le tocaba su hallazgo más que a ninguno, ni a la misma Justicia. Díjole el pastor que seguramente estarían en la ciudad de Jaca, porque la traía un hombre a caballo y pedían por el camino real de aquella ciudad. Y así, se concertó don Jorge con cuatro amigos suyos, que entrándose en un mesón encubiertos, con muchas trazas descubrieron la verdad de el suceso, y así, una

---

<sup>77</sup> Como distintivo de su autoridad, los ministros de Justicia llevaban en la mano una vara con una cruz grabada.

<sup>78</sup> Bata.

<sup>79</sup> Inquiriendo.

noche se entraron a la casa de los padres de don Ramiro, que, como viejos, ni supieron ni pudieron defender a doña Engracia, aunque gritaba como aquella que se miraba ya destinada a morir; pero echándole un lenzuelo a la boca y una banda a los ojos fue metida en una litera (que a un mesón fuera del lugar había hecho estar), y aun la diera de estocadas don Jorge a no impedirlo sus compañeros. Y a pesar de cuantos lo quisieron estorbar la entró en Zaragoza para allí consultar con su padre de qué manera de muerte había de morir.

Pero Dios, que saca de mayores trabajos a los afligidos, dispuso que la Justicia de Jaca, ofendida de semejante desacato, se fuese al Virrey a darle parte y quejarse del suceso, llevándose al padre de don Ramiro, en cuya casa se había hecho el agravio, informándose de un criado que acaso en un mesón quedó despeado quiénes eran los caballeros del hurto de la dama, y en particular dio por principal a don Jorge de Funes. Fue tan a tiempo el mandar el Virrey fuesen a casa de don Lupercio, que cuando llegaron los jueces y aguaciles entraba don Jorge con la litera en su casa, con su hermana y todo lo que se ha oído, y para escusar la muerte a la dama había ordenado el Virrey la trujesen a su presencia y la sacasen de las crueles manos de don Jorge, lo que se hizo bien a su pesar, y aun le mandaron siguiese a la presencia del Virrey a él y a su padre, ordenando lo mismo al padre de don Ramiro. Preguntó el Presidente a la dama cómo había sucedido el caso de don Diego y don Blasco, y ella lo contó como se ha oído, sin quitar ni poner, añadiendo que por salvar su vida, pues veía se la habían de quitar sin culpa, se había puesto en manos de un caballero que venía de camino y entraba en su mesón, el cual era hijo de aquel viejo que allí estaba.

Mandó recoger este Príncipe a don Jorge a un cuarto de su palacio, y asimismo a su padre, si bien con palabras blandas les advirtió que presto y en pasándoles la cólera saldrían libres; y ya unos y otros se querían despedir del Virrey cuando don Ramiro, suplicando a Su Excelencia le oyese, le contó quién era, lo que le sucedió con doña Engracia y cómo aquella<sup>80</sup> noche había corrido la posta para Jaca, pero que, guiado de superior impulso, habiendo perdido el camino halló a la dueña Gómez herida de muerte por un lacayo que la hurtó y sacó de Zaragoza (declarando todas las circunstancias, sucesos y enredos que ya dejamos atrás referidos). Y para que se le diese más crédito a tan raro acontecimiento fuesen a la casa de don Lupercio, porque le había declarado Gómez que, siendo ella famosa hechicera, tenía puestos hechizos a doña Luisa tales que había de morir dentro tres días, si ya no era muerta. Esto admiró más a los circunstantes, y así, mandó el Virrey a un juez de los que allí estaban fuese a la casa del dicho caballero y viese todo lo que don Ramiro había referido.

Entraron, y hallaron la pobre doña Luisa ya en los últimos alientos de la vida, tan acabada, que no faltaba casi nada para espirar. Había acudido, llamado, el tiniente de<sup>81</sup> cura para administrarle el último sacramento, y estaba actualmente dándosele, y ella sin sentido, cuando don Ramiro, viendo que

---

<sup>80</sup> La anterior, la pasada.

<sup>81</sup> Suplo 'de' (25).

podía ser muy dañosa la tardanza, pidió por una alacena que en una sala grande había; enseñáronsele, y de debajo de ella sacó un envoltorio de malignas ligaduras y homicidas prestigios:<sup>82</sup> huesos de niños, plumas de estrañas y funestas aves, sogas de intestinos y otras cosas tan inauditas, que sólo de verlas se estremecieron los circunstantes.

—Esto es —dijo don Ramiro— lo que tiene la vida de doña Luisa en tan apretado lance. Pero dijo Gómez, la dueña, que para curar esta dama se habían de quemar.

—Eso se yo cómo ha de ser y se ha de hacer —dijo el tiniente de cura, que había vuelto de traer el Óleo Santo a su parroquia.

Y así, con sus exorcismos, oraciones y sahumeros los quemó a vista de todos, que se hubieron de retirar de aquella sala pagando sus narices su curiosidad con el hedor intolerable que de aquellos endemoniados excrementos salía. Cosa maravillosa y que confirma altamente la eficacia y valor de los exorcismos; que apenas se había hecho esta diligencia cuando recobró doña Luisa sus casi perdidos espíritus, y con tanta mejora, que se tuviera a milagro a no saber cómo había sido el suceso, levantándose dentro de cuatro días con toda la hermosura, gracia y gallardía de que antes había sido dotada, si bien desde allí con diferentes pensamientos.

Con esto el Virrey, que era príncipe amable, viendo el suceso para poner en litigio peligroso para ambas partes respeto del honor, viendo muerta a la dueña vil, en quien a ser viva hubiera hecho un ejemplar castigo, y viendo, en fin, que don Diego y doña Luisa habían convallecido de sus males, si bien crecían los de don Blasco, determinó poner paz entre guerras y enemistades tantas como entre tan ilustres casas se encendían; porque justamente se quejaban de don Diego los padres de doña Engracia y doña Luisa, con don Jorge, hermano de la una y amante de la otra, de que hubiese escalado su casa, violado su honor y ultrajado su decoro. Y así, trazó el sabio Virrey de que saliese de la cárcel el preso y doliente don Blasco, que fue puesto con gran tiento en una cama en casa de su afligida madre y procurado curar de diestros médicos; mas como Dios había ordenado otra cosa, a más andar su mal crecía, y más cuando supo todo el suceso, que le contaron por penar aliviarle sus males. Aquí fue cuando, más vivo el sentimiento, le causó más ardiente calentura, echando lastimosos suspiros por haber ofendido, aun con la imaginación, su noble mujer, a la cual mandó llamar diciendo que le importaba la vida el verla para cierto fin. Asimismo ordenó le trujesen un hijuelo que se criaba en una aldea, que tenía poco más de año y medio.

Acudió doña Engracia, ya restituida a la casa de sus padres y tratada con más decoro de ellos, y aun encomendada por el Virrey, y con ella<sup>83</sup> don Ramiro, que no quisieron don Jorge ni don Lupericio fuese hospedado en otra, parte, pues le

---

<sup>82</sup> Embelecós, falsas apariencias. En el orig: 'perstigios'.

<sup>83</sup> Suplo 'ella' (27).

debían el honor de su casa, el hallazgo de su amantísima hija y hermana y la salud de la hermosa doña Luisa. Llenos de lágrimas los ojos se recibieron los dos consortes, ocasionando a lo mismo a los de los circunstantes, y el primero que habló fue don Blasco, levantándose sobre las almohadas de la bordada cama.

—Esposa mía —le dijo—, a quien yo quise y quiero más que a mi bien; sabéis cuán ciegos son los celos. Confieso que os he ofendido en el honor, y con agravios tan groseros que me corro de pasarlos ahora por mi memoria. Sé vuestra honestidad, y sé los enredos de una mala dueña y ruin mujer, y, con todo, muero contento, porque, en efeto, muero con honor. Sólo os he llamado para que me perdonéis y me deis licencia, si de esta enfermedad cobro salud, para tomar el hábito en lo más estrecho de una descalza religión,<sup>84</sup> porque no son mis cosas para satisfacciones menores. Si no basto yo a doblaros la voluntad, aquí están vuestro padre y hermano, a quien suplico os lo pidan por mí. A más de eso, ahí os encomiendo nuestro hijo y mi hacienda, de quien quiero que vos seáis señora junto con mi madre.

Esto dijo, y luego se le eclipsaron los ojos con un parasismo anuncio de su muerte, ocasión que dejó sin respuesta su petición, pues acudiendo a urgentes remedios, entendieron los médicos que más le iba a don Blasco en curar de los de el alma. Diéronselos vuelto en su acuerdo, y al tercero día de este suceso, con muerte descansada, rompió el alma las ligaduras del trabajado cuerpo. Se cree que voló a descansar de tan desdichada fortuna como sin culpa había pasado en vida más amable, en Ciudad más dichosa y feliz.

Arrasáronse los ojos de los moradores de la Imperial ciudad que sabían el suceso, unos por ternura, otros por lástima y otros por amistad. Hízosele magnífico entierro, acudiendo a él don Diego y todo el Real Consejo de Aragón acompañándole (porque ya de sus heridas andaba del todo convaleciente), honrándole con hacer que se le celebrasen en un convento grave otras funerarias más autorizadas a su cuenta. Así han de castigar sus agravios los nobles.

Las cuales acabadas quiso don Diego pagar el amor grande que debía a doña Luisa, que deseando mudar de esposo, si bien no había hallado ingratitud en el que tenía, pidió licencia para vestirse un hábito penitente en uno de los estrechísimos conventos que de religiosas hay en aquella gran ciudad, no olvidada de el grave peligro en que había pocos días se vio. Pero no lo fufriendo el amor de don Diego, y diciéndole que casada podía también hacer penitente vida, pues la había hecho la aragonesa Isabel,<sup>85</sup> reina de Portugal, santísima señora, y otras; que también pensaba él hacer lo mesmo siendo casado, se concertaron las bodas con el mayor aplauso que había visto la gran ciudad fundación del romano Augusto César.

---

<sup>84</sup> Orden religiosa cuyos miembros profesaban descalcez.

<sup>85</sup> La desdichada Isabel de Aragón, primogénita de los Reyes Católicos, se casó por amor con Alfonso, infante de Portugal. Viuda antes de un año, se cortó su espléndida cabellera, vistió rigurosamente, se dedicó a la oración y deseó ingresar en un convento, pero años después accedió a casarse con Manuel I de Portugal por razón de estado. Murió a resultas del parto de su primer hijo, que no llegó a alcanzar los dos años de edad.

Pasadas las fiestas de los dos amados consortes quiso don Ramiro, que a ellas había asistido, despedirse de don Lupercio, don Jorge y de la nueva viuda doña Engracia; pero estaban de contrario parecer estos caballeros, y aun don Diego, pues todos juntos habían tratado de suplicarle quisiese aceptar por mujer a doña Engracia, pues lo había sido de tan principal caballero como era don Blasco de Luna, considerando también que no podían hallar mejor partido para doña Engracia, pues él la había tenido en su poder tantos días y parecía se mostraba muy pagado de sus ojos. Vino en ello don Ramiro, aficionado también a la virtud, nobleza y honestidad de la dama (que éstas dondequiera enamoran); pero como era humilde, aunque noble, generoso y rico, dudó si ella quería, porque el reciente suceso la tenía tan triste y tan como absorta que no se podía prometer palabra favorable de ella. Pero su padre y hermano, don Diego y doña Luisa, y aun la misma madre de don Blasco, se encargaron de persuadirselo; y lo hicieron con palabras tan ponderativas, tan fundadas en razones y tan persuasivas, que viendo que tantos se lo pedían (si bien se había hecho mucho de rogar), sabiendo que su esposo había de ser don Ramiro, a quien tanto debía, dio el sí que había propuesto no dar jamás; pero fue con una condición, que causó novedad en Zaragoza, y era ella que don Ramiro no pudiese admitir para el servicio de su casa, ni por circunstancia o caso alguno, en ningún tiempo dueña alguna: tanto era lo que sintió las burlas de la señora Jimena Gomez su dueña de honor, que por tantos caminos se lo quiso quitar.

Admitiose el pauto, si bien se tuvo por ridículo. Fue el señor Virrey padrino de estas bodas, echando don Ramiro (que deseaba agradar y lucir) costosas galas, hermosas libreas, y dando a su doña Engracia muchas y muy preciosas joyas que de la India traía, gozándose al fin de tantas desdichas muchos años en amable unión y paz a pesar de las maldades, enredos, máquinas, tramoyas, encantos, embelecocos, hechizos, tropelías y burlas de la nefanda dueña Gómez. Con que se sabrá qué cosa son dueñas; que aunque el ejemplo es en una sola, por maravilla dejan todas de revestirse tan malignas circunstancias como la que ha dado materia a nuestra pluma.



## Suceso segundo (trágico)

### LOS HERMANOS AMANTES

**O**H si los sangrientos dejos de mi pluma en este caso que presento a los ojos del mundo (trágico, como acontece en todos los que son efectos de un desatinado amor) dejaran impresos los desengaños que pretendo en los corazones de los que tienen por su dios a este tirano a quien idolatran! Aun no tuviera por malogrado mi trabajo; pero haga el efecto que quisiere, así pasó.

En una ciudad de las que sirven de preciosa margarita a la Corona de España (poco importa referir el nombre) vivía Elisa: dama de gran donaire, de peregrino ingenio, de gallarda hermosura y de mediana hacienda; que todo junto podía calificarla de doncella rica, que justo es que las prendas de la virtud entren al número del dote. Esto era, en cifra, lo que Elisa era a los ojos del mundo y lo que della se decía en boca de los que la miraban, y como, según el Filósofo,<sup>86</sup> hemos de conformarnos en el hablar con lo común, así la describo; porque en su idea esta dama se tenía por estremada en las gracias, por divina en el ingenio y por deidad en la belleza. Ella era, en efecto, tan amante de sí propia, que venía a tener tal vez, cuando se oponían sus donaires en su entendimiento, amados de su voluntad, celos de sí mesma. ¡Gran error de la belleza!

Los galanes que hacían más pomposa la rueda deste hermoso pavón<sup>87</sup> eran muchos, y los más ocasionados de ella, que se hacía no avarienta de su belleza, por galanteo la enamoraban. Lo que no presumía Elisa, que, embarazada en tantos, cuando repartía<sup>88</sup> favores a muchos tal vez se hallaba sin cintas, tal sin guantes, que esto es lo que enlaza los amantes primerizos. Por estas ocasiones había de ordinario muchas pendencias en su calle, y los hierros de sus balcones atestiguaban el hierro que hacía en comprometer en aquellas prendas su voluntad en tantos, pues ellas habían de jurarla por falsa o por cautelosa y de doble trato; mas ella no trataba más que de asistir a la ventana, y pocas veces la almohadilla<sup>89</sup> era empleo de sus manos.

Tenía Elisa una entre amiga y criada, tan conforme a sus gustos, tan compañera de su condición, que en vez de irle a la mano, a fuer<sup>90</sup> de buena criada y de amiga de estos tiempos la inducía a tropezar y la encaminaba a caer,

<sup>86</sup> Aristóteles.

<sup>87</sup> El plumaje extendido del macho de pavo real.

<sup>88</sup> Orig.: 'rapartia' (31).

<sup>89</sup> Cojín en que apoya las manos la bordadora.

<sup>90</sup> En fuero, a uso.



apoyándole siempre sus locos devaneos. Con ésta, pues, consultaba sus secretos, que se encaminaban todos a despreñar a los amantes que le servían de respeto a la calle: a éste desechaba por altivo, a aquél por pobre, a uno por de mal talle y a otro porque no le parecía bien. En fin, su entretenimiento era poner faltas en quien no las había para el fin que ella pudiera pretender. Lo cual llegaron a saber los amantes, porque la criada era espía doble de sus pensamientos, y a unos y a otros daba oídos y consejos, avisos y desengaños, con que, desdeñada Elisa, estuvo menos soberbia y más reconocida.

Tenía un hermano, a quien llamaremos don Fernando, no muy escrupuloso en la honra, aunque como notaba espadas en su calle, músicas, galanteos y galanes vino a dar en la causa, y buscando muchas noches lo que presumía lo halló fácilmente, que siempre quedó alguno a quien el fuego de los ojos de Elisa daba batería<sup>91</sup> interna. Por donde al otro día, o por envidia, celos u recato, sin decirle cosa alguna dio con ella en la reclusión de un convento en donde se obedecía por prelada una tía suya. No supo Elisa lo que le había acontecido, pero como no era para siempre la clausura, ni el convento era de los más encerrados, fácilmente a la sombra de su tía bajaba a alegrarse a las rejas y proseguía con sus liviandades,<sup>92</sup> y como no la guardaban para monja, aunque tal vez le examinaban la voluntad, poco se les daba a las religiosas las travesuras de la encomendada.

Tenía don Fernando otro hermano, llamado don Baltasar, fuera de la ciudad en una casa de campo, al cual fue a consultar los desenfadados de la hermana, y cuando imaginaba que él le apoyaría la clausura, le halló adverso tanto a ella, que le dijo:

—Hermano, esto que me habéis contado es todo niñería y que sucede casi siempre a la más virtuosa doncella. Porque ¿qué culpa tiene ella si sus galanes se acuchillan, u qué causa da el ser hermosa para ser culpable? Y aunque la belleza es un escándalo<sup>93</sup> común, pero la misma<sup>94</sup> tiene un veneno y una ponzoña que los puso Dios en el mundo para la variedad<sup>95</sup> que le acarrea hermosura, sino que los hombres usan mal dellos. Y así, soy de parecer, pues al parecer del mundo habéis puesto dolo en el honor de nuestra hermana encerrándola, que la saquéis de donde está y la llevéis a vuestra casa.

Esto oía el hermano con harto gusto por lo que se verá, y con mayor lo decía don Baltasar por lo que oiremos. Pero en las razones deste infiero que debía hablar malicioso u ignorante: no hay libro que no diga que la hermosura, ya que no es delito en quien la tiene, por lo menos se ha de recatar como si lo fuere. Septimio Florente Tertuliano dice: «Del mesmo don de la hermosura se ha de avergonzar la que lo es», en que casi da a entender que es culpa la hermosura.

---

<sup>91</sup> Impresión en el ánimo. 'Dar batería' a una muralla era cañonearla para abrir brecha en el lienzo.

<sup>92</sup> Orig.: 'liuiandadas' (31).

<sup>93</sup> Asombro, alboroto público.

<sup>94</sup> Orig.: 'mesmo' (32).

<sup>95</sup> Inestabilidad, alteración.

¿Qué pechos y corazones castos no atropelló este contagio dulce? Troya, ¿no estuviera en pie? Grecia, ¿no reinara? Y las cinco puertas de Tebas, ¿no se sustentaran en sus quicios a pesar del tiempo? Pero (pues hablo con españoles) ¿a quién el suceso de la hermosa Florinda<sup>96</sup> sirve de desengaño y escarmiento? Ociosos son los ejemplos; mas de los efectos echaremos de ver que no era ignorancia, sino malicia, la que movía la lengua de don Baltasar.

Llevo a Elisa a su casa don Fernando, ordenando primero con el hermano que mudase la habitación a la ciudad respeto de exhortarla y advertirla lo bien que le estaba el recato. Lo cual hizo de muy buena gana, no faltando en esto<sup>97</sup> ni un solo día en los pocos que estuvo con ella, con<sup>98</sup> que don Fernando vivía seguro de sus antiguos recelos. Y un día que más que nunca puso los ojos en la hermosura de su hermana le pareció que no pudo hacer mayor asombro la varia dibujadora de las bellezas. Mírole la rubia madeja y en un punto la dio título de soberana, excediéndola a la que servía de diadema al Sol. Contemplóla la espaciosa frente y encumbrola luego al atributo de cielo cuando está sin los lunares de sus estrellas. Suspendiose en las imperiosas cejas, que luego se le figuraron dos divinos rasgos que dejó la artífice Naturaleza para dar a entender ser ella quien hizo aquel general arrobó. Elevose, o, por mejor decir, perdióse en los ojos, y aquí ni supo a qué compararlos, no a qué excederlos, porque su fuego, no templado al modo común, sino a lo tirano, dando de sí resplandores no dejaba discursos que obrasen ni entendimientos que se luciesen.

No digo que fuera tan hermosa Elisa, pero pareciósele a don Fernando; que hay mucha diferencia, y más en el amor, del ser a parecer. Considérese, con tantas flechas, cual se debió poner el corazón de don Fernando. Mas ¿qué es esto? ¿Nunca había visto a su hermana? ¿Jamás tuvo noticia de su belleza? Y ¿no pudo echar de ver que no era tanto como imaginaba? Mas ¿qué le queréis? Mírola con amor, y aunque fuera menos bella le pareciera la diosa adorada en Chipre.<sup>99</sup>

Pero digámosle a don Fernando que recate los ojos y aparte la vista de tan mortífero basilisco,<sup>100</sup> que en el camino del amor quien cierra los ojos no tropieza, y tropieza quien los abre; si bien ya no hay remedio, que la voluntad, que es ciega, le gobierna. Y así, en fe de la que ya pasaba de voluntad la tomó una de sus blancas manos con escusa de llevarla a ver en el cuarto suyo un curioso retrato que había mandado hacer de ella misma a un gran pintor para mejor contemplar lo que adoraba sin los estorbos de los rayos de los ojos que cual soles deslumbraban los suyos. Fue el tocarle<sup>101</sup> la mano para don Fernando lo mismo

---

<sup>96</sup> Hija de conde don Julián, fue violada por el último rey de los godos. En castigo de tal fechoría perdió su reino por la invasión de los moros (llamados por el Conde), que le derrotaron en la batalla del río Guadalete.

<sup>97</sup> Orig.: 'este' (32).

<sup>98</sup> Aquí, en el reclamo al pie de la p. 32, observo una diferencia entre ejemplares: en unos se lee 'quan' y en otros 'que'.

<sup>99</sup> Venus.

<sup>100</sup> Animal mitológico, entre gallo y serpiente, que vivía en los desiertos y mataba con sólo la mirada.

<sup>101</sup> Orig.: 'tocorle' (33).

que agotar el que bebe veneno toda la ponzoña al vaso. Enamorose, en efeto, de su querida hermana, con tan arrebatada determinación, que desde entonces entendió hacerle del galán.

Salía de casa al anochecer y discurría la calle de su dama quitando con la espada los estorbos todos de los antiguos amantes; que ya que el honor no le hizo valiente, hízolo el amor. Y una noche que, idolatrando los balcones de su casa porque tal vez gozaban de Elisa, salía ella para hacer oficio de Luna hermosa, la dijo así el determinado mancebo:

—Yo soy un caballero de esta ciudad, noble, y por el nombre sabréis si lo soy: llámome don Pedro Ponce. Estoy tan enamorado de vuestra divina belleza, que no sólo he propuesto el adoraros, sino, como otro Alejandro, romper con la espada los ñudos<sup>102</sup> que en los otros amantes me estorban arrobarme en vuestra venerada hermosura. Y esto será de aquí adelante con mayor ufanía si sé que tenéis gusto de que me coronen vuestros soberanos favores; aunque por el recato del vulgo y de la ciudad, y por que no den en quién es el que de noche les estorba sus glorias y guarda vuestras ventanas, de día me retiraré a sentir vuestra ausencia y de noche acudiré a ser Endimión<sup>103</sup> de tan divina Luna, no fiándome tampoco de criados, pues supongo que por leales que sean implica con ellos el silencio. Esto dado hasta que al vínculo del matrimonio rindamos la cerviz.

En extremo agradó el galán a Elisa, y más el recato que prometía, porque, como escarmentada, se guardaba de que su hermano supiese de sus entretenimientos.<sup>104</sup> Prometió favorecerle con tal que ablandase con el tiempo y con finezas la dureza de su recato; y esto con presupuesto del matrimonio, que, de otra suerte, ya estaba bien advertida de lo mucho que prometían galanes y lo poco que cumplían. Que estuviese cierto que él solo sería el único blanco de sus potencias y el norte de sus deseos. Y porque era ya muy tarde le pidió licencia para recogerse. Despidiose don Fernando sumamente enamorado de ver el progreso de su amor, y rodeando la calle se entró a costar en la misma casa de su dama y hermana, lo que hacía siempre. Elisa, presupuesta ya la lealtad que había de guardar al nuevo objeto de sus gustos, empezó a dar de mano a todo lo que no parecía su imaginado don Pedro. Parecíale discreto y representábasele galán y valiente, cosas que, como era entendida Elisa, con realces la enamoraba cada día.

Tenía amistad estrecha don Fernando con el verdadero don Pedro, y tanta, que no se vestía gala don Pedro que no la vistiese don Fernando, ni color que no lo fuese de ambos. Y así, fácilmente engañada la dama, vistiéndose sus colores don Fernando, las vestía don Pedro y ella juzgaba que eran finezas de su amor. Así, en los torneos, en las cañas, en los toros y en todo donde concurría la

---

<sup>102</sup> Según la leyenda, Alejandro Magno fue retado a desatar el nudo del carro de Gordio para hacerse con el reino de Frigia y de toda Asia. Alejandro simplemente lo cortó de un tajo con su espada.

<sup>103</sup> Enamorada del pastor Endimión, Selene pidió a Zeus que le diese vida eterna y toda la noche le contemplaba mientras dormía.

<sup>104</sup> 'entreni-|mientos' (34).

nobleza, iguales en colores iban don Pedro y don Fernando, y lo que en aquél era pura amistad en éste era solapada<sup>105</sup> malicia. Y como don Pedro reconocía como hermana de don Fernando a Elisa, galán la veneraba y festivo la aplaudía, cosa que ella torcía a su pensamiento. ¡Oh, cuán ajenos de la verdad estaban todos!

Sólo don Fernando era la fragua donde se forjaban todos estos enredos, que como tenía el fuego tan dentro de su casa y lo iba también a buscar fuera es poca comparación decir que su pecho desafiaba los ardores del Etna. En la mesa vía a su hermana, en los retretes, en las salas y en todo cuanto miraba le cebaba los ojos para nuevos deliquios<sup>106</sup> de amor el divino rostro de su querida Elisa, y aunque ella no estuviera delante, estaba tan llena su memoria, que cuando más solo más le tenía presente. Y para manifestar más de veras sus tormentos inevitables, una noche que supo de la boca de Elisa que la siguiente había de hacer compañía a Estela, prima suya, hermosa y noble, le prometió que iría debajo las ventanas de su casa a cantarle sus sentimientos. Agradecióselo Elisa, y don Fernando dando la letra a su amigo don Pedro contándole que tenía amores con Estela, le obligó a que se le cantase, que decía así:

Selvas, no os convoco ahora,  
 pues que no tenéis oídos.  
 No os llamo tampoco, bosques,  
 que no es mi amor para riscos.  
 Para la gloria que alcanzo,  
 para el gusto y gozo mío,  
 discretos oyentes quiero  
 que admiren lo que aquí pinto,  
 y aunque serlo presumís  
 por el silencio sombrío,  
 sois en efeto villanos,  
 y de vosotros no fío.  
 A vosotros sí, que al alba,  
 dulces de amor cupidillos,  
 saludáis con consonancias  
 y enamoráis<sup>107</sup> con los picos,  
 mis dulzuras manifiesto,  
 mis alegrías publico:  
 manifestadlas también  
 y publicadlas conmigo.  
 De aquella hermosa zagala,  
 de mis sentidos prodigio,  
 de mis potencias arrobo,  
 y blanco de mis suspiros,

---

<sup>105</sup> Orig.: 'solopada' (35).

<sup>106</sup> Arrobamientos, éxtasis.

<sup>107</sup> Orig.: 'anomorais' (36).

depuesto el duro desdén,  
 ya<sup>108</sup> sus claros soles miro,  
 (que desde mármol a nieve  
 ya hay espacios infinitos).  
 Ya dice que soy su Sol,  
 y de mis rayos no tibios  
 gusta de ser abrasada:  
 veneradla pajarillos.  
 Ya con belicosa paz  
 la palma da a mis martirios  
 ángel de nieve y de fuego:  
 dulce festejadla, amigos.  
 ¡Oh secretos de amor, oh prodigios,  
 que cristales derriten, que ablandan riscos!

Sumamente dio gusto a Estela el músico, y no sé si la letra. De Elisa no hay que decir, porque desde entonces con mayores veras dedicó el alma a su imaginado don Pedro. Al cual pidió Estela cantase alguna otra letra, pues la destreza de su voz daba licencia para dar por bien logrado cualquier atrevimiento. Hízolo don Pedro de lo primero que le vino a la memoria, que acaso fueron estas dos décimas, que parecían cortadas a la medida del amor secreto de don Fernando:

Mi desdicha es la mayor,  
 pues, puesto en la mayor dicha,  
 se vuelve en mayor desdicha,  
 siempre de mal en peor.  
 En mi gloria está el dolor,  
 en mi bien está mi mal,  
 y con pena desigual  
 mi daño está en mi remedio;  
 de suerte que sólo es medio  
 el morirme de inmortal.  
 Si la gloria, si el contento,  
 está entre daños mayores,  
 como el áspid entre flores  
 se disimula mi aliento.  
 Ni vivo de lo que siento  
 ni lo que padezco lloro;  
 ni me entiendo ni me ignoro:  
 sólo sé que quiero bien,  
 y que quiero bien a quien,

---

<sup>108</sup> Orig.: 'i a' (36).

cuando mía, ajena adoro.

Gratos hacía estremos la agradecida Elisa a su suerte, encareciendo lo mucho que había granjeado en las altas partes de su galán (que la música eleva los sentidos con gracia particular y da por verdadero sentimiento lo que se canta, aunque se dice cantando). Llamolo dándole parabienes graciosos de la voz, y don Fernando dejando en centinela a su amigo don Pedro, fue a recibir favores de su dama, no escasos, pues se midieron de palabra con su amor.

En estas cautelas pasaba los días el imitador de Amón,<sup>109</sup> y los dejaba pasar así para ver si el tiempo destruiría aquel mal nacido amor de su pecho; mas ¿quién vio remediarse un amor con la causa tan presente? Mal le parecía a don Fernando lo que intentaba, que la razón tal vez llegaba a alumbrarle el entendimiento; pero servía de poco, porque el viento de la voluntad, cuando hace navegar en popa en el mar de sus desatinos al alma extingue la luz de todo buen entendimiento. Y ya reconocía que si no hacía ausencia era imposible el olvido de la peregrina hermosura tan por su mal mirada.

Intentábalo en una casa de recreo que tenía muy cerca de la ciudad, pero allá le daban arma más que de prisa escuadrones de celosos pensamientos; que como miró a Elisa algún tiempo algo libre en las mudanzas, lo mismo imaginaba entonces. No le contentaba la música dulce de los diestros pajarillos, no la vista de los retorcidos y frondosos árboles, no la corriente apacible de un músico arroyuelo que por lisonjear algunas flores hacía carreras por el prado<sup>110</sup> como jinete galán.

Aunque subiendo por lo alto de un valle en busca del nacimiento de una fresca fuente vio casi entre el corriente vidrio de ella una hermosa zagaleja que se quejaba a sus inquietos cristales de que su hermosura no bastaba a enamorar un ingrato pastor causa de sus ansias. Pareciéndose bien aun ella a sí misma, y con ser verdad que algún día él estuvo enamorado de ella, unos ojos verdes de otra pastora más venturosa, no más bella, se lo hurtaron, y a él los sentidos: cosa que le hacía dar gritos por aquellas selvas. Aunque en parte, con el empleo que pensaba hacer de otro pastor, si no tan galán como su perdido zagal, más amante de sus donaires, mitigaba su llanto y recogía sus malogradas perlas.

Notó el remedio don Fernando, y sin quebrar el hilo de sus lágrimas a la donosa zagaleja (que no es piedad interrumpir lágrimas de amor, pues, siendo cada una un globo de fuego, cada una que sale alivia el pecho de aquel inexplicable tormento) volvióse a la quinta, y de ella a la ciudad, en donde quiso enamorarse de su prima Estela; mas amor, que tiene el particular gobierno suyo en la tiranía, ni deja, a los que quieren, enamorarse, ni a los que no quieren permite que no se enamoren. ¡Oh razón de estado la más tirana de cuantas tiene la política de esta monarquía!

---

<sup>109</sup> Amnón, primogénito de David. Enamorado de su hermanastra Tamar, se fingió enfermo para atraerla a su habitación y la violó.

<sup>110</sup> Orig.: 'grado' (37).

Lleno estaba el pecho de don Fernando de las altas prendas de su, al parecer, divina hermana. No bastó cuanto intentó para borrarla de los bronces de el alma, pues guarda las ideas tal vez más de lo que se quisiera. Favoreció Estela con llaneza de primo, y él con la misma tibiamente proseguía, más por ver si era bastante a detestar el retrato de Elisa que por su hermosura. Mirábale los ojos, y aunque los hallaba atractivos, pero no tan en el sumo grado que en Elisa experimentaba; consideraba las rosas de las mejillas, mas hallaba diferente púrpura en las de su hermana, y las flechas que de los arcos de sus cejas despedía Estela no le picaban<sup>111</sup> tanto de mucho como los que vibraba la sin par Elisa. En fin, tras poco tiempo de proseguir con Estela y de no faltar a las noches a la calle de Elisa se cansó de la primera, no por necia ni por fea, y prosiguió más desatinadamente con la segunda, por más querida de sus potencias. Y para más abrazarse de una vez en las llamas de su torpe amor le dijo desde la calle a la ventana estas palabras:

—Bien imaginaréis, divina señora, que lo que voy a decir ahora es efecto de mi amor, que se canse de conquistar las almenas de vuestro recato; y no será así, porque os adorará siglos sin más interés que la gloria de miraros, que no es poco premio del Sol dejarse mirar sin ofender a quien lo mira. Mas ya sabéis que amor sin la posesión es muerte del alma, y pues decís que amáis, no quiero yo, dueño mío, veros morir a manos de una esperanza en duda. Yo deseo nuestro desposorio, y pues sabéis la amistad que tengo con vuestro hermano, yo se lo pediré y fío que veremos presto logrados dulcemente nuestros amantes pensamientos.

A gusto respondió del amante la engañada Elisa, y medía las horas ya con sus deseos, como si ellas pudieran volar como ellos; y el enamorado don Fernando, más puesta la mente en su gloria, más arrebatado a su cielo (todo esto imagina un amante en lo que ama, y aun más) mayores enredos urdía a su pecho doble.

En este tiempo sucedióle un caso no esperado: era patrón el mayorazgo de su casa de una insigne capellanía, que por ser de tanta importancia la libraba en los de su linaje. Murió el que la tenía, y por que no se perdiera tan gran caudal trató don Fernando mudar de hábito, no sé si para ver si trocaba costumbres; en particular que, pues sus amores no eran para lazos de matrimonio (tal estaba de ciego su entendimiento, pues entendía que ya no podía otra ninguna belleza desarrobar sus enamoradas potencias), nada le impedía para proseguirlos.

Trazolo, pues, consigo y con su hermana, oráculo de sus movimientos, que por estarle tan bien<sup>112</sup> como quien pensaba que había de heredar el mayorazgo (por ser el otro hermano, llamado don Baltasar, ilegítimo) estuvo fácilmente de su parte, pesándole de su determinación a don Fernando, como si Elisa supiera que él era su galán. Y apenas lo hubo consultado cuando, a pesar del novelero vulgo, que se admiraba, y de don Pedro, que se lo reñía, y de su mismo natural,

---

<sup>111</sup> Orig.: 'picava' (38).

<sup>112</sup> Orig.: 'tambien' (39).

que no le inclinaba al estado, un día amaneció con ornato y hábito clericales (no sé si solamente porque comprometió en el gusto de su querida hermana) y en prosecución de su pensamiento se ordenó de órdenes menores<sup>113</sup> deseando los mayores, lo que no permitió el Cielo por ser muy sabido que era hijo de padres judaizantes y por tales castigados; aunque la fama también publicaba serlo de cristianos nuevos de los que salieron de Granada, y por estos dos feos lunares no pudo conseguirlo. ¿Quién dijera aquí que, reconocida la bajeza de su alma, enlodada en el cieno de tan torpes pensamientos, no había de repudiar tan opuestos imposibles y cortar las raíces de aquel cáncer que tan en el último esfuerzo le puso el corazón? En nada reparó el profano don Fernando, antes no faltando a su ordinario galanteo, un día le dijo a Elisa, después de haber comido, con gravedad de hermano mayor:

—Hermana, ya veis el estado a que me ha llamado Dios; y aunque aquí no puedo ordenarme, pasaré a Roma para conseguirlo, con que vos gozaréis más dilatado mayorazgo. Ya, pues, es tiempo que descansen mis cuidados, que sólo en vos puestos tendrán su justo sosiego como deis la mano a don Pedro Ponce mi íntimo amigo, que dice él gustaréis vos de enlazar en lazos del santo matrimonio vuestro marfil con su mano, cosa que ya en vuestros ojos días ha he leído. Por eso dadme vos el sí para que yo gane más aventajadas las albricias.

Duplicadas las diera la enamorada voluntad de Elisa si se las pidieran. Mas si supiera el fingido cocodrilo que blando la halagaba<sup>114</sup> y cruel preparaba sus garras, sin duda huyera las riberas lisonjeras del Nilo que pisaba. Graciosamente le dijo que su obediencia salía a todo: sólo pasase por su mano, pues le tenía a él en lugar de padre, lo que tuvo por lisonja don Fernando. Y así, a la noche, el vario Proteo<sup>115</sup> se vio con su dama haciendo el papel de don Pedro, donde se dieron los parabienes de sus cercanas alegrías.

En este estado andaban amores tan viciosos cuando le pareció a don Fernando que ya tenía hecha toda la traza para la<sup>116</sup> consecución de sus últimos pensamientos, y así, después que él mismo dijo a su hermana que se difiriesen las bodas para de allí a un mes, pues habían de ser con el aplauso debido a tan nobles contrayentes, le habló desta suerte una noche:

—Soberana señora, ¿es posible que un mes he de estar sin gozar las soberanas y altas prendas de vuestra beldad? Eso es rigor de mi fortuna y de vuestro hermano, el cual si supiera el infierno de las esperanzas de un amante, yo sé que apresurara más el tiempo. Mas vos, querido dueño mío, podéis remediar esa tardanza haciéndome glorioso con vuestra altísima y encumbrada belleza. Y cuando vuestro hermano nos halle ¿qué hay más de culpa sino habernos anticipado a sus prevenciones enojosas?

---

<sup>113</sup> Ecluyendo la tonsura: ostiario (o portero), exorcista y acólito.

<sup>114</sup> Orig.: 'alegava' (40).

<sup>115</sup> Proteo tenía el don de la profecía y la obligación de responder a quien le preguntase. Para evitarlo gustaba cambiar de apariencia y así no ser reconocido,

<sup>116</sup> Suplo 'la' (40).



Estas y otras razones le supo decir, con tanto acierto, que como si fueran balas flaqueó el homenaje<sup>117</sup> de la constancia de Elisa a su poderosa batería, y señalándole para fin de sus amantes desvelos la siguiente noche, tremoló de don Fernando el estandarte sobre la desmantelada fortaleza. Parecióle, en tanto, lo que a los demás amantes: que tardaba la noche. Llegó en fin; tirole una escala (que la hurtó del mismo ladrón que la subía a hurtar la mejor y más estimada prenda para nueva y eterna infamia de todos ellos). No faltaron sombras y horrores con que la divina justicia le amenazaba el castigo de tan horroroso delito, mas si estaba ciego o sordo poco o nada reparó en aparentes amenazas. Mató las luces Elisa (y claro está que tan feo caso aun no era justo que tuviera sombra de luz); gozó finalmente el infame caballero de su deseada hermana; y no como el hijo de David topó en lo atroz del delito y en la suciedad de lo que antes juzgaba gloria y belleza suma, antes en mayor incendio revoleaba el alma imaginando proseguir la ya no conquista (aunque soberana a su gusto), sino posesión amada.

Pero, sin embargo, pasó don Fernando lo más de la noche en desvelos, fingiendo que dormía a ratos, causa de que también Elisa imitase su amante falaz, hasta que el alba, entre pavesadas de sombras y púrpuras mal labradas, salió a despertar los mal prevenidos amantes, si bien en don Fernando este sueño era cauteloso desvelo. Y desalentada la dama de que el día fuese testigo de su amoroso delito iba a dar quejas amorosas a su galán previniéndole el haber de estar escondido todo el día cuando (por entrar la luz por una vidriera) en vez de hallar a don Pedro en la cama halló a su hermano don Fernando. Quedó helada de la no imaginada desventura; iba a dar voces, pero ni pudo ni le dio lugar el violador hermano, que, deteniéndola, le dijo desta suerte:

—¿Dónde vas, soberana encantadora? Mira a qué fines me conduce la divina violencia de tus ojos: yo soy tu amante dos años ha; yo soy aquel don Pedro que te hable de noche; yo quien te daba músicas, cantaba versos, enternecía bronce, ablandaba mármoles, todo a gloria de tu nombre. Yo soy quien sobre las aras de tu respeto sacrificué amorosos pensamientos, víctimas debidas a las soberanas plantas que han pisado mi altivez tantas veces. Yo soy el que, llegando finalmente a abrazarme a tu hermoso sol, no son ya mis pensamientos efímeras<sup>118</sup> de un<sup>119</sup> deseo, sino salamandrias<sup>120</sup> eternas de la posesión. Si quieres que prosiga en ella misma, aquí más enamorado, más rendido y más bien ganado, que no perdido, por tu divina hermosura; o, si no, diré que me quieres dar la muerte, vengativa de que no fue don Pedro el que llegó a asaltar cielos tuyos y glorias mías, y así moriré de dos males: del de tus desprecios y del de mis celos.

---

<sup>117</sup> La torre del homenaje era la construcción principal de la fortaleza y el último bastión de los defensores.

<sup>118</sup> Fiebre de un día.

<sup>119</sup> Orig.: 'uu' (42).

<sup>120</sup> De la salamandra se creía que era capaz de soportar las brasas del fuego.

—Merecías, ¡oh engañoso hermano!, lo primero que dijiste, por haber cometido tal maldad con una hermana y por haber engañado así a una doncella con imposibilidades tantas. Mas, ya que es hecho, por vida de tus ojos que no me pesa —aquí entra el delito de Elisa—, porque eres a los míos galán por extremo y te conozco discreto, no presumido. Pues quieres que así vivamos, vaya; que pues ha sucedido lo más bien puedo pasar por lo que es menos. Pero atiende a que no enamores más a mi prima Estela, porque llevo mal los celos, y es más que cierto que quien atropelló los respetos de hermana, con mayor facilidad dará al través con los pundonores de prima.

Prometióselo don Fernando, contento de verla apasionada.<sup>121</sup> Mas no haga caso de eso, que de su ejemplo puede sacar qué tal le saldrá la firmeza que le<sup>122</sup> promete Elisa; porque si amaba a don Pedro y su pecho estaba lleno de ideas de su persona por las cuales le regía amor, ¿cómo tan presto se trocó en don Fernando, sin embargo del horror del delito atroz?

Prosiguieron en su torpe amor cuanto escandaloso, no al mundo, porque era estraño el recato, y siendo verdad que amor es difícil de encubrir, lo encubrían con suma cautela sino a los Cielos y elementos, que sufrían, aunque con pesar, semejante torpeza. No había fiesta en que no codiciase don Fernando llevar a alegrar<sup>123</sup> a su Elisa, ni gala salía con que no la sirviese ni asomaba palabras de algún deseo que no fuera imperio y precepto en don Fernando, con que uno y otro hacían poco caso de los reveses que suele dar aun el mismo amor. Dejémoslos en este estado, que ya baja<sup>124</sup> la roja espada de la justicia divina airada y fulminante contra ellos.

Don Baltasar, que a la sazón se hallaba en la casa de campo, era de natural muy distraído, y por ciertas pependencias ocasionadas de sus inquietudes vino a vivir en casa de su hermano don Fernando, pero no salía mucho della. Era el dicho don Baltasar muy diestro músico y adornado de cuantas habilidades ilustran una juventud bien educada. Algo reparó en el hermano Elisa (principio de otro precipicio), y empezó a mirarle con cuidado, o mejor, a desviarse de mirarle, por que no le ocasionase lo que a don Fernando. Pero como es frenesí amor, y niño, en el punto que Elisa quiso retirarse se halló enferma de no beber con los ojos el veneno del alma y descontenta de quitarse a sí misma su mayor contento, con que dio licencia a los ojos para mirar; y como en la Troya del alma sólo en abrir los ojos hay bastante portillo para introducir fuego amor, hallose con tanto en un instante, que quiso despedir el alma por ociosa, puesto que no ella, sino el fuego introducido la informaba. Enmudecíale la vergüenza de la torpeza, y como es calentura amor, del no salir a la boca en breve se sintió mala, a cuya enfermedad acudió don Fernando. Mas no era él ya el medio de su salud.

Acudía también don Baltasar, y sólo con su vista daba motivos de vida a sus desmayados espíritus, de suerte que dentro de un mes convaleció Elisa tanto, que

<sup>121</sup> Orig. 'apassionda' (42).

<sup>122</sup> Orig.: 'lo' (42).

<sup>123</sup> Orig.: 'elegrar' (43).

<sup>124</sup> Orig.: 'baua' (43).

llegó otra vez la púrpura hermosa a sonrojar sus mejillas. Diose parabienes don Fernando, y Elisa pidió a don Baltasar celebrase su salud con algunos versos, pues sabía de sus gracias que no le podía faltar la de la poesía, y él dando a entender que ya se había anticipado su voluntad a hacer esta diligencia, ausente su hermano cantó así, aunque dio a entender era para otros fines:

Deidad hermosa, en buen hora  
 en forma de serafín  
 des pompa al mayo florido  
 y majestad al abril.  
 En hora buena los campos  
 te deban su carmesí;  
 las plantas, la alma que asoman,  
 y las flores su ámbar gris.  
 Norabuena como a Sol  
 dores con bello matiz  
 por honesta a la azucena  
 y por cándido al jazmín.  
 En hora buena el favonio  
 con aura toque sutil  
 los eliseos de tus labios,  
 por que después llegue a mí.  
 Y en hora buena rosaura,  
 el eclipsado rubí,  
 sangrienta rosa amanezca  
 y púrpura en flor de lis.  
 Celosas están las flores,  
 y la violeta infeliz  
 su azul guarnece con oro,  
 yo no sé para qué fin.  
 Si no es que, como la esmaltas,  
 más noble viste telliz<sup>125</sup>  
 que estás honrándola en darla,  
 aunque esos dones no a mí.  
 ¡Oh, cuánto intenta la rosa!  
 De furor blanca la vi.  
 Puntas despacha en tu busca,  
 ¡qué celoso frenesí!  
 El clavel, pues no te alcanza,  
 corrido por verse así,  
 inclina lánguido el cuello,

---

<sup>125</sup> Cubierta, colcha.

que se venga con morir.  
 Mal contentadizo un lilio,  
 verde calza borceguí,  
 que, ausente de tu belleza,  
 replica para otro abril.  
 Deja el narciso un arroyo  
 cansado de verse allí,  
 que su belleza ha trocado  
 por ver tu rostro gentil.  
 Tres jilguerillos acordes  
 haciendo un laurel atril,  
 al triunfo<sup>126</sup> de tus vitorias  
 dulces cantaron así:  
 Florecillas, si os mata la envidia,  
 la envidia infeliz,  
 narcís sea vuestra belleza,  
 belleza, y mayor, la de mi serafín.

Sumamente dejó enamorada y contenta la gracia con que cantó esta letra don Baltasar a Elisa, y él, que de su natural era antojadizo, dio en decir ternezas a la hermana, que las halló más admitidas de lo que fuera justo, porque las repetía y celebraba más de dos veces en su alma, y fuera della a oídos del mismo don Baltasar. Por otra parte, ya le iba desagradando don Fernando, o por su gusto sólo o porque todo lo nuevo aplice, o porque era natural en su liviandad la mudanza o porque quería reconocer nuevo dueño: todas estas intercadencias y más hallará quien tomare el pulso al amor.

Conocía en los ojos de Elisa don Baltasar todas estas mudanzas (que aun el rostro no sabía encubrir pensamientos del pecho), y como ya de atrás llevaba dañada la voluntad desde que ordenó a su hermano la sacase del convento, no faltando desde entonces con mayor afecto a visitarla y asistirle (siempre es muy antiguo un mal deseo), le vino como deseaba, o a lo menos tuvo motivo para dar nueva a pensamientos que, en naciendo, era fuerza muriesen en un pecho noble y cristiano, y así, en cuanto podía daba a entender su apasionada voluntad, que le supeditaba tan sin piedad los sentidos. Apurábase en los divinos ojos de su hermana, y ella se remiraba en los suyos, de suerte que, como andaban los dos todos en una casa y en unos deseos, fue fácil, pues estaba la materia tan dispuesta, prender fuego más que deshonesto en los dos amantes; porque un día que para apoyo de su pensamiento disculpaba el amor de Mirra<sup>127</sup> y Semíramis<sup>128</sup> probando que, como la hermosura es una dulce tiranía, no reparaba mucho el amor en los sagrados del parentesco, de que daba en todas las edades ejemplo, finalmente le vino a decir que así estaba él por su divina hermosura, sin que le

<sup>126</sup> Orig.: 'triuufo' (44).

<sup>127</sup> Madre de Adonis. Según la mitología, cometió incesto con su propio padre.

<sup>128</sup> La leyenda le atribuía relaciones incestuosas con su hijo Ninias.

amortiguase un punto aquel amoroso incendio el considerar muerta a una y otra en brazos del furor de los que amaron, la ofensa que hacía a las leyes de la Naturaleza y, lo que más era, al Cielo, que todo lo miraba.

Vergonzosa es la mujer sobre todo cuanto puede ser; pero en el punto que deja perder esta estimable joya no hay desvergüenza tan descollada que se atreve a medir los hombros con la de la mujer. Oía Elisa a su nuevo amante con más afecto que si fueran sus palabras los acentos del músico de Tracia,<sup>129</sup> y cuando halló tan admitida su voluntad secreta, en premio le echó los brazos al cuello encareciendo lo uniforme de las almas suyas y prometiendo ser suya a pesar de los tiempos, sin doblar sus potencias a cosa que no fuese muy del gusto suyo. Con que, sin decirle, bien se podrá imaginar la horrenda maldad que duplicadamente cometían, porque todo se lo entregó con tal que de noche no tratasen de sus amores, por lo que podía suceder.

¡Que haya quien pueda persuadirse a la correspondencia de dos hermanos tan solapadamente! ¡Ay, miserable Elisa, en qué despeños tan inevitables te has puesto! Cumplía con don Fernando por la costumbre y adoraba a don Baltasar por el amor. De día lo pasaba con éste y de noche sufría los abrazos de aquél. Había de andar entre un infierno de temores, recatada la vista para aquél y el otro, favoreciendo al uno y despreciando en su pecho al otro; pero, en fin, los dos eran el objeto de sus desatinos, y ellos andaban tan ciegos que no echaban de ver (siendo así que no hay cosa que sea más difícil de encubrir que amar) los ambiguos favores y las falsas finezas de la traidora hermana.

Aquí comenzó el Cielo a dar principio al castigo viniendo a reconocerse (si bien ignoraba de cuál de los dos) que estaba preñada. Aquí comenzaron las penas, las congojas, el afligirse y el atormentarse Elisa. Ya imaginaba que uno o otro hermano por fuerza, para desmentir el amor y la conversación había de hacer sentimiento, porque, a buena ley, aunque todos podían callar, por hallarse todos interesados, pero viendo el uno que el otro hermano callaba, forzosamente había de sospechar mal de su silencio, y por consiguiente venir a rastrear la verdad, si bien cada uno en sí tenía la disculpa del otro. Sola la infeliz y apasionada dama no la<sup>130</sup> hallaba de sus alevosos<sup>131</sup> pensamientos y obras, y así, tal vez le parecía que uno de los dos le traspasaba el pecho, o de declarados celos y agravios o de enojos; tal vez deseaba que fuera víbora lo que alimentaba en sus entrañas, que antes de salir se las partiera y quedara sin vida,<sup>132</sup> tal vez le pesaba de no haber hecho diligencias para abortar, pues menos mal se le seguía a ella.

Entre estas dudas se atormentaba y entre estas penas que le acarrea<sup>133</sup> la culpa se afligía, y en vida tiraba gajes de condenada en sus tormentos. Si bien tal

<sup>129</sup> Orfeo.

<sup>130</sup> Orig.: 'lo' (46). V. la n. siguiente.

<sup>131</sup> Orig.: 'alevosas' (46). V. la n. anterior.

<sup>132</sup> Se creía que, tras ser fertilizada del macho, la hembra lo mataba, y que posteriormente moría por la violencia del parto.

<sup>133</sup> Orig.: 'acrea' (47).

vez se los aliviaba ella misma en la imaginación de que podía el tiempo y el recato sacarle de sus congojas, pues le parecía fácil no echarlo de ver sus hermanos amantes; o, si no, decir a don Baltasar, como a más amado de su pecho (aunque no sé si más amante, que parece que nunca se corresponden igualmente en los amores los amantes), que él era el cómplice de sus desdichas y el autor de su preñado, para que con debido silencio diese vado a sus pesares y feliz avió a sus peligros. Mas esto último, que por ventura le sacara deste laberinto, intentó por último remedio y más no poder: siempre nuestra voluntad abraza lo menos útil, y quien ha de tropezar, de ordinario tropieza en lo peor.

A don Fernando, según algunos efetos que en Elisa, como a espejo de sus gustos, miraba, le parecía que debía estar preñada, y tal vez se lo preguntó, de que ella le deslumbraba fingiendo melindres de opilada<sup>134</sup> (general excusa de algunas), bien que el rostro, claro índice de los secretos del pecho, daba harto que sospechar. Y él, si bien por una parte diera mil albricias por esperar propincuo retrato de lo que idolatraba, por otra sentía lo que podría sospechar su hermano si acaso reparase, como él mismo, en los accidentes que en Elisa miraba. Aunque esto bien fácilmente lo hallaba remediado en su mente.

Don Baltasar, que también (y con más razón, si el amor recíproco es más eficaz causa de la generación) se sospechaba causa de aquel efeto, con no menores temores andaba vacilando, y viendo que le negaba Elisa lo que manifestaban los accidentes que miraba y lo que con callar casi también le había dado que sospechar su misma hermana, andaba buscando cómo desenvolverse de su hermano hasta que sacase al mundo Elisa el fruto que llevaba. Fabricaba un enredo y salíale mal allá en su misma idea. Volvía a forjar otro, pero los fines de todos le desazonaban los principios que le prometían feliz avió<sup>135</sup> en lo que intentaba. ¡Oh, qué martirios tan desapiadados para todos! ¡Oh, a qué fines les lleva este desatinado amor!

Ordenó, pues, para más vivo remedio don Baltasar que cuatro valientes, destos de quien se dice que son hombres de hígados (y lo creo, porque es lo mejor que ellos tienen), a cierta noche, cuando llegase a entrar en su casa don Fernando (dando a entender era un caballero con quien había tenido palabras pesadas) en las hojas de las espadas le intimasen la muerte a letra vista, si no es que por no andar por las ramas usasen de algún pistolete, arma criminal e invención diabólica cuanto ejecutiva. Prometiéronlo los piadosos valientes sin cólera, pues así matan sin ella como con ella, al que lo pedía, que era el mismo don Baltasar encubierto, y dándoles la mitad del salario se volvió a su casa a aguardar el efeto. Mas al entrar de ella halló a don Fernando alborotado y con una carta en la mano en que de parte de un tío suyo, que por una gran enfermedad decía estar al cabo, le enviaba<sup>136</sup> a llamar y a recoger toda su hacienda, que le tocaba.

---

<sup>134</sup> Que sufre retraso en la menstruación.

<sup>135</sup> Orig.: 'avía' (47).

<sup>136</sup> Orig.: 'embia' (48).

Había tres o cuatro días que fingía don Fernando estar muy indispuerto (como quien por aquí ponía en su punto la trama), y así, en fe de su indisposición suplicó al hermano partiese al otro día a despedirse del tío y a recoger lo que le dejaba en testamento si moría. No resistió don Baltasar, imaginando que con la muerte de don Fernando forzosamente había de cesar su ida (que ya le tenía odio mortal pues le miraba como a sobrecejo, ofensivo de sus glorias). Fuese, con todo, a pasear por la ciudad y a una casa de juego: jugó, perdió y picose, y acabó, ya de noche, de perder el dinero que llevaba. Mohíno, pues, fuese hacia su casa, y sin imaginar que aquella era la noche en que tenía ordenado fuese la última de don Fernando se halló en medio de los cuatro concertados valientes, que, embistiéndole juntos, le dieron harto bien en que entender; aunque huyeron presto, porque dando a don Baltasar una pequeña herida, juzgándola él mortal gritó confesión, a cuyas voces sacaron luces y entraron al herido en su casa.

Quedó absorto don Fernando de la desgracia de don Baltasar, y Elisa, como amante y como quien tenía herida el alma en la pequeña de don Baltasar, casi llegó a desmayarse. Desnudáronle y hallaron que era más el susto que el peligro. Preguntóle su hermano qué desgracia había sido aquélla, y él dijo que cuatro hombres le quisieron quitar la capa, cosa que estaba mal a su brío, pues la defendió, bien que por poco le costara cara la defensa. Maldijo de secreto a los ladrones don Fernando porque le impedían a don Baltasar la ida, y si él supiera el caso los maldijera porque no le quitaron la vida.

Con esto ya se quedaba en casa el hermano herido, porque, aunque la herida no era peligrosa, pero ya era manifiesto que no se pondría en camino, cosa que don Fernando sentía como a tropiezo de sus intentos, pues había escrito al tío que para apoyo de los suyos le detuviese un mes a don Baltasar. El cual viéndose así, casi echaba bendiciones a los que le quisieron matar, pues por lo menos ya no moría a manos del mal de ausencia (que en el amor todo se reputa por menos mal), antes imaginó que forzosamente don Fernando había de ir a la cobranza de la hacienda, y así, le dijo una tarde:

—Aquellos capeadores fueron causa, hermano amado, de no poner yo en ejecución vuestro mandamiento, lo que siento más que el alma. Mas, pues es forzosa la asistencia de uno de nosotros dos, ya veo que os habéis de ir, cosa que me lastima más que la herida. Pero, pues no puede ser menos, suplicoos vengáis presto a vuestra casa.

—No, hermano. No os lastime mi ausencia —dijo don Fernando—, porque yo he hecho<sup>137</sup> un procurador; que no es justo que por cobrar una poca de hacienda os pierda a vos dejándoos en manos de vuestro peligro.

Y haciéndose mil solapados cumplimientos uno y otro quedaron en que ninguno de los dos dejase su casa, pesándole a cada cual por lo que podía suceder si acaso de allí a algunos días pariese Elisa, cosa que ella encubría todavía, sin duda para su castigo.

---

<sup>137</sup> Designado.

Estaba, pues, don Baltasar casi bueno ya de su herida una noche, cuando a deshora oyó gritos y voces en el cuarto de Elisa, y lo mismo don Fernando. Corriendo ambos a ver lo que podía ser, y llegando juntos no vieron más que Elisa asida a un pilar de su cama y dando gritos.

—¿Qué es esto? —dijeron ambos—. ¿Qué te mueve a despertarnos así?

—¿No lo veis? —dijo—. Dolores son de parto que me afligen. Y harto lo quise encubrir, pero ha sido imposible, según el tormento insoportable (¡ay Dios!) que me causan.

—Pues ¿cómo es esto? —dijo don Fernando—. ¿De quién estás tú preñada, infame aborto de nuestro linaje? ¿Cómo y es posible que esta mancha había de caer en tan noble sangre? ¡Dí de quién estás preñada o has de morir a manos de mi venganza!

Asombrose Elisa de ver hablar así a su hermano amante, y con todo eso presumió que lo hacía por estar presente don Baltasar, que con no menores amenazas inquiría la causa de su preñez reputando por justo celo el de don Fernando y temiendo lo mismo que preguntaba, como don Fernando también. Todos estaban colgados de la boca de Elisa, que era la que había de condenar o librar, y ella, con los vehementes dolores, apenas podía hablar. Así, pues, andaban cuando se le mitigaron, que no quiso Dios saliese a la luz del mundo efeto tan opuesto a la Naturaleza, ni menos consintió que muriese en brazos de sus dolores, que eran piadoso ataúd<sup>138</sup> para las muchas culpas de Elisa. Insistían, pues, los hermanos en la pregunta y ella, de vergüenza del uno no se atrevía a decir el delito del otro, hasta que, en fin, resuelta en confundirlo todo abrió los labios para decir esta mentira:

—Ya veis, hermanos, que no es este el primer delito que el amor ha causado en el mundo. No sé si estáis sujetos a sus luces; yo me rendí a ellas dos años ha. ¡Ay, cuán por mi mal! Adoro a don Pedro Ponce, el íntimo amigo de don Fernando; y él ha dado tanto en admitir mis amorosos cuidados, haciéndome primero patentes los suyos, que yo, hallándome agradecida, di franca entrada a sus finezas para que se lograsen, con palabra, empero, de casamiento. Gozome, en efeto, porque por un balcón, echándole yo una escala, asaltó la fuerza que tan pertrechada tenía vuestro recato con las armas del noble honor. Esto es la verdad, hermanos: perdonadme. O, si me habéis de matar, permitid que a los pies de un confesor asegure los riesgos del alma, ya que es imposible estorbar los de mi vida.

Esto todo decía Elisa para que don Fernando conociese, según las señas, la causa del efeto que miraba. Pero (¡oh rabiosos celos, hijos al fin de amor, aunque bastardos; pero, siempre parecidos al padre, ciegos como él!) no imaginó don Fernando sino que era verdad todo cuanto decía Elisa, y que el recelarse de él era por lo que decía. Don Baltasar, así también celoso, no discurría más que en su arrebatada pasión; procuraba sosegar el pecho, pero no podía, antes arrojando rabia y veneno decía que diesen la muerte a la infame hermana. Mas don

---

<sup>138</sup> Orig.: 'taud' (50).



Fernando, como mayor de edad y por ventura más amante, dijo a don Baltasar le siguiese, y dejando encerrada a Elisa en su aposento fuéronse a un retrete a consultar lo que se había de hacer en aquel caso.

Parecíales fuerte cosa que con capa de amigo don Pedro hubiese hecho un exceso tan fuera de las leyes de amistad, y determinaban consigo hacerle casar por fuerza. Pero esto no les parecía tampoco bien (a más de que no lo consentía ver casada a Elisa con don Pedro ni su amor ni sus celos) para no dar ese gusto a Elisa, de quien decían consigo haber dado aquel avío para librarse de ambos. Dar la muerte a Elisa, aunque lo dijeron, no lo consentía el amor, puesto que, ofendidos, porque cada uno daba excusas de frágil o de engañada a la hermana, si bien que, amor por amor, justo juzgaban el de don Pedro más que no el suyo, que fue mucho para ciegos. En fin, por remate de sus consejos fue decretado, por lo que podía tener de verdad lo dicho por Elisa, que había de morir don Pedro.

Esto determinaron, y así, esa tarde, que don Pedro había salido al campo con una hermana suya, escondiéronse don Fernando y don Baltasar en un bosque que se remataba en el camino por donde había de pasar. Y ya muy de noche volvía don Pedro sin temer<sup>139</sup> caso adverso (porque, como no se sabía enemigos, por ser caballero amable y bienquisto, volvía sin recelo) por aquella parte donde estaba la cautelosa emboscada, cuando, emparejando<sup>140</sup> don Pedro, ayudando la obscuridad de la noche le tiraron por las espaldas con un venablo una punta tal que le pasó de parte a parte. Pudieron hacer esto muy a su salvo por estar fuera de la ciudad, y aunque la infeliz y hermosa hermana gritaba con dolorosas voces (aunque sin conocer los delincuentes), tuvieron tiempo de recogerse a una quinta que, no muy lejos de allí, era antigua hacienda de sus padres. Y en la misma noche enviaron por Elisa, que, metida en un aposento de la quinta, oyó de los dos en uno estas desapiadadas razones:

—Ya, hermana, indigna de serlo nuestra, estás vengada: ya murió a nuestras manos tu galán, por su mal, don Pedro, aquel falso amigo nuestro. Y lo mismo hiciéramos de ti a no impedirlo el ser nuestra sangre; pero vive bien de aquí adelante, que este será el más seguro camino de agradarnos.

—¡Desventurada de mí! —dijo en esta ocasión Elisa acompañando<sup>141</sup> los gritos con el sentimiento— ¿Qué habéis hecho, hermanos rigurosos y más fieros que los desapiadados tigres que viven los desiertos? Yo nunca tuve amores con ese desdichado caballero que decís murió a vuestras manos, ni él en algún tiempo ofendió mi recato ni vuestra honra. Díjelo por no avergonzaros a los dos con vuestro delito y por no publicar yo a vista de los dos mi inaudita infamia para después, pues era fuerza decirlo a cada uno, cuya<sup>142</sup> era esta desgraciada prenda de mis entrañas. Consultad ambos a dos de quién es, que de uno de los dos ha de ser por fuerza porque sólo vosotros dos habéis gozado de mi funesta hermosura.

---

<sup>139</sup> Orig.: 'tener' (52).

<sup>140</sup> Orig.: 'emperejando' (52).

<sup>141</sup> Orig.: 'acompañado' (52).

<sup>142</sup> De quién. El Autor parece omitir voluntariamente 'decir'.

Lloró Elisa, quedando casi sin sentidos. Enmudecieron los dos desengañados hermanos con la culpa atroz. Miráronse uno a otro<sup>143</sup> y un hielo frío discurrió por los miembros de ambos; ni sabían, regidos de la pasión y de los celos, si se darían muerte el uno al otro; pero en la culpa del uno hallaba el otro su disculpa. Ignoraban lo que les había sucedido, porque hay cosas que aunque se miran no se creen. Ponderaban consigo el atroz delito de haber muerto a don Pedro, el íntimo amigo de don Fernando, sin culpa; que eso les hacía más interior guerra, por considerar se<sup>144</sup> harían diligencias exquisitas por hallar los agresores. Y así, sin saber cómo se salieron de la presencia de Elisa, que, aguardando la muerte por instantes, todo era llorar y maldecir sus torpes amores y su desgraciada hermosura, pues a tales fines se miraba conducida. Don Baltasar, pues, y don Fernando, ya que más distintamente la pasión les dejó discurrir sobre lo hecho, en vez de reñir se concertaron. ¿Qué mucho, si conformaban en una misma maldad, si se hallaban cómplices de un mismo delito y si confusos en una misma atrocidad?

—¿Qué haremos —decían— con tan disforme carga a los hombros? Decir a Elisa que calle la muerte de don Pedro, ya que llegó a su noticia, no sé cómo podrá ella obligarse a un imposible y nosotros creerlo de ella, siendo mujer. No avisarla será yerro, pues puede, sin pensar, algún día decir nuestra culpa. Haber de estar sujetos a su lengua toda la vida, fuera de que es insufrible a un hombre, es también un género de muerte prolongada.

Determinaron, en fin, más que nunca bárbaros, dar muerte a Elisa y a lo que en las entrañas contenía, porque, aunque el amor detenía los aceros, pero el temor de ser descubiertos les aceleraba la que tan bien<sup>145</sup> llamaban venganza, por haber consentido con el segundo hermano el ilícito ayuntamiento. Entraron, pues, de tropel, y furiosos, sin atender al verter su misma sangre ni a la preñez, negándole asimesmo que se confesase (¡qué maldad y qué asombro!), fueron tantas las puñaladas que le dieron a la miserable y infausta Elisa, que parece que se halló el alma confusa y dudosa sobre el por qué puerta había de salir. Cayó el funesto cadáver, y dándole en las entrañas, antes de ver la luz lo que llevaba en ellas pasó a las tinieblas de otro seno. ¿A qué puede llegar más la humana crueldad? ¡Oh, y de cuántos desastres es causa un desatino!

Cerraron la cuadra los infames fraticidas;<sup>146</sup> cubrieron el cuerpo; fuéronse a su casa y, prevenidos de las mejores joyas de oro, llevados de su temor, en dos poderosos caballos salieron a toda prisa de la ciudad. Mas no llegó el Sol a rallar las eminencias de los montes que no pareciese con la luz su maldad inaudita, porque hallando la casa que en la ciudad tenían cerrada un íntimo amigo de don Fernando, donde iba a hablarle en ciertos negocios de importancia, imaginando hallarlo en la quinta pidió por él al casero de ella.<sup>147</sup> El cual, según lo que había

<sup>143</sup> Orig.: 'unos a otros' (52).

<sup>144</sup> Orig.: 'considerarse se' (53).

<sup>145</sup> Orig.: 'también' (53).

<sup>146</sup> Orig.: 'fraticidas' (54).

<sup>147</sup> La quinta, no la casa de la ciudad.

oído de la boca de los dos, dijo al amigo que don Fernando y su hermano habían ido a caza, y repitió el que venía:

—Pues ¿cómo no está la señora Elisa en casa?

Y fuele respondido que estaba en su aposento, en la quinta, y que por ventura estaría ya despierta. Subió a verlo, pero ni por muchos golpes que dio a la puerta se le respondió de adentro, de lo cual admirado el casero y el caballero, que subió al ruido, ambos echaron por tierra la puerta y vieron el doloroso espectáculo. Y sospechando lo que podía ser, pues la vieron preñada, dieron corriendo nueva a la Justicia, los ministros de la cual entonces también andaban haciendo vivas diligencias e inquisiciones públicas y secretas de los homicidas de don Pedro, cuya muerte en general había lastimado a toda la ciudad; y si bien por ser amigos don Pedro y don Fernando y por las circunstancias de hallar muerta a Elisa podrían<sup>148</sup> sospechar algo, pero este mismo suceso les hizo errar el blanco de la verdad, pues imaginaron que huían no más de haber muerto a Elisa.

Estaban por la muerte del referido caballero algunos hombres presos, no más de por la sospecha, que la avivaban algunos entre testigos y falsos, pues deducían antiguas malas voluntades, causas de la venganza. Y como el padre de don Pedro era persona principal, instaba a la prosecución del castigo con tanto vigor, que luego les pusieron a cuestión de tormento; y como eran crueles los que les dieron confesaron los desdichados el delito que no habían cometido, con que, condenados por su boca y no por sus manos, ya los disponían para ser ajusticiados según las leyes severas disponían. Dejémoslos así, que la inocencia los libraré sin duda, y volvamos a los dos huidos hermanos, que en la ligereza de sus caballos confiaban.

Huían de la justicia de la tierra, mas vinieron a dar en la justicia de Dios, que les venía a los alcances. Llegaron, con la prisa que les daba su miedo, después de algunos días de camino, a un pueblo, playa limpia y espaciosa del mar andaluz, con disignios de pasarse a Italia imaginando en el Mar Mediterráneo esconder y arrojar la gran carga de sus culpas, pues ellas no eran para parar en España. Concertaron, pues, con el capitán de una nave inglesa que pasaba a Nápoles el viaje. Y una tarde que habían entrado los dos en un esquife a ver la capacidad de la nave y a informarse de las prevenciones que habían de hacer para la comodidad mayor que buscaban, al saltar en tierra uno (no sé cuál) de los dos hermanos, no acertó con ella, porque cayó en el agua al tiempo que el esquife llegaba, con la furia de las olas, a topar con las peñas, y en vez de chocar con ellas encontró al miserable caballero, que luego allí, entre el barco y las peñas, fue hecho menudas piezas a vista del otro hermano, que atónito miraba el despedazado cadáver.

Y luchando con el temor y horror del castigo (que consideraba de la mano de Dios), no apartándosele de los ojos el muerto don Pedro y la difunta hermana, fuera devaneo de sus sentidos, idea de su miedo o verdadera fantasma que le

---

<sup>148</sup> Orig.: 'podria' (54).

amenazaba el merecido Infierno, llegó al mesón por dar orden de enterrar lo restante del cadáver de su desgraciado hermano (que a la orilla la piedad de algunos pescadores habían sacado ya), y apenas contaba el sucedido desastre cuando le arrebataron las bascas de la no esperada aunque temida muerte; y aunque lleno de rabia y despecho su corazón, viéndose rendido tan presto a la fiera de una pasión tan repentina llamó a un confesor y contole los sucesos de su vida hasta los fines con que se miraba. Reconoció el docto médico del alma lo que importaba el declarar su delito, siquiera para que no padecieran aquellos presos inocentes; ordenole que lo confesase delante de un notario y firmádolo de su mano, y apenas lo había hecho cuando con mortales ansias, con suspiros llenos de despecho, con pena de dejar la vida, espiró tan inquietamente que dio más que medianos señales de que se iba condenado para el Infierno. Entendieron los médicos que murió sólo del horror y del miedo, pues no le conocieron otro mal alguno. ¡Tremendo suceso, por cierto! El confesor despachó por la posta a la ciudad con el aviso y confesión del muerto, y llegó tan a tiempo que ya sacaban a degollar a tres de los inocentes.

Este es el suceso más horrendo que yo he visto ni oído. Quiera el Cielo que queden escarmentados los que acertaren a leerle, pues conseguirá la fatiga que he tenido en referirle su más decente recompensa.





## Suceso tercero (amoroso, próspero)

### LOS BANDOLEROS DE AMOR

**B**AJABA el horror desatado de unas voces que entre unas hondas quiebras del tiempo y de las aguas formaba la crueldad y la injusticia, el miedo y la ira, el enojo y el coraje, por entre los crecidos alisos<sup>149</sup> y sombrosos pinos de el monte fácilmente príncipe de las Españas y el mundo, el elevado Pirene, Briareo<sup>150</sup> en sus plantas, cristal en su nieve, y en su misma decrepitez el más galán de los montes, en una falda a quien apenas dejaba estender el Mar Catalán, aunque incansable enamorado de su dureza, que a besos ablandaba, sazónaba a sales, y a porfías casi llegaba a contrastar, bien que se le retiraba por alto. Aquí se oía «¡Mueran!» y allí el temeroso trueno de las pistolas.

Todo el contorno en repetidos ecos decía lo mismo cuando por entre los peñascos, mal detenido de las ramas y peor agasajado de tantas cambroneras que le pudieran hacer piedad en lo mordaz de sus espinas (mas nunca un bárbaro es piadoso) impidiéndole el ya irreparable precipicio, rodando bajaba un hombre embozado el rostro y pendiente de un tahelí algunas pistolas; y bien que la piedad de la arena donde llegó a parar mitigara parte del daño de tan grave caída, tan sumamente fue desdichado que, disparándosele al tiempo de llegar a estampar su cuerpo en ella una grabada pistola que traía en la mano, las rigurosas balas ejecutaron lo que pudiera el golpe de la caída.

Y al arrancársele<sup>151</sup> a pedazos el alma hallose junto a él Rodamiro, un mozo hijo, al parecer, de aquellos peñascos y parto, a lo que enseñaba, de aquellas malezas (aunque no en lo hermoso del rostro), que rodeando el monte amedrentado<sup>152</sup> de las voces, imaginando ser cazadores (bien que no había visto jamás por allí) sospechó ser lo que caía alguna fiera herida de los monteros, y allegándose más al bulto oyó que en mal<sup>153</sup> trabadas razones decía éstas:

—¡Ay malograda Florinda, en qué rigores te dejó, en qué desdichas te contemplo!

Y apenas llegaba a darle aliento con su voz Rodamiro cuando halló que ya le faltaba al caído. Sacole el embozo, desabrochó la ropilla, y al hacer lo mismo

<sup>149</sup> Orig.: 'ausos' (57).

<sup>150</sup> En la mitología griega, gigante de 100 brazos y 50 cabezas. En el orig.: 'Briarco' (57).

<sup>151</sup> Orig.: 'arrancarsela' (57).

<sup>152</sup> Orig.: 'amedrantado' (58).

<sup>153</sup> Suplo 'mal' (58).

del costoso jubón halló pendiente de una hermosa trenza de cabellos y seda (que era oro y seda) un retrato al cual miró con curiosidad y aun le agradó, si bien por darle prisa la compasión de ver tan desalentadamente muerto al desdichado que miraba se le echó al cuello cubriéndole con un sayo de monte, su mayor gala.

No supo su niñez darle sepultura al difunto, antes curioso y medio atrevido sacándole el tahalí de que pendían las pistolas y un alfanje (armas desiguales a sus tiernas manos) subía por el monte a saber la causa, así de las voces, que se avibaban y le hicieron retirar de lo elevado de él, como averiguar la caída de aquel miserable, ya trofeo de la pálida Cloto.<sup>154</sup>

Llegó a un prado, pues, que en el mismo monte aun dilatava el vulgo matizado de varias flores de quien era rey y dueño, pues no asomaba llanura alguna entre aquellas montaraces malezas para competirle, y entre sus más frescas amenidades, asido un hombre, vio a una mujer que con el carmesí que le sacaba la congoja del forzoso honor que casi miraba hurtado parecía en altísimo grado hermosa y a todas luces lo más relevado de la belleza. Forcejaba con el ladrón con más brío que se prometiera de su flaqueza. Alrededor de esta batalla de amor y honor se miraban palpitantes cadáveres que en sangrientos desperdicios ajadas tenían las hermosas hijas de Amaltea<sup>155</sup> y ofendidas del fuego, con que aquella sangre que humeaba vertían.

Faltábale a veces el ánimo y a veces se le revestía la púrpura de aquel rostro hermoso, flor casi salpicada a las manos villanas y torpes que se teñían en la sangre noble; y tanto pudo este generoso aliento en Rodamiro, que, depuesto el temor de niño, sacando un armado pistolete, llegando al salteador del honor de aquella infeliz dama le escondió por el corazón dos balas tan ejecutivas que sin darle lugar siquiera para quejarse bajó el alma a los horrores de los condenados.

No supo la dama cómo darle las gracias de su defendido honor, porque viéndole tan rapaz le tuvo por cosa soberana o por incapaz de entender una agradecida razón; mas Rodamiro, que la vio suspensa, dijo así:

—Armó mi niñez el alto Hacedor de las cosas para develar y vencer aquella infamia y restituir vuestro honor al antiguo lustre. No a mí: agradecedlo al Cielo, porque yo ni supe lo que me hacía, pues aunque de estas hondas grutas salgo ahora morador y en otras mantillas me colocó la fortuna (más humana entonces conmigo que ahora), jugaba tal vez con las armas que dejaba descuidadas un capitán que decía ser mi tío y en fe de eso me llevó consigo de una casa de una aldea donde me criaba; pero jamás probé su violencia hasta este punto, en que me doy por glorioso de este vencimiento. Mas vos, señora, ¿quién sois, que andáis entre estas soledades sólo habitadas de fieras, de estos bandoleros que aquí recogen los hurtos que en lo llano y camino real roban y de mí, tan fiera como ellos y ellas, según contemplaréis en mi traje, aunque el alma y el brío, a mi parecer, más ilustra con otro vestido mi cuerpo?

---

<sup>154</sup> Una de las Moiras de la mitología griega (Parcas en la romana): Cloto, Láquesis y Átropos. En concreto, la que cortaba el hilo de la vida de los hombres era Átropos, no Cloto.

<sup>155</sup> La ninfa Amaltea alimentó a Zeus con la leche de una de sus cabras. El pasaje resulta muy confuso.

—Oye y verás, hermoso niño, retrato de Alcides cuando dividía en trozos las horribles sierpes, arpías de su cuna, mis desdichas —dijo la dama—. Empezaré a pagarte con relatar las partes de lo mucho que te debo, que no es poco mérito volver a repetir (¡ay de mí!) lo que de la vez primera casi llegó a dar muerte.

Yo soy la celebrada Rosamira, que tú no puedes saber, Marquesa de Montferrato,<sup>156</sup> tan aplaudida de los príncipes del orbe, que sobre alcanzar lo que ellos llamaban gloria de mis ojos, dichos por excelencia los más bellos, se puso en armas toda la Italia; y como si yo fuera algún peñascoso castillo, así platicaban con conquistas bélicas el asalto los valientes capitanes. Mas como amor se embarazaba en lo ruidoso de Marte<sup>157</sup> (que donde hay verdadero amor son opuestos, pues el uno es todo paz, aunque martirizadora, y el otro todo guerra) ofendime de tan odiosas diligencias (porque celebrarse la belleza con muertes sólo a Elena griega le pareció bien, pues destruyeron sus ojos por su gusto el imperio todo de Asia) y dilo a entender a los grandes señores que me pretendían; con que, depuesto el guante de malla, unos y otros vinieron a mi ciudad a granjear mi voluntad de otra suerte. Y quien más se enseñó enamorado de mis gracias, y no de mi marquesado, fue el príncipe de Parma, galán por extremo: éste fue la elección de mis gustos y a éste entregué la mano de esposo, y no me pesa.

Era uno de los competidores, y ya despreciado de mi entereza, Hércules Gonzaga, heredero de Mantua, soberbio a cuanto pudo llegar<sup>158</sup> el mismo Luzbel, que viéndose ofendido, a su parecer, encubrió las iras de el pecho y quiso vivir en Plasencia,<sup>159</sup> donde entonces gustó el Príncipe de habitar. Visitábanos en el palacio, galanteaba las damas y tenía de su parte, sin embargo de su arrogancia, la mayor parte de los caballeros de la Corte. A mí, cuando era fuerza el mirarme, lo hacía con un rostro tan severo y sangriento que daba que sospechar el ánimo que encubría. Ya lo advertí a mi esposo, mas él respetábale, como a hijo de un príncipe confinante.

Vino el día en que de una fácil preñez di a la luz del mundo una niña que, creciendo en los años, fue tan dulce el veneno que se templó en los ojos suyos, que cuando le miraban unos y otros, en éxtasis sublimes publicaban la gloria de su fuego. ¡Oh, cuánto me pesa que no te la puedo enseñar! En ellos se cebaron los del Infante, con tanto afán de que supiese la Infanta sus dulcísimos pesares, que en motes, cifras<sup>160</sup> y torneos en varios Mongibelos, Etnas y volcanes (pero todos fuego) lo publicaba. Más yo, como conocía la soberbia suya y que su amor era tema,<sup>161</sup> preveníale no le hiciese favores, a más de que no se compadecía lo tierno

---

<sup>156</sup> Situado al N. de la república de Génova, fue uno de los pequeños estados en que estuvo dividida Italia.

<sup>157</sup> Dios de la guerra.

<sup>158</sup> Orig.: 'leger' (60).

<sup>159</sup> Piacenza.

<sup>160</sup> Lemas, frases escritas en el escudo de armas.

<sup>161</sup> Manía, obsesión.

de la Infanta con lo entreverado de la edad del Príncipe de Mantua. Ella era tan en extremo discreta, que repartía solamente donairosas gracias con sus ojos, sin publicar con ellos los<sup>162</sup> enojos que le causaba su continua asistencia en el terrero<sup>163</sup> de Palacio.

Llegó, en efeto, el tiempo en que hubo de reventar la mina de los fogosos pensamientos que llevaba el Infante forjada el pecho: pidiola al Príncipe mi marido para esposa, y él, como había comprometido en mi voluntad sus gustos, túvolo de pedirme parecer, y yo se le di que averiguásemos primero las costumbres del de Mantua, las cuales fácilmente llegaron a nuestra noticia, pues supo mi esposo estar en duda si estaba casado de secreto. Por lo menos (esto era cierto) tenía amores con madama de Saluso, si bien retirada en una aldea, porque en un pleito de un su primo había años que gastaba pretensiones fundadas en que le tocaba el marquesado<sup>164</sup> y no al primo. Ni faltó quien, siguiéndole los pasos, nos dijo que las más noches acudía a la aldea, que estaba muy cerca de Plasencia; que por eso, y no por los deseos amantes que enseñaba, habitaba años había en aquella Corte. Con esto el Principe de Parma mi esposo le desengañó de que no gustaba yo, por ser tan niña la Infanta, de enlazarla en ajenos brazos hasta que creciese más; que la dejase crecer con el tiempo.

Enfureciose a esto el de Mantua, como echó de ver que con eso paliábamos el no dársela, pues no eran tan pocos años los de la Infanta que no fuesen dos lustros y medio, y juró que Rosamira había de pagar el duplicado desacato hecho al Duque de Mantua su padre y al de Ferrara su tío. Y subiendo en un veloz caballo se fue desesperado la vuelta del Mantua, y contando que no le quisieron dar por esposa a la Infanta de Parma a su padre el Duque y a sus aliados, todos juntos acordaron hacer dura guerra a mi esposo y quitarle la vida a él en mí y a mí en él. Y llamando al de Ferrara, se coligó con ellos y con algunos otros señores, parte ofendidos de los antiguos Duques de Parma (que el odio siempre se hereda) y parte alentados con dones y promesas del de Mantua. Avivaba más esta guerra el ver divididas nuestras fuerzas y ser el Príncipe mozo y estar su padre años había ausente y en una peregrinación (que se presumía) a Compostela, al Patrón de España. Iba a la sorda, con todo eso, la liga, tanto, que le pareció al Príncipe mi esposo hacer buscar a su padre el Duque muy de espacio. Mas, al fin, ellos, alentados de traidores que les facilitaron la entrada de algunos castillos, conquistaron y se dividieron las tierras de Parma, Plasencia y Montferrato.

Ya sobre la misma misma ciudad de Parma habían puesto cerco, donde estábamos nosotros, y una noche que aguardábamos socorro grande del Serenísimos Duque de Saboya, condolido de nuestros males, en el mismo palacio nos tocaron arma tan viva, que entendimos ser los enemigos, metidos en la ciudad por los traidores vasallos. Nos tuvimos por perdidos imaginando que

---

<sup>162</sup> Suplo 'los' (61).

<sup>163</sup> Campo de tiro.

<sup>164</sup> El marquesado de Saluzzo, en el Piamonte.



quien nos ofendía traidor no nos defendería leal, y por una puerta falsa del palacio en tres caballos veloces salimos de la ciudad el Príncipe, yo y la Infanta. No había en ella más que el confuso horror, avivado con las tinieblas de la noche, y el riguroso estruendo de Marte fulminado en los que morían. Llevaba un caballero gentilhombre de mi palacio y extranjero (que por eso nos fiamos de él) en un caballo a la Infanta, mas al salir de los arrabales, con la confusión perdimos (¡qué dolor!) a mi querida hija. Quiso el Príncipe infeliz arriesgar la vida, y yo le decía que me precipitaría de las más altas rocas si un punto se apartaba, antes que me dejase a mí el buscar a la desdichada niña. Quisimos ir a Saboya a ampararnos de su Duque, mas el ejército enemigo había tomado los pasos para contrastar el ejército que de Saboya aguardaban.

Entramos por Milán a Francia siempre encubiertos, por ser el rey de Francia deudo del Duque de Mantua, y el de Milán enemigo nuestro. Finalmente, después de seis meses de enfermedad en una de las ciudades del Lenguadoc intentamos pasar a Madrid, corte del potentísimo Filipo, monarca de las Españas, segundo en nombre,<sup>165</sup> a pedirle socorro contra aquellos tiranos, pues su poderosa cuchilla tantas veces triunfó de tanto soberbio príncipe que se opuso a su voluntad. Entramos en España por Perpiñán,<sup>166</sup> plaza y frontera famosa; llegamos dos días ha por estos montes; hallamos una escuadra de famosos bandoleros que encarándonos los fieros pedreñales<sup>167</sup> fácilmente remataran tantas desventuras con darnos la muerte, sino que, mandándonos subir a este puesto, por los tropiezos del camino real, nos pidieron joyas y dinero, que les dimos. Aunque no quise yo que se aventurara el Príncipe mi esposo; que aunque los ladrones son ordinariamente cobardes y bastara su valor para todos ellos, por un interés tan baladí como es el oro no fuera bien arriesgar la vida, particular<sup>168</sup> cuando la deseábamos tanto por saber de nuestra perdida prenda y recobrar la soberanía de que nos despojó lo precipitado<sup>169</sup> de un tirano.

Al mirar el lustre de las joyas levantome la mascarilla que yo llevaba el capitán de aquella perversa gente (que también iban él y los demas embozados), y lleno de increíble alborozo dijo a los demás:

—Tomad allá esas joyas; que a mí, por donde no<sup>170</sup> imaginé, me ha venido la más alta a las manos. Ésta os pido —asiéndome a mí por el brazo— en premio de mis afanes y de haber gobernado con la reputación que sabéis vuestras armas. Y si acaso alguno fuere tan atrevido que mis afectos contradiga y mis razones

---

<sup>165</sup> Felipe II falleció en 1598. Otra de las novelas alude al conflicto entre España y Francia por el Rosellón reinando Felipe IV. Éste falleció en 1665 y en el año de publicación del libro reinaba Carlos II.

<sup>166</sup> Perpiñán perteneció a España hasta el Tratado de los Pirineos entre Felipe IV y Luis XIV (1659).

<sup>167</sup> Orig.: 'padreñales' (63).

<sup>168</sup> Orig.: 'particular' (63).

<sup>169</sup> Orig.: 'precipitabo' (63).

<sup>170</sup> Suplo 'no' (63).

interrompa, con la salitrada pólvora y envenenado plomo le rendiré a las mías aunque le pese.

Apenas dijo esto cuando se levantó un valiente mozo, al parecer, que enternecido miraba las lágrimas que yo vertía, y respondió al Capitán de aqueste modo:

—Aquí en Cataluña, ¡oh capitán!, somos los bandoleros (aunque lo somos) más corteses de lo que se infiere de nuestra traza: las haciendas quitamos, que las honras no, y en particular a las damas. Aquel que mandaste atar es el Príncipe de Parma, que yo le conozco. Esta dama no la he visto; mas, pues va en su compañía, claro está que lo será. No infames nuestro trato: bástele la infamia de quitar el dinero. O, si no, a ti, que tal intentas y no sé por cuál odio mandas dar muerte al Príncipe, te quitaré la vida, que me toca a mí el defenderla.

El trueno de la pistola del Capitán fue la respuesta a las comedidas razones; mas desviole el cuerpo el diestro bandolero, y levantando el galletete una de las suyas, fue tan cierta su puntería, que le asió<sup>171</sup> el corazón fementido y le tendió sobre la hierba, como miras. De aquí se dividieron en bandos los soldados, y uno más soberbio, más arrogante y más venturoso que los demás triunfó de casi todos, y ayudando a aquél mi defensor primero en son de amigo, le precipitó por esas rocas, donde sin duda estará ya hecho pedazos. Y después que se halló solo conmigo (porque dos de los ladrones se llevaron a mi esposo sin saber dónde, atado (yo pienso que a morir, que así lo mandó el perverso capitán) quiso violar, traidor, mi honestidad, defendida hasta que llegaste tú, gran defensor, aunque tan mozo, de mi honra.

Lo que importa es, si es que sabes, como lo infiero, los escondrijos de ese monte que se eleva a los cielos, me ayudes a buscar a mi esposo, que soy amante y correspondida; que si no lo hallo no quiero vida ni un instante, ni para pagarte lo que te debo, que será el mayor sentimiento de mi gratitud.

—No dudes, gran señora, de que hallaremos a tu esposo —dijo, admirado y enternecido, Rodamiro—. Mas por quitar del pecho un escrúpulo que tengo quiero reconocer estos rostros de estos muertos bandoleros, que aun podría ser conociese yo alguno.

Y llegándose al atrevido que quiso hurtar el honor de la hermosa Rosamira conocele por uno de los bandoleros; mas la Marquesa, que llena de una admiración rara no supo por un rato qué decir, sino antes en éxtasis penosos aun daba mayor afán a su pena, y volviéndose a Rodamiro le dijo:

—Este que ves, generoso mozo, fue un caballero, gentilhombre del Duque de Medina, que también pretendía mi casamiento; mas no sé por qué caminos llegó a este paraje, a este monte ni a aqueste estado.

Ya desenvolvía el rostro del Capitán, que medía cadáver las salpicadas flores de aquel prado, cuando acabando de quitarle el embozo dio un grito diciendo:

—¡Ay de mí, señora! ¿Éste es el que os quiso quitar el honor?

---

<sup>171</sup> De no haber errata, el Autor usa 'asir' por 'acertar, atinar'.

Y apenas volvió los ojos Rosamira para verles cuando cayó desmayada, pálida y difunta en la menuda hierba lastimando al robusto Rodamiro. Puesto en medio de tantos cuidados,

—¿Qué es esto? —decía—. ¿En un día tantos infortunios? ¿Tantas desdichas era dos horas? ¿Despeñado un hombre; medio afrentada una dama; yo homicida de un amigo y casi compañero, mediendo el suelo el que era mi amparo; esta dama desmayada, claro está que de verlo; yo obligado de sus dulces ojos y de su nobleza a ampararla y a buscar su esposo, que, aunque niño (tanto puede un pisar ordinariamente estos montes), ya soy como a dueño de estos peñascos? Pues decirle lo que ya quiero callar no es justo, cuando vengo a ser casi el ofensor de su honor, que le dé sospechas con mi parentesco. Mas ¿qué la diré si me pide si es éste el Capitán mi tío, si me pregunta de qué di las voces y de qué los gritos al descubrirle el rostro? Pero tratemos de remediarla, que trazas habrá para deslumbrarla.

En esto fue por agua en una fuente; rocióle el hermoso rostro a Rosamira; volvió en sí, y de cándido lilio volvieron otra vez a ser claveles hermosos sus mejillas en campo de nevado jazmin. Volvió por más agua Rodamiro para despertarla del todo del desmayo; levantose la dama, y mirando el cadaver para más enterarse conoció de todo punto al Príncipe de Mantua su pretense esposo. Aquí sondaba el discurso, mas nada hallaba capaz de darle a entender cómo llegó a aquel estado aquel miserable príncipe. Admirábale más haber oído los extremos que había hecho su libertador al verle el rostro, y recelosa de que no fuese un pajecillo suyo, criado desde que le servía de albergue el monte, quiso encubrir el conocimiento del Príncipe difunto, porque le parecía que mal le libraría quien miraba por su medio muerto a su dueño, y mal la sacaría de aquellos intrincados laberintos de bosques quien había de mirarla como ofensora de su sangre, bien que todas sus dudas eran imaginar cómo podría encubrir el desmayo u la causa de él.

Vino Rodamiro; agradecióle el cuidado Rosamira; rogole rodeasen el bosque en busca de su amado esposo, y apenas caminaron un rato, a caballo la dama, Rodamiro a pie, cuando le preguntó el mozo si conocía Su Alteza aquel capitán, o por cuál ocasión se desmayó al descubrirle, con tan mortal parasismo que le parecía, segun se le había desaparecido el rosicler de su cielo, que la había desamparado la vida.

—No te admires, generoso mozo —dijo la Marquesa—, pues a la vista del ofensor aun el muerto hace sentimiento en sus heridas. No conozco yo a aquel hombre; mas, como quiso herirme en el honor, aun los amagos me causaron rigurosas bascas. ¿Qué hicieran las ejecuciones? Esta fue la causa de mi mal. Mas tú, que a gritos descompasados diste a entender lo mucho que sentías su muerte, ¿conócesle por dicha? ¿Habíasle visto otra vez en estos montes? ¿Es ése tu tío?

—No, mi señora —dijo Rodamiro—, sino que llevado del afecto de ver que aquel hombre se atrevió a vuestra soberana bondad, reventando el sentimiento por la voz casi me pesa de no hallarle vivo para pasarle el alevoso pecho; que le

ejecutara aún, sino que parece mal vengarse en un muerto, que esta fue la ocasión de mis gritos.

Cautelas le parecieron a Rosamira las razones de Rodamiro, porque si lo decía con verdad, el mismo efeto había de causar el que halló primero y murió a manos de Rodamiro. Y lo mismo entendió Rodamiro de las razones de Rosamira, porque si el primero que reconocieron fue conocido luego de ella, estando todos en una compañía y en una maldad fácilmente deducía que había de conocer el otro, bien que el haberle dicho Rosamira que aquél con otro hacían las partes suyas y la defendían de aquel capitán siendo contra él, estorbaba el primer discurso y daba por verdad lo que le había dicho Rosamira, que no conocía al Capitán.

Caminaban en busca del Príncipe de Parma, mas en toda la tarde ni en parte de la noche pudo ser hallado. Viendo lo cual Rodamiro, dijo a la Marquesa:

—Ocioso es entre los horrores de la noche buscar ahora a vuestro sol. Si es que le encubren estos montes, fiad de mi diligencia, que penetrará los más hondos senos. Vos descansad, que en una cueva, morada de aquellos bárbaros bandoleros, lo podréis hacer fácilmente.

Concedió Rosamira, por el gran cansancio de aquel día, con lo que le rogaba Rodamiro; entraron en la cueva y hallaron todo lo que para la comodidad humana se pudiera desear, y apenas sacudía la rosada aurora las purpúreas madejas para platear las plantas cuando Rodamiro pidió licencia a la Marquesa para salir en busca del Príncipe. No quisiera ella apartarse de él, mas replicole Rodamiro que por ventura los bandoleros acudirían con el Príncipe a aquella parte, como a morada de algunos, aunque lo era expresa del Capitán, y que en tal caso era bien que alguno les aguardase, y que lo hiciese Su Alteza entre unas malezas desde donde podía ver y no ser vista.

Consintiólo así; partió Rodamiro cargado de armas y de valor, consultó las plantas, visitó las arboledas, averiguó las cuevas, examinó las escondidas breñas, y siendo ya la hora en que el Sol, cansado de matizar de la luz los horizontes, se retiraba de favorecerlos llegó a lavarse<sup>172</sup> el rostro y mitigar la sed a los cristales enamorados de unas flores de una murmuradora fuente, y antes de llegar a beber su risa vio una donosa zagaleja que haciendo alarde de unas doradas flechas (tales eran las hebras de sus cabellos) y ostentación escandalosa de unos ojos negros (sabroso hechizo de aquella fuente) daba alma vibrando aquéllos a quien era insensible y daba muerte a quien gozaba la vida con éstos.

No la viera Rodamiro de lejos a no oír soberanas cadencias que, quejándose para que de veras lo hiciesen los elementos viéndose atados a su divina voz, dijo aqueste soneto:

La violencia de un fatal destino  
con flacas fuerzas de un veloz cuidado  
sigo, porque un rapaz, un niño alado

---

<sup>172</sup> Orig.: 'levarse' (69).

sale a robarme en el real camino.  
 ¡Ay triste corazón, que peregrino  
 caminabas seguro y descuidado!  
 ¿Adónde estás? ¿Como te me han robado?  
 Tras ti me voy; mas ¡ay que desatino!  
 Pero no lo es: que al<sup>173</sup> corazón o al alma  
 robó la imagen de una bella ingrata,  
 y en ella está mejor que donde anima.  
 Seguir la tengo, pues. Cese la calma;  
 que aunque mi corazón tan mal me trata,  
 de un bien el mal mi grave amor estima.

—No dijo bien aquel poeta —imaginó entre sí Rodamiro, todo enamorado— que la potencia auditiva no se enamora tan presto como la visiva, pues digo que igualmente las potencias todas se me han rendido a esta divina sirena. Mas ¿quién entre montes y fuentes vio sirenas? ¿Qué es esto que me abrasa sin piedad y tan sin resistencia el pecho? Más que loco soy si de aquellos soles negros me está tirando fogosos arpones amor aun no estirando el arco soberano de sus cejas, doseles majestuosos.

Calló su discurso en viendo que la gallarda ninfa, descogiendo todo un carcaj de rayos recogidos en una cinta de nácar, los tendía por los hombros, campaña gloriosa de amor, como si les mandara que fueran a herir vegas, a enamorar plantas, a suspender fieras y a arrobar almas. La de Rodamiro, que ya estaba tan pesada de las soberanas cadencias,<sup>174</sup> ahora de nuevo quedó tal que por un rato hubo de sentarse el cuerpo por no poder soportar la gloria que oprimía el alma, y exclamando al amor, le dijo:

—Amor, no tanto fuego de repente, que no soy yo capaz combustible al grave ardor de tanta esfera. Rapaz soy como tú: enternécate el serlo ambos.

Calló, porque otra vez volvió la ninfa a enamorar los aires con estos acentos:

Ya a la zagala más bella  
 celebra cánora y grave  
 la cítara que pendiente  
 muchos días guardó un sauce.  
 Los aires la favorecen,  
 que, enamorados los aires,  
 solicitaron sus cuerdas  
 los céfiros agradables.  
 Ya duplicado el abril,  
 triunfa del tiempo inconstante,  
 que le restituye Aminta

---

<sup>173</sup> Orig.: 'qual' (70).

<sup>174</sup> Orig.: 'cadencia' (70).

orillas de Manzanares.<sup>175</sup>  
Aminta, la que de amor  
rompió plantas y carcajes,  
vistió armiños por trofeo,  
pisó espumas por ultraje,  
aun se queja que le impidan  
los céfiros arrogantes  
el dulcísimo instrumento,  
pisados viendo sus trastes.  
Pero por vengarse de ellos  
cánoro invoca una parte  
de los que suavemente  
articuló amor cristales.  
Por que de su bella Aminta  
le ayuden a metros graves,  
órgano fue de marfil,  
y no le faltaba el aire.  
Ya rompen cítara y voz  
rémora de amor amable,  
porque enmudeció los soplos  
del viento más espirante.  
Tan dulcemente cantó,  
que le imitaron las aves,  
y a cuyo son la pastora  
cantando dejó llamarse.  
Y no es mucho, si le dice  
dulces trinando verdades,  
filomena<sup>176</sup> de las gentes,  
amarilis<sup>177</sup> de las aves.  
Tan valida fue su voz  
(poco es que Aminta se humane),  
que el curso enfrenó del río  
y movió el inmóvil margen.  
El campo, que ya conoce  
la gloria de los zagales,  
respondiendo en varias flores  
aplausos hizo fragantes.  
A Aminta, que en verde orilla  
es la flor de más donaires,  
de golosos cupidillos

---

<sup>175</sup> Orig.: 'Mancenares' (71).

<sup>176</sup> Ruiseñor.

<sup>177</sup> Lirio.

mudó la corona ejambre.  
 O para que le hagan toldo  
 con sus plumas celestiales,  
 chupándole en la armonía  
 cuantos respira azahares.  
 Y como es tan bella Aminta  
 y no hay clavel que le iguale,  
 asistir quisieran<sup>178</sup> todos  
 a esta lisonja que hacen.  
 Ya en dulces lazos se enreda  
 al pastor tan favorable,  
 que le añudaron esposo  
 los mismos lazos que amante.

—¡Oh si la soledad siquiera —dijo esta sazón Rodamiro— hiciera, soberana ninfa de estos bosques y montes —arrodillándose a sus pies—, que me correspondieras amante al éxtasis glorioso en que duplicadamente has tenido mis sentidos con lo divino de tu cielo y lo dulcísimo de tu voz!

Azorose la hermosa belleza, y del no esperado susto casi perdió<sup>179</sup> por un rato la púrpura que divinamente rosaba todo el jazmín de su rostro. Mas cejándole presto, dijo al enamorado mozo estas razones:

—A más de que ni la tuya ni la mía edad es capaz de amar, lo rústico de tu traje dice que será poco noble el alma para lo que yo (aunque, al parecer, hija de aquestos peñascos) hubiera de amar. Vete; que no quiero saber, por no pecar de curiosa, de dónde eres, dónde habitas, cómo veniste acá, en un monte apenas, a mi parecer, violado si no es de mis plantas? Y no vengas jamás a verme, porque en una cueva que está al revolver de esa espesura vive mi padre noble, y sentirá mal que otro que él sepa de mí, que me cela, porque así le importa, aun de las aves de los cielos. Y desde ayer acá no le he visto; que detenido por ventura en la caza de alguna fiera penetrará los bosques de este monte.

No sé si el alma, por lo que tiene de divina, le dijo a Rodamiro el tesoro hermoso que escondía en el pecho y había hallado, pues desabrochándose el sayo, que de una tosca piel era, sacó el retrato que aquel despeñado hombre traía en el pecho, y cotejándole con el rostro de la hermosa zagaleja le dijo así:

—Para que sepas, divina Florinda, que debes ya tiempo ha premio a mi voluntad y agradecimiento a mi amor, reconoce y mira tu perfeta imagen, amada de mí tan ufanamente cuanto ves que no hallé más decente retrete que mi pecho. ¡Ojalá tuviera más alto trono donde colocarla! Y si bien no hice caso, imaginando hipérboles del pincel los rasgos y matices de tu retrato, ya por mi daño confieso que no supo llegar, ni por mucho, a la verdad del original el dibujo.

---

<sup>178</sup> Orig.: 'quisiera' (71).

<sup>179</sup> Orig.: 'perdió' (72).

Asombrose de oír al mozo articular su nombre la confusa Florinda, y pareciéndole imposible otra ocasión que haber muerto al que ella llamaba padre, que era a quien ella entregó su mismo retrato, díjole:

— ¡Traidor, restituye la prenda, ya que me diste muerte a mi defensor y al que me sustentaba la vida!

Y llorando más cándidas perlas que el alba por la vistosa margen, adónides<sup>180</sup> enamorados y jacintos bellos parece que las salían a beber y a recibir con sus bocas: en punto estuvieron las flores y las plantas todas de jurarla por Aurora. Rodamiro, más rendido que todas ellas, le dijo en breves razones la batalla que tuvieron, que le vio precipitar del monte, que defendió el honor de una dama, que le halló aquel retrato al pecho, que si gustaba de seguirle, fácilmente vería por sus ojos el suceso lastimoso, y que darían sepultura al malogrado, quienquiera que fuese.

Siguióle llorando la hermosísima Florinda, temerosa aun de mayores males, y hallando en aquel llano al despeñado reconoció que era el que ella decía. Volvió a duplicar de sus dos cielos aljófar, acompañándola en el llanto Rodamiro (así obliga una belleza). Pidíole si era aquél su padre; dijo que sí Florinda, mas el adorno del cuerpo del muerto no decía con lo aldeano del traje de Florinda, aunque decía con la cara admirablemente. Hizo un hoyo el mozo en aquella arena, y enterrándole en ella se volvían al monte cuando dijo Rodamiro a Florinda:

— Encima de aquellos cerros hay una cueva obra de la Naturaleza, que porque vio que se habían de avenir mal aquellas dos cabezas de aquel monte les puso al medio una quiebra que los divide y concierta: allí hay una cueva escondida entre la acopado de muchas encinas que con las ramas impiden, como piadosas,<sup>181</sup> al viento y casi a los mortales la prueba<sup>182</sup> de sus horrores: tan honda y tan obscura es a la entrada, bien que en el remate de ella hay una espaciosa vega que, recibiendo la luz por encima del monte, es sólo accesible a ella: cosa que tienen los principios y los fines de las cosas, ser aquéllos ásperos y éstos dulces. Allí habita una dama para que aquellos montes estén ahora en competencia de dos auroras, aunque la batalla cesará si os ven las aves y las flores. Si gustáis de venir a honrarla haré cuenta que el Sol dará luz a<sup>183</sup> sus oscuridades y alumbrará<sup>184</sup> sus horrores, que no es bien que vuestra divina hermosura esté tan sola. Allí veréis correr con mayor valentia las precipitadas nieves, derritidas y desatadas de la piedad del Sol; allí, si asoma el veloz conejo o la tímida perdiz, lo sacrificaré todo a vuestras adoradas plantas. Haré, divina Florinda, que las sublimes filomenas y los suaves jilguerillos celebren a coros la armonía jamás vista de vuestra belleza; aunque mejor y más intelectual la harán

---

<sup>180</sup> Flores de Adonis.

<sup>181</sup> Orig.: 'piadosa' (73).

<sup>182</sup> Orig.: 'preva' (73).

<sup>183</sup> Suplo 'luz a' (73).

<sup>184</sup> Orig.: 'alumbrà' (73).



mis tres enamoradas potencias;<sup>185</sup> que yo, flor amante girando inmóvil siempre a la luz de vuestra deidad, daré a vuestro respeto la más noble parte del alma en olorosas fragancias de decoro.

Miró Florinda a Rodamiro, y no sé si le entró por el alma desde los ojos un deseo de agradecer, una voluntad de pagar, un agrado de lo que miraba, un admirarse de lo elegante de su lenguaje cuando le imaginaba fiero, y una curiosidad mal nacida de saber quién era Rodamiro y quién aquella dama que tenía en su albergue. En fin, no sé si por celos o voluntad, entró todo el ejército de amor a romper por el muro, jamás entrado, de la voluntad de Florinda; mas con tanto recato que, abroquelándose<sup>186</sup> con el llanto de aquel que llamaba padre, más de una flor, no sé si maliciosa, por serlo del monte, jurara que empezaba a llorar de celos. Y amparándose del deseo de agradecer no sé si comenzó con las veras de amar; a lo menos encubríalo tan diestramente que le parecía a Rodamiro que había más distancia del cielo a la tierra que de su amor a la correspondencia de la desdenosa Florinda.

Díjole ella que guiasen al monte, no más de para ver aquella dama; pero graciosamente le preguntó que cómo había llegado allí si no tenían parentesco.

—¿Ya no os dije —replicó Rodamiro— que la libré del deshonor que le amenazaba en los afectos de un bruto hombre, que se vieran logrados a no regirme la mano el<sup>187</sup> celo de defenderla?

—Pues ¿cómo vos la habéis dejado en las solitarias grutas de ese monte, cuando los temidos osos más registran<sup>188</sup> esos escondrijos que los bosques? ¡Buen galán hacéis, pues dejáis a una dama en hombros de su peligro! Lo mismo hiciérades conmigo. Idos con Dios, que huelgo<sup>189</sup> que primero haya llegado el desengaño que lo que pudiera llegar por más circunstancias más presto a mi alma. Y más vale habitar sola aquella cueva, pues tan desdichada fui, que no que se acaben mis desventuras con lo ingrato de un hombre.

—Mal pagáis mi voluntad, divina Florinda —dijo Rodamiro—, que bien fácil se deduce que quien guardó el retrato con tantas veras más cuidado tendrá de ser fiel guarda de el original. Y así, o quedéis en la cueva o vengáis a la mía, habitada de aquella dama, yo os tengo de seguir, determinado a ser esclavo de vuestro gusto; que pues tan poco de mi edad me he visto libre en lo de la voluntad, aun lo poco que lo fui rindo a vuestra belleza.

Guiaron a la cueva; llegaron a ella al mediodía; llamó, mas no le respondieron, cosa que causó tanto dolor a Rodamiro y tanta pena, que dio no poco que sospechar a Florinda, que con el divino matiz de su vergüenza todo rosicler el cielo de su rostro, le dijo:

---

<sup>185</sup> Memoria, entendimiento y voluntad, las tres potencias del alma.

<sup>186</sup> Escudándose.

<sup>187</sup> Orig.: 'al' (74).

<sup>188</sup> Orig.: 'resistan' (74).

<sup>189</sup> Con el cambio de pliego I-K se lee 2 veces 'que huelgo'

—¡Ea, Rodamiro! Si dama se os fue, ya tenéis otra. No hay sino alentaros; que aunque en mí no hallaréis<sup>190</sup> por ventura las finezas y agrado que con la otra, con todo, como el tiempo es el mayor sin cel de un mármol, como guardéis el respeto al pundonor, alto cuanto vos le imaginéis, confiad en vuestro brío y no desconfiéis de vuestra gallardía.

Diole gracias Rodamiro, pero pidióle licencia para buscar a la dama perdida; mas no quiso dársela Florinda, diciendo:

—¡Bien, por Dios! ¿Queréis que yo también me vaya? ¡Ah, cómo no puede encubrirse amor!

Juró Rodamiro que jamás había, ni con el pensamiento, llegado a tal intento, porque a más de tener aquella dama esposo presente, si bien unos bandoleros se lo habían llevado,

—No todas las hermosuras podían flechar mi alma —repetía Rodamiro— porque el destino sólo la tenía reservada para que vuestros soberanos arpones fuesen la ruina de mis potencias.

—No os creo eso que vos llamáis verdad, porque me parece muy prevenida y muy adornada. Yo esperaba mirar el rostro vuestro en la presencia de la dama, y entonces hubiera conocido el incendio de vuestro pecho de cuál de las dos se alimentaba sin que vos lo advirtiéades, porque los amantes también fingen.

—Pues, mi dueño hermoso —dijo Rodamiro—, aunque sea prevenida una verdad, si lo es, ¿no tendrá el mismo crédito?

—No, Rodamiro —dijo Florinda—. Y oíd lo que un galán escribió a una dama, y me lo enseñó ella en más dichoso tiempo.

—Luego ¿supuesto es el vestido de aldeana?

—Juzgadlo vos del retrato—dijo Florinda—. Esta dama, pues, recibió de otro galán un billete, el cual después de varios lances, como en satisfacción, dio al primero amante.

Diole atención Rodamiro, y dijo Florinda:

*Una verdad que es buscada,  
cuidadosa y prevenida,  
comenzó a no ser creída  
desde que nació adornada.*

No es bella aquella hermosura  
que el lucir solicitó,  
porque se lo procuró  
a costa de su cordura.  
Sin duda la más segura  
es la que no fue afectada,  
la que nació descuidada  
sin ornato artificial;  
porque, en fin, parece mal

---

<sup>190</sup> Orig.: 'hallaris' (75).

*una verdad que es buscada.*

Diera vida, diera aliento,  
hallarla sin prevenirla,  
mas, prevenida, aplaudirla  
da muerte, da desaliento.  
Con que es claro el argumento,  
que si es tan favorecida  
es una verdad mentida;  
que hubo menester,<sup>191</sup> sin duda,  
para ser verdad ayuda  
*cuidadosa y prevenida.*

Es tan postizo el ornato,  
que si bien se mira es falta;  
que no todo lo que esmalta  
es circunstancia al recato,  
pues la verdad, que en su trato  
jamás anduvo vestida,  
desde el punto que convida  
hipócrita y mal fundada  
a ser de todos mirada  
*comenzó a no ser creída.*

Si amara tan solamente  
la flor del Sol a su amante  
desde que nace al Levante  
hasta que muere al Poniente  
amara hipócritamente;  
que esa es fineza buscada,  
porque del Sol es mirada  
y no fuera agradecida;  
que no hay fineza entendida  
*desde que nació adornada.*

—Merecéis el lauro de divina en todo —dijo Rodamiro—; mas algo he de decir yo cuando vos me preguntáis. Aunque la verdad mesma por ventura os desengañará presto menos<sup>192</sup> prevenida, pues vos mesma la hallaréis por estos montes.

Por ellos iba una tarde al trasponer Febo los dorados rayos suyos a los horizontes antípodas Florinda, triste, melancólica y casi enamorada, revolviendo los vaivenes de la fortuna desde sus mantillas, en seguimiento de una desangrada corcilla cansada de otros menores ejercicios para su sustento, cuando de el cansancio (o del pensamiento, que también martiriza) se recostó rendida a

---

<sup>191</sup> Orig.: 'manester'.

<sup>192</sup> Orig.: 'menor' (77).

la hermosa alfombra de un prado, y allí llorando lágrimas divinas (claro está, pues eran del Alba) decía:

—¡Ay desdichada Princesa de Parma! ¿Quién dijera que habías de habitar incultos bosques y hondas cavernas de la tierra, cuando fuiste en los soberbios palacios de tu grandeza aplaudida de tantos?

Esto oía Rodamiro, que, incansable galán de su divina belleza, jamás le permitía el alma distancias de su hermoso objeto, y del modo de hablar de Florinda vino a deducir ser ella la Infanta de quien dijo Rosamira haberse perdido al salir de Parma; que aun la majestad de su perfeto rostro era índice de su grandeza, bien que la hermosura, como dijo un entendido, sea digna de imperio.

Aquí le saltó a Rodamiro una improvisa tristeza viendo el gran imposible que intentaba, pues miraba a Florinda, dado caso que ella le tuviera amor, más distante que la verdad de la mentira, pues él se miraba rústico morador de aquellos cerros, sin más imaginación de su nobleza que saber la incertidumbre de su descendencia, pues se veía criado en una aldea y sobrino de un capitán de bandoleros; y esto sólo porque él se lo decía, que aun, como discreto, se imaginaba más obscuro en linaje. Pero prosiguió Florinda diciendo:

—Este galán que tan puntual me obliga y tan leal me asiste, si supiera quién soy no se cansara<sup>193</sup> en persuadirme a su amor; que aunque es verdad que le quiero, con todo, ¿cómo puedo rendir la majestad mía a su rusticidad, parto de estos riscos al parecer? ¡Ay si fuera más noble! ¡Cómo inclinara más la voluntad mía a sus finezas y lealtad inaudita!

En esto estaban cuando se oyeron por lo elevado del monte gritos y ruido de armas y hombres que a más andar se acercaban. No pudo más Rodamiro sino llegarse a Florinda suplicándola se recogiese a la cueva, que él saldría a ver qué ruido era aquél; porque dado caso que fueran enemigos, tanta era su ligereza, y tan advertido en las paradas de los montes, que se escapara<sup>194</sup> de un ejército entero. Fuese de mala gana Florinda temerosa; llegose Rodamiro al ruido, y metido entre las malezas del bosque, siguiendo a los que caminaban por lo menos fragoso del monte vio que se recostaban dos hombres a la margen de un presuntuoso arroyuelo<sup>195</sup> que hacía cuenta al siguiente estío, con ayuda del Sol, dirritidor de la nieve, llegar a lo sublime del río. Bajó sin hacer ruido, y sosegando las hojas y ramas de un lentisco oyó que el uno dellos dijo así:

—Murió el duque de Mantua de tristeza, venerable anciano; murió también Hércules Gonzaga su hijo, ¡oh Fabio!, entre aquestas peñas a manos de un caballero catalán que dos días había habíamos recibido por camarada, aunque había seis meses que habitaba estos riscos morador de una cueva inculta a nosotros, conocida de él, como diestro en estas malezas. Quedó Mantua sin heredero, y como lleno de despecho del enojo de su padre, por haberle revuelto

---

<sup>193</sup> Orig.: 'caançara' (78).

<sup>194</sup> Orig.: 'escàpara' (78).

<sup>195</sup> Orig.: 'arruelo' (78).

con todos los príncipes de Italia y dádoles ocasión para invadirle sus Estados, y lo que más era, casándose sin su licencia con madama Laura, Marquesa pretensa de Saluso, se llevó a su hijo natural, habido antes en ella, aunque después legitimado, según se halló en su testamento, hecho antes de encubrirse en estos montes. Venimos en busca de él, si es que aquellas grutas le esconden, para cargar, aunque ha de ser mozo, según que aquí le dejamos (si las señas de madama Laura no engañan), sobre su cabeza el peso de aquella ducal corona de Mantua para que sosiegue también su presencia la guerra que nos hace el Príncipe de Parma, que tan aquejados nos trae, emparentando el Duque nuevo con el de Milán, que ofrece su hermosísima hija madama Cloris, de quien traigo un retrato no lisonjero. Yo era uno de los que acompañaban al malogrado príncipe Hércules. Llevamos otro y yo al de Parma preso en aquellos riscos para entregarle al Duque de Mantua para que vengase en él las iras de su muerto heredero; mas a la noche desatándose de las ligaduras y dando muerte con un lazo que le echó a la garganta al compañero mío, hube de huir su furia y dejar al niño entre malezas y peligros. Yo imagino, ¡ay de mí!, que habrá muerto o a manos del Príncipe o a las garras de alguna fiera, pues ha cuatro días que ando por estas desiertas peñas y no le halio, bien que me dio esperanzas muy ciertas ayer el ver la cueva casi con las mismas alhajas que la dejamos y con señas bastantes de que alguno es habitador de aquel albergue. Y de que no haya muerto a manos del Príncipe de Parma téngolo por cierto, pues no le conocía por hijo del Príncipe de Mantua, como ni yo: tanto silencio tuvo en la conversación amorosa de madama Laura. He repartido, pues, ahora por estos montes gran cantidad de villanos para que averigüen con cuidado, planta a planta y tronco a tronco, los intrincados bosques de aquestos montes.

Muy atento había estado el animoso Rodamiro a estas razones; admirábase mucho cómo podía esconderse de sus ojos aquella novedad de aquel niño que decían, pues habían sido linceos ellos de aquellos parajes; y aunque tal vez el discurso le daba a entender que él forzosamente, según las señas, era el heredero de Mantua, no quería creer de los halagos de su fortuna tan grande dicha, desviando el pensamiento que se subía altanero a coronarse de ideas majestades.

Lo que le causó más alegría fue lo que oyó y dedujo del Príncipe de Parma, quedar en sus Estados haciendo guerra a los de Mantua, porque de allí le venía gran parte de el gusto que había de tener su amada princesa Florinda, y con este presupuesto movió las plantas<sup>196</sup> para ir a darle el parabién y a asistirle para que ningún villano de aquéllos se descomediese con su belleza. Mas los atentos caballeros, que oyeron menear las convecinas ramas, saltaron a la parte que oyeron el ruido, y sin poderlo excusar Rodamiro fue hallado de ellos. Estaba el gallardo mozo encarándoles dos cruzadas pistolas a los dos si luego no rendían las armas a sus plantas; lo cual viendo uno de aquéllos, arrojando las pistolas y arrodillándose a los pies de Rodamiro dijo:

---

<sup>196</sup> Orig.: 'pluntas' (80).

—Guardad, soberano príncipe de Mantua, esas iras para ejecutarlas en vuestros enemigos, que os quitan, poderosos y agraviados, vuestros Estados, y dad los pies para que imprimamos en ellos labios fieles los que aquí venimos desalados<sup>197</sup> en busca vuestra: duque sois de Mantua.

El susto y el contento se encontraron en Rodamiro, y esmaltándose luego de una majestad real volvió al tahelí las pistolas, dando bien a entender en la gravedad ser más parecido al agüelo que al padre en las costumbres. Alabó la fidelidad y diligencia de aquellos caballeros; conoció a uno de ellos, pidiole la causa de haber habitado<sup>198</sup> aquellos montes su padre. Díjole que por estar más escondido de los ojos del Duque, que si le hubiera podido haber a las manos le diera la muerte, por el grande enojo que le había hecho de casarse sin su licencia, y, casado ya, porque movió guerra a Parma y Plasencia porque no le daban por esposa a la infanta Florinda estando imposibilitado a recibirla; y que se quedó más allí que en otro lugar porque, dando en una tropa de bandoleros y portándose él valeroso con ellos y dos criados del Príncipe (como ya Su Alteza, aunque niño, había visto), nos perdonaron —decía— las vidas con tal que el Príncipe les capitanease. Lo que hizo, o por dar mayor enojo a su padre, o porque no se había de saber o porque así le pareció salvar mejor la vida.

Quisieron los caballeros luego bajarse a las faldas de aquel monte, donde había algunas aldeas, para tomar postas por la Francia y para que avisasen a los villanos no buscasen más a su príncipe y señor; sino que el Duque dijo que le importaba subir a la cueva, morada antigua suya. Siguiéronle; hallaron algunos de los que le buscaban, abrazábalos a todos y aplaudía su gran suerte en tener tales vasallos; llegó fácilmente a la cueva, y cuando iba los brazos abiertos a contar toda la historia a su princesa, en vez de hallarla vio que le habían entrado a saco toda la cueva sin dejar cosa de valor en ella. Estremeciose al no<sup>199</sup> esperado suceso; consultó las quiebras, mandó averiguar los bosques, ordenó hacer paradas, quiso que asistiesen a lo más elevado del monte para ver si divisaban de allí su querida prenda; mas no bastaron diligencias humanas.

Quiso por su persona buscarla, y lo hizo a pesar de cuantos se lo quisieron estorbar (que amor siempre se desembaraza de majestades, que en su república no la hay). Llegó a la fuente primer teatro de sus glorias; consideró las de aquel más dichoso tiempo, comparándolas con las presentes penas (siempre aquéllas vienen a la memoria para afligir más el alma con éstas), y enternecido a su sentimiento decía que para qué le adulaba la fortuna con la grandeza hallada, si le ausentaba todo un Sol sin el cual juzgaba por imposible la vida, como aquel que halló un gran tesoro, pero para llevarsele le ha de costar la vida.

En esto sacó el retrato de madama Cloris que le habían dado sus vasallos para que en aquella cartilla delectase amores (que los que son primeros, esos son los

---

<sup>197</sup> Como corre un polluelo, las alas abiertas.

<sup>198</sup> Orig.: 'babitado' (80).

<sup>199</sup> Suplo 'no' (81).

poderosos en la voluntad) y para que reparase el fuego de aquellos hermosos matices; pero arrojándole de sí (que era naípe) y descartándolo, dijo:

—¡A propósito de mis penas vienes, retrato enfadoso, cuando tengo tan llena el alma de mi perdido dueño, que diera la mía en albricias de su hallazgo, aunque se la di!

Durmiose al sonido de las aguas que de un impetuoso salto se dejaban despeñar en otras rebalsadas que les<sup>200</sup> aguardaban y de aquí formaban una música conforme. Durmiose, digo, el apasionado Duque; que esto tienen las penas y las heridas: que mientras más crueles, tal vez más adormecen al alma.

Y apenas lo estaba cuando la aurora de aquellos montes, el alma de aquellos prados, la vida de aquellas flores, la soberana Florinda, con una escopeta al hombro y con tres rayos, los dos negros amenazando fieras y hombres, bajaba a templar el fuego de sus ojos a los mansos cristales, ya revoltosos porque habían de besar el rostro a la gallarda princesa. Reparó en el que estaba allí recostado; conoció a Rodamiro, imaginó lo que era y a qué venía. Ya le iba a despertar y a darle las gracias de sus desvelos cuando, viendo un naípe en el suelo (cosa bien distante de aquellos montes), lo levantó curiosa y vio dibujada, a su parecer, en él la mayor belleza de los siglos: así pintan los celos cuando quieren dar la batalla al alma. La de Florinda, según que lo dijeron las macetas de claveles que se le desaparecieron dejando el jazmín de su rostro despejado de su fuego (mas no sin fuego, que amor más fuego introduce en la nieve de los celos que en la púrpura de su afición amante) imaginó ser aquella la dama que se le huyó de la cueva; ponderaba cuán cautelosos eran los hombres, pues Rodamiro enseñando tantas finezas aún tenía el pecho lleno de aquella ausente hermosura; que quien guarda prendas y retratos del amor pasado no le tengan por seguro en la voluntad presente.

—¡Buena me parara la desdicha si diera licencia a la voluntad de Rodamiro —decía—, pues cuando más segura, a mi parecer, más engañada me hallara! ¡Ay hombres, cómo estimo el comprender presto vuestros engaños!

Y intentando hacer una bella retirada el alma encaminaba otra vez las plantas a su cueva cuando despertó Rodamiro, y hallando tan cerca a su querida princesa, haciendo de nuevo fuerza a sus ojos imaginando ser antojo de su sueño lo que miraba, llegó a quererle dar amorosos abrazos, índices de su voluntad, parabienes de la majestad heredada y ofrecimientos de su grandeza, cuando ella desviándole con las hermosas manos, le hizo<sup>201</sup> patente el retrato diciéndole:

—Tomad allá, pues aun en tanto como ha que jugamos no os habéis sabido descartar de ese naípe. Yo soy la Princesa de Parma; a mí me casan con el Duque de Mantua, poderoso príncipe. No cuidéis de darme más enojos, sino dejadme en paz ir. O, si queréis seguirme, yo pagaré las finezas que habéis hecho conmigo, mas no las cautelas que habéis obrado.

---

<sup>200</sup> Orig.: 'quales' (82).

<sup>201</sup> Orig.: 'hixo' (83).

Entendió Rodamiro que Florinda había encontrado algunos caballeros que le habrían dicho que él era el Duque de Mantua, y lleno de nuevo regocijo dijo:

—Si os han dicho, divina Florinda, mis dichas los vasallos míos, yo os las vengo ahora de nuevo a decir para que de mi boca las sepáis y me pidáis albricias; aunque quien os dio el alma, ¿qué más os puede dar? Yo soy el Duque de Mantua, a quien vos habéis aclamado consorte (¡concedáme esa gran dicha amor!), en fe de lo cual aquí estoy rendido a Vuestra Grandeza, que ya sé que heredáis los Estados de Parma y Plasencia.

Diose de despechada Florinda sabiendo que forzosamente era falso lo que decía Rodamiro, conociendo tan bien<sup>202</sup> ella al Príncipe de Mantua, único heredero del Duque ya decrepito, y con un desdén divino le dijo:

—Cuando lo fuéredes (yo sé el imposible), os miro tan cauteloso como el que lo fue, y así como aborrecí al verdadero aborrezco al falso; falso en el trato, y en los amores falso. Yo bien que soy la<sup>203</sup> princesa de Parma, pero por ese engañoso príncipe de quien vos queréis representar el papel por que le imitéis en todo, he perdido mis padres y mis Estados. Por eso habitaba estos escondrijos antes, amparada de un caballero que estaba en servicio de mi padre y que me sacó en un caballo de Parma. Por que no me quitasen la vida que buscaban quiso llevarme a aquella cueva pareciéndole parte segura para mi persona, que la buscaba aquel mal príncipe para sacrificarla a su furia o para que le diese la mano de esposo, que era mayor mal. Acompañose no ha mucho de unos bandoleros que a pura fuerza le hicieron ser su compañero; mas durole poco, pues visteis vos su precipicio desdichado: tan malo es imitar a los malos. El tirano de Mantua debe gozar mis Estados muerto mi padre, madre y agüelo, y yo, si vos queréis, pues ya os he conocido leal en el recato, aunque no en lo demás, iré, que los recuerdos de mis Estados y grandeza me mueven, a la Corte de España a pedir favor a su Rey contra mis enemigos. Y yo os pagaré después los servicios que me hiciéredes y habéis hecho, y os ayudaré a buscar, o lo mandaré a mis vasallos, el original de ese retrato que tan fino idolatráis, para que en pacífica posesión en los lazos de Himeneo la gocéis largos años.

—Ya, mi divina señora, es imposible que trueque el alma por lisonjeros pinceles y retratos artificiales el que guarda más que a ella propia dentro de sí misma, pintado tan al natural de tantas veces como os han visto los sentidos pintores. Este que miráis está sin alma, y el que aquí en el pecho sustento tiene en cada matiz una alma, en cada rasgo un veneno dulce. Sabed que sois princesa heredada, no desheredada; que vuestros padres gozan los Estados suyos y parte de los de Mantua; que Hércules Gonzaga fue mi padre; que yo, como a hijo de madama Laura y suyo legitimado, y llamado al Principado por un testamento que dejó en poder de un su privado al partirse de los ojos de su padre, le heredo; que el ruido que nos dividió fue de mis vasallos, que me buscaban, capitaneándolos uno que aquí habitó estas malezas; que el príncipe que vos decís

---

<sup>202</sup> Orig.: 'tambien' (83).

<sup>203</sup> Suplo 'la' (83).



murió a manos de aquel caballero que os hizo escolta y que vimos despeñado y yo enterré; que la dama que vos entendéis me tiene tiranizado el pecho fue vuestra madre, a quien quiso forzar mi mesmo padre (sin saber yo que lo fuese, antes le tenía por mi dueño) siendo capitán de los salteadores de estos riscos; que el Príncipe vuestro padre se desafió<sup>204</sup> de los que le llevaban y debió de ir a recobrar sus perdidos Estados. Sólo ignoro el modo que tuvo Rosamira vuestra madre (así se llamaba me dijo, bien me acuerdo) o la causa para irse de mi cueva. Esto es la verdad toda.

—Parad —dijo Florinda—, que me enloquecen vuestras cautelas. Y de una de las que habéis dicho falsa pruebo que todas cuantas habéis relatado lo son. Este retrato no es de mi madre, porque (¡ay de mí!) bien le conozco yo. Pues ¿cómo ha venido a vuestras manos? Dama vuestra era la que vos teníades en la cueva, y ella se os fue, quedándoos con el retrato como el que guarda el nácar de la perla que se le perdió.

—Este retrato, gran princesa, es del original de madama Cloris —dijo Rodamiro—, infanta de Milán, que me la ofrecen sus Duques para que en tan poderoso deudo yo recobre mis casi perdidos Estados. Negociáronlo mis vasallos, los cuales presto veréis, y el Duque Ferrarés mi deudo; mas no consultaron, yo lo fío,<sup>205</sup> mi voluntad.

—Ahora bien, Vuestra Alteza, —dijo Florinda, ya creyendo cuanto le había dicho el Duque— cáse<sup>206</sup> con esa dama, que en mi vida he visto tan gran belleza.

Íbale a responder a Rodamiro, pero el tropel de sus vasallos, que casi juntos venían a darle parabienes de su hallazgo, no le dejaron. Supo de ellos que los villanos que le buscaban dieron con la cueva, y juzgándola de bandoleros la entraron a saco. Y de la Princesa supo que por haber oído alboroto hacia la cueva encaminó las plantas a su antigua morada. La Princesa supo de los vasallos del Duque cómo recobró los Estados no su padre, sino su agüelo, que secreto estaba en Saboya formando poderosas tropas.

—Las cuales conducía aquella misma noche que tocaron arma a la ciudad y en el palacio de vuestro padre el Príncipe —añadían—. No fueron, pues, vuestros enemigos, sino vuestros mismos deudos y vasallos con los de Saboya, que pensando que ya el de Mantua había entrado en Parma (según dijo una espía) y que estaba en ella pacífico señor, entró de repente el Duque, habiendo venido por incultos y secretos bosques y montes, y dio aquella arma que pensó vuestro padre había sido introducido en la ciudad el de Mantua, en fe de lo cual imaginando haber sido vendido de sus mismos vasallos huyó con la Duquesa y con Vuestra Alteza, y al amanecer conocieron su engaño, aunque hubo algunos muertos, pues pelearon toda la noche amigos con amigos. Quedó por el Duque

---

<sup>204</sup> Desconfió. En el orig.: ‘dexafio’ (84).

<sup>205</sup> Aseguro, garantizo.

<sup>206</sup> Orig.: ‘casase’ (85).

vuestro agüelo la ciudad, y de aquí fue haciendo guerra a nuestro Duque, hasta que un día entraron dos peregrinos por Parma que luego fueron conocidos ser el Príncipe vuestro padre y la Marquesa de Montferrato vuestra serenísima madre, con que ahora el Príncipe prosigue la guerra con gran daño de los mantuanos. Sólo aguaba los regocijos de la Corte de Vuestra Grandeza la pérdida vuestra, de cuyo hallazgo me tengo de anticipar las albricias corriendo a la posta hasta Plasencia.

—No ha de ser así —dijo el Duque—, sino del modo que yo lo dispusiere. Y así, primero suplico a Vuestra Alteza me dé la mano de esposa, pues son inmensos los regocijos que hace el alma imaginando tocar su blanca nieve con circunstancias de mía.

—Ocioso fuera responder con otro que con ella, siquiera para que no se anticipe madama Cloris —dijo Florinda.

Admiráronse todos, y dando parabienes y haciendo fiestas a su modo en aquel monte, en donde pasaron todos dándoles de comer la sabrosa caza (que pareció, según la abundancia, que voluntariamente se ofreció a lisonjear las bodas el monte fértil), llegaron a Perpiñan a otro día, y de allí en coches y caballos se encaminaron a Mantua, encubriendo todos el casamiento y la Princesa. Fue recibido de toda la Corte el Duque, y luego envió un embajador al Duque ya de Parma, porque falleció su padre cansado de la vejez, diciéndole que le convidaba con la paz, y para mejor efetuarla iría en breve el Duque de Ferrara a suplicarle dejase venir a la Duquesa su mujer a su Corte, y en rehenes se había de quedar él. Consintiólo así el Duque, admirado de que hubiesen hallado heredero tan encubierto.

Fue la Duquesa; salió a dos leguas de Mantua con toda su corte a recibirla el Duque, y ella asustada viendo que conocía aquel hombre, pues le había librado de la deshonra, casi vino a rastrear ser hijo del príncipe Hércules, pues se turbó al verle muerto en aquel monte donde vivía con él, y admirándose de los acaecimientos varios de la fortuna no pudo dejar de preguntarle si era verdad su sospecha, a que respondió el Duque todo lo que se ha dicho; sólo dudaba (añadió) el por qué se había ido de su cueva. A que dijo que sabiendo el Duque su marido que se había librado de aquellos que le llevaron y luego había hallado la cueva donde ella estaba acaso, buscando uno de los que se le huyeron para darle la muerte para que no convocase a los que habían quedado heridos y escondidos por el monte, que Su Alteza debía de ser, o era, paje o sobrino (a lo que ella había dicho) del príncipe Hércules, no quiso aventurar la vida de ambos a la cólera que podía venirle de quedar muerto su dueño o su tío por causa de nosotros; «y así, fuímonos huyendo de Vuestra Alteza».

Replicó el Duque que sólo para ver su belleza había hecho aquella diligencia, y pues se debían tantas obligaciones de amistad, mediasen ellas la paz deseada de sus Estados; que es verdad que él se había de haber anticipado, mas no lo hizo por haber hallado tan enconados sus Estados al salir de ellos; sólo atendía a que le dijo, relatando su historia, que tenía una hija, la cual, si no se engañaba, llamó Florinda. Aquí no pudo dejar de llorar, que ahora la pedía por esposa, Rosamira,

y con tanto sentimiento, que ya el robusto ánimo de Rodamiro se enternecía; y iba a explicarle ya cómo era la divina prenda suya esposa, y aun grillos hermosos de su albedrío, sino que entró un paje diciendo que la Duquesa de Mantua llegaba a darle el parabién de su venida y salud.

Entendió el Duque que era su esposa, que, mal obediente a lo que le había ordenado (tanto puede un afecto filial), venía a ver a su querida madre. Replicó Rosamira que eso era imposible no siendo casado el Duque ni habiendo madre ni esposa del Duque muerto viuda, pues ya la noble Camila había años que pasó deste a más dilatado siglo, si no es que fuese madama Laura, madre de Rodamiro, mas ésta sabía que en estando cierta de la muerte del príncipe Hércules había elegido otro mejor esposo en la reclusión de un convento.

Todas estas dudas facilitó el entrar sin aguardar licencia la sin par duquesa Florinda de camino,<sup>207</sup> vestida de un celeste tabí<sup>208</sup> para en todo ser celestial; tan bella en sus perfecciones, que pudo dudar Rosamira si fue parto suyo tal prodigio de hermosura. Aquí menudearon los abrazos, reiteraron los parabienes, se contaron los trabajos y encontradas fortunas y luego enviaron por la posta al Duque de Parma y al de Ferrara, que veloz vino a asistir a las bodas, convidando a los príncipes convecinos, que admiraron tan varios acaecimientos y dieron por bien logradas con tan hermosos premios las fortunas de Florinda y Rodamiro.



---

<sup>207</sup> Vestida de viaje, no con el monótono rigor de la Corte.

<sup>208</sup> Tela de seda gruesa, prensada y labrada formando ondas.



## Suceso cuarto (trágico)

### LOS CONTRAPESOS DE UN GUSTO

**R**ÉMORA atractiva de las almas de una ciudad (de quien por ser tan reciente el caso que quiero contar no diré el nombre, pues aún se entienden en parte los lastimosos ecos del suceso) era la bellísima Narcisa, que, de diez y ocho años, acompañaba su hermosura con una grandiosa riqueza que le dejó su padre, de que gozaba juntamente con su madre. Vivía contenta Narcisa, mas ¿qué mucho, si era idolatrada<sup>209</sup> de cuantos miraban sus divinos ojos y admirada con hipérbolos de todos los que oían los aciertos de su gran discreción? Mirábanla muchos con intentos de fundar en méritos el gran premio de su desposorio (si méritos hubiera que la pudiesen merecer). Para ese fin daban libreas, componían versos, vestían colores y en todo demostraban ser Narcisa alma de sus movimientos y gloria de sus amantes deseos; pero ella, en quien tuvo la compostura su propio asiento, aunque los miraba solícitos en lisonjear su agrado, jamás se rindió sino a lo que su madre y parientes dispusiesen.

Era el más bien visto, con todo eso, de los agradables ojos de Narcisa y de los de su linaje, por galán, por primo, por entendido, por rico y por noble (que amor aquí no pintó lisonjero, sino cierto; así se lo pareció a Narcisa y así era) don Leonardo.<sup>210</sup> Era éste un mancebo noble, pero no soberbio; rico, pero no presuntuoso; galán, pero sin picarse de Narciso, aunque se picaba altamente, sí, de los ojos negros de Narcisa.

Fácilmente se conciertan dos amantes: los ojos fueron los que sirvieron de intérpretes y de comentarios de los corazones; ellos se dijeron unos a otros la simpatía de astros que los dominaban. Viendo lo cual su madre, con mucho gusto unió con el divino ñudo del matrimonio estas dos almas consortes ya en sus voluntades, imaginando don Leonardo ser el César de esta más alta conquista, pues habiendo pretendientes mucho más antiguos, él solo en llegando a ver venció. Asimismo Narcisa se daba mil parabienes de sus aciertos, pues no lo es poco llegar a casarse bien y a gusto. ¿Qué más podían desear estos dos amantes? Gozaban de la gloria más conforme del orbe, conservación dél y establecimiento de la Naturaleza (esto es el matrimonio) y engaste de dos unidas y conformes voluntades. Pues en este mayor sosiego, en esta notable y pocas veces vista dicha de amor, en este lazo al parecer indisoluble, no faltaron

---

<sup>209</sup> Orig.: 'idolatra' (89).

<sup>210</sup> Aquí (89) y algo más adelante (90) 'Leandro', pero 'Leonardo' en el resto de la novela.

turbulentas tempestades, inevitables desdichas y espadas desapiadadas y fieras de Alejandro crueles que las desataron y cortaron con tal odio que aún duran pardas pavesas de sus memorias tristes, de su horrible fuego: tal constancia es la que prometen los fundamentos de amor.,

Vino a esta ciudad que habemos dicho un noble caballero por Corregidor,<sup>211</sup> premio de notables servicios hechos en las fronteras a su príncipe. Trujo éste consigo un hijo galán, discreto y digno de la más atenta estimación por las prendas del alma, pues era arriscado, valiente, cuerdo, advertido y, sobre todo (como veremos), gran sufridor de desprecios, gran vencedor de los que otros llamaban imposibles, a quien llamaremos don Valerio. Éste vio un día, por su mal, la jamás vista belleza de la gallarda Narcisa, y como no vibraban sus ojos arpones de vulgar fuego de amor, apenas se pegó al alma cuando, como alquitrán, más ardía cuanto más agua de olvido quería echar en él. Contemplábala ajena y casi inaccesible por<sup>212</sup> su gran recato, y esto propio, que había de retirar sus presumidas altiveces, daba mayores motivos a sus tal vez desmayados espíritus, pues por lo ajena<sup>213</sup> le sucedían ímpetus contumaces de celos (hijos traidores de amor, pero espuelas de la voluntad) y por lo recatada le acosaban<sup>214</sup> mayores deseos de gozar aquel apetecido bien (que la fruta a quien guardan impenetrables paredes y la rosa a quien circundan escuadras de inaccesibles espinas es de mayor gusto, más sazoriada parece). Dispuso don Valerio tercerías, solicitó con dádivas y pretendió agradar con festejos, pero hallaron tan honrada resistencia, que no volvía segunda vez el que se atrevió la primera. Viendo, pues, el enamorado mancebo que no valían sus disignios cosa alguna, y que toda la ciudad tenía a Narcisa, si por espejo de bellezas, por dechado de honradas y honestas, volvió el gobernalle<sup>215</sup> de la nave de sus pensamientos a otra parte.

Tenía Narcisa una estrecha amiga llamada doña Eugenia, depósito de los más hondos secretos de su pecho, la cual sabía la entereza de la virtud de Narcisa, pues era quien miraba sus acciones con más atención, mayor amistad y más cercanía. No ignoraban en la ciudad, ni tampoco fue oculta a don Valerio, esta amistad intrínseca, antes por aquí intentó escalar brevemente el encumbrado homenaje de la voluntad de su dama. Fuese a doña Eugenia, y dándole cuenta con llanto y gemidos (retórica de amantes) el afán de sus perdidos pensamientos, doña Eugenia le desahució la pretensa ponderando la gran virtud de su amiga y cuán perdidas habían de ser las diligencias de su deseo.

Terrible cosa es amor, pues con lo que otras pasiones mueren ésta se sustenta, vive y más robusta se alimenta. ¿Quién llegando a ver que el alcance de su

---

<sup>211</sup> El que ejerce el gobierno una villa o ciudad en representación del Rey. En otros pasajes del texto se le llamará 'Gobernador'.

<sup>212</sup> Orig.: 'para' (90).

<sup>213</sup> Orig.: 'ageno' (91).

<sup>214</sup> Orig.: 'acusavan' (91).

<sup>215</sup> Timón.

pretensión es imposible pasará<sup>216</sup> adelante en diligencias de ningún efeto sino el triste a quien picó esa ponzoñosa araña del amor, aunque recatado como abeja en los deliciosos parques de la deshonesto Chipre?<sup>217</sup> Mas también,<sup>218</sup> si no tan mal, pica el aguijón<sup>219</sup> que se esconde entre las dulzuras de la deliciosa miel como el que desemboza frígida ponzoña y amargo rejalgar. No se enfriaron con tantos imposibles los deseos ardientes de don Valerio, antes cargó la mano en regalar con ventajas a doña Eugenia y hacer gruesos socorros a su marido; que, como hijo del Corregidor, con la mano de su padre fácil fue obligar a los dos consortes para que le fueran poderosos medios para la última consecución de sus pensamientos. Viéronse por una parte obligados doña Eugenia y su marido con dádivas, que quebrantan peñas; y por otra considerando la integridad constante de Narcisa, temían perder los favores de don Valerio si no le acontentaban, o la amistad (que les era de provecho) de don Leonardo y Narcisa, y así, trazaban medios para medrar en ambos mares dilatando los consuelos a don Valerio y no atreviéndose a comenzar la conquista del inexpugnable alcázar de Narcisa casta.

Sabía ella cuán perdido andaba don Valerio por alcanzar el más enano favor de sus bellos ojos, mas ella los recataba<sup>220</sup> tanto, que con ser siempre tropiezo de su vista don Valerio jamás pudo decir él que le miró, cosa que desesperaba irremisiblemente al amante.

Diferían los dos consortes, negociantes de el concierto de estas dos voluntades, la consecución de los pensamientos de don Valerio con aparentes razones, pero el amartelado caballero pedía menos plazo y achicaba los términos, con que doña Eugenia quiso arrimar la escala de sus designos a la conquista de la fortaleza. Iba a su amiga Narcisa, sacábala a la ventana, vían a don Valerio, desmenuzaba sus perfecciones la astuta cautelosa; continuaba su paseo el galán, incansable rondador de la belleza de su dama, y dábale doña Eugenia nuevos combates alabándole con sublimes y ponderativos hipérbolos las partes, prendas y galas<sup>221</sup> de don Valerio. Entendiola por última vez Narcisa, y enojose diciéndole que si más le hablaba en aquel caballero no sólo aventuraba su amistad y gracia, sino que por siempre la perdería. Atajose con esto el daño por algunos días.

Pasaba éstos don Valerio miserablemente, pues miraba que tantos y tan fuertes medios no habían dado aún un paso adelante en su amor, antes cada día se le hacía más inaccesible.

—Cruel —le decía tal vez en sus más escondidos retiros, tendido en su cama por la gran fuerza de los tormentos de amor (¡qué bien le dijo un discreto que era un moledor!)—, ¿es posible que quieres preciarte tan de Narciso de tu belleza que no la quieras comunicar a nadie fuera de tu consorte, con quien eres una misma cosa? Plegue a Amor que te suceda, mirándote en él como en tu espejo,

<sup>216</sup> Orig.: 'passára' (91).

<sup>217</sup> Hogar de Afrodita (Venus en la mitología romana).

<sup>218</sup> Tanto, lo mismo.

<sup>219</sup> Orig.: 'agu-ljon' (91).

<sup>220</sup> Orig.: 'recatata' (92).

<sup>221</sup> Orig.: 'gales' (92).

enamorarte de ti misma, si ya no lo estás, para que te vuelvas flor después, pues ha de ser imposible poder gozar lo que amares, y experimentarás mis insoportables tormentos, pues a mayores (al parecer) imposibles rendiré las pasiones de un corazón tan flechado del arco de tus ojos que parece erizo.

En esto estaba cuando llamando a su cuarto y abriendo la puerta le puso un pajecillo un papel en las manos de doña Eugenia que decía así:

*Hácenme tanta lástima los martirios que os causa la crueldad de mi amiga, que si tenéis ánimo (y no lo dudo, pues sois amante) atropellaré con las luces de la amistad que la debo. Venid mañana y os daré traza para que tengáis vuestra prenda en las manos. Discreto sois y enamorado: no hay que deciros lo que se ha de<sup>222</sup> hacer. No perdáis la ocasión, que después es irrecuperable su cabello.<sup>223</sup> Doña Eugenia.*

Imagen que le pintaban sus lisonjeros pensamientos<sup>224</sup> le pareció a don Valerlo cuanto venía en el papel. Repasole muchas veces (que nunca un desdichado puede acabar de dar crédito a las mismas dichas que casi goza), pero hallando que en todas cuantas le repasó conformaba tuvo por cierta la gloria de sus gustos y viendo que no podía contener en sí mismo el alegría de sus, a su parecer, conseguidos deseos se fue aquella misma noche a la calle de su dama a enloquecer a los aires con el tono de esta amorosa letra:

Penas de amor, a quien sufre  
 gloria y gusto infundís,  
 pues la palma vencedora  
 os tributa un serafín.  
 Si sois escalones, penas,  
 para el bien que gozo aquí,  
 como a más pena más gloria,  
 penas de amor, proseguid.  
 Penas por tan alta causa  
 penas son. Penas, mentís,  
 porque dándoles Narcisa  
 no son penas para mí.  
 Penas, ocasiones altas,  
 alas sois de quien neblí<sup>225</sup>  
 calzó plumas para un vuelo  
 que me hará siempre feliz.  
 Penas, pues voláis al cielo

---

<sup>222</sup> Orig.: 'd,' (93).

<sup>223</sup> Orig.: 'cae | bello' (93).

<sup>224</sup> Orig.: 'pansamientos' (93).

<sup>225</sup> Variedad de halcón.

ya pisáis un bello abril,  
 donde el clavel no es clavel,  
 donde el jazmín no es jazmín.  
 En fin, penas dulces mías,  
 pues me dais tan dulce fin,  
 a vuestras plantas consagro  
 cuanto soy y cuanto fui.

Ya rayaba las altas cumbres de los montes el enamorado de la ninfa Laurel, galán Timbreo,<sup>226</sup> cuando se fue a retirar a su casa don Valerio (no a dormir) y a esperar lo restante del día hasta lo concertado, pareciéndole que retrocedía el tiempo el presuroso de las horas. En tanto trazaron los cavilosos terceros (que para nobles era gran vileza hacerse terceros), obligados más que nunca de don Valerio, que doña Eugenia se fingiese enferma y enviase a llamar a Narcisa para que viese una gala (que poco antes le había enviado don Valerio para así obligar más apretadamente su voluntad), que no quedase criada alguna en casa, para que viniendo, como otras veces, sola en su silla Narcisa, entrase a ver en su recámara de la fingida enferma la gala que dijo se había hecho y allí estuviese escondido el enamorado don Valerio para que le redujese o violentase, haciéndose los perversos marido y mujer sordos a las voces, si las daba Narcisa

Todo se hizo como fue trazado: vino Narcisa, hablaron del achaque de doña Eugenia, quiso ver la gala, dio voces la astuta doliente llamando a sus criadas, quejose del mal servicio, pidió a la amiga entrase en su aposento; entró la inocente dama, y cerrando la puerta por defuera doña Eugenia salió don Valerio de las espaldas de unas colgaduras; tomó por la mano a la que apenas supo de sí de repente, pero cobrada del susto, como el incauto pajarillo que se iba a amparar del árbol y le sale detrás de las hojas el atrevido milano, que no sabe asentar en rama verde ni jugar las alas hasta que se entra en el pequeño nido o se abate a la tierra para escapar del peligro que presente mira, así Narcisa, ya con más alientos, dio gritos pidiendo justicia al Cielo y llamando traidora amiga a doña Eugenia, que los había dejado encerrados y se había apartado a otro cuarto.

Defendióse valerosamente, desatándose de los brazos de su amante (que aunque toda era rigores Narcisa, quisiera don Valerio que durase un siglo la pelea). Afeole tan vil diligencia y añadió que sola aquella grosería, cuando no lo fuera por su honor, hacía imposible la conquista de su agrado. Con que más advertido el enamorado galán, dejó la fuerza y púsola en abrir la puerta, saliéndose ambos, cada cual para su casa. ¡Oh valerosísima mujer, digna de la fama, vencedora ilustrísima de tan fuerte lucha, digan tu valor los inmortales mármoles, los eternos bronces, como perseveres! Mas tente bien en los estribos de tu recato, que este monstruo vendado,<sup>227</sup> nieto de la espuma del mar, aunque tan

<sup>226</sup> Uno de los epítetos de Apolo, por tener un templo dedicado en Timbra.

<sup>227</sup> Cupido era hijo de Venus (Afrodita), y ésta habría surgido de la espuma que en el mar producían los genitales de Urano, que Crono le había cortado con su guadaña.



fuerte, no se da por vencido aunque lo haya sido muchas veces: siempre anhela a ser vencedor.

El siguiente día considerando con más abiertos ojos y menos pasión la triunfadora Narcisa la burla que su falsa amiga le había hecho, intentó enojada, resuelta pero cautelosa, hacerle otra aun más pesada respeto de la vida, siempre disimulando su agravio. Envíole un regalo de leche con un recado que decía que buena había estado la burla pasada, pero que comiese de aquello, que a ella le había sabido muy bien. Alegrose doña Eugenia pensando que aquel durísimo diamante cuanto hermoso se había ablandado ya, y agradeciendo el regalo mandó que se lo guardasen para la noche, que lo sacaron de una alacena; pero conocióse que era píldora blanqueada por defuera, mas por dedentro llena de malicia, pues todo estaba de gusanos. Conocióse el veneno y quedaron unos y otros cuidadosos temiendo que Narcisa cruel les había de hacer quitar la vida.

Iba trazando la vengativa dama con dos soldados matantes, en tanto, de que diesen la muerte a don Valerio dándoles dos mil escudos y una cadena de oro. Convinieron en el concierto; trataron de matarle una noche aguardándole a que saliese de una casa honrada, donde solía quedar a entretenerse parte della. No fue así aquélla, porque, ausente don Leonardo, estando tomando el fresco Narcisa en un balcón acertó a pasar don Valerio y no pudo más consigo, pues depuesto todo lo pasado (que tuvo por lisonja lo de negociarle la muerte su dama,<sup>228</sup> tales son los caprichos de los amantes) se puso a enamorar a Narcisa, que cautelosa, sabiendo que aquella noche había de ser (según la promesa de los bravos) la última de don Valerio, le entretuvo con palabras indiferentes y ambiguas a dos sentidos, como el oráculo en Delfos.

Por tal las tuvo don Valerio, interpretándolas en su favor imaginando que ya estaba en el primer escalon de sus glorias y que Narcisa flaqueaba a los poderosos embates de sus ternezas y amores. Ella aguardaba que llegasen los soldados, por tenerles advertidos que su mayor asistencia de don Valerio era a la vista de sus balcones, y ya tal vez había advertido que rondaban ellos por allí a fin de despicarla.

No se qué se tiene esto de oír ternezas y alabanzas tuyas las mujeres: envueltas en gemidos ponderativos del martirio del amor ablandarán al más duro y bravo pedernal. Narcisa (¡quién tal dijera!) oyó de espacio las justificadas, al parecer, quejas de su galán, y de oírlas ya le pesaba que estuviese don Valerio con tal peligro en la calle, y la que detenía al amante para la consecución de su venganza ya le despedía por que se lograra su vida, y no sé si diga que para conservación también de la suya propia. ¡Oh tirano rapaz, que sabes introducir y trocar las flechas y arpones cuando quieres, y a quien pasaste con el plomo vuelves a traspasar con oro! ¿Por qué no diré que naciste para inquietud del orbe, pues los que te siguen jamás pueden quietarse en una cosa? Diranlo los sucesos

---

<sup>228</sup> De esto aún no sabe nada don Valerio.

destos dos amantes. Dígalo la constancia de Narcisa, que admitió por los oídos la emboscada que le desmanteló el castillo, al parecer inexpugnable, de su honor.

Contento se fue a su reposo don Valerio (si le hay en quien como él estaba contento), si bien a la siguiente noche todo el edificio de sus pensamientos hubiera de venir a tierra. En fin, vaivemes de amor, intercadencias de esta<sup>229</sup> pestilente calentura. Fuese a la casa que solía, para entretenerse allí y jugar; aguardáronle, porque le habían visto entrar, los dos abroquelados valientes, y como algunos otros entrasen en la casa al mismo deporte que don Valerio preguntábanles quiénes eran, y ellos por disimular entraron también a ver el juego. Ganaba don Valerio; era liberal: dio a todos barato, y muy en particular a los dos, porque los vio soldados y al parecer pobres. Volviéronse a salir los dos matantes, pero ya con diferentes designios, pues vista la liberalidad del caballero que matar querían salió decretado de su consulta que no muriese un caballero tan amable (que fue mucho para fieras), pues, a más de ser ingratitud grave, corrían peligro de la vida y certitudes de un castigo que sirviese de ejemplar para siempre, respeto de ser hijo don Valerio de quien era.

Aguardaron a que saliese de su juego, y descubriéndole los intentos de Narcisa fingieron que ellos habían venido en el concierto de su crueldad por que no se valiese de otros y ellos pudiesen avisarle. Agradecioles el beneficio (que aun en estos míseros tiempos importa besar manos homicidas) en el intento, gratifícoles la amistad, trayendo de allí adelante menos descuido y más compañía.

—¡Ay dulce fiera mía! —repetía una y muchas veces el asombrado galán—. ¿No te bastan las espadas negras de tus idolatrados ojos? ¿Valientes buscas para dar al través con una vida que no lo es, y si lo es pende de un delgado hilo que tus desprecios fácilmente acabarán de romper? Supiera yo de tu boca que deseabas mi muerte, pues por hacer algo que te agradase la sacrificara yo mismo a tus plantas: aras más adoradas de mí que las del mismo amor. No sé a qué fin me diste esperanzas con tus razones desde tu balcón anoche.

Hasta aquí hemos dibujado con el pincel de la pluma los efectos del odio y aborrecimiento que el rapaz de Chipre introdujo con el mortal pasador de su carcaj vario en el constante pecho de la desamorada Narcisa. Hasta aquí todo ha sido lástimas, penas, martirios, peligros y pesadumbre del amante firme. Pues ahora hemos de contar cómo Amor puso en el arco una flecha templada con punta de oro para pasar (como lo hizo) el corazón cruel antes, ya tierno, de la dama, con tanta ufanía de su tirano dominio, que las plumas quedaron tremolando en el pecho en fe de la inaudita vitoria que lograban. Quizá lo hizo este monstruo-ave, deseoso de vengarse, porque enamoraba más almas Narcisa que su madre la diosa de Pafo.<sup>230</sup>

Ya hemos dicho cómo Narcisa escuchó quejas y gemidos de don Valerio; por ella parece que quisieron decir «no es sorda la que no oye, sino aquella que no

<sup>229</sup> Orig.: 'este' (97).

<sup>230</sup> O 'Pafos' (Chipre), donde había un templo dedicado a Afrodita.

escucha». Escuchó<sup>231</sup> Narcisa; no fue sorda Narcisa: enamorose de don Valerio Narcisa; que esto tienen de áspides las mujeres: que se suelen (¡oh, tan mal! dejar encantar por<sup>232</sup> los oídos. Lo más mal era que su amor fue de condición de rayo: en el instante la abrasó hasta las médulas, y tan desapiadadamente que le hacía dar unos gemidos breves, pero todas exhalaciones de ardiente fuego que mudaban lugar en su cielo desde su boca de clavel al contrapuesto horizonte, si no nadir,<sup>233</sup> de su don Valerio, pues sólo suspiraba por aspirar su nombre.

Venia el gálán con tan desapiadadas<sup>234</sup> pesadumbres por la calle de su dama contemplando las falsas glorias de la noche antes, pues llegó a gozar (pero para perderlo presto) favores purpúreos de su clavel partido, y culpaba, no a su amor, sino a su infeliz desdicha; y acordándosele<sup>235</sup> una letra que acaso había hecho a las sospechas de quererle hacer matar Narcisa (que aunque no lo creyó ya lo sospechaba de lo que le contó doña Eugenia) dijo así, oyéndolo su dama:

Arrogante pensamiento,  
si has de morir a la cumbre,  
¿para qué te solicitas  
tantas esferas de luces?  
La nubes de oro que pisas,  
y que traspasar presumes,  
son cárcel de tu arrogancia  
adonde el Sol te sepulte.  
Condenado te lamento;  
el orbe todo te culpe,  
que el porfiar mal pagado  
fatales fines descubre.  
Condenado ya a morir,  
son piadosos ataúdes  
los aires como la tierra,  
como las sombras las luces.  
Sólo el infierno de amor,  
que es el desprecio, te encubre,  
te oprime y te hace gemir  
con la grave pesadumbre.  
Narcisa divina mía,  
que esperanzas me descubres,<sup>236</sup>  
en tormento tan horrible,

---

<sup>231</sup> Orig.: 'escuha. Escuhó' (98).

<sup>232</sup> Orig.: 'per' (98).

<sup>233</sup> El punto opuesto al cénit.

<sup>234</sup> Orig.: 'desapiadades' (98).

<sup>235</sup> Orig.: 'acordòsele' (98).

<sup>236</sup> Orig.: 'descubren' (99).

válganme tus bellas lumbres.  
 Y si no te lastimas  
 harás que busque  
 la espada que tú quieres  
 que me sepulte.

¡Si dijera que la más cuerda mujer viene a ser de lana! Perdónenme las que fueren fuertes,<sup>237</sup> y discúlpenme<sup>238</sup> con el desatino de Narcisa, no en amar, sino en declararse así, tan de repente, con su galán. ¡Oh, cuántas parecieron castas y honestas llegando a lograr los triunfos de sus deseos porque supieron reprimir cuidados que querían reventar por la boca haciendo cárcel de su apasionado pecho!

Escribió a la siguiente mañana (habiendo hecho ruido a la ventana la misma noche, como dando a entender que no faltaba quien oía las sentidas penas de don Valerio) a doña Eugenia ponderando sus fogosas ansias, encareciendo sus amorosas bascas de amor, llamando su vida a don Valerio cuando tan poco había que le solicitaba la muerte, y a ella le llamaba su mayor amiga cuando hizo algunas diligencias para sacarla no sólo de su lado, sino del mundo.

Nada le creyeron de cuanto escribía Narcisa, pensando eran nuevos disimulos para quererlos matar: tan viva aprensión habían hecho las pasadas burlas en el pecho de ambos (que quien hizo alarde de crueldades mucho ha menester para ser creído afable y pacífico); pero Narcisa prometió tantos seguros que se hubieron de ver, y se llegaron tan vivamente a encadenar, que hicieron estremos el uno y otro de excesivo amor. Cada día visitaba Narcisa a doña Eugenia, y no se descuidaba de hacer tercio don Valerio. Cada día más enamorado de las gracias de Narcisa, casi públicamente vestía sus colores, pasaba su calle,<sup>239</sup> era Clicia amante de los balcones del Sol de su dama; y no sólo de día, pero también de noche, dando a entender en tonos graves y dulces (sin nombrar partes, empero) las glorias de sus empleos. Una noche en particular le cantó estos versos donde cifraba sus sucesos:

Era, bella señora,  
 cuando la noche, de la sombra autora,  
 su negro, estendido manto,  
 tejido en los enredos del espanto,  
 cuando con aparato  
 por mis deseos me escuchaste<sup>240</sup> un rato.  
 No salió blanca Luna,  
 ni salieron tampoco las estrellas;  
 que temió cada una

<sup>237</sup> Orig.: 'furtes' (99).

<sup>238</sup> Orig.: 'disculpanme' (99).

<sup>239</sup> Orig.: 'calla' (100).

<sup>240</sup> Orig.: 'escuchastes' (100).

el rayo hermoso de las tuyas bellas,  
 que con un Sol divino  
 oponerse el humano es desatino.  
 Sentí que me aguardaste,  
 y fue destreza de tus bellos ojos,  
 pues que te anticipaste  
 a quitar de la calle los enojos,  
 porque si los hallara,  
 en lugar de cantar, triste llorara.  
 Yo, pues, favorecido  
 de tus rayos, que amable difundías,  
 aunque amante encogido  
 canté las ansias (¡oh, qué dicha!) mías  
 a la causa que adoro  
 con gala, con verdad y con decoro.  
 Oíste agradecida,  
 y yo dichoso de mi dicha amante,  
 te ofrecí el alma y vida.  
 Pero ¡qué ciego soy y qué ignorante,  
 si al ver tus bellos ojos  
 el alma te ofrecí como en despojos!  
 Ya, celestial Marfisa.  
 que de correspondido estoy tan loco,  
 tu hermosura me avisa  
 que cuanto hay, sin Marfisa todo es poco;  
 sola es Marfisa el todo,  
 gala al aseo, y al donaire modo.  
 Gallardo dueño mío,  
 vaya el amor como la fe adelante,  
 hasta que mi albedrío  
 hecho del cielo de mi dicha Atlante,  
 a glorias de tus brazos  
 goce dichas de amor en dulces lazos.

No pudo ser tan secreto el amor de estos dos amantes (mas ¿dónde ha habido amor secreto) que no lo sospechase don Leonardo, que aunque asegurado antes de las antiguas finezas de Narcisa, ya echó de ver que por antiguas se le habían olvidado. La inquietud de su esposa decía todo el suceso, las asistencias de don Valerio lo repetían no solo el vulgo, que lo murmuraba, sino también el honrado marido, que lo: sospechaba, y el ir y venir a casa de doña Eugenia Narcisa cada día era lo que más avivaba los traslucimientos de su deshonor al receloso esposo. Reñíale al principio lo poco que asistía en casa, lo mucho que salía fuera; poníale preceptos que impaciente rompía y contumaz atropellaba. En particular le vino a

prohibir el entrar en casa de su amiga doña Eugenia: si a una fuente le impiden la presurosa corriente, más precipitada se despeña después. Diole a entender, en fin, sus malicias, y de aquí empezó a correr el agravio sin pena.

Rondaba su casa casi cada noche don Leonardo, que aunque entreverado en la edad no le faltaban bríos, pero Narcisa prevenía a su amante sabiendo la valentía y la razón de su forzoso dueño, entendiendo que de encontrarse los dos no podía menos de perder la quietud de su casa o el logro de sus amantes empleos. Miraba ofendido a su esposo y casi cierto de su deshonra; pero no la temía,<sup>241</sup> que un amor despeñado es muy valiente, pues jamás piensa en los peligros.

Más cauteloso iba don Valerio: guardábase de reñir, porque no tenían la razón de su parte, y quien sin razón pelea parece que se va a meter<sup>242</sup> la espada del contrario por su pecho; por otra parte, el respeto que debía al matrimonio que violaba enfrenaba sus malos pensamientos, que llevaban a hacer sangriento sacrificio de la vida del inocente don Leonardo (que un poderoso si da en insolente lo es en sumo grado). En fin, atizando el fuego la desleal Narcisa, pospuestos todos los decentes recatos intentó un hecho tan temerario, tan indigno de su nobleza, de su valentía y bizarro proceder, que a él y a la dama les dio para siempre renombre de viles. Mas ¿qué no emprenderá un corazón en quien este hijo de Venus hizo su morada? Todo es violencias rigurosas, sangrientas y detestables.

Apretaba don Leonardo a Narcisa; no la dejaba salir ni a lo que casi era fuerza que saliese; amenazaba a las criadas y de noche era Argos de los más escondidos movimientos de Narcisa: hacíaseles imposible a los dos amantes la repetición de sus deshonestos abrazos. Avisó a don Valerio la cautelosa y despechada dama de que las sospechas de su marido llegaban a evidencias, pues, imprudentes, casi publicaban su culpa con los ojos, y por consiguiente le advertía del peligroso estado en que quedaba: cosa que precipitó a don Valerio para que, pues no podía llegar a gozar de su bien sin arriesgarse a muchas desdichas, del todo se abalanzase a la mayor. Tendió la obscura noche el manto de sus tinieblas; fuese a ver con su dama espiando una criada los movimientos de don Leonardo, donde concertaron que para salir de una vez de zozobras conyugales se diese el cargo de matar al inocente esposo a los dos bravos que antes habían por mandado de Narcisa de dársela a don Valerio, y para que fuese el suceso seguro prometió de entremeterse también en la pendencia y darle de puñaladas. Sí, que no bastaba que le quitasen al triste esposo la honra, también la vida le querían quitar, si bien parece se le hacía lisonja, que una vida noble sin honra parece cuerpo sin alma.

Sucedió todo según sus pensamientos a los dos enlazados amantes: espionaron a don Leonardo, y al bajar de una casa, que era la de doña Eugenia, que había entrado acaso para mejor averiguar sus celos y para reprehenderles las malas

---

<sup>241</sup> Orig.: 'la tenía'. Quizá habría que enmendar 'le temía', pero entiendo se refiere a la 'deshonra' o a 'la valentía y razón de su forzoso dueño'.

<sup>242</sup> Orig.: 'mater' (101).

diligencias que<sup>243</sup> habían fomentado para el menoscabo de su honra (que ya en confuso lo sabía todo; que aunque el desdichado es el último que sabe su afrenta, siempre en fin la viene a saber), al salir de esta casa le dieron entre los tres tres mortales puñaladas al desdichado caballero y desgraciado marido, que al huir y al defenderse conoció por la luz que había en las tiendas de algunas casas abiertas a don Valerio.

Acudió al ruido de las espadas gente; hallaron a don Leonardo herido; lleváronle a su casa, donde la falsa Narcisa lloró lágrimas de desapiadada hiena, de el cauteloso cocodrilo, pero enjugóseles presto la venida del Gobernador a su casa. Preguntó al mortal caballero si conocía quién le había herido, y dijo que su hijo don Valerio y su mujer Narcisa, que allí estaban entonces presentes.<sup>244</sup> Asustose la dama; no se le creyó al herido el dicho; fuese el Gobernador a mayores pruebas: halló otro rastro de sangre que se encaminaba por diferente parte que a la casa de don Leonardo; siguiéronle y hallaron en una a uno de los bravos y homicidas, que se estaba curando una herida que le dio don Leonardo en el pecho defendiéndose. Fue preso y aquella misma noche puesto a cuistión de tormento, confesando en él que don Valerio y dos soldados, que el uno era él, ya días atrás habían trazado de dar muerte al que casi lo estaba ya, y esto por orden de Narcisa.

Mostró entonces el Corregidor finezas de juez diciendo que al otro día había de degollar al hijo sin que le valiese el sagrado de padre; que cuando los delitos son tan manifiestos, la modestia afectada en un ministro viene a ser aun delito más atroz. Apenas había salido de casa de don Leonardo el Corregidor cuando Narcisa se huyó llevando consigo un cofrecillo de joyas de valor grande, y su amante la llevó en un volador caballo a una villa, distante un tanto de aquella ciudad, donde tenía ella su madre, dama de notable cordura, noble y principal, que tenía su casa en frente de un convento de monjas. Don Valerio se escondió, por si fuese buscado, detrás del dosel de una casa principal.

Varias diligencias hacía el Corregidor por haber a las manos a su hijo; probó el delito con la confesión de aquel soldado herido, que el día después fue ahorcado; asimismo prendió a doña Eugenia y a su marido, por haber probado haber sido ellos los que atapaban el adulterio, y desterrolos<sup>245</sup> de todo aquel distrito (y ellos, de afrentados, se desterraron de los reinos de España después). ¡Así quisieran<sup>246</sup> los jueces examinar los delitos como los averiguaran hasta la menor circunstancia!

Esparció el Gobernador severo ministros para prender a su hijo y envió la causa al Supremo Consejo de aquel Reino para el castigo de Narcisa, que luego fue buscada diligentemente y después de días se supo estaba en casa de su

---

<sup>243</sup> Suplo 'que' (102).

<sup>244</sup> Durante la agresión, se deja entender.

<sup>245</sup> Orig.: 'desterrados' (104).

<sup>246</sup> Lograrían, podrían. Creo que el Autor usa aquí 'querer' como Cervantes el inicio de su *Quijote*: 'En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...'

madre. Fuela a prender un juez y un alguacil con otros ministros, y hallándola en el estrado con su madre, pidiéndole licencia y disculpando su venida (que no implica para la ejecución de la justicia la cortesía), su madre con valor de señora le dijo a la hija que entrase a ponerse el manto y fuese con aquellos señores, que si estaba inocente Dios la defendería, y si culpada era muy digna de castigo.

Entró Narcisa en la recámara y (¡oh sutilezas de mujer!) puso su saya y vestido a una hermana suya que en casa había, casi del mismo cuerpo, algo menor que la delincuente dama, que cubierto el rostro en muestras de vergüenza con el manto salió llevándola el juez con sus ministros. Apenas habían éstos salido cuando la prevenida Narcisa con la mayor diligencia que le fue posible se fue a entrar en el convento de las monjas (que, como dicho es, estaba frontero de la casa de su madre); encerrose en su clausura y advirtió a la prelada y portera el recato que se había de tener, admirando ellas la astucia con que se había escapado de los ministros de Justicia.

Andadas tenían dos o tres calles estos engañados cuando, levantando la nube del manto la gallarda y atrevida hermana de Narcisa, dijo que por qué culpa la llevaban presa. Conocieron su engaño; corrieron a la casa, mas supieron que había rato que estaba en la de las monjas. Amenazaron a la prelada que si no sacaban y entregaban a aquella dama que allí tenían les romperían la clausura; pero no se atrevieron ni fuera justo; lo primero, porque estaba muy emparentada en aquella villa Narcisa y no se sufriera semejante superchería, y lo segundo porque quisieron tener respeto al lugar sagrado (que no fue poco para ministros burlados, pues aun los que no lo son tal vez y siempre tienen más respeto a la casa de un príncipe o embajador que a la que lo es del Príncipe y Rey de los reyes), y así, se determinaron de que le valiese su ventura a la dama, pues así había sabido valerse de aquella traza. Dejémosla aquí, que en buena parte está, y no le valdrá tan poco ese sagrado que no le negocie el lograr no sólo la vida del cuerpo, sino también, lo que más es, la de el alma.

Don Valerio, con el cofrecillo de las joyas de su dama y con lo que tenía prevenido, caminando de noche y embreñándose<sup>247</sup> de día, pues no ignoraba de la severidad de su padre el Corregidor cuán mal le había de suceder si fuese hallado, se partió para la Corte del Rey, donde con muchos medios negoció perdón para él y su amante encerrada (porque sabía todo el suceso). Mas, como pasaba a más la fineza deste caballero, no se contentó con solo eso, antes buscando acomodada embarcación pasó a Roma; negoció bula de Su Santidad para que si hubiese profesado Narcisa (que parece trataba de hacerlo, pues había tomado el hábito ausente don Valerio) no valiese la profesión, por ser obligada del miedo y no con acción voluntaria.

No hay aquí para qué cifrar los inmensos trabajos que tan grandes caminos le ocasionaron los varios sucesos que le acontecieron, pues el delito oprime y es ocasión de terribles miedos; pero, con todo, siempre sus amantes pensamientos encaminados al norte de su adorada Narcisa, ni sabían divertirse en otra cosa,

---

<sup>247</sup> Ocutándose. En el orig.: 'embreñándose' (105).



cuando la belleza de las ciudades y diferentes provincias y reinos podían altamente desviar su melancólico humor: Nápoles, Milán, Génova, Florencia, Pisa, Marsella y otras que tuvo ocasión de ver.

Solo una tarde, al trasponer el dorado Criseo<sup>248</sup> los amables fulgores a los opuestos indios, entraba por una calle en la abundante y riquísima ciudad de Génova, donde en una reja de una cárcel vio asomar una mano que le hacía señas y oyó una voz que articulando su mismo nombre de don Valerio le llamaba. Parecióle al admirado caballero que otra vez había oído aquella voz; subió a la cárcel, aguardó al que llamaba, que llegándose al oído le dijo:

—¿Conoceisme, señor don Valerio?

A lo cual respondió el confuso amante que no.

—Yo soy —prosiguió —la desdichada doña Eugenia, que por un suceso vario estoy en este puesto y traje que veis. Fáltanme diligencias y dineros para salir de este babel y laberinto de hierros; si bien son tales los míos, que no a menos que hacerme moradora perpetua de este horrendo lugar me destinaban, a no haber hallado en vuestra nobleza, siempre favorecedora de menesterosos, el arrimo que pretendo, el amparo que deseo y el sagrado que busco.

Asombrose don Valerio del no esperado suceso, pero consideró que ocasiones urgentes que a él habían sacado peregrinante de su patria por tan diferentes y distantes provincias, con tan varios acontecimientos, podían haber ocasionado lo mismo a la que miraba, y aún no creía, sujeta a los hierros de una obscura cárcel. Calló, solo informándose<sup>249</sup> del modo que se había de tener para sacarla de la cárcel, con quién había de hablar, qué medios había de interponer y, en fin, qué había de hacer para que tuviera próspero suceso y fin su adversa fortuna.

Parece ser que como fue desterrada doña Eugenia y su marido por el suceso que se ha dicho y por la severidad del Corregidor, padre de don Valerio, doña Eugenia, que tenía amistad íntima y antigua, por criado de sus padres, con aquel soldado que ayudó a dar la muerte a don Leonardo, y le solía recibir en su casa, lo hizo en el despreciado<sup>250</sup> suceso, guardándole aun de los asomos del aire hasta que ella también corrió adversa fortuna presa y desterrada de su ciudad.

No era doña Eugenia fea, aunque de mediana edad, y era el soldado algo bizarro y de buena parte, por lo cual, teniéndole en su mismo cuarto, se aficionó a su persona. Entendióle el soldado; díjola ternezas, con que fácilmente la rindió, antojadiza anteponiendo a los requiebros de su viejo marido las que juzgó finezas de su nuevo galán. Ella, en fin Venus, si él Marte, presa y desterrada del sol de la Justicia mandó a su soldado que aguardase a un lugarcillo cuatro leguas de la ciudad para que después fuesen juntos. En tanto, persuadió a su marido que era bien recibir algún criado para que les acompañase y sirviese hasta Cartagena, donde querían hacer su habitación, y esto que fuese en el primer lugar. Consintió el

---

<sup>248</sup> Uno de los epítetos de Apolo, el Sol. En el orig.: 'Chrisco' (105).

<sup>249</sup> Orig.: 'informando; lse' (106).

<sup>250</sup> Orig.: despreciable, miserable (106).

marido con todo lo que le propuso la astuta amante, por ser él hombre de los que sufren que sus mujeres les manden: recibiose el soldado, prevenido para ese fin, porque no tenía dél antes noticia el esposo engañado de doña Eugenia y porque él se ofreció delante dellos a servir, y así tuvo la falsa dama galán y criado en una pieza, subiéndole, ausente el marido, a título de dueño y señor.

El cual lo quiso ser con tanto efeto que, insolente y tirano, enfadándose de que sus amores hubiesen de guardar recatos al matrimonio (que aunque esto era más por razón de estado que por otro peligro en que se tropezase, siempre con todos estos recelos les hacían andar desvelados), una noche le dijo a doña Eugenia se dispusiese a seguirle, porque no le sufría su amor el ver a sus ojos decirle otro que él amores, ni menos le bastaba<sup>251</sup> el ardor de su corazón sentir requiebros, aunque de su forzoso dueño, cuando estaba él sin pestañear adorando aun sus más descuidados desdenes. Creyolo la engañada señora, y aun lo tuvo por una de las mayores finezas de su amor. Consintió con cuanto quiso el soldado; hurtaron al marido cuanto tenía, y en sendas mulas tomando el camino de la gran Sevilla, al opuesto del que seguían, se metieron en aquel hermoso laberinto de edificios y población casi imensa, donde les pareció que, aunque fuera lince el burlado marido, era imposible poderles descubrir.

El cual vuelto de unos negocios (que su mujer había urdido por ausentarle) entró en el cuarto que en un mesón tenía, pero hallolo en sumo silencio envuelto. Preguntó a la mesonera por doña Eugenia, y díjole que había dos días que se fueron ella y su criado con dos buenas mulas, pero que no sabía a qué paraje se encaminaban. Maldijo su ausencia, culpó su descuido, amostazole<sup>252</sup> la burla, sintió la pérdida de su dinero, prendas y honor, y aun hubo de pagar la posada por todos. Imaginó que irían la vuelta de Sevilla, por ser aquella población gran capa de delitos, pues en aquella ciudad como a desaguadero acuden en confianza de ahogar en el gran Mar Océano y en la mudanza de los aires del Mundo Nuevo sus crímenes casi todos los delincuentes que pueden.

Llegó a la ínclita Ciudad, paseó sus calles, visitó los puestos donde suelen acudir los soldados, y, en fin, tras muchos días de cuidado, en una de sus calles donde suelen los valientes hacer ostentación más de su persona que de sus bríos halló al soldado muy galán, que le llamara corneja a sufrirlo su cólera, pues plumas, cadena, vestidos y cuantas galas traía habían sido antes adorno no contensible<sup>253</sup> de su persona en más dichoso tiempo. No pudo dejar el afrentado esposo de llamarle aparte pidiéndole<sup>254</sup> su mujer y su hacienda, añadiendo que no hacía ruido con la Justicia ni daba parte al señor Asistente por no afrentarse a sí propio; pero que si luego no le restituía uno y otro había de hacer dar con él en un calabozo posponiendo todos los respetos que le hacían callar. Era mal sufrido el soldado, y apenas acabó de hablar el triste marido cuando acercándosele más le dio dos puñaladas, con que le dejó cadáver hierto, pagando

---

<sup>251</sup> Sustentaba, soportaba.

<sup>252</sup> Orig.: 'amostajòle' (108).

<sup>253</sup> No compatible, exclusivo.

<sup>254</sup> Orig.: 'pipiendole' (108).

el ser cómplice, si no encubridor, de los viciosos amores de don Valerio y Narcisa; que aunque tardó la justicia de Dios, llegó en fin.

Metiose el matador entre la gente y dejó a la piedad de los circunstantes curar del alma del difunto, ya que él había dado al través con su vida. Fuele fácil ponerse en cobro, con que al cabo de algunos días pudo a su salvo salir sin sospechas de ser conocido y verse con doña Eugenia avisándola cómo había desembarazado su matrimonio (contándole todo el suceso que aún ella no sabía, por haber mucha distancia desde su posada hasta donde sucedió la miserable tragedia). Celebró la viuda con algunas lágrimas las exequias del difunto. pero no fueron tantas que fácilmente no las enjugasen los amores de su soldado. El cual trazó, por el recelo de su delito, la partida de ambos, pues podía fácilmente descubrirse el suceso; y sabiendo estaban en el Puerto de Santa María unas galeras negoció diligentemente para los dos embarcación y pasaje, que por tener camaradas en las galeras lo alcanzó sin mucho trabajo.

Vieron las grandes ciudades que riberas del mar por el camino de Italia (que era el que hacían) levantaban su hermosa frente para verse a sus, aunque inconstantes y abollados, espejos: Barcelona, Marsella, Niza y otras, y, en fin, sin revés alguno del proceloso mar desembarcaron en la bella Génova. Jugaba el soldado, y gastaba en brindis y banquetes las joyuelas y dinero de su dama con tanto desprecio como si fuera un príncipe, con que a pocos lances se quedara ella sin un real a no tratar de recoger lo poco que le quedaba. Advirtiolo el soldado, y llevábalo mal, y determinó de cogerle todo el dinero y joyas dejándola, pues ya su antojadiza condición le llevaba a otros divertimientos.

Asimismo doña Eugenia procuraba también por lo opuesto agradar a los ojos de un alférez de una compañía que le había prometido de traerle en Nápoles como una reina si se entregaba a su albedrío, y como todo lo nuevo aplice, empezaba ya a aborrecer a su antiguo galán y a favorecer al nuevo, cosa que aquél sentía a par de muerte y buscaba ocasión de despigar sus celos. Asimismo el favorecido alférez se picaba de la hoja, y el soldado era valenton, con que hallándose un día en el puerto, a medio mirar de ojo se dieron por entendidos sacando las espadas, bien que la del soldado salió más dichosa, pues hirió malamente al enamorado alférez, más por su poca suerte que porque le faltase valentía. Acogiose el matante, y faltando de la posada doña Eugenia acaso, cargó cuanto en ella tenía, trasplantándolo de presto a una galera que a pocas horas hizo señal de leva, quedando doña Eugenia solamente con su vestido y galas que aquel día se había puesto.

Supo su desgracia por lo que vio que le faltaba, y pidiendo a un español que en el mesón posaba un vestido de hombre se fue a boca de noche a ver a su amado alférez al mismo tiempo que la Justicia tomaba el dicho al herido; que viendo allí a su dama, desacordado dijo que aquella dama que allí se vía vestida de hombre había sido causa de su pendencia, respeto de que un soldado que la tenía por cosa suya la quería llevar a Milán, donde ella no quería ir, sino a Nápoles, por lo cual se había puesto en sus manos para que allí la llevase; de que

celoso su galán, le había desafiado y herido, y que ella diría el nombre del matador. Mandó el alguacil a doña Eugenia guiase a la posada; pero diciendo ella que el soldado se le había huido llevándosele cuanto tenía no fue creída, antes maliciando que debía entrar a la parte en el homicidio del alférez fue llevada a la cárcel, pues el vestido, el suceso y la fuga de el amante la condenaban. Y así, no le valieron<sup>255</sup> lamentos ni promesas, ni aun quiso que mudase el vestido el alguacil severo, para que así fuese presentada delante el juez.

Murió el alférez; quedó doña Eugenia sola y sin dinero, ni padrinos que la defendiesen, y como la Justicia se suele descuidar, la desdichada dama lo pasaba harto tristemente en un recogimiento aparte, donde estaba sola respeto del recato de ser mujer (aunque, como dije, en traje de hombre), hasta que se le abrió el cielo en la vista de don Valerio, que todo esto supo de su boca. Y así, informando al juez de que aquella mujer estaba inocente y que pasaba a Italia, de que no se le podía averiguar haber tenido parte en la muerte del alférez, y de que los de la posada testificaban a una su inocencia, ni el alférez difunto la culpaba en cosa alguna, al cabo de ocho días, mediando algunos doblones, fue sacada libre, aunque no sin costas, de la estrecha cárcel, cobrando<sup>256</sup> lo que tenía en la posada y vistiendo su decente traje. No pudo don Valerio llevarla consigo, porque la prisa que llevaba de ver a su adorada amante no le daba espacios de poder llevar el embarazo de una mujer, pero diole dineros y aconsejola que se embarcase en un navío que disponía su viaje para España, donde le advertía se recogiese en un convento a llorar sus culpas, lo que ella prometió y no cumplió, pero no le faltará su castigo

Dejemos caminar a don Valerio mientras la escarmentada Narcisa, revolviendo la variedad de los despreciados<sup>257</sup> sucesos de su loco si ardiente amor, puesta en la referida clausura ponderaba la gran misericordia de Dios en que por tan varios caminos la hubiese puesto en parte donde por lo menos estaba segura de la justicia de la tierra. Pasó más adelante este pensamiento y vínole otro de ser agradecida a Dios, pues a más de muchas mercedes le debía no haber visto su cabeza a peligro de ser cortada, pues lo merecía, siendo así que la muerte de su marido a todas luces era delito suyo. Apoyaba el pensamiento santo el gran ejemplo de religión y aspereza que miraba en aquellos ángeles encerrados por su gusto y las finezas grandes que a todas horas hacían para enamorar a su amante dueño y esposo Dios. No se descuidaba tampoco la prelada de aquel convento en solicitarle recuerdos de sus antiguas travesuras, que así se lo pedía la nobilísima doña Guiomar (que este era el nombre de la madre de la encerrada dama), con que la voluntad altiva de Narcisa, que ya iba blandiendo a tantas persuaciones y avisos, dio paso franco a los auxilios que la poderosa diestra del Autor de los cielos le vibraba blanda y apacible; y con tanto dispuso de su alma y estado ordenando su profesión con gusto de aquel convento, por su bizarro natural y

---

<sup>255</sup> Orig.: 'valieran' (110).

<sup>256</sup> Recobrando.

<sup>257</sup> Despreciables, miserables.

nobleza y porque sus amigas (que no tenía pocas) atendían a su quietud y sosiego.

Tres años habían pasado entre esta notable variedad de sucesos, y como el tiempo y ausencia todo lo tala y consume, las cenizas de aquella Troya, que aún guardaban el no amortiguado fuego en el pecho de Narcisa (a pesar de las disposiciones dichas) del amor grande que a don Valerio tenía, se extinguieron ahora del todo, en particular sospechando ingratitud o muerte en su amante, pues en tantos días ni había recibido carta ni aviso alguno, por lo cual profesó con mucho gusto de su madre y hermana, viéndola ya asegurada de los antiguos recelos que ya tenían

Más amante que jamás, don Valerio caminó hasta una villa, poco distante de la ciudad donde habitaba Narcisa, atropellando dificultades (aunque no las halla amor), desde donde despachó un correo para la madre de Narcisa con el perdón del Rey y el breve del Papa para salirse del convento, aunque hubiese profesado, en tanto que él felizmente y con comodidad y salud (pues una calentura se la había asaltado), aprestaba su jornada y bodas. Pero la prudente madre viendo aquel negocio peligroso por muchos caminos, escogiendo el más seguro para su hija Narcisa rompió el breve y la carta y no dio parte alguna a la dama (que ya trataba sólo de enamorarse con amores limpios de su esposo Dios) deste caso ni de que supiese del ausente don Valerio, por no dar nuevas tormentas a su corazón, ya en tranquila quietud engolfado. Aguardó el amante el término preciso del correo, que llegó con carta de doña Guiomar en que le decía que su hija, trocando unos amores por otros, había elegido ser esposa de Cristo, y así, que la mayor merced que le podía hacer era no inquietarla, pues le costaba tanto.

No desconfió a todo esto don Valerio, antes como el impetuoso río a quien<sup>258</sup> ponen estorbos a su presurosa corriente, que los atropella rompiendo por ellos con ímpetu mayor, así disimulándose en un grosero vestido tomó el camino de aquella ciudad; fuese al convento, pidió por la señora Narcisa diciendo le traía unos recados de su madre. Bajó ella, y conociendo la amada voz de su antiguo amante, oyendo los trabajos grandes que por ella había padecido, el perdón de la majestad de su Rey, el breve del Sumo Pontífice y todos los demas recados que traía estuvo en puntos de pagar tan inauditas finezas de amor a don Valerio. Ya quería prometérselo cuando asaltó su ansioso corazón un súbito desmayo que robándole el aliento que la animaba dio con ella en el suelo. Acudieron las religiosas al ruido; llevaronla a su cama; fuese don Valerio por no ser conocido; casi desesperado del buen suceso recogiose en casa de un su amigo y de allí aguardó o su vida o su muerte en la de su más que nunca amada Narcisa. La cual en tres días no volvió de su pesado parasismo, y cuando dio otra vez alma a sus donaires y vida a sus hermosos miembros fue con tantos desmayos que se temió en su vida el último peligro. Dijo todo lo que le sucedió con su don Valerio y dio

---

<sup>258</sup> Quienes. En la época, 'quien' se usaba ocasionalmente como plural.

aun muestras de querer pagar aquella voluntad: tanto cuesta arrancar de raíz el cáncer peligroso del amor.

Súpolo la afligida doña Guiomar su madre, y deseando poner seguro remedio a los eminentes males que miraba solicitó grandes medios para que no llegase el afligido caballero a la consecución de sus amantes pensamientos. En particular lo intentó con el confesor de Narcisa, que ponderándole con eficacia los principios de la culpa y los medios piadosos de Dios, obligándola a temer los castigos del Cielo, concluída ya de los males del cuerpo convaleció también, resuelta ya, de los del alma. ¡Oh, lo que se logra un buen entendimiento! Cobró tan espirituales bríos, que a la mañana siguiente escribió a don Valerio (pues ya sabía dónde estaba) agradeciéndole la fineza de noble y, representándole el temor de Dios, pidiéndole dejase el mundo como ella, pues ya no trataba sino de su salvación y de asegurar por entre tantos bajíos el camino que había de hacer la nave casi rota de su alma por la experiencia de tan desvariados y inauditos sucesos.

Aquí sí que perdió pie el amor del afligido amante; aquí sí trató de mudable e inconstante a Narcisa; aquí lamentó el malogro de tantas diligencias y caminos, y, en fin, entre tantos arrojamientos hizo el mayor, que fue dejar su patria, sus amigos y parientes, su Narcisa, como a su mayor enemiga, y<sup>259</sup> embarcarse para Flandes, plaza de armas del mundo, cudicioso en los combates de su milicia de que una bala acabase con tantas desdichas y diese fin a tan deshecha, inconstante y bárbara fortuna, pues desde los principios de su mal suceso jamás le enseñó esta voltaria diosa un día entero de bienes, pues sólo con él se mostró constante en el mal.

Así lo determinó y así lo hizo hallando comodidad en unas galeras de Nápoles. En hábito de peregrino quiso ver la hermosura de Milán, ameno y delicioso país, aunque otra vez no con menos tristeza, si bien con mayores esperanzas lo había visto. Pasó los Alpes, frondoso sobrecejo de la Lombardía, tan enfadado de sí mismo y tan dejado y descaído que apenas podía sostener su persona, y muy cerca de un arroyo, no lejos de la ciudad de Aste,<sup>260</sup> apenas descansaba (si descansar podía quien traía consigo tantos contrarios contra su reposo) cuando entre las ramas que retorcían enmarañadas celosías de frágiles retamas, inútiles nuezas<sup>261</sup> y espinosas zarzas, guareciéndose de los ardores del Planeta cuarto, que entonces por cénit alumbraba la tierra, haciendo su memoria alarde de los tormentos a que su ingrata le conducía, a sus espaldas oyó estas mal articuladas razones:

—De industria, cruel enemiga mía, te saqué con buenas palabras a este lugar para que me pagues los enojosos desprecios que en Génova me hiciste, dejando burlado mi amor cuando por inmensos trabajos idolatraba antes tu nombre: Mas ahora toda aquella voluntad se me ha vuelto terrible y contumaz odio; por tanto,

---

<sup>259</sup> Suplo 'y' (114).

<sup>260</sup> Tanto Milán como Asti se encuentran por debajo de los Alpes.

<sup>261</sup> Planta silvestre parecida a la vid.

o di a tu alférez difunto te venga a sacar de mis manos para que te libre o vuélvete a Dios, que aquí no hay sino morir.

Levantose al punto don Valerio para ver si podía interrumpir la sentencia que amenazaba a la desdichada que estaba a llantos haciendo las últimas endechas a su vida; pero por presto que lo hizo, ya una penetrante daga había hecho tres puertas al pecho de una pobre mujer, que vista de don Valerio conoció ser la desdichada dona Eugenia, y el homicida el alevoso soldado antes su galán, que también (si os acordáis) fue en el homicidio de don Leonardo, marido de Narcisa.

Casi helado quedó el peregrino caballero al suceso tremendo, pero pudiendo más el ardor de la nobleza de su natural que el pasmo, desenvainando animoso un limpio estoque, alma de su bordón<sup>262</sup> hipócrita, aunque procuró defenderse con brío el homicida soldado, fácilmente, aunque con una herida en la cara, le pasó don Valerio el fementido corazón, haciendo compañía a la que tanto tiempo lo había sido suya.

Vio esto último un pescador que, lejos del arroyo, en un bullicioso estanque pescaba encubierto con algunas frágiles hojas de mastranzo<sup>263</sup> y juncia, y callando el caso por temor de que no hiciese con él el peregrino lo mismo que había visto hacer del soldado disimulose entre los frágiles teristros<sup>264</sup> de las hojas hasta que vio que el peregrino se encaminaba a un casal algo distante hurtándose al camino real. Siguióle de lejos, y apenas llegaba don Valerio al mesón para tomar algún alivio y para curar de su herida pensando presto pasar adelante, cuando, llegando también el malicioso villano, declaró a la Justicia ser el peregrino homicida de un hombre y de una mujer que a los lindes de un arroyo míseramente estaban tendidos.

No aguardó a más la confusa turba del villanaje, porque a vueltas de grande trápala y gritos asaltando a don Valerio, asieron fuertemente de él tratándole de homicida y otros baldones que saben decir bárbaros irritados; y aunque el pobre caballero les quería poner en razón, ni la quisieron escuchar ni para ellos la hubiera aunque la escucharan; antes viéndole la herida dieron por infalibles sus homicidios, y así, poniéndole caballero en una mula, atado fuertemente, fue llevado con mucha guarda a la ciudad de Novara, respecto de haber sucedido el delito en sus terminos. Cargósele fuertemente la prisión; tomósele el dicho: confesó haber muerto al soldado, aunque no a la mujer.

Tuvo confianzas de salir de todo, porque se halló allí de guarnición un capitán de una compañía española que ofreció diligenciarle el perdón de todo; pero agravándosele una calentura que le procedió de la herida, quebrantado su espíritu de tantos desastres y sobre todo acordándosele<sup>265</sup> más vivamente la ingratitud de su Narcisa, al cabo de algunos días acabó los suyos miserables, sus peregrinaciones, sus ansias y sus amososos deseos, pidiendo al capitán su amigo

---

<sup>262</sup> El bastón del peregrino.

<sup>263</sup> Planta herbácea que se cría en las riberas de los ríos.

<sup>264</sup> Velos. En el orig.: 'terristros' (115).

<sup>265</sup> Orig.: 'acordandose' (116).

escribiese su muerte y las desdichas suyas a su patria y a su noble madre, apresurando con tan triste nueva su muerte y dando mayores desengaños a la prevenida Narcisa, que viendo haber quedado ella sola viva de todos cuantos entraron en la representación de aquesta desdichada tragedia encaminó con más ardientes afectos las velas de su fervor al puerto ya de sus esperanzas, su esposo Cristo, no contentándose con ser solamente perfecta, sino instrumento y causa que su madre, su hermana<sup>266</sup> y algunas amigas dejando las vanas pompas del mundo se entrasen con ella a fundar un nuevo convento que es hoy el espejo de virtudes de aquella provincia, dotándolo de sus dotes y caudalosa hacienda.



---

<sup>266</sup> Orig.: 'hemana' (116).





## Suceso quinto (amoroso, próspero)

### LOS CELOS PROVECHOSOS

**R**OMPÍA el mudo silencio de una obscura noche, furiosa, una tramontana, y las calladas postas de los muros de Perpiñán, fuertísima plaza en los Condados del Rosellón, expuestas a su implacable braveza, más entendían en guarecerse que en atender a los bélicos temores que les causaba el alterado país por las atrocidades<sup>267</sup> del Marqués de Lorena, ruina sin duda de aquella nobilísima villa, cuando Hipólita, una noble dama catalana, depuesto el miedo femenino, resuelta y atrevida, divisando por el resplandor escaso de la Luna blanca un bulto que por una calle iba le pidió si era caballero catalán, ya que echó de ver era hombre. Respondió que sí el que pasaba, atestiguándolo con el nombre, que fue decir se llamaba don Juan de Cabrera, con lo cual de aquesta suerte se atrevió a hablarle.

—Bien veis, generoso caballero, la desdicha desta villa, blanco de las iras del cielo y aun de la tierra, pues consultando el Gobernador sola su crueldad, le ha encarado la artillería toda del castillo y la bate a toda furia sin que se defienda, echando también las temerosas bombas que desatinan y tienen amedrentado el ánimo más robusto. Yo tengo determinada de escalarme por el muro con deseos no de la vida, sino del honor, que lo miro con mayores peligros que los que teme la triste y balante corderilla a las garras de implacables y hambrientos lobos. No pido más de que me asistáis y ayudéis, pues la noche me favorece. Aquí traigo prevenciones bastantes para hacerlo. Tened ánimo, pues, y no me dejéis en mi determinación peligrosa.

—Guiad —dijo don Juan— hacia la parte del muro que os ha parecido a vos más a propósito, que a mí me conviene también, por los grandes riesgos y por el honor, salir desta villa; y ya que es imposible por las puertas, pues se han apoderado de las llaves los alevos con falsos conciertos, saldremos por donde decís.

Guió doña Hipólita por la parte donde le pareció, y con ayuda de don Juan se escurrió del muro abajo, llegando felizmente al suelo desatándose del ñudo con que don Juan la había asido blandamente. Esto mismo quería hacer don Juan cuando las mal dormidas postas despertaron de su encanto y asombro (que tan para temer suele ser el viento de aquel país), y divisando un bulto que no

---

<sup>267</sup> Orig.: 'otrocidades' (117).

respondía preguntado le tiraron un mosquetazo; pero don Juan, animoso, entendiendo que si dejaba vestigios de su fuga peligraba el honor de la dama y aun su misma cabeza, haciendo dos vueltas a la cuerda, instrumento de su escalamiento, se dejó descolgar por ella y llegó al suelo quejándose de una bala que a soslayo le dio en una pierna.

Llegaron las postas al puesto, pero ni viendo al bulto ni la cuerda (porque advertido don Juan se la llevo tras sí) se volvieron a su puesto reñidos del capitán y aun amenazados de castigo, pues por tan pequeña ocasión habían levantado aquella<sup>268</sup> arma, alborotando no sólo la milicia que descansaba entre el blando sueño, sino a los de la villa, que a cualquier leve rumor se desvelaban. Oyó doña Hipólita el ruido, y compadecida de la desgracia de don Juan, pues si lo hallaban lo había de pasar mal, se escondió entre unas peñas que allí cerca una limpia campaña coronaban, aguardando a que los ambiguos rayos de la aurora le diesen noticia de un casal que allí muy cerca era, antigua hacienda de un su tío, en cuya casa posaba entonces en Perpiñán.

Don Juan, por los mismos resguardos desvelado, aunque se admiró de no hallar a la dama, asimismo procuró esconderse, desalentando de ver que ni podía caminar ni cuando pudiera lo había de hacer, puesto que no era justo dejar tan en los hombros de su peligro aquella señora que en tan preciso punto se encomendó a sus manos, si bien aún no la conocía.

En esto estaba, y procurando guarecerse con una liga y un lenzuelo su herida, cuando la dama y el caballero, a pesar del revoltoso viento, que no amainaba, oyeron relinchos de un caballo, cosa que a ambos estremeció imaginando que la caballería salía en su busca. Calló, con todo, cuando de entre aquellas mismas peñas vio don Juan que salía un bulto que encaminándose donde se sintió el relinchó del caballo con descompasados pasos se movía, emparejaron con un hombre caballero en un caballo y el que salió de las peñas, y bajando del caballo el que le llevaba, dijo:

—Tarde es ya para correr la posta. Su hermano de doña Catalina se fue, y aún pienso que está en la villa: no hay sino subir y conquistar aquel diamante, que todo lo puede una porfía.

—Huélgome, Lauso, que hayas venido —dijo el hombre de las peñas—, porque a más de que veré mi divina estrella, norte de mis afanados desvelos, por salir de las desdichas en que veo esta villa, que compadecen sólo imaginadas, me fuera de muy buena voluntad. Ten de ese estribo, pues, y vamos, que me apurare amante a los rayos de mi sol abrasador, Clicie enamorado, mariposa firme y no escarmentada a los resplandores y llamas ardientes de mi luz; que aunque no reconozco gratitudes en mi dueño, que toda es crueldades, basta por premio a mis enamoradas potencias el dejarse ver, el consentirse enamorar. Vamos, que al salir el Sol, volando como lo suele hacer el alazán, podré llegar a Saret.<sup>269</sup>

---

<sup>268</sup> Orig.: 'aquel al' (118).

<sup>269</sup> Céret, en el Languedoc-Roussillon.

Ya tenía el pie en el estribo cuando de repente, levantando hacia don Juan las riendas al impaciente caballo y lleno de cólera y despecho, así le dijo:

— Antes que vais allá importa que me deis razón luego del agravio que vais a hacerme. Yo soy don Juan de Cabrera: doña Catalina es mi hermana. No sé cómo atrevidamente os abalanzáis a tanto empeño. Por eso os desafío, y testigos estos peñascos y ese lacayo nos hemos de matar al punto.

Ya desenvainaban los fulminantes aceros los enojados catalanes, y ya crepusculeaba resplandores la cándida mañana, repitiendo en celajes varios y hermosos los divinos matices de su belleza, cuando doña Hipólita conoció a su hermano, que era el caballero que desafiaba don Juan de Cabrera. Y deteniendo la ira deste, llorando (ufanas las flores, que recibieron rocío de dos albas juntas) le dijo:

— Parad caballero. Yo soy a quien descolgasteis del muro de Perpiñán. Éste con quien reñís es mi hermano y amparo: cruel me dais la muerte a mí. Si la crueldad no os adiestra, no acabéis con un solo golpe dos vidas en una, y pues me habéis dado la vida sacándome de Perpiñán, no me la quitéis ahora ensangrentando esta merced con la vida de mi hermano.

Todo un sol le pareció a don Juan que se le había puesto delante, mas estrañó que apenas en el oriente del alba fuese tan ardiente el sol. Y así, apremiado de la belleza que miraba dejó caer la espada la punta en tierra, pues su agravio no era más que mental. No estaba ya deste parecer don Leandro (que así llamaremos al otro caballero), pues retando de nuevo a don Juan le trataba de mal caballero, porque miraba haber salido el basilisco de su honra de aquellas peñas en las palabras de doña Hipólita, amenazando tras de la muerte de don Juan a la dama su fin funesto. Más ciega es una pasión de amor que cualquier otra, pues no discurre don Leandro que el mismo deshonor que quería castigar en don Juan, ese mismo iba a perpetrar en el honor de su contrario; porque si le imaginaba amante de doña Hipólita, también él lo era de doña Catalina. Aunque en parte hemos de disculpar su pasión, como fuera de verdadera causa procedida, pues él iba a conquistar una dama desde la calle a la ventana y con el modo ordinario de el galanteo, lo que no hallaba en los amores que le ofendían.

Ya esgrimían desapiadadamente los rigurosos aceros, sin atreverse Hipólita a llegarse por el furor de su hermano, ni el criado del caballero se atrevía por ser en extremo cobarde y tenerle el susto como mortal; de suerte que aquí no había más que morir uno u otro, y si moría don Juan también había de morir la casi difunta Hipólita. Pero dispúsole mejor la fortuna, aunque con mayor riesgo, porque de repente aparecieron a todo galopar de los caballos ocho soldados, que al parecer habían salido a reconocer el puesto desde la desdichada Perpiñán, y al ver el uno a la bella Hipólita, que parecía el caudillo y capitán de los demás, villanamente atrevido mandó a un soldado bajase y se la diese. Hízolo, y tomándola el infame robador de la más divina Europa en brazos, con el caballo suyo dio la vuelta con todos los demás soldados.

Estaba en esto don Leandro herido de una punta en el rostro, cosa que le atapaba los ojos la sangre cuando la sangre se los desvelaba, y aunque la herida no era mortal, le imposibilitaba, en fin, a la defensa. Quisiera pedir a su contrario que le defendiera el honor en aquel trance, y don Juan deseaba que se lo pidiera, por estar ya enamorado de doña Hipólita, aunque no se atrevía a abalanzarse por no dar mayores sospechas a don Leandro en los amores de Hipólita, pues en su presencia trataba de su defensa. Don Leandro por probar esto callaba también y aguardaba, mas como el honor picaba tanto, rompió en fin don Leandro los lazos de la cautela, y sin ella le dijo:

—Generoso don Juan, ya veis en el estado que me coge esta afrenta, yo os encomiendo mi honor: defendédmele, que después podremos volver a nuestra contienda, si bien ya veo que no sois amante de mi hermana, pues si lo fuéades, sin advertirosolo sacárades de entre aquellos lobos la cordera cuya piel cándida más que armiños limpios manchan hoy alevosas afrentas. Yo os<sup>270</sup> seguiré en restañándome<sup>271</sup> la sangre desta herida.

No respondió don Juan, antes de un salto subiendo en el caballo, de cuyo arzón pendían dos mochilas con dos bien armadas carabinas, a todo correr del fogoso y ligero caballo alcanzó los que llevaban la hermosa cuanto afligida dama, que con llantos enterneciera las más broncas peñas. Tratolos a todos de ladrones y cobardes, y en particular al caudillo, que no haciendo caso de sus gritos se disponía a querer entrar en Perpiñán; mas con la carabina en la mano y cogiendo las riendas del caballo de su enemigo, mal de su grado le hizo seguir a una espaciosa llanura salpicada de muchas matizadas flores. Los demás viendo el aprieto de su caudillo, venían animosos a defenderle, sino que viendo esto don Juan, disparando la carabina a los que venían, fue tan dichosa su suerte que dio con uno en tierra, bien que arrastrado del caballo por aquella ya sangrienta campaña., quedando otro herido en un brazo también, volteando el valeroso caballero el caballo en tanto para armar la carabina desarmada para mejor aguardar el golpe de tantos contrarios; los cuales viendo que aún le quedaba otra carabina trataron de acogerse, dejando a su adalid y caudillo en hombros de su peligro; el cual ya en esta ocasión había desembarazádose de la dulce carga de doña Hipólita, para mejor pelear, dejándola en el suelo, como el tahúr que se deja perder una suerte por poder después con mayores incentivos coger todo el resto.

La cual recobrada un tanto, ya que vio encarnizada la pelea y que muy fiera se encendía con las espadas, pues ambos habían dado fuego a sus carabinas sin suceder desastre alguno, fue tras el caballo que todavía andaba arrastrando por el prado al cadáver y el miedo de los dos no consintió llevarle, y fácilmente le cogió, con lo cual depuesto el ánimo de mujer, puestas a punto las pistolas del muerto y subiendo a caballo con cólera, más de la que se podía presumir de un varón, llegó donde su enemigo estaba peleando con don Juan, diciéndole:

---

<sup>270</sup> Suplo 'os' (121)

<sup>271</sup> Orig.: 'restañendome' (121).

—¡Ahora pagarás, vil don Pedro Cabanillas,<sup>272</sup> las maldades que cometiste en tantas ocasiones en Perpiñán!

Y diciendo esto le encaró la pistola tan dichosamente, que vomitó el alma por la boca de una bala que le dio en mitad del aleve corazón, cosa que sintió don Juan, mas húbolo de pasar por fuerza. Cogieron el caballo del muerto Cabanillas, y con priesa mucha, por que los que huyeron no avisasen a los de la Villa, guiaron hacia donde habían dejado a don Leandro, que ya mejorado de su herida venía a darles su ayuda. Contáronle el caso, y él asombrado de su dicha, subió en el caballo que le traían, llevando Lauso a caballo a la dama sostiniéndola, y en un instante se ausentaron de aquel lugar camino de un castillo fuerte por naturaleza, solar conocido de don Juan y antiquísima cuanto fuerte habitación de sus bisabuelos, muy junto a Saret, patria deste caballero y de la hermosa doña Catalina.

Ya caminaban, más asegurados de enemigos, a salvo cuando don Juan, ya por tantas gallardías y hermosura vistas en doña Hipólita, quiso saber de raíz que fue lo que movió su gentil espíritu desta bizarras dama, cuál ocasión la que armó sus blancas manos, más expertas a devanar blando sirgo y a desentrañar<sup>273</sup> copos de matizada seda que a la atizada pólvora y al tremendo pistolete, para cortar<sup>274</sup> la vida del capitán de caballos (que lo era) don Pedro Cabanillas, ya difunto, con tanto coraje como pudiera el más arrestado enemigo y como hiciera el más diestro soldado de cuantos militaban en los Flamencos Países. Esto le pidió a la dama don Juan conjurándola por sus bellos ojos, porque sabía ya cuánto se hacían respetar y obedecer. Lo mismo le mandó su hermano don Leandro, aunque ya algo se le había traslucido en Perpiñán; y así, deseando dar este contento los que se lo pedían, aunque diciendo que las memorias de tan vil proceder como tuvo don Pedro le ofendían, empezó, caminando sin el estorbo de la noche, desta suerte:

—Mi hermano y señor, que está presente, muerto mi buen padre faltándome antes ya mi noble madre, me llevó a la villa de Perpiñán con presupuesto de que me criasen en pueblo más cortesano, y por el converso<sup>275</sup> de mayor nobleza más capaz de albergar una dama, en casa de un caballero tío mío, que todos conoceréis, en compañía de su mujer, dama de incomparable virtud y a quien debo las medras de mi educación. Murió esta señora, quedando yo, en suma, huérfana, deseando por mi grave melancolía volverme en casa de mi hermano, que en Villafranca del Conflent<sup>276</sup> es nombrada por una de las más antiguas y más nobles; pero no lo consintió nuestro tío, diciendo que eso fuera acabarle la vida, pues tras la pérdida, de la difunta perdiera en su sobrina (así lo decía él) gusto, alivio y consuelo, con que hube de quedarme.

---

<sup>272</sup> Orig.: 'Labanillas' (122).

<sup>273</sup> Orig.: 'desentrañar' (123).

<sup>274</sup> Orig.: 'contra' (123).

<sup>275</sup> La convivencia.

<sup>276</sup> Villefranche-de-Conflent, en el Languedoc-Roussillon.

Miraba muy atento por aquellos días mi hermosura poca un caballero descendiente de la casa de los Marqueses de Estepa, y decía él que era tan muchacha que le amartelaba el alma, le robaba las potencias, le encadenaba los sentidos, con todos los demás encarecimientos<sup>277</sup> que amantes dicen, si bien don Antonio (que así se llamaba, a lo que decía) daba tantos apoyos con finezas, que aunque jamás me he revestido de credulidades, en este caso conocí que me trataba verdad. No faltaron músicas, galas, libreas y fiestas que apoyaban este amor, si bien con tanta cordura que jamás fue escandalo su galanteo; con que mi amor se daba por bien servido, encaminando siempre todas las circunstancias de él a las blandas coyundas del sagrado himineo.

Mirábame asimismo ese caballero que dejé difunto en aquel prado, y lisonjeaba mi agrado con tanto afán, que habiendo buscado medios lícitos para enamorarme, viendo que no aprovechaban se valió de terceros viles, mujercillas abominables y, finalmente, de fieros, y tales, que un día me escribió estas libres palabras:

*Yo he procurado, vencido de la violencia de vuestros ojos, remediar las pasiones que conducen los míos al corazón para acabar con la vida. Ha sido tal vuestra entereza y mi poco sufrimiento, que me hacen me valga de lo que puedo, que no de lo que debo; y así, o guardaos de mí o remediad las ardientes bascas que mi voluntad padece, porque primero soy yo que nadie, Dios os guarde.*

Esto escribió, y desde aquel instante era tan vigilante rondador de mi casa, que dio que decir a la vecindad, pensando ciega que mi poco recato le conducía. No se contentó de darme estos enfados, sino que groseramente vil quiso apoderarse de las llaves de mi mismo cuarto; si bien esto no bastó, porque aunque cohechó alguno de los criados de la casa de mi tío, como quiera que, advertida, no fiaba de llaves mi cuarto, pues siempre me encerraba por dedentro con una criada mi favorecida por su bondad, llegó a mi puerta y a golpes quería que abriese, donde no, echaría las puertas por el suelo. Pero ni se atrevió ni le saliera bien, porque por su mal despertara la familia, y mi tío era hombre que, aunque viejo, dejaba mal descansar la espada en la vaina, pues su condición era marcial, siempre criado en los revoltosos Países del flamenco suelo.

Desde este día le cobré un odio tan mortal, que cuando en la iglesia, en las fiestas o en cualquier parte pública se me ofrecía delante desviaba el rostro por no tropezar en el de mi ofensor. Pareciose a don Pedro que algún secreto amor era causa de mi desdén; continuó y, rastreándolo, vino a hallar que don Antonio rondaba mi casa, seguía mis movimientos e idolatraba mis acciones, y, a su parecer, con algunos alientos de mis favores; con que llamándole aparte un día le dijo que le pesaba mucho se ocupase su bizarría, nobleza y gallarda juventud en procurar enamorar a doña Hipólita Centellas; que aunque debía parecerle hermosa, y lo era, pero que supiese era píldora dorada, porque por dedentro

---

<sup>277</sup> Orig.: 'encarecimieutos' (124).

había muchas causas para no ser apetecible, y la menor era saber que no era tan fuerte el homenaje de su honor que no hubiese quien pudiese gloriarse de sus últimos favores. En fe de lo cual podía ver que estaba en su mano entrarle siempre que quisiese en su casa, a la cual acudía cada noche, aunque flojamente y más por razón de estado que por amor que la tuviese. Así que para la grandeza de sus generosos ascendientes no sólo era corto el empleo, sino también indecente que no se solicitase matrimonio con tan indignas circunstancias, y esto se lo haría ver aquella misma noche si le atendía desde una esquina frontera a la casa de mi tío.

Quedó el pobre caballero tan asustado y colérico, que estuvo para darle de estocadas allí luego; porque, dado caso que fuera lo que él decía, era acción más que vil sacar a la plaza del mundo tan enormes defectos en una dama bien opinada. Y así, le dijo que, aunque se engañaba en lo de sus amores, pero que no le era posible creer de mi nobleza (porque había ya tenido alguna noticia de quien yo era y de mi recato y honestidad) tales cosas aunque las viese (que esto tiene el que es verdaderamente noble); mas que, con todo, se holgaría de verle entrar en mi casa, que difería el plazo para de allí a dos noches, pues la siguiente había de entrar de guarda su compañía.

Quedaron así, y el siguiente día me escribió don Antonio todo lo que le había pasado con don Pedro, si bien decía no daba crédito a cosa alguna. No le respondí, enojada, y con razón, de la vileza de don Pedro, dejando la satisfacción para lance más apretado. Y en tanto sospechando en qué podía fundar el apoyo de tan civiles mentiras, mandé a un cerrajero mudase las guardas de las primeras y aun de las segundas puertas. Llegó el plazo puesto, a la mira don Antonio, yo escondida en un balcón que salía a la calle sin poder ser vista; y don Pedro, con su llave en la mano, intentó abrir, pero no pudo, aunque forcejó por grande rato. Ya desesperaba del buen suceso cuando yo, poniéndome de pechos al balcón, le dije, enojada, estas palabras:

—¡Mal caballero y villano hombre! ¿Cómo os atrevéis con tan viles medios conquistar pechos de diamante firme y cómo sois tan ruin que os gloriáis de lo que no habéis hecho, ni aun allegado al primer asomo de mi pensamiento? Que cuando yo os quisiera mucho, por tantas groserías como habéis hecho os aborreciera mucho más. Reportad la lengua y agradeced que no he tenido cuatro lacayos de mi casa preparados para que os sacaran a palos de la calle. Andad, y restituid la fama que me habéis quitado.

Absorto quedó don Pedro y confuso, diciendo lo había hecho para desviar a don Antonio de los amores suyos celoso de sus favores, cuando oyendo la confesión del alevoso don Pedro salió desafiándole y amenazándole, sangriento, que había de lavar aquellas calles con tan vil sangre como la que le alimentaba las venas. Escusábase don Pedro con razones equívocas, pero dábale priesa don Antonio, de gozo de agrardarme con los agravios que le decía; de suerte que hubo, aunque más le pesase, de sacar la espada. Y don Antonio poco a poco le desviaba de mi calle consultando mi honor y su recato, pero cuando estaban en el

mayor fervor de la contienda vino un tropel de gente (que era el Gobernador, que rondaba), y así, cada uno por su calle se hubo de partir, quedando herido el falso don Pedro en un brazo.

Durome muchos días que no dejé ver mi rostro de don Antonio, porque reputaba a agravio que se hubiese atrevido a escribirme aun lo que le había dicho don Pedro, porque aquel que hace la copla la canta, si bien me satisfacía con razones humildes diciendo que él no lo decía en persona propria, pues jamás había llegado a creer semejante cosa de mi honestidad.

No dormía nuestro enemigo, antes parece que su detención en la cama por algunos días fue como el que quiere correr con ímpetu mayor, que vuelve atrás muchos pasos. Así, nuevas y mayores asechanzas urdía en su alevoso pecho. Sucedió que el ejército español se determinó a hacer una jornada a Girona, donde fueron don Antonio y don Pedro con sus compañías, y un día en que había de entrar de guarda don Antonio concertó con unos soldados, a quien había persuadido con dones, que al<sup>278</sup> hacer salva y saludar al General como se suele le encarasen los mosquetes y arcabuces. Sucedió así, por ir delante don Antonio con una pica, muriendo el pobre caballero a las asechanzas de un traidor, que no vive más el leal de lo que aquél quiere.

El cual atrevido y contento vuelto a Perpiñán, me lo dijo un día, por darme enfado, arrimándose al estribo de mi coche aunque yo no lo quería oír, asegurándome que o había de hacer lo mesmo conmigo en cuanto a quitarme la vida o que había de entrar por fuerza de armas en mi casa y cuarto, que se lo creí, por ser él poderoso, arrestado e insolente, y casi temido de todos por su perverso natural. Deseaba ser hombre para vengarme de aquella injusta muerte, y temía, como mujer, no sobrepujase su malicia mis atentas prevenciones, y después de varios lances en que procuró hallarme sola, de haberme asaltado en vano con su compañía en una quinta donde nos holgábamos unas amigas, de haber escrito a mi hermano me sacase de Perpiñán por respectos decentes (que por no ocasionarle algún desastre no se los expliqué), y de otros sucesos que no cuento porque veo ya muy cerca la villa de Saret y por no enfadaros, señores, ayer recibí un billete que aún traigo aquí; y si bien escusaba recibirle pensando era de mi enemigo, me dijo el portador que me importaba el honor el leerlo. Hícelo, y decía:

*Esta noche, en que ha de haber una arma falsa en la Villa, tiene determinado don Pedro ser la última de vuestro honor y de sus pretensiones sacándoos por fuerza de vuestra casa. Ya conocéis sus terribles resoluciones: pienso que al cuarto del alba las ejecutará. Guardaos, que un compadecido de vuestros males os avisa, y advertid que no os valdrá el sagrado de vuestro cuarto ni en el de la Villa. Dios os guarde.*

Quedé con el susto más animosa de lo que pensar se puede. Tenían tomadas las puertas los soldados; fiarme en parte alguna de la Villa era desacierto, pues

---

<sup>278</sup> Orig.: 'el' (127).



me lo advertían; decírselo a mi tío era ponerle en el último riesgo, ni ya estaban los soldados para tenerle respeto; y así, temiendo en toda parte mayores males me determiné a aconsejarme conmigo sola y arrojarme por el muro, donde hasta el día siguiente estaba segura, si bien en el camino me hizo preguntar el Cielo a vos, señor don Juan, si érades caballero catalán, sucediéndome todo tan felizmente, que aunque se haya mezclado la sangre de don Pedro quedo contenta, pues vengué mi honor y la muerte de un inocente siendo vos, famoso Cabrera, mi amparo y protector, quedándoos eternamente en deuda de mi honra, que es lo más, aun respeto de la vida que vos, señor y hermano mío, ignorando este suceso queríades quitarle.

Aquí se admiraron mucho los caballeros del valor de doña Hipólita, de la maldad de don Pedro, compadeciéndose de nuevo de la muerte de don Antonio, y agradecidos al Cielo entraron al fuerte castillo para así mejor disimularse si acaso los escuadrones fuesen a Saret en su seguimiento; pero ni hicieron movimiento ni aunque quisieran tenían atrevimiento para hacerlo por causas que sucedieron en el Principado,<sup>279</sup> tales que bastaron a hacerles recoger por muchos días y que dejó a los historiadores, los cuales en el nevado del papel y en los rasgos de la pluma tendrán harta materia para esplayarse en volúmenes grandes.

Tres días estuvieron en dicho castillo, enviando de secreto a Lauso para que supiese si se entendía cosa o se hacía alguna diligencia acerca de los que habían muerto al Cabanillas, que por ser cabo de tanta consideración se temía,<sup>280</sup> pero volvió relatando las alteraciones de la tierra, los movimientos de la guerra y otras circunstancias de no menor calidad; con que dejando el castillo se fueron a la villa de Saret, que muy cerca se miraba en una ladera, a la casa de don Juan de Cabrera, y trataron que la entrada fuese secreta y de noche.

Había don Juan agradecido lo que debía a don Leandro prometiendo darle su hermosa hermana, o a lo menos había ofrecido serle el mayor medianero para la prosecución de sus amorosos pensamientos, y aun deseaba ya tenerle muy de su parte para que le asegurara lo mismo con su hermana doña Hipólita, a quien miraba valerosa como la decantada reina de las Amazonas de su mismo nombre, y hermosa como una casta Venus y una divina Palas.

Díjole pues, don Juan a don Leandro se anticipase a ganar las albricias de su venida; hízolo, dando el caballo al criado, por unas ventanas que salían a un jardín deleitoso donde otras veces solía, como si fuera en Chipre, coger flores deliciosas de amor en las finezas castas de su dama, haciendo una seña a quien ella salió, y al llegar a emparejar con la puerta del jardín, dando con la mano en ella se le franqueó con tanto asombro de don Leandro, que estuvo indeciso si entraría o no; pero mirándolo mejor, atendiendo a que podía aquello tocarle en el alma o después serle perpetua espuela de sus celos, entró animoso, echando

---

<sup>279</sup> Parece aludir al luctuoso Corpus de Sangre en Barcelona (7 de junio de 1640), con el asesinato de Dalmau de Queralt, Conde de Sta. Coloma y Virrey de Cataluña.

<sup>280</sup> Orig.: 'remia' (129).

mano de una pistola de que venía prevenido y requiriendo la espada para lo que fuera menester.

Poco trecho había andado entre sus amenas flores y odoríferos plantales cuando divisó un hombre que a más andar se procuraba esconder tras de un árbol, y apenas lo había hecho cuando, queriéndole seguir don Leandro, se sintió el golpe de un pistoletazo, si bien recobrándose no se conoció herida alguna. Siguió al hombre que huía el enojado caballero, pero por más que hizo, y aunque le tiró, no por eso paró en su veloz corrida el hombre, y como dejó la puerta abierta pudo pasar el atrevido sin daño de su persona. Mortales celos se habían apoderado de don Leandro; quiso seguir al huido, pero no pudo, porque el otro se dio mucha priesa, y por otra parte pensó que aún había más hombres en el jardín.

Con ese presupuesto, deseoso también, si no hallara rastro de sus sospechas, de aliviar su corazón con alguna disculpa aparente, se entró otra vez por él. Reconoció tronco a tronco y planta a planta cuantas se alimentaban de una apacible fuente que, no lejos, con sus bulliciosos cristales murmuraba de sus celosas sospechas; mas no fue posible, antes halló puertas, ventanas y balcones que al jardín salían cerradas y todo en profundo silencio sumergido.

Con que más confuso, más celoso y más despechado se salió de entre aquellas frondosas plantas imaginándolas tocadas del cruel hechizo de la encantadora Circe, aquella hermosa hija de Febo, cuando a don Juan, por su parte, le sucedió esto que oiréis.

Entraba por la calle cuando oyó que con diestras voces decían unos músicos la siguiente letra, que a doña Hipólita se le quedó en la memoria:

Los ojos cerró Rosarda:  
 dulce escándalo de amor  
 ya se comunica al valle,  
 pues sus ojos eclipsó.  
 Aunque amantes la contemplan  
 con atenta admiración,  
 no es posible que perciban  
 las luces de tanto sol.  
 Pero ¿qué harán los pastores  
 si duerme el sol brillador?  
 Muera el Sol (canta un jilguero),  
 que Rosarda despertó;  
 que si duerme Rosarda divina  
 salir podrá el Sol;  
 mas si vibra sus rayos divinos,  
 su muerte prevenga su rojo esplendor.

Enojose don Juan, y suplicando a Hipólita retrocediesen a otra calle le pidió se quedase en tanto a descansar en la casa de un amigo suyo por un instante,

porque le convenía averiguar unas maliciosas sospechas que se entremetían muy de veras en el alma. No sé si la de doña Hipólita empezó a sentir el mal de los celos, pero calló por no dar que sospechar a don Juan. Bajó del caballo y en sus brazos bajó a la bella Hipólita (atlante aquella vez, que se lo permitió la dicha de su hermoso cielo) y sacando la espada, en siendo a la calle volvió donde se daba la música, embistiendo con tanto coraje a los dueños de ella, que ya en vez de dulces voces pronunciaban con llanto mal formadas cadencias, porque a acuchilladas los sacó de la calle: estas venturas tienen de ordinario los músicos.

Por la otra parte venía despechado don Leandro cuando, oyendo la pendencia, sacando la espada también acudió, casi pareciéndole lisonja el ruido de las espadas para despigar su coraje; pero sucedióle al revés, porque conociéndole don Juan y preguntándole la causa de tan diferentes aventuras en un instante, dijo que por el atrevimiento de aquellos músicos a unas ventanas donde había idolatrado un bien les había acuchillado rabioso de celos, porque el romance confesaba favores en el dichoso que le mandaba cantar mayores de lo que él quisiera; y si bien le servía de desengaño, pero que no dejaba de sentir el agravio, y que para ese fin había dejado a doña Hipólita a otra casa de un amigo. Don Leandro dio por disculpa que por ver cerrada la casa de doña Catalina y suya no se determinó a avisar hasta saber lo que el ruido de las espadas era; que había oído la pendencia y había estorbado su primero intento; pero, pues doña Hipólita estaba cerca, fuesen los dos a llevarla.

Fueron, pues, y agradeciendo el agasajo hecho a la dama lleváronse a la casa de don Juan; donde, aunque ya estaba en la cama doña Catalina, sabiendo que era su hermano el que llegaba levantose, y puestas unas enaguas de lama,<sup>281</sup> como si fuera la blanca Cintia lustrosa con sus estrellas puras amaneció todo un cielo a la vista de todos, y mejor a la de don Leandro, que le pareció azul.

Era doña Catalina una dama de grandes perfecciones: alta de cuerpo, en edad de diez y ocho años, el cabello dividido en ondas con un aliñoso desaliño, que parecía, por lo dorado, diadema crespada de una nevada frente. Y con ser aquellos cabellos rayos de aquel sol, y aquella frente nieve, no se ofendían, porque todo era guardar respeto a los ojos bellos, los cuales con su dulce mirar ponían paz a la más porfiada contienda. Sólo a la del pecho de don Leandro no podían: nunca se vio el Sol vestido de preciosas esmeraldas sino en sus bellas niñas, ni tan encarnado rubí en los dos labios, pero los dos parecían de una misma librea con las purpúreas mejillas, donde el jazmín de los dientes y cuello era tan uniforme cuanto campeador por las maravillosas márgenes. Mírola don Leandro celoso, y con todas estas perfecciones le pareció aun más bella. A doña Hipólita no se lo pareció tanto, como la miraba sin competencias y aun sin envidia, porque doña Hipólita era la más bella dama de todo el Conflent y Rosellón, y de las más nobles.

---

<sup>281</sup> Tela compuesta de hilos de oro y plata.

Abrazáronse ya que la cortesía quitó el susto a unos y a otros, bien que estrañó doña Catalina la venida de su galán con su hermano, pues suponía que apenas podían conocerse, a causa que don Leandro había poco que había venido de Nápoles, donde había estado mucho tiempo. En fin, cenaron, reposaron, o a lo menos procuraron hacerlo, y no pudieron todos. Y cuando la cándida aurora rayaba las más obscuras tinieblas en albricias de la venida del desdeñado amante de la ninfa Laurel, hija de Peneo, con sus celestiales matices, don Leandro envió, sin levantarse, por don Juan, explicándole en breve cómo se sentía muy malo y con presagios de una furiosa enfermedad (que bien decía, si era su mal celos) originada de la herida del rostro. Añadía, así, que por entonces le suplicaba no tratase a doña Catalina cosa alguna en orden a su matrimonio. Doña Hipólita también, aunque no sé si de la misma peste de los celos, adoleció, pero con mayor vehemencia.

Halló doña Catalina que el mal de su huésped crecía (que en el punto se habían hecho amigas, negociándolo la conformidad de bellezas y años). Pedíale la causa de que ajasen accidentes groseros el claro cielo de la belleza de doña Hipólita con encarecimientos, pero ella decía que era un dolor de corazón a modo de un arador invisible, y, con serlo, le parecía que no había mal tan gigante que se le pudiese igualar. Buena definición era ésta para declarar qué cosa eran celos, mas no estaba doña Catalina diestra en ellos, y así, no la entendía. Ni imaginaba doña Hipólita declarar su mal, sino que los amantes no pueden dejar de explicar exteriormente los conceptos del alma aunque no quieran, que es un buen amor y un mal celoso que de repente llenan el vaso corto del alma con superabundancia, y así, rebosan siempre.

Con estar tan confusa doña Catalina en el mal de su amiga, lo estaba más don Juan en el de don Leandro; y si bien que imaginó luego era el pestilente acónito de los celos su mal, pero la poca ocasión que había tenido de ver los músicos en su calle (que esto imaginó don Juan ser la causa, pensando que algún galán cantaba a doña Catalina sus desvelos), no entendía que en el claro discurso de don Leandro causase aquella desecha tormenta, y así, a la segunda visita que le hizo le dijo:

—Cuando yo, señor don Leandro, os prometí mi hermana fue en fe de ver que vos solicitábades con veras su blanca mano, pues para esto os exponíais al riesgo de salir de Perpiñán con los peligros que sabéis y yo experimenté. Oí, sin saber vos que os escuchaba, los desvelos vuestros en los horrores de una noche, si no en los primeros amagos de una aurora. Pagado de vuestro valor y de lo que hicisteis por mí os ofrecí lo mesmo que vos os estábades solicitando, cosa que un amante reputa por suma dicha: ofrecerle sin ansias lo que se las había de costar. Celebrásteislo vos con los afectos que yo vi, y vuestra hermana bella. Si el hallar músicos a su calle, que esa sin duda es vuestra enfermedad, os causó sospecha, doña Hipólita oyó lo que cantaban y pienso se acordará del nombre de la dama. Ni os haga evidencias el ver que yo saqué de la calle a los músicos con la espada (a lo que imagináis) temeroso de que vos ni oyésedes o sospechádes era por mi hermana. Yo os enseñaré la dama y aun veréis que ingrata, aunque tácitamente,

me corresponde, por que entendáis cuán fino quiero proceder con vos; y así, os podéis desengañar de que no es eso estorbo para que no se ejecuten vuestros amorosos pensamientos. Donde no, pienso que os habréis arrepentido de cumplir la palabra que os di y aceptasteis.

Había dicho doña Hipólita a doña Catalina que la dejase descansar, porque siempre se halla un corazón apasionado muy mejor acompañado de sí solo. Habíalo hecho doña Catalina, y como la curiosidad es propia en las mujeres quiso atender a lo que hablaban don Juan y don Leandro para sacar en limpio la causa por que venían los dos (aunque ya Hipólita en los principios se lo quería contar, bien que no la dejaron los apretados lances de su mal). Quiso su suerte, pues, de doña Catalina que llegase muy en el principio de lo que don Juan decía a don Leandro, con que pudo enterarse de los celos de su galán y de la poca ocasión de ellos (a lo que entendía de la boca de su hermano); y con ser verdad que le pesó de verle tan rendido a su pasión, alegróse también de verse así amada, y aun eso mismo causó algún deseo de agradecer a don Leandro aquella manera de amor; porque, con haber dos años que se dejaba servir de él, aún no había alcanzado favor alguno de sus ojos. Túvolo por discreto, aunque por ligeramente sospechoso; determinó encubrir lo que sabía y curar aquel mal del pecho de su amante con lo desentendido, cuando don Leandro así respondió a don Juan:

—Nunca tan livianas sospechas mueven un ánimo noble. Y aunque los celajes que amor en su cielo pintan deslumbran la más atenta vista, la mía, que no se cree de traslucimientos vanos, ha visto verdades patentes en vuestra amistad y amor. Mi mal no es más que falta de salud, mas en breve tendremos, os juro, todos los deseados fines a que anhelamos, si bien tal vez la muerte en un desdichado es la más favorable lisonja.

—Vuestro mal —dijo don Juan— parece incurable, según apeláis a la muerte, medicina falaz de desesperados, pues con ella entienden soldar sus desdichas no viendo que así se las apresuran. Y no es de amigo fiel no declararlas para aplicar el remedio.

—Amigo —dijo don Leandro—, suplícoos no le queráis apurar por agora: dejadme en mi mal un poco. Ya sé yo que vos lo habéis de curar, pero baste por principio de visita el prometeros que os declararé como pudiere mi achaque: cosa que debéis mucho agradecer, pues había determinado que este mal no saliese por que a la fuerza deste tormento reventase el corazón, mal sufrido en este linaje de tormentos.

No pudo dejar de enternecerse doña Catalina a las penas de su amante, y, más inclinada a agradecerlas, no quiso oír más por no obligarse a más, ni don Juan quiso hablarle más de la materia. Trazó doña Catalina que ella y doña Hipólita fuesen a visitarle aquella tarde, pasando en su discurso varias razones, según que dos discretos que se entendían se puede presumir, todas en orden a las ardientes apreturas del corazón del apasionado amante, imaginando doña Hipólita que por ella se hablaba de la dicha materia, pues adolecía dese mal

porque vio a don Juan, que reputaba ya su amante, enojarse porque cantaban a aquella dama que celebró la letra.

Llegó la noche, y otras en que ya don Leandro se ostentaba más robusto (que todas las pasiones tienen su disminución), cuando, a cosa de las dos, en una dellas salió a un balcón, y sentándose gozando del fresco, por ser ya en los últimos del caluroso junio, tomando un instrumento (que le sabía tocar con acierto y sin presunción) cantó el presente soneto para lisonjear sus tormentos a su dama, si no su crueldad:

Ya me tienes tan hecho a mi tormento,  
 que de que viva mártir no me espanto,  
 pues a costumbre de tormento tanto  
 la muerte en mi tirano es avariento.  
 De puro sentimiento, ya no siento;  
 lloro, y ya la costumbre de mi llanto  
 ha sacado del cerebro humor cuanto  
 en su esfera vivió como violento.  
 De dolores acervos soy trasumpto,  
 de horrores soy un fiero laberinto,  
 de la más cruda muerte llevo al punto;  
 y con ser lo que aquí, señora, pinto,  
 ni sé si vivo ni si estoy difunto:  
 mucho ofendéis al mandamiento quinto.

Las últimas cadencias del instrumento apenas habían acabado de enternecer y lastimar sus oídos cuando se los turbó un ruido de una puerta que en el jardín se abría y entre las ramas de aquel frondoso laberinto sonar ruido de humanas plantas, y atendiendo más vigilante y previniéndose más remirado, al<sup>282</sup> escaso resplandor de las estrellas divisó dos bultos que se encaminaban a una ventanilla que estaba cerca de la puerta por donde de la casa entraban al jardín, intentando romperla o desquiciarla de sus encajes. Apenas éstos hacían estas diligencias cuando entraron otros dos con una luz de una linterna, al parecer flamenca, la cual, aunque ambigua, más clara noticia le dio del caso. Parecióle a don Leandro que esta era la mayor ocasión que podía desear para declarar la causa de su celosa dolencia a don Juan, y así, de presto se fue a la puerta de su cuarto, que no lejos de el suyo estaba; dio dos fuertes golpes a la puerta; declaró quien era; admiróse don Juan, levantose y, abriendo, díjole el celoso don Leandro:

—No sospechas pigmeas ocasionaron mis gigantes celos. Prometí de deciros mi mal: venid, que desde el balcón de mi cuarto lo veréis. Cuatro hombres han entrado por él y van tras de que se les franquee la puerta o ventana. La causa de mis celos fue hallar yo el día que me ordenasteis entrase a pedir albricias a doña Catalina abierta la puerta del jardín y un hombre dentro, que se me escapó tirándome un pistoletazo.

---

<sup>282</sup> Orig.: 'el' (136).

—No, don Leandro —dijo a esta sazón don Juan—; no será esa la ocasión que trae a esos hombres aquí: muchos son para amantes. Entrad y armémonos, que para mi ayuda y remedio os trujo el Cielo a mi casa.

Entró, armáronse vistiendo dos fuertes petos; llamaron un criado valiente, pusiéronse dos pistoletes a la cinta y determinaron salir por la puerta de la calle y rodear al postigo del jardín para cogerlos dentro y de una vez averiguar novedades tantas. Ya, con la mayor quietud que podían, los de abajo tenían la ventanilla en términos de consentirse abrir cuando entraron los enojados caballeros (y, aunque tres, fiaron que bastarían para reñir con cuatro) embistiendo rabiosamente y con tanto silencio que bien se echaba de ver eran valientes, pues no hablaban y obraban; sólo se oía el horrisono estruendo de los golpes.

Procuraban los contrarios retirarse hacia el postigo, pero érales casi inaccesible por el gran ímpetu de cuchilladas y puntas que los tres daban: no había aquí, al parecer, otra cosa ni esperanza sino la del morir o defenderse bien. Por donde uno dellos, despechado de haber sido descubierto, a lo que se entendió, levantando el gallette de una chispa la disparó a bulto a los tres y acertó al valiente criado de don Leandro, que poco antes había venido a su servicio desde Villafranca, en una pierna dando con él en el suelo. Ya no eran más de dos, pero viendo al criado, en tierra se revistieron de nuevo furor, y considerando que sus enemigos jugaban de fuego, asimismo echaron mano a las pistolas, disparándolas, y fue con tanto acierto, que dieron con uno dellos en tierra.

Habían cerrado los caballeros el postigo al entrar, y así, no cuidaban mucho si se les escaparían o no; pero viendo los contrarios que habían desarmado ya las pistolas, a toda furia y amparándose de los troncos y árboles del jardín el uno fue a requerir el postigo, quedando los dos contra los dos, y a poca resistencia lo abrió, siguiendo los demás a huida declarada, aunque por el rastro de la sangre sacaron que alguno dellos iba herido a la mañana.

Bramaban los caballeros de cólera porque así, tan sin total castigo, se les hubiesen escapado; pero por no dar que sentir a los de la Villa, después de haberles seguido un breve rato se recogieron, cerrando fuertemente el postigo, deseosos de que el que cayó del pistoletazo no fuese muerto para enterarse de la verdad de todo; que esto también fue circunstancia de que no siguieran a los huidos, temerosos de que no le faltase la vida al que seguro tenían.

Ya habían sentido las hermosas cuanto tímidas damas el horrendo ruido del furioso Marte; ya habían mandado a Lauso y a toda la demás familia bajasen con hachas y luces al jardín, campo de la sangrienta batalla, cuando entraron los dos caballeros; hallaron al criado herido en un brazo y rompida una pierna, y al contrario, que a más andar se desangraba porque dos balas habían abierto bastante puerta para que se le saliera<sup>283</sup> el alma. Fueron a reconocerle y hallaron ser un hidalgo que tenía su casa en la misma calle de don Juan.

---

<sup>283</sup> Orig.: 'saliara' (138).

—¿Qué es esto? —dijo absorto el caballero— ¿Qué agravio os ha hecho mi casa para venir a ella vos de noche con gente armada?

—Oíd —dijo el casi muerto— lo que bastará para satisfaceros y para descargo de mi alma, porque reconozco que se va a dar cuenta al tremendo tribunal de Dios, a quien no hay escondido secreto alguno del corazón humano; que sin duda su misericordia me da este poco lugar para que haga las diligencias precisas para salvarme.

Pidieron los caballeros a las damas se retirasen, y a los demás de la familia mandaron lo llevasen con tiento a la cama y cuidasen del criado herido. Y despejado el jardín oyeron estas mal formadas razones del herido y semidifunto contrario.

—Tengo una hermana, por desdichas mías, en mi casa, que vos, señor don Juan, bien conoceréis, la cual procuró agradar los ojos de vuestro padre don Fadrique de Cabrera, y fue con tanta locura lo que se aficionó a sus prendas, que le pareció poco entregarle la más preciosa prenda, que es el honor, porque perdido él no es posible poderse recobrar. Supe el caso yo cuando no podía remediarle, porque me lo dijo una grande amiga de mi hermana a quien yo aquellos días galanteaba: quíselas dar la muerte, pero ella me engañó diciendo que entre los dos había palabra de casamiento, y que, siendo viudo, escusaba ejecutarla hasta que su madre, ya muy vieja, pero de condición terrible, acabase sus días, que según el curso de la edad habían de ser breves.

Creíselo, porque no fuera la primer hazaña de amor juntarse la sangre ínfima con la noble, pero reparé que don Fadrique ni a las noches ni en tiempo alguno volvió a sus amores, deseoso yo de cogerle entre puertas y hacerle con mis amigos que se casase por fuerza. Hasta que un día me determiné a hablarle a solas obligándole con su misma palabra, a lo cual me respondió mohíno que aunque tal palabra no había dado, pero que, aunque fuera, no era posible casarse con Rosaura (así se llama mi hermana infeliz) respecto de sus muchas liviandades, pues le sabía más de dos galanes que merecían más altos favores que él, por lo cual ya había días que le había despreciado sin hacer caso de una mujer tan inconstante. Enseñele una cedula en que le prometía ser su marido, pero dijo que jamás tal cosa él había escrito, y que me fuese para necio.

Fuime desesperado y con deseo de vengarme; cayó enfermo vuestro padre en este tiempo del mal de la muerte, y fue tanto el odio que le había cobrado, que se difundió hasta toda su decendencia, deseoso de hacer una tal venganza que se supiese et estruendo del castigo primero que el mismo agravio. Para lo cual determiné ser solo en el caso, respecto del peligro. Granjeé las llaves del postigo de vuestro jardín porque de industria procuré enamorar una criada de vuestra casa, la cual me prometió cuatro noches ha, que vos estábades fuera y pienso que llegasteis, me daría entrada en casa y en su honor, porque antes sólo nos comunicábamos por un balcón, y a veces por una ventanilla de una bodega que ella dejaba abierta por señas de que tendría audiencia. La cual ventana con una daga hice capaz de que me diese entrada sin saberlo ella, y entraba todas las noches a deshora. Allí tengo enterrados cuatro barriles de pólvora que en el



discurso de las noches llené yo propio, porque tanteando el cuarto vuestro y de vuestra hermana hallaba venían a caer encima de el espacio donde está, como veréis.

La noche que llegasteis quería ya poner fuego a la mecha que traía, para que en el espacio que yo me volvía a mi casa ejecutase la pólvora mis pensamientos; pero al requerir el puesto para volver a medianoche a ejecutar mi propósito se entró un hombre por el postigo del jardín, a quien disparé una pistola pensando érades vos, y, bien que me siguió, o el asombro<sup>284</sup> o el ser yo más veloz hizo que le escapase de las manos. Volví a la una para gozar la hermosura de Laura, que me tenía picado; pero juzgando habría prevención por la parte de adentro no me atreví a la entrada, dejando para otro día sacar a mi amante y ejecutar lo vengativo de mi coraje.

Había yo una ocasión tenido por huésped un soldado llamado don Felipe Cabanillas; habíamos hecho tan estrecha amistad, que le comuniqué, aunque muy en secreto, los deseos que tenía de desagaviarme. Estorbómelo él entonces con prudentes razones, si bien no se mitigaron un punto los fogosos ardores de mi pecho, aunque sabía era falsa la cedula del casamiento y me eran notorias las liviandades de mi hermana; pero anoche entraron por mi casa tres hombres de a caballo, que de mí el uno fue luego conocido abrazándome, y era don Felipe. Llamome en secreto y díjome:

—Llegado ha el tiempo amigo Roberto, en que veréis la mayor venganza en vuestro agravio que los nacidos hayan oído; y ha de ser esta noche, porque quiero desfogar la cólera que traigo con ella. Sólo aguardo a que vos, por donde sabéis, seáis nuestra guía y adalid. Sabed que don Juan de Cabrera, ese vuestro enemigo, que ya también lo es mío (pluguiera al Cielo no os hubiera estorbado el intento vengativo vuestro), ha dado la muerte a mi hermano don Pedro: hallele tendido en la campaña pasado de muchas balas. No hay sino esta noche, pues podemos si está en su casa, ejecutar nuestra justa cuanto deseada venganza.

—Fácil será —dije— lo primero, porque sé que está en su casa, y lo segundo porque tengo encerrada pólvora bastante para volarle a él y a su casa y familia.

—Uno y otro ha de ser —dijo don Felipe—; y primero de entrar yo y darle muerte por mi misma mano, y después volaremos su casa y será<sup>285</sup> memorable nuestra venganza.

Cenamos, pues, y la hora que pos pareció más quieta entramos en el jardín; hice la seña, no me respondió Laura; quise entrar por la ventanilla, como solía, pero estaba con alguna tranca cerrada para dentro; forcejamos para derribarla cuando sentimos el estruendo de vuestras armas... Perdonadme por Dios, que ya las bascas mortales dicen que se me arranca el alma.

Con esto y repetir por dos veces: el dulce nombre de Jesús espiró el desdichado Roberto, quedando tan pasmados nuestros caballeros, que por un

---

<sup>284</sup> Orig.: 'assambro' (140).

<sup>285</sup> Orig.: 'sea' (141).

rato o retrataron al mismo difunto o dos estatuas de invisible mármol, y haciendo gracias a Dios, que de tan grave peligro les había sacado, viendo que el alba a toda priesa caminaba a aliviar los horrores de aquella. tremenda noche mandaron enterrar en el mismo huerto, por aquel día, al difunto cadáver, para darle a la noche siguiente sagrada sepultura.

Consultaron allí si darían muerte a la criada Laura, pero no hallaron que en la confesión del muerto fuese culpada sino en los delitos de amor; pero quisieron saber de su boca si era verdad lo que había dicho Roberto de sus amores, y hallaron que sí, pidiéndoles por amor de Dios y arrepentida remediasen su falta pagándole el dote en un convento donde quería acabar sus días, lo que hicieron de gusto los piadosos caballeros, obligándola con grandes amenazas a que no publicase el secreto.

Cuidaron muy de mañana limpiar el rastro de la sangre que del jardín a las vecinas calles salía y prevenir los puestos para que si don Felipe no había salido aún de Saret no se le fuese de las manos con los suyos, pero quitoles este cuidado venir un criado de don Leandro de Villafranca, el cual preguntado qué gente había hallado por el camino, dijo que en particular tres soldados en tres poderosos caballos, y el un soldado con una banda roja con que apretaba un brazo, que su parecer iba herido, y que el principal, que él juzgaba era don Felipe Cabanillas, porque diversas veces le había visto en Villafranca alojado, traía a las ancas de su caballo a una dama de Saret que él bien conocía y llamaban Rosaura.

Dio este recado el criado delante de las damas, y bien se acordó doña Hipólita que aquel era el nombre de la celebrada dama en los versos causa de sus celos y enfado de don Juan, que sin saber lo que con su padre había sucedido en orden a Rosaura trataba de enamorarla, no por fin de matrimonio, sino por otros que mancebos de su edad suelen, y pesábale de que otro la celebrase, que es razón de estado, en fin, del que dice que ama.

Procuraron secretamente informarse de lo que sucedía en la casa de el difunto Roberto, y lo que se dijo, no sólo en ella, sino por la Villa, fue que faltaban Roberto y Rosaura, y que pensaban se habían ido los dos con unos soldados de Perpiñán. Con esto sosegados los celos destos caballeros y damas, deseando don Juan pagar a don Leandro tan buenas obras y tan leales finezas como le debía, pues por sus ansiosos desvelos se vio frustrada la venganza de Roberto y de don Felipe y su casa fuera de los grandes peligros en que estuvo, pues el día siguiente hallaron la salitrada munición escondida, que les hizo horrendamente erizar los cabellos; le suplicó se dignase recibir por esposa a su hermana doña Catalina, pues sabía de sus finezas ser eso mismo que le pedía su mayor lisonja y el más gustoso soborno.

Agradeció el amante caballero con hipérboles amorosos la gran merced que se le hacía, quedando asimismo doña Catalina sumamente alegre de tener por consorte, con gusto de su hermano, a quien ella tanto amaba. En cambio y retorno de la noble prenda que don Juan le daba quiso don Leandro lisonjear el gusto de su amigo ofreciéndole la bellísima doña Hipólita para que en el ñudo suave del santo matrimonio enlazase el marfil de la mano de la dama con su

mano, lo que estimó don Juan con corteses humildades: Y así, enviando a Perpiñán de secreto con aviso al tío informándole de la causa de la fuga de doña Hipólita (que visto ésta estaría sentido y cuidadoso de ella), le suplicaban se dispusiese a venir dentro de cuatro días a las bodas de los dos hermanos, porque sin su consentimiento no se atrevían. Llegó el viejo tío, remozándose las canas en los duplicados matrimonios.

Al mismo día despacharon otro propio a Villafranca para que los amigos de don Leandro se informasen si acaso don Felipe había parado en aquella villa o si le escondía aun el deseo de la venganza de su hermano; pero súpose que había dicho a unos amigos suyos se partía para Barcelona con aquella dama, donde había de embarcarse para Italia, hecho capitán de caballos, con unas galeras de la Señoría de Génova. Con lo cual seguros, concertados y gozosos a pesar de tantas fortunas, gozaron el deseado reposo haciéndose las bodas en Villafranca con magnífica ostentación de don Leandro, coronando en breve el tiempo estos aciertos, con la fecundidad de sus bellísimas esposas, en los partos de hermosos hijos que fueron herederos de su crecido y caudaloso patrimonio.



## Suceso sexto (trágico)

### LA DESDICHADA FIRMEZA

**F**EDERICO, príncipe de Oristán,<sup>286</sup> en la isla de la montaraz y antes casi inhabitable Cerdeña, varón de benignas costumbres, de mediano ingenio y de valentía no vulgar, amó a la hermosa Clori, tan sin par, que la llamaban «el Prodigio de la Isla». Era de nobles padres, aunque no tanto como Federico, que descendía por línea recta de Mariano, algún tiempo llamado el Juez del Arborea,<sup>287</sup> tan conocido por las rebeldías y ingratitudes usadas dél con la Real Casa de Aragón. Con todo, como amor junta los soberanos ceptros con los rústicos cayados,<sup>288</sup> pudo tanto, porque puso tan atractivo fuego en los ojos de Clori, que fácilmente al vínculo del matrimonio le hizo rendir la esenta cerviz de su<sup>289</sup> gusto.

Vivió por largos años elevado en la belleza de su consorte, y en todos ellos no le tributó amor, fuera de las recíprocas correspondencias de su amante consorte, otro fruto que el de una hija, única heredera de sus grandes Estados, de cuyo trabajado parto tocó Clori las postreras líneas de la vida subiendo a ser princesa de más dilatado imperio, si no inteligencia hermosa de más elevado clima. Empezó la niña, cruel antes casi de nacer, a serlo tanto después que estendió los bellísimos ojos al mundo, que difícilmente se guardaron de ellos, moradas de dos dulces basiliscos en sus niñas, los que los quisieron mirar, o perderse, porque se dudó cuál fue primera acción en ellos.

Era Segismunda (que así se llamaba) el único hechizo de su padre y el ídolo de sus Estados todos, por donde, aunque sucedió que muchos señores, príncipes y caballeros la pedían a su padre, pero no quiso el amor grande que le tenía desunirle de sus viejos brazos por más que se le ofrecieron personajes de ilustre sangre y de elevados títulos y caudalosos mayorazgos con cuyo parentesco pudiera remontar aun a mayor fortuna la grandeza de su antigua casa, aunque pasaba Segismunda de diez y ocho años: edad en que es decente, y aun la experiencia dice que casi forzoso, dar esposo a la doncella sus padres o parientes. Si bien Federico, después de grandes ruegos dejando aquel barbarismo de amor,

<sup>286</sup> Oristano, en la cota O. de Cerdeña.

<sup>287</sup> Orig.: 'Arborca' (144). Arboera fue uno de los cinco juzgados o principados en que en el medievo estuvo dividida la Isla.

<sup>288</sup> Orig.: 'casados' (144).

<sup>289</sup> Orig.: 'de l de' (144).

viendo que Segismunda gustaba la casó con Arturo, señor de la antigua Ibis, isla adyacente en el mismo paraje de Cerdeña.

Habían concurrido a unas grandes fiestas que se hicieron a este matrimonio lo mejor de aquellas dos islas y aun también de las Baleares, por ser Arturo amado de todos aquellos isleños; pero como la vida es breve, en particular a los que le solicitan diligencias para aligerarla,<sup>290</sup> sálteole a este príncipe la muerte en medio de sus mayores gustos y del verdor de sus años, cansado de un torneo de quien quiso ser el mantenedor: tales contrapesos tienen los haberes de la vida. Con que Segismunda, casi antes viuda que casada, se volvió a los antiguos palacios de su padre, que porque otra vez volvía su amada hija a sus brazos no sé si tuvo por lisonja la muerte del hierno, agasajándola siempre, si con finezas de galán, con cariñosos afectos de padre; y fue tanto, que aunque otra vez se la pidieron muchos señores de el Reino para consorte, no hubo quien pudiese jamás sacársela de su regazo.

Era Segismunda discreta y entendida por extremo, que sobre su incomparable belleza y hermosos donaires resplandecía más a los ojos de todos, y su mismo padre, lleno de amor, le entregó el gobierno de sus Estados, que con sumo acierto regía. Pero siempre he oído decir, y aun leído he, que la sobrada inteligencia es peste en la mujer; que si la primera por pretender ser muy entendida nos pegó el universal contagio, ¿qué causará en la<sup>291</sup> que lo quisiere ser el serlo? Diranlo los sucesos de la infelicísima cuanto hermosa Segismunda.

Parece ser que entre los caballeros que en el torneo más se estremaron fue uno criado de su padre llamado Gerardo, tan galán, que como el blanco lilio se lleva de repente los ojos del que entra en un vergel cuando le mira entre otras vulgares flores por lo bello y por lo elevado, así se llevó Gerardo entre tantos caballeros que en la placa parecían pintadas flores los ojos de la bellísima Segismunda, que aunque antes le había visto muchas veces, ahora se miraba ajena, y parecía que por inaccesible había de ser más estimado de sus ojos. Conteníase, con todo, en los estribos de su recato, hasta que muriendo, en fin, su malogrado esposo hubo de volverse a casa de su padre, mandando la acompañase Gerardo, no sé si ya para consuelo del difunto Arturo.

Algunos<sup>292</sup> años se consintió abrazar desta mal nacida llama de amor Segismunda; tenía deseos de casarse para ver si sacaba con un fuego otro, y por la vergüenza que traía contigo la petición no se atrevía a declararse con Federico, en particular cuando entendía el mal tercio que le haría su amor paternal para ello y lo mal que le había salido su primero casamiento. Mirábase rica, hermosa, discreta, regalada y con tantos dones de naturaleza, pero considerábase infeliz, desairada, sola y sin contento porque le faltaba la compañía del varón, la más amable y apetecida para la mujer; y así, consultando su vergüenza y su gusto

---

<sup>290</sup> Orig.: 'alegarla' (145).

<sup>291</sup> Orig.: 'lo' (146).

<sup>292</sup> Orig.: 'Algunos' (146).

intentó amar pero en secreto, porque la alteza de su linaje, el pundonor de su crédito y otras circunstancias que miraba no la dejaban abalanzar del todo a las pasiones insoportables que el dios de amor iba labrando en su enamorado pecho. Portábase Federico como príncipe en su gran palacio, servido de muchos caballeros mozos que daban, si más esplendor a su casa, más respeto a su persona, y éstos miraba la gala, el ingenio, el brío, la bizarría y el poco entono de sus verdes años; pero ninguno hubo tan galán ni con tantas prendas de naturaleza y adquiridas como Gerardo, que arrastró finalmente la ya dispuesta voluntad de la dama (sí, que es risa del que amando quiere tener, o lo supone, las llamas de amor tan con llave en el pecho que no las ostente sino cuando él quisiere).

Pensó amar en secreto Segismunda, pero no es posible guardarlo amor. Conoció esto Gerardo, porque por el camino, en la popa de una veloz galera en que vino de Ibis a aposentada Segismunda, le había hecho sospechosos favores y aplaudido sus donairosas sales, sus versos y su voz; que algunas veces le mandaba cantar, y eran los hipérboles tan fuera de lo común, que un ciego viera que el amor pinta como quiere, y que le tenía Segismunda a Gerardo. Por tanto, amábala también en lo más interior de su alma, pero con tantos resguardos que jamás daba licencia a los ojos como a los pensamientos, y considerando tan alto el sujeto por inaccesible, tal vez él mismo se apartaba de sus deseos.

Llegó una ocasión en que a los años del nacimiento de Segismunda mandó hacer Federico, deseoso de entretenerla (porque desde que empezó a amar le vino una eterna melancolía, ordinaria pensión de amantes), un sarao por los caballeros y damas de su palacio, que no faltó a él Gerardo, y tan galán que le pesó a Segismunda estuviesen allí sus damas, por que no se enamorasen de él. Mandole tomase una harpa y cantase alguna cosa para divertirla, lo que hizo Gerardo con gentil despejo, y fue un romance en que le divo a su amada Princesa sus temores y cobardías así:

Desiguales prendas mías,  
 pues os atrevéis al Sol,  
 justo es que tengáis el pago  
 y que os eclipse un rigor.  
 Ojos que miráis adonde  
 no mira sin velo Amor,  
 temed<sup>293</sup> despeños airados,  
 no competáis con un dios.  
 ¿Qué importa que el Sol me obligue,  
 si es loca mi pretensión,  
 y he de caer aunque estienda  
 su divina mano Amor?  
 El hijo soy de Climene,<sup>294</sup>

---

<sup>293</sup> Orig.: 'tened' (147).

a quien su carro el Sol dio,  
 pero lloró su locura  
 a pesar del mismo Sol.  
 ¡Ay, que despeños aguardo  
 tras el despeño mayor!  
 Ya miro que desde el cielo  
 soy despeñado Faetón.  
 Mas, con saber todo aquesto,  
 como me muera de amor,  
 goce yo el bien que idolatro,  
 ora me abrace, ora no.

Era así la verdad; que Gerardo, aunque caballero; era de humildes padres, si bien, como hemos dicho, adornaban su persona tantas perfecciones, que le hacían sumamente amable; y como Segismunda deseaba amar, en un punto halló tanta ocasión en las partes de Gerardo, que dio en albricias muchos y notables cuanto hiperbólicos encomios al amor porque le dio por objeto sujeto tan gallardo, que dijo bien el Padre y Maestro del amor profano<sup>295</sup> en sus *Metamorfoseos* de amor en este verso:

*Al que ama lo que es amable  
 déjenle en su fuego grave;  
 jamás lástima le tengan,  
 porque felizmente arde.*

Varias pruebas, con todo, hizo de Gerardo Segismunda primero antes de declararse del todo amante ni explicar su apasionada voluntad, ya encomendándole secretos supuestos pero bien guardados, ya fingiendo que le perseguía reprendiéndole algunos galanteos a sus damas (si bien esto más pareció celos que otra cosa), ya dándole a entender que favorecía más a otros para ponerle mayores espuelas al curso de su voluntad, ya haciéndole dar algún oficio de más monta en el palacio, y finalmente dándole advertimientos de que sí sentía enamorase dama alguna, porque ella (decía) le quería casar de su mano. Con que despertó la voluntad casi dormida con el asombro del galán Gerardo, fundando en esta basa de la correspondencia sus altivos pensamientos, que propuso ponerse, por alcanzar tan alta prenda, a cualquier riesgo. Porque decía él:

—¿Qué importa para el caso la poquedad de mis prendas? La blanca Luna, siendo casi el más bello planeta de los altos cielos, ¿no bajaba al monte Lathmo,

---

<sup>294</sup> Faetón era hijo de Helios y Climene. Consiguió que su padre le dejase conducir el carro del Sol, pero perdió el control de los caballos, causando varios desastres climáticos en la Tierra hasta que Zeus le fulminó con uno de sus rayos. Faetón se precipitó al río Eridano, donde se ahogó.

<sup>295</sup> Ovidio.

humanando los rayos de su grandeza al humilde pastor Endimión? Pues ¿por qué no puede humanar los divinos rayos de su sol mi señora y princesa Segismunda?

Así, en todas conversaciones de Palacio, en particular a las damas, alababa con hipérbolos la belleza de la Princesa, y les decía que no había hecho el Cielo cosa como a la bella Segismunda.

Presto se hallan dos que se buscan deseosos de hallarse. Así sucedió entre estos dos amantes, pues la dama imaginando que si ella no se descubría era por demás pensar que la modestia del galán Gerardo y la compostura y gravedad de que se valía para encubrir tal vez lo amoroso ella (porque con una severidad hermosa se hacía respetar) diesen lugar a su lengua para que descubriese las pasiones del pecho. Por tanto, ella se determinó ser la primera que reventase la mina ardiente de su voluntad. ¿De qué sirven afectadas modestias? Con igual pie veo que lo atropella todo amor.

Y así, un día que se solazaba entre las urbanas flores (porque se hacían bocas para besar las plantas de la gallarda Segismunda) del jardín de su soberbio palacio, día en que había escrito sus últimas resoluciones en un papel para su amante Gerardo, hallándole acaso entre las frondosas sombras de los arboles repasando memorias de amor (que aunque jamás se olvidan siempre se repasan) le dio una caña que le servía de báculo la dama, diciéndole al dársela:

—Andad, y decid a las criadas de la casa de vuestro padre que esta caña es buena para hacer pajuelas con que se encienda el fuego.

Parecíanle dislates lo que había dicho Segismunda a Gerardo, pero como los amantes hablan siempre y se entienden como los egipcios, por misterios y jeroglíficos, entendió el amante que debajo de aquellas palabras había algún escondido secreto declarador de amor, porque (añadía él) no es justo que una dama como la Princesa con tanto contrapeso de su vergüenza se declare con un hombre tan al descubierto.

Besole la mano, con todo, por el don, aunque al parecer tan frágil. Fuese a su cuarto, rompió el báculo, después de largos discursos y halló que era caja de una perla, correo de la más dichosa nueva, bordón en que sustentase sus más altivas esperanzas y, en fin, tesoro escondido en tosca tierra. Halló, en efeto, este papel, que por conocer era letra de su adorada Segismunda le besó infinitas veces, y abierto, decía desta suerte:

*Cuando una dama de las prendas que sospechares ser la que os escribe se llega a declarar con un hombre, dicho se está el silencio sumo que ha de suponer, cuando no por lo que se debe al decoro, por la muerte que tendríades asegurada; no de mí; porque jamás lo pudiera recabar de mi amor, pero de mi padre, que no os perdonaría. Supuesto lo cual, por acortar de razones, tras de mi palacio os aviso que hay una antigua cueva que, atapada del tiempo con retorcidas cambronerías, y árboles, apenas se deja ver de los humanos ojos, y*



*si se ve es para sospechar no hay más de alguna abertura de la tierra. Ésta<sup>296</sup> hace a un aposento de mi cuarto, que en tiempo de algunas guerras lo trazaron así mis antecesores, si bien por acá se atapa con fuertes candados y con herradas puertas que abrirá mi amor sin que alguno lo sepa. Bajad vos a la noche por la cueva, que es honda, y yo os franquearé la puerta y la del alma, La altura que yo he conjeturado que hay, según los resquicios de la luz que veo y me lo significa, será de veinte varas. Preveníos, que a los atrevidos favorece la Fortuna.*

Perdonar se le puede a Segismunda lo largo del papel, pues era fuerza alumbrar a su amante de todo por primera y última vez. El cual visto las finezas de su amante Princesa, consideró en la mayor altura su amor que humano alguno pudo llegar en los favores, casi siempre escasos, de la ambigua fortuna, advirtiendo qué sutil suele ser una voluntad. Y en tanto previno todo lo que era menester para el caso: hízose un vestido de fuerte ante para guarecerse contra las desapiadadas espinas que guardaban la honda caverna donde amor le tenía reservadas y defendidas sus glorias; parecíale que era su amante rosa, pues tantas puntas servían de respeto a su grandeza y de mayor decoro a su hermosura. Mandó hacer también una fuerte escala de cáñamo para poder sin riesgo bajar y subir a escalar el castillo, que imaginó inexpugnable, de su tierna amante. La cual lo más de las noches se ocupaba (ausentes sus damas y doncellas) con sutiles y mordaces limas en romper yerros para cometer el mayor, hasta que se le franqueó la puerta por donde había de entrar su dichoso amante Gerardo. ¡Oh, cómo medía las horas, los instantes y los minutos!

Había puesto una luz para que su galán, como mariposa, acudiese a sus resplandores para más abrasarse; y haciendo ella seña, el amante, que a la hora de las doce andaba buscando su sol, entonces antípoda de su resplandor, conoció por él la boca de la cueva donde amor le libraba sus más apetecidas glorias, y así, valiéndose contra tantas espinas del ante y una mascarilla ató fuertemente la escala a un retorcido y antiguo tronco de un árbol que inmediatamente había nacido a la misma boca de la cueva y parecía guardadamas, aun por lo tronco, de aquel palacio del sol de la bella pero liviana Segismunda. Dejose descolgar animoso, y en llegando al suelo fue en busca de la puerta que le había de franquear su bien; pero aunque la halló no se atrevió a tocar a ella, porque así estaba avisado de su señora. Pasó la noche toda y con tantas ansias el amante, que pensó morir de enojo imaginando era burla de Segismunda, y muchas veces, de despechado, se quería volver a subir por el instrumento que le condujo donde estaba, sino que se lo estorbó el ver puerta donde no pensaba y sentir para adentro ruido, evidente señal de que no podía más su amante hasta que despejasen el cuarto sus criadas.

---

<sup>296</sup> Orig.: 'este' (150).

Ya venía el aurora blanca desenvolviendo purpúreas madejas para aljofarar las plantas, cuya alma vegetativa apetezían y deseaban abriendo las sedientas bocas en fe de sus ardientes fulgores, cuando más bella que ella misma la gallarda y resuelta Segismunda abrió la puerta, y en ella el cielo, a su amado Gerardo. El cual sospechando ser esto algún encanto, aventura o algún fabuloso metamorfosi de amor, por un rato ni supo qué decir ni qué hacer; pero saliendo de su asombro postrose a las plantas de la hermosa dama, la cual le echo los amorosos brazos al cuello diciéndole entrase a recibir y gozar el premio de sus afanes; que de noche no había podido abrir por estar embarazada con el forzoso agasajo de sus doncellas, pero que de allí adelante le entraría en su camarín para que lograrse glorias que el amor le ofrecía contantes.

De esta suerte y con esta traza se gozaban los dos amantes. volviéndose a su casa de noche Gerardo y gozando de día las altas prendas de la enamorada Segismunda, que también por el discurso del día se dejaba comunicar de sus damas, pero al mediodía se recogía con escusa de que quería descansar y lo hacía en brazos de su galán. Pasaron desta suerte algunos años, prometiéndose mayores felicidades y colmos de sus gustos el día que eclipsase los ajos el viejo padre Federico; pero como la fortuna es inconstantísima y como el mismo amor tiene sus reveses, y siendo calentura mortal sus intercadencias, en el mayor auge de sus gustos les salteó la más desapiadada desdicha de cuantas a sus secuaces ocasionó la cruel arpía de Chipre, como le podrá decir el que leyere este trágico discurso.

Acostumbraba el anciano príncipe Federico, como amaba tanto a su hija y la miraba tan recogida que por maravilla salía de su cuarto, entrarse a él solo y sin el embarazo de sus criados a conversar con ella y tratarle algunas materias de estado, en que altamente discurría, y tal vez solía tomarle la noche en esta conversación, enfadosa muchas veces para Segismunda (que amor ni trata ni tratar desea de otro que de su negocio), y después subirse a la grandeza de su palacio a conversar con los suyos.

Un día, pues, que acaso entró Federico, como solía, al cuarto de su hija, no hallando quien le respondiese vio que la bella dama, ausentes sus criadas, que se habían ido a solazar entre las amenas plantas de un deleitoso vergel, no queriendo impedir sus lícitos gustos, corridas las preciosas cortinas de su cama se había puesto a descansar y dormir. No quiso el Príncipe despertar a su hija, antes arrimado a una parte del cuarto, que muy espacioso era, se puso a descansar también en un taburete aguardando despertase, y aun, como viejo, también con flojos bostezos y con la luz poca que entraba, por estar las ventanas casi cerradas, procuró dormir un rato también.

Despertó la infeliz Segismunda (¡ojalá que no hubiera despertado en aquel día!), y considerando que tenía buena ocasión al presente de verse en los brazos de su querido Gerardo (que en la cueva se estaba prompto siempre, como dicho es, a recibir sus favores cuando le abriese), en particular, pues todas las damas de su servicio estaban entretenidas en su delicioso recreo, se levantó de la cama, fuese a cerrar la puerta de su cuarto no advirtiéndolo, con la escaseza de la luz

ambigua de las ventanas, que su padre andaba dentro. El cual viendo aquellas prevenciones jamás vistas en Segismunda, desvelando mejor los ojos y recogiendo más quietamente el aliento vio que la dama, abriendo una puerta, se entraba en una gran hondura de la cual poco después salió sacando por la mano y casi sosteniéndose a los hombros de un hombre que luego fue conocido del Príncipe, pues era Gerardo su gentilhombre. Echole los brazos al cuello la enamorada dama encareciéndole cuánto estimaba aquella obediencia de estarse tan sosegado en aquella obscuridad por su amor, pero decíale él que pasara por las cavernosas grutas que guardan los fieros Esterope y Bronte cada instante por su mandado, y que no le tuviese lástima alguna, pues buen premio se tenían sus trabajos con la gran gloria que gozaban. Así los dos amantes, sin árbitros que, a su parecer, compusiesen sus movimientos se enredaron en los recíprocos lazos de amor.

Pasmose el triste príncipe Federico, y, aunque viejo, quería de repente lavar la infamia con la sangre de los dos que a sus ojos manchaban el antiquísimo candor de su linaje, pero no pudo, que se halló con grillos a los pies de hielo. Quiso gritar, pero no pudo, porque un ñudo mortal se le puso a la garganta. En fin, parecióle mejor con silencio castigar a los amantes, porque siendo público el castigo era afrentarse a sí propio, y sospechando que por la rotura de la cueva entraría Gerardo a gozar los brazos de su hija, desde allí trazó el castigo que se le había de dar.

Ya habían cumplido con sus gustos torpes los dos infelícísimos amantes cuando pareciéndole a Segismunda que ya sus damas habrían acabado su florida recreación mandó a su Gerardo se volviese a entrar a su dulce y agradable cueva (que lo hizo de mala gana el galán) y la dama cerró la puerta della, despidiéndose los dos con muchos y eficaces abrazos, saliéndose después al jardín en busca de sus damas. Con esto pudo salir sin ser visto el afligido Federico, el cual con la fuerza grande de la pasión y con el asco de la obsenidad que por fuerza habían visto sus mismos ojos ni pudo descansar ni dejar de arrojarse en la cama con bascas y sobresaltos mortales. Acudió Segismunda sabiendo<sup>297</sup> el nuevo accidente; pero a la entrada en su aposento se le acrecentaba el mal, porque se le representaba el desvariado suceso, si bien en medio de él llamó a tres antiguos criados suyos, hombres de valor y honor, y les ordenó lo siguiente.

Tenía un fiero león Federico, que por grandeza criaba en su palacio. A éste mandó a los tres dijese de su parte al leonero que en tendiendo el obscuro manto la noche le atase como pudiese y metido en una jaula le llevasen a una obscura cueva, que en tal parte hallarían la boca (y señaloles la ya dicha), y allí, sin ataduras, le arrojasen con grande secreto y profundo cuidado, y si acaso hallasen alguno por aquel lugar hiermo que lo quisiese impedir luego le diesen muerte, fuese cualquiera. Este orden tan apretado siguieron los tres caballeros, y fue traza de Federico para querer así encubrir el delito y castigo de Gerardo,

---

<sup>297</sup> Orig.: 'saliendo' (154).

pensando que tomaba el mejor instrumento en el león, por ser irracional, y así quedaba para siempre encubierta su deshonra; y aun podía ser que abriendo Segismunda la puerta, como solía, en busca de su Gerardo fuese también muerta y comida del fiero irracional rey de los animales y así quedaba vengado discretamente de los dos: tanto como esto se le había impreso su deshonra al viejo Príncipe. Fuéronse los caballeros en cumpliendo el mandamiento de su señor sin escudriñar el fin que tenía, que ni dieran por más que hicieran en el blanco de la verdad. Viose el monstruo coronado en aquella hondura y fácilmente rompió algunas cuerdas con que había sido arrojado atado.

Medianoche sería cuando Gerardo, ignorando el enemigo que tenía para defensa de la puerta de su dama, se dejó descolgar por la acostumbrada escalera que fuertemente al árbol su tantas veces protector había atado, y apenas llegaba al suelo cuando la fiera horrible le echó las garras al cuello con un tremendo bramido que le quitó por un rato los sentidos al triste Gerardo. Considérese aquí cuánta diferencia hubo de los brazos que pensaba merecer de su hermosa dama aquella noche a los que le tenían mortalmente asido.

Cobró en el mayor peligro ánimo notable Gerardo, y conociendo ser león el que así le oprimía, si bien ignorando cómo podía haber allí caído, poco a poco empuñando una daga que a la cinta traía le dio dos mortales puñaladas, con que estremeciendo el guedejudo bruto todo aquel hondo y húmedo seno con sus fieros y horrendos bramidos cayó, si bien dejando herido a Gerardo, aunque no mortalmente, pero sin sentido por un gran rato. Levantose, y no oyendo más de que los mortales aullidos que faltándole el aliento daba poco a poco el león eran señal de que acababa, hizo gracias a Dios de tan conocida merced como la que miraba, proponiendo la enmienda de su pecado y presuponiendo pedir licencia a su señora para retirarse.

En estos pensamientos estaba cuando Federico mandó buscar aquella noche a Gerardo, y habiendo visto que por más que le buscaban no parecía ni en casa de sus padres ni en otra parte, descansó pensando tener concluida la trama de su negocio, que fuera cierta a no haber sido tan animoso y tan venturoso Gerardo, que a la acostumbrada hora de el día sintió abrirse la herrada puerta, deseándolo por guarecerse de las heridas que le dio el león con las garras. Sacole Segismunda a la claridad de su cuarto, y viéndole cubierto de sangre casi llegó a desmayarse, y lo hiciera a no darse priesa Gerardo a contarle todo el suceso, que causó notables imaginaciones a los dos amantes, pero sosegáronse presto entendiendo el mismo día Segismunda de sus damas que se decía por Palacio haberse soltado el león que a veces iban ellas a ver, y así, pensaron que, perdido el león, se debió derrumbar por aquella rotura de la tierra, porque Federico hizo echar esa fama por el mismo leonero, mandando también a los criados, a quien había ordenado callasen con pena de cortarles la cabeza si no lo hacían, publicasen ahora que se había soltado y escapado el león de la leonera mesma.

Pensativo<sup>298</sup> a demás estaba el Príncipe, levantado ya de la cama, viendo que ni Segismunda moría ni Gerardo dejaba de parecer por la ciudad con haber cuatro días que había mandado echar aquel coronado vestiglo, y pensando, como era de ver, que el animal sin sustento había de ser muerto, visto que no le había salido aquella traza encubridora de su deshonor por aquel nuevo juez que había de castigar a los delincuentes y no había de publicar el delito, ordenó otra, si no tan secreta, a lo menos más segura, y fue llamar a su retrete los tres criados de quien había hecho confianza, y así les dijo:

—Un hombre, casi mi pariente, con otros conspira, ¡oh criados míos!, contra mis Estados, y, no contento, intenta darme alevosamente la muerte. He sabido el puesto por donde han de entrar a dármele; no me resuelvo de castigarle en público por el escándalo que se ha de seguir y el mal ejemplo, pues no es bien sepa el mundo que ha habido vasallo que se haya atrevido a conspirar contra la vida de su señor, y así, me he determinado fiarme de vuestra lealtad. Por la boca de la cueva donde os mandé echar el león entra ese hombre a disponer una vieja pared que le dé entrada a mi cuarto: prendedle y traédmele aquí vivo, si puede ser, para que le dé el pago que sus traiciones merecen y sepa los demás cómplices. Y más, fio de vuestra lealtad que luego le habéis de atapar el rostro, porque ni quiero que vosotros le veáis, sino que me le entréis y dejéis atado a la primera sala de mi palacio.

Admirados quedaron los tres caballeros, pero prometieron e hicieron homenaje en las manos de Federico de cumplir con todas las circunstancias de su mandamiento lo que se les encomendaba, aprestándose también y entendiendo que quien se disponía para lance tan fiero y cruel era fuerza que tuviese manos y no viniese con ellas en el seno.

En el más profundo silencio de la noche era cuando Gerardo, temeroso acordándose del tremendo suceso del fiero león, y amante no arrepentido repasando glorias, por la acostumbrada puerta, ahujero o boca que se las daba iba a bajar atada la escala de cáñamo cuando de improviso se halló asaltado de tres hombres que, rodeándole, le mandaron se rindiese; donde no, probaría las mortales balas y venenoso plomo de una pistola que le encararon al pecho.

Ya se quería defender Gerardo, absorto en su no esperado suceso, cuando los dos se asieron del triste amante, y sobreviniendo el tercero fácilmente le ataron las manos, y echándole un pañuelo en la boca y una banda al rostro y ojos dieron con él en la puerta falsa del jardín de Palacio sin decirle cosa alguna, fuera de «traidor a su Príncipe», que oía Gerardo y no podía responder ni aun ver a quien se lo decía. ¡Oh miserables desgracias de el amor, a qué que conducís, tiranas insolentes, a un desdichado amante! Qué bascas eran a esta hora las de Gerardo otra lengua o pluma las diga, que sabrá mejor poner en su punto los desgraciados sucesos de este hijo de Venus, nacido para escándalo del orbe todo.

---

<sup>298</sup> Orig.: 'Pensantivo' (156).

Abrieron los leales caballeros la puerta con la llave que el mismo Príncipe les había dado, y teniendo las llaves hasta la de la primera sala, en ella le dejaron rendido a sus dolores, avisando al Príncipe de que ya tenía preso y en su palacio a su enemigo. Preguntóles el Príncipe si le habían conocido, si estaba solo y si se había defendido. Respondieron ellos que, aunque parece que conocían por los acentos y voz al preso, que su obediencia había puesto candados a sus oídos y conocimiento no queriendo discurrir sobre quién fuese, que era solo y que aunque quiso no pudo defenderse ni desasirse de sus fuertes brazos. Despidióles agradeciendo su lealtad a los caballeros, y obligándoles otra vez al secreto. prometiéndolo se fueron a sus casas descansar del trabajo de aquella noche.

Federico, que a pesar de sus achaques y pasión pensaba mitigarla con la sangre del triste Gerardo, le aguardaba vestido en su retrete, hallándose solo se entró en la sala donde quedaba el afligido amante con tantas pesadumbres y tormentos, considerando sus inusitados desastres y la variedad de su fortuna, hasta allí feliz, pero de allí ya bárbara, loca y perenne. Bien conocía los caballeros que le ataron y prendieron, y bien entendió era orden del príncipe Federico, pero llamarle traidor cuando sus yerros eran de amor sólo le acababa la paciencia, y le parecía que algún testigo falso le había puesto mal con su dueño, si bien irle a prender a la cueva le remataba todos sus discursos. Llegó el severo Federico y díjole:

—La benignidad y amor con que desde vuestra niñez fuisteis tratado de mí y amparado no merecían, enemigo Gerardo, estas afrentas graves que a mi casa habéis hecho y que yo con estos ojos he visto. Quise que un león os avisase o castigase en secreto. No sé cómo no se logró el mío, pues os me han entregado vivo aquellos a quien di este orden.

A quien respondió algo animoso Gerardo:

—Señor, mayor es el poder de amor que el de Vuestra Alteza: no pude dejar de obedecer a su tirano dominio. Y siendo la causa tan alta, pues vos la sabéis, aunque mirara lo que ahora me amenaza y casi miro de cortarme la cabeza no dejara de obedecer pasando por mayores dificultades que las que en el león se me ofrecieron, al cual di la muerte aunque entrando en la cueva me vi preso de sus uñas.

—Pues si escapasteis del león —dijo Federico— no escaparéis de mis manos —y diciendo esto se fue mandándole seguir a otra más escondida parte, donde le encerró llevándose consigo la llave.

Esto pasaba en lo más escondido del palacio de Federico, pero en el de la infeliz Segismunda pasó lo que oiréis.

Con la acostumbrada excusa de que quería al mediodía descansar sola despachó al siguiente las criadas y damas suyas, y cerrada la puerta del cuarto abrió la que la reservaba, a su parecer, a su galán Gerardo, y aguardándole con los brazos a pesar del temor que le causaba el león, aunque muerto, no sé si el inusitado horror de aquel oscuro albergue le dio noticia de sus desventuras.

—¿Qué es esto, Gerardo? —gritaba la infeliz amante viendo que no le respondía a sus tiernas voces—. ¿Cómo os habéis olvidado de mi amor? ¿Cómo

habéis faltado esta noche? Cómo podré yo sufrir desusadas<sup>299</sup> tibiezas ni ingratitudes, tan mal hallada<sup>300</sup> en ellas? ¿Si alguna más dichosa ha detenido al ingrato?

En estas ansias pasaba Segismunda, pero nadie la respondía, sólo el horrendo eco rimbombante por aquel cavernoso espacio, respondiéndole a veces con los últimos acentos del nombre de su Gerardo, explicándole cómo ardía en manos de la severidad de su padre, y a veces profetizándole aun mayores males de lo que ella podía sospechar. Cansada, en fin, de sus mismas ansias, gritos y pesares, volvíase a su cuarto cerrando la puerta de la, si antes agradable, ya oscura y cavernosa morada que tapices pintados encubrían, cuando, por ser hora de mediodía, llegó su padre, como tenía de costumbre, a visitarla, y después de haberle pedido de su salud, porque le parecía que alguna pasión le salteaba el purpúreo color de sus mejillas, diciendo ella había pasado mala noche y despejado el aposento de las damas y doncellas,

—¡Ah Segismunda! —dijo, llenos de lágrimas los venerables ojos—. ¿Quién me había de decir a mí que tan mal pago habían de recibir las finezas del amor que te tuve? ¿Que es posible que han visto, a pesar, mis ojos que no sólo no eres casta, sino te revuelves, torpe, con un criado mío, que violaste el honor, competidor de los astros limpios; que te enredaste, hiedra vil, en los lazos sucios<sup>301</sup> de un inútil olmo; que te mezclaste, ingrata, con un hombre vil, y que lo viese yo y no bastase mi mano tomar venganza por más que me impeliese el coraje? ¿Tú eres aquella recatada, la que era el desdén de los hombres, el ejemplar de las mujeres? Ya que diste en ese delito, ¿siquiera no pudieras, vil mujer, entregarte a un hombre noble, pues tantos apetecían tu idolatrada hermosura, y no a un criado de tu casa, a Gerardo (no sé cómo le pronuncian los labios), que le recogí yo más por dolerme de su huerfandad que porque fuera capaz de servirme? Por tanto, ingrata fiera, no sé qué consejo tome en caso tal; no sé cómo te castigue; no sé cómo aún te consiento a la vida. En cuanto a lo que pertenece a tu vil amante, a ese tu Gerardo que esta noche hice que mis leales criados me lo trajesen atado y preso en el crimen fragante y escandaloso, y a quien antes había entregado a un león ya tengo determinado qué se ha de hacer de él. Pero de ti no sé qué asiento tome ni a qué parte me vuelva, porque una vez el amor me arrebató el castigo, el cuchillo de la mano, porque te he amado más que podía padre alguno amar, pero otra la indignación justa que de caso tan feo y atroz he concebido me irrita para que ensangrienté el cuchillo de mi justicia. En fin, que estoy como la nave en medio de las marítimas y resonantes olas, que ora se blande a una parte, ora a otra parte; pero antes que me ladee a una destas dos partes he determinado saber qué me respondes a tamaño cargo, qué me dices a

---

<sup>299</sup> Orig.: 'desucidas' (159).

<sup>300</sup> Orig.: 'halladas' (159).

<sup>301</sup> Orig.: 'suyos' (160).

semejante delito: quizá amor, que desea hallar disculpa en tu culpa, me dará algún aviso en tan apretado y preciso lance.

Esto dijo el afligido Federico, inclinando luego la cabeza al pecho, que con la magnitud del tormento no podía sustentar, siguiendo los ojos a arrojar raudales de agua en fe de su grave sentimiento.

Mas cuando podía imaginar Federico que su hija Segismunda culpando su flaqueza, humilde y reducida le pedía perdón, oyó estas semejantes palabras que sin llorar ni hacer alguna acción que pareciese femenil, antes con entereza de varón arrestada, animosa y no haciendo caso alguno de la vida, mirando al estado en que estaba la de su triste y preso amante, las pronunció desta suerte:

—Federico, que no he de llamarte jamás padre, no quiero negar el delito que tú llamas atroz y feo, ni he de rogarte con blanco llanto que me perdones, puesto que ni aquello me ha de aprovechar cuando lo niegue ni esto quiero que me aproveche cuando lo hagas. A más de eso, ni en cosa alguna quiero captarte la benevolencia ni inclinar en cosa alguna tu piedad, de mí conocida, sino que, confesando de plano el caso, lo primero purgaré la infamia que me achacas, y después con igual razón enseñaré que los hechos con las palabras conforman y concuerdan altamente en mi lengua y en mis manos. Confieso que amo y amé a Gerardo, ni hasta que animen alientos vitales este cansado cuerpo, que serán harto breves, dejaré de amarle; antes, si acaso por imposible me quedase algún sentido muerta yo con él, le amara sin duda: tan introducido tengo en ellos y en mis potencias el amarle, si bien a ese amor que tan ardiente se conserva en la fragua de mi doliente y apasionado pecho no me despeñó tanto el afecto, el amor o el apetito cuanto tu misma negligencia. Debieras pensar, Federico, que siendo tú de carne, sujeta a pasiones de amor, tu hija había sido engendrada de carne y entre los gustos de amor. A más de eso, debieras imaginar que no era yo Anaxarte de dura piedra, sino blanda Leucoto e de apegadiza materia cuando tú en tu decrepita senetud aún buscas los halagos y entretenimientos de la blanda Venus. Y si eso miraste, ¿por qué no adviertes cuán despeñados, impacientes y casi insofrenables son los desbocados deseos de la mocedad? Y aunque criado en la continua fatiga de la dura guerra pudieras bien saber cuánto daña el ocio, no sólo a los que viven entre la mocedad y regalos, sino también a los viejos. ¿No supiste que fui casada con Arturo de Ibis y que sabía ya a qué sabían los gustos de amor? Con mocedad y con tanto poder y regalos, ¿qué templanza aguardabas Federico? Resistí tantos y tan vehementes estímulos; túvelos a raya mientras pude; ni me fue posible sufrir más las llamas de amor, tropecé, y caí. Con todo, aunque ciega como el rapaz Arquero a quien seguía, busqué un modo para que ni a mí ni a ti nos resultara de semejante caso infamia o mal nombre alguno. Supliquéselo muchas veces a amor y a la fortuna, y enternecidas de mis amorosos martirios me depararon aquella puerta y aquella escondida parte por donde lograrse sin escandalo mis deseados fines y sin comunicarlos a alguna de mis damas, así por el mal ejemplo como porque no me obligaran a saberlas hacer callar. En cuanto a las humildades de Gerardo, de quien tan abatidamente hablaste no contentándote con tenerlo preso, ¡ay Dios!, y amarrado con



desapiadadas cadenas, has de advertir que no fue hado, no estrella que me impeliese con benignas influencias a su amor, como lo hacen las comunes mujeres, sino sobre pensado y muy precediendo el entendimiento, que no imperando la ciega voluntad, le elegí; con sagaz consejo le introduje en mi retrete; con perseverancia constante gocé los frutos del amor mucho tiempo; que aunque lo fue, para mí no lo fue, porque le amaba como al Sol la malograda Clicie, como a Narciso la mal reportada Eco. Si dices, como dijiste, que fuera menos mal elegir un caballero noble que escoger un mozo de tan humildes prendas, paréceme que te despeñas a semejantes civilidades con el ignorante vulgo, que no mira jamás el alma de las cosas. No acusas en eso a Gerardo, sino a la fortuna, que ordinariamente tiene por empresa levantar humildes al solio de su grandeza y abatir soberbios y nobles al centro de sus avasalladoras plantas. Pero dejemos eso y vamos al principio de las cosas: ¿por qué no es noble Gerardo? ¿Es más noble el soberbio blasón de tu casa? ¿No descendimos todos de un primer hombre? Sola la virtud y el valor nos distingue; los que brillan en sus virtudes, a éstos llamo yo nobles, y aunque el vulgo lo sienta de otra suerte, imposible es que la verdad se pueda mover de su asiento: todos debemos confesarla en conociéndola. En fin, aquel es verdaderamente noble a quien las obras virtuosas engrandecen, y quien al que no las tiene desea llamar con el vano título de ilustre y noble hace burla de él, y quien pretende que se lo llamen es necio. Mira, pues, Federico, tus costumbres, o las de tus antecesores, y ponlas a la par con las de mi Gerardo: cierto, si verdad quieres decir, que le llamaras a él más noble que a los tuyos. Y si no, dime: ¿no le llamabas antes, hablándome en sus costumbres, noble, virtuoso, cuerdo, sabio, callado, sufrido, reportado, valiente a caballo y a pie, diligentísimo a tu servicio, con tras alabanzas que tu agrado le daba? Pues ¿a quién pudiera yo elegir de más altas prendas sino a quien a más de ellas se le añadía la recomendación de tu boca? ¿Para qué me le alabaste? Dirás que es pobre. También lo digo yo; pero por eso soy yo rica y de grandes Estados para levantarle a mi fortuna, cuanto y más que muchos príncipes nacieron pobres y fueron ricos, y muchos ricos llegaron a un contemptible estado de pobreza. No quita la pobreza el generoso espíritu, no. Últimamente dijiste, para que vamos al caso, que te hallabas ambiguo en orden a lo que habías de hacer de mí. Depone, por tu vida, esos cuidados, Federico: vuelve contra mí la espada de tu justicia, pues ves que tengo la culpa toda. ¿Qué había de hacer un hombre llamándole una mujer hermosa, rica, poderosa y amante? Pues no esgrimas el cuchillo contra la inocente vida de Gerardo. Pero si acaso no le perdonares muera yo con él; que antes harás esa lisonja al alma para que desatada de los humanos lazos siga<sup>302</sup> por entre los Elíseos campos a su querido amante. Atiende y mira que la muerte que dieras a Gerardo, esa mesma me darás a mí; porque me la tomaré yo cuando tú no te anticipas a hacerlo. Por tanto, consulta tu piedad o tu castigo, tu agravio o

---

<sup>302</sup> Orig.: 'sigue' (163).

mi disculpa; que en la fortuna que siguiere Gerardo seguiré yo siempre firme y constante.

Esto dijo la resuelta Segismunda sin divertir sus ojos al amargo llanto que suelen las damas en tan lamentables casos, por donde Federico conoció aun mejor que antes el magnánimo y fuerte corazón de su hija, que cierto es que en la adversa fortuna se conoce un corazón si es fuerte. Imaginó, con todo, que no se daría la muerte, aunque lo había señalado en el remate de su largo coloquio, porque no la juzgaba tan animosa y parecíale que hay gran distancia en tal caso del decir al hacer, con que enojado y sangriento en lo exterior se fue de la presencia de Segismunda, pero para adentro persuadido a no ensangrentar la cuchilla de su rigor en su sangre propia (que quien bien ama jamás reparó mucho en los delitos que cometió el amador), si bien trazó el modo con que extinguir con la sangre del desdichado Gerardo las llamas de amor de la enamorada Segismunda.

La cual ya que vio fuera del cuarto a su enojado y ofendido padre soltó las riendas, que la entereza había tenido firmes, a los tristes ojos de su amargo llanto.

—¡Ay desdichado amante —decía—, y cuán breves han sido tus alegrías y tus glorias! ¡Ay tirano y fiero amor, qué presto hiciste como a traidor, levantando a la dicha de gozarse dos que bien se querían para trastornarlos a la ínfima desdicha de que el impío cuchillo rompa el nudo que formaron dos engazadas voluntades tan conformes! Mas quien se fio de un ciego siendo ciego también, dicho se estaba que había de caer en la profundidad y lazo que armó la bastarda fortuna.

No pudo más hablar la tristísima señora, así porque los ímpetus de la pena ahogaban sus palabras entre la misma lengua como porque entraban sus damas, y viéndola tan triste y llorosa, no siendo esto su acostumbrado proceder, procuraban divertirla y consolarla. Pero ¿qué consuelo podía tener la que sólo le tenía de su muerto (así lo sospechaba) Gerardo? Varias trazas daban para divertirla del mal que ellas mismas no sabían porque ella no lo divulgaba. Y ¡ay del que se retiene y reprime la pena en su mismo pecho para que no salga!

Querían aplicar medicinas y remedios repentinos, pero ni los rehusó ni los quiso, porque ya se trataba como difunta sabiendo que si el rigor de su padre contra la vida de Geranio pasaba adelante poco le importaban medicinas, que ninguna lo había de ser faltándole el alma. Tenía un retrato de su amante en la mano, que en tiempo de más dichosa fortuna había mandado a Gerardo se hiciese copiar para pasar las horas de su ausencia regalándose en la copia, ya a que no podía con el original que altamente representaba; pero este que era su mayor alivio en algún tiempo ahora le servía de mayor martirio acordándose en el peligro que estaba su bien.

Todas las damas viendo estas muestras, pensaron que su mal eran ansias o bascas de amor, y así, una que se preciaba de que tocaba con destreza una arpa, pensando así lisonjear o adormecer las penas de su señora, rogada de las otras, que también lo deseaban, con acentos suaves y diestros sostenidos cantó desta suerte:

Salió Anarda y salió el Sol,  
 pero volviose a esconder.  
 ¿Para qué son, Sol, tus rayos,  
 si a la bella Anarda ves?  
 Teme, hermoso Cintio, teme  
 de Anarda el lindo desdén,  
 eclipse bello a tus luces,  
 a tus rayos rayo cruel:  
 Tu carro con cercos de oro,  
 Planeta hermoso, detén,  
 rinde pompas de tus rayos  
 a su blanco y breve pie.  
 No te burles con Anarda,  
 porque, Febo, yo sé quien  
 está llorando escarmientos,  
 yo sé quien no acierta a ver.  
 Y aunque sé que me ha hecho mal  
 el verla sólo una vez,  
 cuando verla no es posible  
 la mira más bien la fe.  
 Sus divinos ojos bellos  
 bien y mal vienen a ser:  
 mal son porque ya me han muerto;  
 porque me dan vida, bien.  
 Teme el Sol: temed pastores;  
 mas no temáis. ¿Para qué?  
 En el mal está el remedio:  
 no temáis de adolecer.

Aún no había sosegado la diestra y compasiva Amaltea (que así se llamaba) los últimos acentos del cánoro instrumento cuando llegó a vista de sus damas un recado a Segismunda de su padre el príncipe Federico, y era:

Llegó un<sup>303</sup> caballero con una fuente de oro, labrada con preciosos relieves y follajes ceñidos de mucha pedrería de inestimable precio, cubierta con un volante encarnado, y le dijo estas palabras la asustada Segismunda:

—Señora, vuestro padre y mi señor el Príncipe dice que reciba Vuestra Alteza este don que le envía por mí para que alivie sus melancolías y se consuele con él de aquello que Vuestra Alteza tanto ama así como le consoló Vuestra Alteza a él de aquello que tanto amaba.

Esto dijo dejándole la fuente en las manos, absorta ella y atenta a alguna grave e irreparable desventura.

---

<sup>303</sup> Orig.: 'un un' (166).

Parece ser, que después que Federico se salió con el intento que se dijo del cuarto de la infeliz Segismunda, en el sumo y horrendo silencio de la noche mandó a uno de aquellos caballeros entrarse donde se reservaba el mísero amante Gerardo y en su presencia, sin descubrirle el rostro, le diese muerte y del círculo del amante pecho le sacase el corazón. Lo cual haciendo el diligente criado, sepultando aquella misma noche al difunto en el mismo huerto de Palacio, ahora enviaba el cruel y vengado Federico a su hija con aquel recado, siendo el mismo ejecutor de la muerte de Gerardo el triste embajador para Segismunda.

La cual así como se fue su padre, sospechando del enojo que en él había visto y de la fiereza que en los casos de honor se revestía el grave peligro que corría la vida de Gerardo, conficionó de frígida cicuta y otras venenosas yerbas un tan fuerte acónito que, distilado, no daba lugar a sospecharse difunto el que lo probase en llegando al corazón. Éste tenía preparado y bien cerca de su cama cuando llegó el funesto mensajero.

Pasmose, como dije, la amante señora, y sospechando su desdicha en la de su amado Gerardo tomó la fuente, levantó el cendal que le encubría lo que dentro estaba, vio un corazón aun sangriento en ella, y sospechando, como era cierto, ser de su difunto amante, revolviendo en su sagaz discurso, aunque tan apasionado, lo que había de responder, dijo así al embajador de sus desdichas:

—Decid a mi cruel padre que no podía escoger más decente sepulcro ni más decoroso mausoleo para corazón tan generoso como el que eligió. Un corazón de oro, ¿dónde había de ser sepultado sino en oro? Esto solo ha hecho con gran acierto mi padre.

Y tomando con sus hermosas manos el corazón (aun parece que palpitante, y con razón, pues otra vez se llegaba a su vida), le aplicó a sus encarnados labios y dijo:

—Siempre experimenté hasta este punto grandes finezas de el amor que parecía mostrarme mi padre, pero ahora en este caso ha sido mucho más vehemente la demostración de su grande amor; y así, le daréis de mi parte muchas gracias por este presente que me ha enviado, y decidle que si de aquí a un poco estuviese en mi mano le enviaría yo otro no menos amante.

Y tomando otra vez la sangrienta fuente, encaminando los atentos ojos al amado corazón que miraba, díjole:

—Alegre y regocijado albergue, donde tanto tiempo tuvieron morada mis ya acabados gustos, muera la crueldad fiera y sangrienta, tirana y cruel del que diligenció que así te vieses mis tristes ojos. Sobrada y desigual herida hubiera hecho en el mío cuando sólo por fama hubiera sabido de tu muerte. En fin, tú, amado corazón, tuviste decorosa urna y sepulcro de las manos del enemigo que acabó tu vida. Cumpliste el curso y hado de tu adversa fortuna. Solo a tu muerte faltan lágrimas, funeraria la más noble de los que bien se quieren. Pues lágrimas tendrás también de aquella que tú tanto amaste en vida; sí, que así lo ha negociado la entereza de mi padre enviándote a mí para que lo hiciera. Yo las llorare, yo las verteré, y seguidas éstas, amante mío, también te seguirá la vida, que ¿dónde pudiera descansar mejor que en ti?

Esto dijo, y inclinando los ojos a la fuente, sin llantos ni clamores arrojó tantas lágrimas que pudieran anegar el corazón amante. Como el caudaloso río que pasa callando por el pie de una alta montaña como si no fuera bulliciosa agua, quizá del miedo que le causa el sobrecejo del elevado monte, así y con este silencio vertió no perlas sino fuego; no lágrimas solas, sino raudales dellas.

Seguíanle en el mismo llanto, si bien no en el mismo silencio sus damas y doncellas, que al triste y funesto espectáculo<sup>304</sup> atónitas asistían, y dando innumerables besos a la sangrienta prenda la lastimada Princesa, le pedían que corazón era aquél, y unas a otras se preguntaban si sabían alguna circunstancia de aquel doloroso caso o algún vestigio de aquella tan desusada pena; pero ni las adoloridas damas sabían responder palabra (porque no se las traslucía la causa, por no saber de su señora circunstancia alguna de amor) ni la triste Segismunda les respondió cosa alguna, ocupada toda en las últimas endechas y dolorosas funerarias de su amante, y en acabando el sacrificio de sus amorosos raudales dijo así:

—Una cosa me falta, ¡oh corazón mío!, y es seguirte, compañera, o a los Elíseos campos que según tus grandes merecimientos gozas, o a los lugares del horror que por purgar algunas leves culpas te detienen. ¡Aguarda pues, que ya voy diligente a seguirte!

Y diciendo esto sacó un vaso que allí escondido tenía; bebió el frígido veneno animosa, pero bárbara con su vida, y se arrojó, congojada de mortales bascas, en la cama, tálamo algún día de sus contentos.

No sabían las damas qué era lo que en el mortífero vaso había, pero sospechando el caso fueron desaladas algunas a avisar al príncipe Federico, que estaba informándose entonces de boca del mensajero de todas las razones que Segismunda le había dicho, y temeroso, como amante de su hija, de que no peligrase la vida que tanto amaba y que era fuerza conservar para que tuviesen heredero sus grandes Estados, tarde acordándose de ellos, pues jamás cuidó de darle segundo esposo, en un instante bajó al cuarto, ahora avisado, para ver si podía remediar la desdicha que así parecía amenazarle; pero llegó tarde, porque, entrando, la vio que tenía todavía asido con las manos fuertemente el corazón de su querido Gerardo, llorando encima de él como la hiena piadosa cruel que pretende con su llanto resucitar al caminante que halló descuidado por los desiertos. Llegó a consolarla su padre, enternecido, pesaroso y arrepentido de veras de su grave desalumbramiento; pero sirvió de poco, porque ella misma dijo que no había lugar a la vida, pues ella se solicitó la muerte con un mortífero brebaje.

Llegaron antídotos y remedios, pero ninguno lo fue, porque ya el frígido licor penetrando las venas, finalmente había llegado al corazón con precipitosa violencia, y sólo le pudo decir a su padre estas últimas palabras la casi muerta y

---

<sup>304</sup> Orig.: 'expectaculo' (168).

homicida Segismunda, entre los últimos bostezos de la muerte viéndole llorando con repetidas lágrimas:

—Conservad, príncipe Federico, esas lágrimas en el triste pecho para aquellos casos y desgracias que por vos no han sido buscadas ni ocasionadas con vuestras acciones. No las gastéis por mí, que ni las apetezco ni las busco. Sí, porque ¿quién lloró lo que él mismo, diligente, se buscó? ¿Para qué lloráis la vida de quien se busca tan contenta la muerte? ¿No os dije que de la vida de Gerardo dependía esta que me animaba? Pues dando muerte a Gerardo me la disteis, como veis, a mí, Solo pido, si algunas reliquias de humanidad y si algunos vestigios de aquel amor antiguo que me enseñábades tener conserváis en el pecho, hagáis lo que por última vez os pido, esto es: que enterréis mi difunto desdichado cuerpo con el de mi difunto Gerardo, que con eso moriré más contenta. Colóquense en un mismo sepulcro, constitúyanse en una misma urna, y pues que no quisisteis cohabitásemos en vida, si quiera secretamente, en uno los dos, a lo menos concédaseles en la muerte. Si le arrojáis al campo y a las fieras o infaustas aves de él, echadme a mí con él. Si le enterráis, usad el mismo piadoso oficio conmigo: sólo sea con él.

No podía responder Federico, porque el grande ímpetu de el dolor le había embargado dentro de el mismo pecho las palabras; pero Segismunda entendiendo que la homicida Parca, dulce para ella y lisonjera, quería cortar el sutil estambre de su vida, echándose un velo al rostro, despidiéndose de todas amorosa y alegre como si se fuera al tálamo conyugal, aunque con bascas y paresismos mortales, espiró a la violencia del veneno.

Federico, mal aconsejado y arrepentido, viendo el desdichado suceso, el amargo espectáculo, arrojándose al pecho de su difunta hija sin cordura y recato (que ¿cómo le podía tener una pasión tan implacable?) perdió el decoro a su grandeza y con gritos espantosos y horribles, sin término alguno solicitó un lamentable llanto en los presentes y en los que ausentes estaban de la ciudad de Oristán y sus alindes. Dio mucho que decir y que contar tan lastimoso suceso.

El morado y denegrado cuerpo de la antes hermosa, ya feísima Segismunda, fue enterrado por mandado de su padre en una magnífica urna con el de su difunto Gerardo; pero pasados los días de las autorizadas funerarias, si lúgubres y lamentables, rodeado Federico de temores, cercado de cuidados, quebrantos y penas, casi imposibilitado de consuelo y no quitándosele un punto de la presencia la imagen denegrada y mortal de aquella miserable princesa que no lo supo ser de sus pasiones, cayó en tan fiera melancolía que en término de quince días acabó la triste vida dejando por su heredero al Príncipe de la Casa de Aragón, que gozó y goza ahora sus Estados, los cuales se vistieron de funesto luto, no faltando el llanto universal de todos sus vasallos. Miren las recatadas doncellas, y las que no lo son, en poner freno a los ojos, en reprimir afectos, huir ocasiones y no empeñar la voluntad y el alma para no hallarla, sin pensar, anegada en semejantes desventuras cuales las de la desdichada<sup>305</sup> Segismunda.

---

<sup>305</sup> Orig.: 'desdicha' (170).



## Suceso séptimo (próspero)

### LA PORFÍA HASTA VERNER

**G**IRONA, obra del rey Gerión, yace en la Gotolania,<sup>306</sup> en la parte donde veneró la antigüedad los campos Emptorianos; ciudad nobilísima, aunque pequeña, pero paréntesis de todo lo bueno, pues cuando es amenidades, todo el año hipócrita de su hermosura, se viste todo él de capotes de nieblas, que se las ocasionan la multitud de los bulliciosos estanques y la continua, casi enojosa por eso, compañía de un río que en competencias de monarca, en fe de que presume poseer, su clara tiranía suele tal vez a las que presumen ser pretinas de su corriente, si no freno de sus bizarros despeños, llevar tan precipitoso a sumergirles en el mar, puentes vistosas y frondosos árboles, que no haya memoria de sus altaneras traiciones. Ter se llama, tan terco a sus plantas, que aunque le sirven de plumaje sus flores, ni le ablandan sus esmaltadas lisonjas ni las lánguidas dolencias de que se quejan por abundancia de temor cristalino le enternecen, si no es que de puro besarlas las anega: terneza conocidamente cruel, crueldad mercedamente tierna.

Vivía en esta ciudad (o moría, que así es el vivir de los amantes) uno en nombre don Félix, de hazañas como el nombre, si bien no tan bien logradas,<sup>307</sup> pues a méritos gigantes premios le correspondían enanos. Gozaba un ilustre mayorazgo y se apuraba a los bellísimos ojos de una dama perfición y milagro de aquella edad, así en la discreción como en la hermosura. Entendió doña Juana por los ojos los deseos de su amante (que amor, aunque le pintan sin ojos, entre ellos tiene<sup>308</sup> su mayor tiranía, y pintáronle vendado los antiguos para dar a entender que en su distrito los ojos son el basilisco más fiero que alimenta y de que más se han de guardar), y dióle a entender la dama con ellos mismos que se correspondían los pensamientos (que esto tiene de rapaz amor, pues con lo mismo que dulcemente ofende, dulcísicamente regala) y entendió el galán la cifra de los que retóricamente mudos le deletreaban conceptos que reventaban por salir de el alma, no para no quedarle en ella.

¡Oh, cuán mucho habla por los ojos amor! Pero si habla, no deja de obrar también. La prueba es manifiesta, pues, pasando meses, los dos amantes igualmente unidos en mitad de un jardín (a quien los impetuosos raudales del

<sup>306</sup> Cataluña.

<sup>307</sup> Orig.: 'logrados' (163).

<sup>308</sup> Orig.: 'tie-' (164).

enamorado Ter les enseñaban amantes escarmientos si poco que fiar en finezas de la voluntad antojadiza al igual de la fortuna, pues si una vez lamía y argentaba sus flores, otra las arrancaba cruel, y desapiadado se las llevaba al mar a ser alimento de los peces, si no es que ellas la siguiesen amantes y ciegas a su despeño) celebraban secretos himeneos aplaudidos de la posesión, que atropella cuantos hay inconvenientes de honor, por señas que se vieron<sup>309</sup> del despeño de doña Juana y de la fácil promesa del amante entonces<sup>310</sup> feliz. ¡Oh, cuánto promete quien no quiere cumplir lo que promete!

Entre<sup>311</sup> árboles, flores, plantas y corrientes repetían este vínculo de amor los dos amantes a pesar de las aguas que lo murmuraban, y dentro poco tiempo dio muestras del amoroso delito doña Juana, y don Félix de su ingratitud en sus desvíos y tibiezas, porque la dama apretaba el galán para que la pidiese a su padre, pues no<sup>312</sup> se la había de negar. Esto podía haber negociado mejor doña Juana si se lo dijera antes a su mismo padre; que aunque parece poca modestia en las doncellas nobles, pero si estos tropiezos ha de haber después, más vale decir que se quieren casar que abrasar la honra y nobleza de sus casas.

En la suya estaba recogida doña Juana, pero tan pesarosa de lo hecho como del poco remedio de encubrir su delito; que tal vez la pena es lo que atormenta, no la culpa. Su anciano padre, a quien ciudadanos cumplimientos embargaban el sosiego de su vejez, se determinó por entonces no habitar la ciudad, disponiéndose a pasarlo, por ser el tiempo oportuno, en un cigarral que no lejos de ella era presidente de altivos árboles y de retorcidas vides, de hermosas flores y de montaraces arroyos. Privábanle estos antojos caducos de correspondencias apacibles a doña Juana. Esto la entristecía, pero hallaba que en la soledad hay suertes en que la propia desdicha en sí misma vincula las dichas, que a ocasión de pisar las flores de los prados fácil le era el arrojar a la luz del mundo la ocasión de sus ansias amorosas. Esto era lo que la alegraba.

Una tarde, pues, que sola lo pasaba repasando regalos de amor, atropellando las flores o por hacer hermosuras o porque hallaba que le competían, desmintiendo con la voluntad presente los deliquios dulces de amor pasados, que se tienen más por dulces cuando ya pasaron (que no sé qué se tienen, pues cuanto están en su centro, o la presteza o la inquietud o el desasosiego o el afeto grande los desazona ni deja gozar con gusto el bien presente), estando cabe unos altivos laureles, enemigos de casi otros tantos lacivos olmos, que en opinión de incastos y castos, pues unos hacían alarde de amadas vides en frondosos abrazos, y otros presurosamente desdeñosos aun se estremecían de verlo, parecía que se miraban con ceño, y aun lisonjas de ambos lo pagaban en miedo, pues en fe de él temblaban. Aquí doña Juana rendida a un desmayo breve, sin más partera que la piedad de un árbol, sin más ayuda que su mismo brío dio a las flores la más bella flor, al mundo la más hermosa luz, al Sol la más digna envidia: una niña a quien

---

<sup>309</sup> Orig.: 'rieron' (164).

<sup>310</sup> Orig.: 'enonces' (164).

<sup>311</sup> Suplo 'Entre' (164).

<sup>312</sup> Orig.: 'ne' (164).



dejando entre esmaltados pañales<sup>313</sup> de Amaltea se volvió a su quinta alentada del mismo temor, que a veces él mismo da valentía.

No era tanto el desvío de don Félix que no prosiguiese, bien que tibiamente, su amor (no me parece que, según el Filósofo, es bien a este modo de amar llamarle amor, pues aquél es amante, dice, que siempre ama). Era amigo de don Pedro, y ocasionado de eso se venía de la ciudad al cigarral, donde sabrosamente se entretenían los dos. Un día (que fue este mismo) sacó al campo don Pedro a don Félix, que entendió que el viejo padre lo hacía para pedirle el honor de su hija (que uno que ofendió, nada imagina sino su mismo castigo), mas don Pedro le sacó presto de su cuidado con las siguientes razones:

—Yo, señor don Félix, he mirado en los ojos vuestros y de mi hija, que, a ser estrellas, unos con otros tuvieran por correspondencia su simpatía: oposiciones suaves he advertido, mirar benigno en cada cual he visto, por donde infiero, astrólogo, que amor recíproco triunfa del corazón de ambos. Y si esto es, pues vuestra nobleza es la que yo sé, no andéis por las ramas: dad otro grado más a nuestra amistad con dar la mano a mi hija. Y entiendo que en esto a vos y a ella hago lisonja.

Asaltado de la brevedad del caso, quería responder don Félix desamorado, como había días que lo estaba, cuando sintieron los dos muy junto a sí tiernos lloros de la recién nacida, que, aunque pequeños y tiernos, igualmente lastimaron el corazón del padre y del agüelo. Ambos acudieron compasivos a los arrullos que parecían persuadir a piedad retóricos, inocentes, y ambos entre flores salpicadas de sangre hallaron la más purpúrea flor que formó la varia Naturaleza en tiempos. Es natural la compasión; y más ésta, que tanto en ellos tenía andado para serlo, hizo que ambos se quisiesen hipotecar el hallazgo, pero persistió tanto don Pedro, que alcanzó de don Félix llevársela a su casa, donde entró con increíble regocijo la niña en los brazos de su agüelo, trasladándola éste de ellos a los de su verdadera madre.

Vio su crimen amoroso doña Juana en sus manos a su salvo (no poca dicha en lances tan apretados), y como prevenida no hizo novedad en su rostro, pues casi vio lo que había de acontecer. El galán don Félix bien pensó que la niña era parto de doña Juana, mas como vio a ésta tan despejada y desembarazada en sus acciones, a otra causa más oculta dirigió los pensamientos, y como no se hablaban ya, con el enfado no se tuvo ocasión para referirse los sucesos. Doña Juana, pues, viendo que el despejo le había de ser favorable, empeñada en dar a entender que no era ella el nácar de aquella perla daba mil abrazos a la niña, más naturales de lo que se presumía. Mandola llevar por entonces a otro cigarral donde había una labradora capaz para criarla. Bautizaronla, y quiso doña Juana que se le pusiera el pobre de Felisarda, o porque era padrino don Félix o por lisonjearse así sus potencias con representarse a sí en tantas maneras el idolatrado objeto de sus gustos.

---

<sup>313</sup> Orig.: 'pañales' (165).

Creció Felisarda, y en hermosura en tanto grado, que sola ella podía competir consigo, y aun no, pues había mucha diferencia de lo que ella era a lo que imaginaba ser, pues no presumía de su belleza, contenida en los límites de su altísima discreción. Ya llegaba a los trece años de su edad, y don Félix y doña Juana duraban en enojos verdaderos de amor, pues habiendo su padre ofrecídola a don Félix por esposa, supo que le negó la mano que le dio testigo un río y muchas flores. Ahora, para más empeorar los sucesos, puso amor tanto fuego en los ojos de la divina Felisarda, que bastaron a abrasar los de su mismo padre para que la amase, enseñándose tan ufano deste pensamiento suyo, que lo decía a todos, por ventura para que nadie dudare que por más antiguo no lo merecía.

Hacía esto a vista de doña Juana que o de celos o de sentimiento se deshacía en llanto, y tanto más cuanto no se atrevía a decir a Felisarda que era hija suya ni a reñirla, porque la trataba como a igual y la adoraba como a única prenda de sus entrañas, si bien tal vez le daba muestras de su poco gusto en esta parte, y no muy claras, pues juzgaba de la altivez de su ingrato dueño el desengaño, pues sabía el humilde nacimiento de Felisarda. ¡Como si amor reparase en más que la hermosura! Felisarda era discreta y entendía que éstos eran celos, que no se le escondió el incendio del pecho de doña Juana. Hurtábase a sus ojos para amorosos hurtos, que como don Félix era galán idolatraba en don Félix. Ya tenemos a Felisarda enamorada de su mismo padre, a don Félix perdido por los ojos bellos de su adorada hija, a doña Juana celosa, y con razón, de su hija, y de su amante ingrato

En un balcón estaban una noche, ya en la ciudad las dos, cuando les hizo un tanto suspender el aliento, para mejor por un rato darse a los oídos, una apacible voz que en suaves conceptos y sostenidos, sentidamente grave a los números de una arpa así suspendió el viento:

Rompa el silencio de la noche grave  
 la voz de mis absortos sentimientos;  
 que obscuridad de tales pensamientos  
 en sólo aquesta de la noche cabe.  
 O me declaro o el amor me acabe;  
 no más recatos, al amor violentos:  
 adoraros pretenden mis intentos,  
 y que muero de amor, amor lo sabe.  
 Félix digo a mi gran desasosiego,  
 pues muere y vive todo en un instante:  
 efetos claros de tan vivo fuego.  
 Mas que viva y que muera no os espante,  
 pues en mis dudas me he empeñado ciego  
 el corazón y el alma naufragante.

Diversos hizo efetos la sentida música, pero contrarios, porque a don Félix, que acaso venía a pedir cuenta a las paredes de Felisarda si eran leales guardas,

le pareció que el soneto se encaminaba a doña Juana, no a Felisarda; mas ¿qué le importaba ya a don Félix? No sé qué se tiene el bien, que aunque se desecha se siente del alma si otros lo recogen. A Felisarda se le antojó que el dueño de los verlos era don Félix y que en ellos celebraba a doña Juana, y doña Juana creyó que don Félix era el que cantaba amorosos sentimientos a la sin par Felisarda. ¡Oh, cómo están aquí las almas sin poder determinarse!

Desembarazó el músico la calle, y don Félix pensando estar en su aposento su dama, hizo la acostumbrada seña con que a las noches avisaba por que saliese a la ventana Felisarda; que la entendió ella como seña del alma, mas no quiso darse por entendida (que es de muy poco entendidos dar a entender que en toda ocasión todo lo entienden). Fingió quererse recoger, y retirándose del balcón, hizo lo mismo doña Juana; mas como no duerme amor aunque se atapa los ojos, ni una ni otra dejaron de volver al puesto; mas fue primero, como más antigua en amar, doña Juana, que viendo al resplandor de la bella Cintia<sup>314</sup> un hombre, preguntando primero si era don Félix empezó a hacerle cargo de su ingrato proceder, pues en trece años no se había dejado hablar ni ver.

—¡Ingrato! —decía la sentida dama—. ¿Cómo no te miras noble, cómo no te adviertes principal, y cómo no entiendes lo que casi no me atrevo a decir, que la que adoras, idólatra de su belleza, es cuando menos... ¡Oh don Félix!

Esto decía cuando la obligaron a callar pasos que oyó a sus espaldas, y eran de la celosa Felisarda, que mal arrojada en la cama salía otra vez a lograr sus esperanzas, si bien las halló burladas. ¡Ay rapaz inquieto, deja siquiera en el mudo silencio de la noche descansar los cuerpos, pues siempre eres cruel Diomedes de las almas!

Lo mismo fue para Felisarda oír el nombre de su amante en boca de su competidora que si le pasaran el pecho penetrantes jaras,<sup>315</sup> y así, la dijo:

—Por lo menos, hermana, más os deben congojar que a mí los ardores del tiempo, pues tan poco ha que os dejé en vuestro aposento y tan presto salís a esplayar el alma; aunque, según entendí de los últimos acentos, mayor bochorno os lleváis del que trajisteis.

—Engañaste hermosa Felisarda —dijo doña Juana—, pues los acentos que oíste, por ventura se pronunciaron en tu favor.

—No sé cómo puede eso ser —dijo Felisarda—, según el último que se nombró y me informó del dueño de la conversación.

—Algún día lo sabrás —dijo doña Juana, y cerrando el balcón volvieron cada una a su retiro.

Mas no don Félix, que celoso de la música que oyó estaba en términos de pagar el amor que con tanta razón le pedían (que tal vez celos con celos se curan), y cuidadoso de lo que doña Juana dejó de decirle llevaba un confuso laberinto en sus potencias.

---

<sup>314</sup> Orig.: 'Cintia sintió' (169).

<sup>315</sup> Orig.: 'jarras' (169).

—Mas ¿cómo es posible, lo que fuere sea, que olvide los bellos ojos de aquella único centro de mi memoria, bellísima Felisarda? ¿Por ventura no es comparar cualquier belleza a la suya cotejar una humilde estrella al bello resplandor del coronado de rayos Cintio?

Esto discurría don Félix; pero Felisarda, como quien sabía la competidora que le hacía difícil la victoria de don Félix, más puesta entre crueles congojas, más rendida a ellas y más arrebatada de su imaginación buscaba remedios para desamorar a don Félix de doña Juana,<sup>316</sup> y ninguno hallaba como su mismo rostro. Imaginaba a doña Juana favorecida de don Félix y a don Félix ingrato a su amor; que ya con sus dulces ojos le había dicho ella cuán mucha parte del alma le tenía tiranizada, y no le hallaba disculpa, puesto que no se lo había dicho la boca, sino ellos:

—Porque un amante —repetía— todo ha de ser ojos para ver las letras que en los orbes de los suyos describe la cosa amada; que esto tiene diferente la calentura de amor de la del cuerpo, que ésta suele salir a la boca y aquélla a los ojos. Lo cierto es que don Félix jamás me debió de amar.

Y aquí rendida a su mismo sentimiento, postrados sus sentidos al sueño se arrojó sobre su cama enojada con sus mismos pensamientos; pero ¿cómo había de dormir con tantos pesares? Oyó que en la calle repetían la acostumbrada seña con que la solía llamar don Félix; ligeramente movió las plantas, meditando en el camino las quejas que pensaba enojada decirle (pero no tiene jamás amor memoria para repetir enojos, que se embarga sin duda en estando a la presencia de la cosa amada), con presupuesto también de dar celos a doña Juana; pero en abriendo halló que no era su don Félix el que se revestía de los afectos dél, sino un primo de doña Juana, dueño de la música, el cual asechando los reclamos de don Félix para Felisarda tentó la fortuna y salióle bien. ¿Cuándo no a los que son atrevidos, aun temerariamente?

Idolatraba don Carlos (este era el nombre del primo) los más descuidados desdenes de Felisarda, que aun se pagaba de ellos (tales son los soldados de amor, que hacen moneda de lo que es menos estimable en su ingenio). Acordó, pues, Felisarda de favorecer a este amante no más de para dar a entender a don Félix que si le daba celos ella le martirizaría a poder de ellos; y así, graciosamente le pidió quién había hecho tan sabidor de sus secretos que entendiese señas que sólo penetraba la obscuridad de la noche.

—Amor —dijo don Carlos— es todo oídos; que algo le ha de valer en ellos el ser ciego, pues si de esa potencia es falta, de aquélla le sobra. Yo, adorada señora, excedo los límites de amante nuevo, pues ya ha un año que en sentimientos y suspiros me queda tan poca alma, porque entre ellos se me fue a vos, que si no me la volvéis ya podrá ser que cuando deis vida a todos me la quitéis a mí.

—Pues ¿cómo —preguntó Felisarda— habéis andado tan corto que, pudiendo remediar vuestro mal, siquiera no me lo habéis manifestado?

---

<sup>316</sup> Orig.: 'Iuan' (170).

—¡Ay —dijo don Carlos—, gloria de mis sentidos! Que soy tan corto de méritos, que juzgué que eso tardara a morir que tardara en declararlo; pero ya que vos, ¡oh cielo de amor!, tan claro me comunicáis el resplandor de vuestras hermosas estrellas, haré mis deméritos méritos atlantes para que puedan llegar siquiera a ser basa humilde de tan bello olimpo.

—Así ha de ser —dijo Felisarda—, que yo favoreceré la empresa.

Esto dijo apenas cuando se oyó una voz en la calle que dijo:

—¡Así, traidores, castigo agravios declarados!

Azorose Felisarda; terció la capa el galán, porque vio que venía a él un bulto de un hombre esgrimiendo un acerado estoque; ejecutó la primera punta dél, y como adoraba don Carlos con recato a Felisarda, por no darle disgusto dejó pasar a soslayo el enojado estoque de su contrario; con el valor de su brazo y dos golpes dados en el estoque dio a entender el respeto que a la casa de tales señoras se debía escapándose de reñir; que por lo menos si no deshojan estas espadas en los umbrales de la casa de una recatada doncella la flor de su honra, engañase quien dice que no la ajan.

Desmayada se quedó Felisarda del susto, pero en breve volvió en sí cuando encontraron sus oídos agravios que pronunciaban los labios de don Félix, si bien amorosos, imaginando así otra vez cautivarle la voluntad; pero ¡ay de quien fía soldar con eslabones de injurias la cadena de amor! Felisarda con celos declarados y con agravios aparentes, a su parecer burlado aquel su amor primero, puesta toda el alma en la boca le dijo:

—Cuando fuereis vos muy leal a esta voluntad que tuve ordenada a vos, esa fineza de guardar los umbrales de nuestra casa os pudiera servir en mí de lisonja; mas pues esa espada es como vuestro amor, a dos cortes, yo no os quiero servir de segunda dama: la primera os pagará en favores las cuchilladas que en su servicio habéis dado. Decídselo.

Cuando le vuelven a otro fin los pensamientos a un alma de los que tuvo, no hay cosa que más la martirice. Quería declarar don Félix sus celos y su amor y dar por implicación aquello que decía su dama, pues habiéndola oído con otro, visto esto, que ella le causaba los celos, no doña Juana; mas no le dieron lugar siquiera de quejarse (nuevo modo de apretar de nuevo los tormentos de amor). Y viendo que su dueño no se quería ablandar a sus penas quiso así, nuevo Orfeo, enternecer siquiera las paredes con unos versos que a otras pesadumbres el amor había hecho:

Si para el crédito vuestro,  
 penas, importa callaros,  
 para que pueda el silencio  
 darme de mártir el lauro,  
 callemos. Mas no es posible,  
 pues son tantos los agravios,  
 que abortaréis sentimientos

cuando yo os malogre el parto.  
Y pues no puedo teneros,  
a estos hierros os encargo,  
porque, aunque sois basiliscos,  
están de la vista faltos.  
Penas, vamos poco a poco  
y yo os iré relatando,  
que aún gusto de padeceros,  
pues de repetiros trato.  
Decidle que de su boca,  
vuestros hierros matizando,  
me dijo más de una noche  
su esposo y su dueño amado.  
Pues ¿qué se han hecho estas dichas?  
Vapores han sido flacos,  
que al mucho calor del Sol  
desvanecidos quedaron.  
¿No doraba con sus ojos,  
soles de los verdes campos,  
los montes de mis potencias  
luz a luz y rayo a rayo?  
Pues ¿cómo en tan alto amor  
van substituyendo agravios,  
que cuando menos me quitan  
vida, bien, gloria y descanso?  
Llorad pues, ojos, mis penas;  
y aunque empecéis tan temprano,  
para la gloria que pierdo  
siempre será corto el plazo.  
¡Oh, cuán bien, oscura noche,  
te conformas con mi llanto,  
pues con tu silencio apoyas  
cuantos te repito agravios!  
Declaradle pues, paredes,  
las quejas con que os ablando,  
que ese mesmo efeto haréis,  
pues va de mármol a mármol.  
Aunque, pues ya no hay remedio,  
rompan mis tormentos tantos  
el corazón donde asisten  
y acabe encubierto el daño.

Furioso por la calle abajo se fue don Félix con cuidado de saber quién era el que con la hipocresía cobarde se le escapó, si bien ese era el menor de sus

sentimientos, pues el desdén de Felisarda era el que más parte del alma le tenía entre mortales dolencias. Don Carlos también volvía a mirar si todavía el que le embistió gallardo ocupaba el puesto, pues fue tan corto de ventura que no quiso seguirle su contrario cuando el retiro de sus pasos no buscaban otra cosa. Felisarda imaginando que don Félix todavía era señor del puesto, estaba otra vez en un balcón con pensamiento que si se enseñaba humilde, al primer rendimiento deponer las armas de su ira y trocar en blanda paz sus martirios. Pasó don Carlos; imaginó Felisarda ser su ofendido don Félix y no quiso ser la primera en hablar, puesto que su voluntad se lo reñía; mas ¿como así, arrastrando tanto esta fiera potencia de la voluntad a los amantes para sus despeños, sin embargo guardan sus razones de estado?

Don Carlos fue el que habló; mas Felisarda maldiciendo su mala fortuna, viendo la ocasión del enojo de su amante don Félix tan delante y llena de un enojo hermoso se entró cerrando el balcón, y fue lo mismo para el enamorado don Carlos que si en mitad del día de repente sucediese al Sol un mortal eclipse; y puesto que no sabía si era su Felisarda, imaginó de su mala fortuna más de lo que le pudiera suceder, a no ser la ocasión tan apretada. Meditaba el afligido mozo cómo así en tan breve tiempo se miraba en los últimos círculos de la Luna tan coronado de favores como ahora circuido de descortes desdenes, y replicaba en sus potencias que no podía ser Felisarda el dueño de tan inauditos desvíos cuando estando en esto abrieron el balcón (que doña Juana salía a él para así al resplandor de la hermosa Proserpina divertir sus pesares), a quien don Carlos, imaginando ser su Felisarda, dijo así:

—¿Para qué fue, dulcísima enemiga mía, decirme que rigiera el carro del dorado Sol, si era para que entre sus resplandores cayese al mar de mi locura? Que aunque es sepulcro de resplandores, faltándome el vuestro, soberana señora, ¿qué Sol he de hallar de quien no sea eternamente antípoda?

Entendió presto doña Juana con quién hablaba don Carlos, y trocando la voz hizo como que estaba enojada, con que el desfavorecido amante le contó todo lo que había sucedido, culpando, según lo que entendía, a don Félix por autor de pendencia y celos. Aquí doña Juana pensó perder el juicio imaginando a don Félix tan galán con Felisarda que le espiaba cuando menos los más escondidos designios, y llena de celos el alma intentó lo que no podía estar bien por entonces al gran decoro de su casa, y toda confiada en sus trazas dijo así a don Carlos:

—En fin, primo, no soy yo Felisarda, pero habéis tenido tanta dicha, que lo que menos haré por vos será decir a mi padre que os la dé por esposa. Volved mañana a las doce, que en este puesto os he de traer sin duda el sí de vuestras glorias.

A un grande y no esperado contento avara está la lengua de palabras. Don Carlos con el sobresalto<sup>317</sup> de oír a su prima cuando la imaginaba Felisarda, y tan propicia a sus pensamientos, apenas podía mover la lengua; pero moviola

---

<sup>317</sup> Orig.: 'sabresalto' (175).

dándole gracias en breve, porque subía el alba coronada de cándidos liliros en hombros del Océano a manifestar en sí los reflejos de la luz del Sol.

Despidiéronse los dos primos para reposar un tanto, pero ¿quién podía? Don Carlos no, pues con una esperanza a cuestas ¿quién descansó jamás? Doña Juana no, porque aguardaba que se levantase su padre para de una vez remediar con la presteza de un matrimonio males tan eminentes. Y bien pudiera sólo con contarle el suceso de ser su hija, a don Félix, Felisarda, pero no tuvo tal lugar ni don Félix le dio tal tiempo. Ahora, pues, imaginó que el Cielo con esta traza se condolía de sus males; fuese a su padre y dijo en qué estado andaban los amores de don Carlos y Felisarda y cuán bien le estaba casarlos, porque, donde no, miraba inconvenientes más que rigurosos. Don Pedro le propuso los que se le ofrecían, esto es, que primero había de estar casada ella antes que se casase Felisarda, y que cómo podía dar a un sobrino una doncella hallada entre las flores de un campo; mas nada volvió atrás a doña Juana, que a poder de sus porfías alcanzó de su padre el sí, como gustase don Carlos.

No se puede así fácilmente decir el sumo gusto de doña Juana, y viendo que la brevedad era el mayor acarreo de sus dichas fuese al aposento de Felisarda, que descansaba, y con largos episodios encareciendo el amor que su padre le tenía y ella, pues se enseñaba hartos bien en los desvelos de buscarle dicha y esposo tan ilustre como don Carlos siendo ella tan humilde como sabía de su nacimiento; ni lo podía ignorar don Carlos mismo, que ya vía la violencia de su hermosura que forzaba los corazones. Finalmente le dejó dicho que el día siguiente habían de hacerse las bodas, porque ella también se había de casar en breve, añadiendo esta circunstancia de celos más a los aumentos de Felisarda, y sin aguardar respuesta, suponiéndola afirmativa, se fue condolidada aun de los martirios con que dejaba a su querida hija.

—¡Desdichada de mí! —dijo en viéndose sola la afligida dama—. ¡Qué de penas, en fe de que son cobardes, me acometen en un instante juntas! Celos lo primero (bastaba este mal), me tuerce el alma; mi competidora ya ha puesto sobre el homenaje de mi voluntad los pendones de mi albedrío. Yo adoro a mi enemigo. A don Carlos (¡con qué pesar le nombro!) aun no le mirado tanto que me haya llegado a agradar. Decirle al que me tiene como hija que no me quiero casar será, tras de ingratitud, mi ruina perpetua, y poner por intercesora a doña Juana para que me den a don Félix es barbarismo de amor, que nadie dará a otra lo que quiere para sí. Pues ¿qué tengo de hacer ahora, desgraciada en mi nacimiento como en los progresos de él? Mas ya el amor me adestrará.

Y tomando la pluma escribió a don Félix:

*Pues después de agravios y celos soy la limera que escribo, ya echaréis de ver, señor, cuán mal me va. Y si es así lo que tantas veces habéis jurado, que me amáis por no decir otra cosa, venid esta noche a las once, que yo diré lo que habéis de hacer. Veré si sois lo que decís. Vuestra Felisarda.*



Dio este billete a una criada, que hallando a don Félix en su casa, le sacó luego de ella el no esperado susto, y llena el alma de sobresaltos rodeó una y muchas veces la calle de su dama para ver si quiera si salía a la ventana para leerle en los ojos los enojos que a quejarse de aquella suerte la conducían; mas no fue posible, ni Felisarda lo solicitó, rendida a tan inauditas congojas. Vino la noche pues, tan deseada de todos; aguardó Felisarda a don Félix, doña Juana estaba también en vela, don Carlos tenía ya hora en que le señalaban que viniera; el primero entró en el terrero don Félix, y viéndole Felisarda le contó sus desdichas, cifrándose en que para obviarlas era fuerza sacarla de su casa llevándosela a la suya, que desde luego para eso ya tenía la puerta dispuesta de modo que se podía abrir.

No podía más desear don Félix, y con sumo gusto le dijo que se cubriese con el manto y bajase, encareciéndole la gloria de su alma en la elevación que miraba. Mas oyó todo esto doña Juana, y escogiendo de dos males el menor, por la velocidad del remedio que pedía semejante intento (pues aunque entonces lo podía remediar no quiso, pues una o otra vez habían de hacer los dos amantes lo que al presente intentaban, y era buscarse eternos desvelos), púsose el manto, bajó a la puerta y fuese con don Félix, que imaginado llevar la mitad de su alma, o toda entera, diciéndole mil ternezas, bien que no respondiendo a ellas doña Juana, la llevó a su casa, y sacando una luz, al ir a darle los brazos se quedó tan absorto<sup>318</sup> de mirar otra de lo que pensaba, que por un rato no pudo volver en sí de su encanto

Mas volvió dél luego que advirtió que también había de salir Felisarda, y sin decir nada a doña Juana ni atender a lo que ella le decía, antes cerrando el aposento con llave por que no le estorbase su gloria, se fue otra vez a buscar y su querida prenda. La cual bajando a la calle halló un hombre que por allí se paseaba, y diciéndole: «¿Sois vos, mi don Félix?» se arrimó a él tomando la calle abajo. Pasmado quedó don Carlos cuando vio lo que le sucedía, y imaginando su gloria tan en su punto calló y por escusadas calles llevó a Felisarda en una de un criado suyo al tiempo que don Félix entraba en la de su dama desconfiado de hallar en ella a Felisarda, y viendo ser cierta su desventura empezó a dar voces diciendo a don Pedro había hallado la puerta de su casa abierta.

Asombrose el viejo, reconoció los cuartos de su casa y sólo halló los criados y criadas en profundo sueño, pero no a doña Juana ni a Felisarda. ¿Quién hay que pueda ponderar el enojo del anciano padre viendo por tantos caminos menoscabada su honra? Y diciendo a don Félix se doliese de él y le ayudase, discurriendo los dos hallaron que era bien saber si estaría en casa de don Carlos, que fácilmente fue deste parecer don Félix, por imaginar que su Felisarda sin duda estaría allí.

Don Carlos, dejando a Felisarda confusa, no apartándose la capa del rostro y encomendado no le dijese quién allí la llevó, o que era don Félix, se fue a su casa, y metiéndose en la cama aguardó el suceso. Mas apenas tocaba la delgada

---

<sup>318</sup> Orig.: 'absorta' (178).

holanda cuando con diformes aldabadas oyó que le derribaban casi la puerta, y visto lo que podía ser, mandó don Carlos que abriesen, informándose primero un criado; empezose a vestir, ya de industria. Entró don Pedro, y sin aguardar más cortesías su enojo le pidió dónde tenía a doña Juana, pues él era el que la había sacado de su casa. No mudó semblante don Carlos, aunque la novedad de la petición pudiera causárselo; mas la prevención desmiente más de lo vulgar, y con buen continente le dijo a don Pedro que se admiraba de la petición, pues cuando él aguardaba por esposa a Felisarda con voluntad de todos y con tanto gusto suyo eran excusadas tales violencias, con tanto descrédito de una dama noble. Añadió a esto don Pedro que también le faltaba Felisarda. Don Carlos entonces haciendo afectados estremos, dijo así:

—Yo diré dónde están, si me dais licencia.

Había dicho don Félix a don Pedro no dijese cosa alguna de la pérdida de doña Juana, pues era cierto que donde estaría la una, la otra también había de estar; esto porque la tenía en su casa y porque todo el pleito y el interés de la batalla entre don Félix y don Carlos era solamente Felisarda. No pudo más el viejo; mas ¿cuándo pudo una pasión tener silencio? Dijo, pues, don Pedro a su sobrino le dijese dónde estaban, y él con bizarría dijo:

—En casa de don Félix estarán sin duda. Señor don Félix, ¿para qué disimuláis vuestro amor, y por qué con cautelas tantas queréis encubrir el fuego que os abrasa? ¿Cómo puede menos ser vos el robador de mi divina Europa, si fuistes quien primero advirtió las puertas abiertas en casa de mi tío?

Juraba don Félix, y sacaba para prueba lo mesmo que decía su contrario, pues si fuera él el autor del rapto no acusara a don Pedro, si bien eso mesmo le culpaba, como aquel que mató su enemigo y para encubrirlo mejor acude al remedio casi de los primeros. A lo menos el viejo don Pedro, viendo las eficaces razones de don Carlos y su casa, que reconoció, toda libre de lo que se le imponía, le pareció que don Félix era menos fiel a su amistad de lo que debiera, y como don Félix no decía que fuesen a su casa, tuvo por evidencia su sospecha.

Rogó a don Félix, pues, guiasen a su casa para su consuelo; que lo hubo de hacer, siendo cada paso suyo un fiero desmayo. Y ojalá lo fuera tal que jamás pudiera despertar dél, que así lo deseaba, pues de hallar a doña Juana era más que cierto surtir el efeto del casamiento que tantas veces rehusó, y este era el menor mal, siéndolo tan grave un casamiento a disgusto. Después se le representaba el achacarle el rapto de Felisarda, que de una manera o otra había de ser, pues verificándose de una de las dos no era tan difícil la consecuencia. Mil veces estuvo por sacar la espada y metérsela por el palpitante corazón: tanto despecho le causó el forzoso lance, aunque el temor de peores accidentes se la tuvo envainada.

Pero guio mejor la fortuna (¡quién tal esperaba de ella!) los sucesos deste caballero un tanto, pues abriendo el aposento suyo y los demás de su casa no pareció doña Juana, con que de muerto volvía a revivir, juzgando por obra celestial la que consideraba. Quedó el viejo con notable pena, y don Carlos con

desaire grave de no hallar lo que miraba bien ser imposible en cuanto<sup>319</sup> a Felisarda. Mas apenas salían, desengañados y desairados todos, cuando en un balcón que del aposento de don Félix salía vio don Pedro descolgadas unas sábanas, o que lo parecían. Dijolo a gritos, como quien miraba escalada su honra, con que quedó hecho un mármol don Félix y glorioso don Carlos de haber salido bien de sus pensamientos cavilosos.

Don Félix, no teniéndose, con todo, por desgraciado, pues por lo menos se desviaba el casamiento de doña Juana, dijo que era una cortesana, que acaso travesuras de mozo aquella noche habían ocasionado en su cuarto. Pero nada le creyó el viejo; lo primero, porque a qué fin se había de escalar una mujer vulgar, encerrada por su gusto; lo segundo, que cómo se compadecía el tener una mujer en su aposento don Félix y ir de noche por las calles de la ciudad. Todo esto se le decía, y viendo que tenía razón el viejo encogía los hombros, diciendo que, ya que imaginaba eso, que le prometía que como pareciese Felisarda se casaría con ella si decía ella que él se la había llevado de su casa.

Con que el viejo, lleno el pecho de dos mil puñaladas viendo que venía el día en que había de salir a luz su deshonor, determinó de aguardar el tiempo, médico de tantas desdichas: medico porque tal vez las cura, y médico porque tal las empeora. Encomendó el silencio, y aun también el remedio, al sobrino, que ya miraba con otros ojos que a don Félix; no porque le imputase el rapto de doña Juana, pues él se la ofreció en casamiento, sino porque le hallaba con más culpa de lo que quisiera en el de Felisarda, cuando en esto no tenía culpa y en aquello sí, aunque trocadamente según la voluntad: así son los juicios de los hombres.

Despidieronse, pues, tío y sobrino desabridamente de don Félix. El cual ciego de cólera viendo que así le barajaban la gloria mayor que la fortuna le daba aquella noche, encaminando sus pasos hacia su casa admirado del atrevimiento de doña Juana; que empeñada en sus despeños ciegos, viéndose encerrada, atando fuertemente las sábanas a un balcón que miraba a la calle, según pareció guiaba a la casa de su padre pensando aun remediar la desdicha que imaginaba si don Félix se le lleva a Felisarda.

No discurre más una voluntad ocupada de penas, aunque no le toca a ella el discurrilo: vio que venían dos bultos y juzgó que serían los dos amantes, que encerrados ya y en iguales lazos se iban a la casa de don Félix, y llena el alma de congojas, formando aun los celos y el celo la voz, dijo así:

—¿Como el Cielo no aborta rayos que castiguen<sup>320</sup> vuestra desalmada temeridad? Traidores, ¿con qué ley se usa vuestro delito? No han podido mis despeños mitigar ese torpe amor. ¡Volved, volved cada uno a su casa! Donde no, clamaré al Cielo y diré<sup>321</sup> a la tierra lo que el dolor ahora no me deja articular.

---

<sup>319</sup> Orig.: 'qnanto' (180).

<sup>320</sup> Suplo 'castiguen' (181).

<sup>321</sup> Orig.: 'dirà' (181).

Más iba a decir la presurosa doña Juana si don Pedro, que en los acentos conoció a su hija, no fuera con la espada a pasarle el pecho, lastimado de su sentimiento no mirando lo que podían significar las palabras dichas; sino que don Carlos sacando la suya venturosamente, dio un golpe en la de don Pedro, con que desvió la punta del pecho de doña Juana, donde le encaminaba para hacer sangriento sacrificio a su honra. Púsola en razón don Carlos; llena el alma de zozobras por las palabras que había oído a doña Juana entraron en su casa, y allí quiso informarse don Carlos de lo que significaban ellas y con quién imaginaba hablar cuando la hallaron y por qué salió

—¡Ay primo! —dijo la desalentada dama—. Por Felisarda fui, que se fue de aquí. Buscad vos a Felisarda, que como no se halle, más decente me será el silencio. Y plegue al Cielo que, para que eterno dure en mí, luego que os apartéis mi padre airado rompa este pecho, fragua de tan inevitables desdichas. Sin duda, primo, que se llevó don Félix a Felisarda; sin duda que repiten amorosos lazos con torpe unión, de cuyo infame nudo fuera yo Alejandro a no interponerse la sombra de mis desdichas.

No bastaron apacibles palabras y blandura persuasiva de don Carlos para que doña Juana dijese su secreto (así le importe a la mujer como lo sabe guardar); mas como miraba que tenía en su poder a la causa de todos estos disgustos, receloso de que don Félix no fuese el revolvedor de su desposorio calló hasta llegar a lograr el dulce sí que en los labios hermosos de la divina Felisarda consideraba ya. Pero engañose como a mozo, que no advierte que los sucesos prósperos siempre son basa y fundamento en que estribe el edificio bárbaro de las desdichas.

Aquejado de las suyas don Félix, faltando el único apoyo de sus pensamientos en la ausencia de su bella Felisarda (no sé si fue la causa mirar el norte y estrella suya sus pensamientos) vino a rastrear la traza de don Carlos y a imaginar lo que de hecho sucedía. Sabía ser el dueño de la casa depósito entonces de su bella y no imaginada hija un criado de don Carlos y hombre que en otras ocasiones fácilmente condecendía, aun a vista de don Félix, que salió de la casa de don Carlos, como a dueño della. Aquí, pues, encaminaron sus celosas sospechas las veloces plantas, y dando<sup>322</sup> a entender era don Carlos fue fácilmente recibido, diciendo así el criado:

—Esta dama está muy malcontenta, porque no podemos darla a entender ser don Félix quien aquí la trujo.

Harto fue poder levantar los pies con el no<sup>323</sup> pensado suceso don Félix, y dando un gran grito, a pesar de cuantos se lo quisieron impedir la sacó del humilde albergue con presupuesto de llevarla a don Pedro y pedirla por esposa para límite de sus porfiados desvelos. Y apenas así andaban concertando sus dichas los dos enamorados, encaminando los pasos a sus imaginadas glorias, cuando de lejos vieron tropel confuso de gente que en su silencio daban a

---

<sup>322</sup> Orig.: 'dondo' (182).

<sup>323</sup> Suplo 'no' (182).

entender alguna causa secreta, y pareciéndole a don Félix lance de poco susto encaminó los pasos hacia él, haciendo lo mesmo Felisarda. Y uno que se apartó de los demás por la otra parte diciendo «¿Es el señor don Félix?», «Yo soy», respondió, y apenas quería saber quién lo preguntaba cuando se halló rodeado de alguaciles y del Gobernador, que, juntos, con la voz de «¡Viva el Rey!» hacían resonar las calles y más formidables las tinieblas dela noche.

Oyó la mísera dama la desdicha de su amante, y recelosa de igual fortuna volvió los pasos atrás, si bien mil veces en tan pocos volvía a entregarse a los que le llevan su amado dueño; sino que otra vez le hizo revolver los pasos el honor. Mas a pocos encontró el azar de su aborrecido don Carlos, que desatentado, bien como a desapiadado tigre cuando cazador astuto<sup>324</sup> le privó de la amada compañía de sus tiernos cachorrillos, consultaba las calles y soportales de la ciudad para informarse de su robada prenda, si bien el blanco de su pensamiento era guiar a la casa de don Félix.

—¡Oh amor vario! ¡Oh amor con intercadencias! Calentura grave tienes, furioso andas. ¿Cómo, pues, si traes venda y punta para picar no te sangras? Ya subes al amante, ya le abates. Aunque fueras hijo de la Fortuna como de tu madre Venus no pudieras tener más vueltas— discurriendo andaba don Carlos, que era el objeto de la mayor desdicha, y ahora que se halló al lado de Felisarda, aunque no correspondido, le parece estar en los dulces Elíseos<sup>325</sup> de su gloria.

—¿Cómo así huis, señora —le dijo a<sup>326</sup> Felisarda ya que salió de su dulce embeleco— de quien os sigue? ¿Cómo aborrecéis con tanto extremo a quien con mayor os adora? ¿Cómo gustáis de corresponder ingrata a tantas amantes finezas? Venid a mi casa, donde estará más dignamente vuestro decoro, vuestra hermosura con mayor recato, y lograréis vuestra voluntad, a la cual días tantos ha que tengo por alma.

Palabras eran las de don Carlos para correspondidas, pero es el amor tal vez araña, no abeja, aunque criado en la deliciosa Chipre, que de las flores de las finezas saca la ponzoña del odio más fuerte. No hay tan frígida cicuta como una voluntad embargada con ajeno amor. Perdida andaba Felisarda por don Félix; bien puede don Carlos cansarla, que los candados de los oídos de Felisarda están sin llave, que ella propia la arrojó al mar del albedrío de su amante para no desatarse jamás de tan dulce cautiverio.

El despreciado don Carlos, imaginando no ser posible poder en su casa encubrir el sol hermoso de su querido desdén, determinó al bostezar el alba sobre los cojines de rosa y jazmín que le aparejó su amante el Sol en la cama de las nubes sacarla fuera de la ciudad para ver de una vez la competencia de dos auroras, aunque las flores y las aves se dividiesen en bandos sobre cuál habían de venerar. Por los antiguos de sus padres, don Carlos tenía una fortaleza a dos

---

<sup>324</sup> Orig.: 'estuto' (183).

<sup>325</sup> Orig.: 'Cliseos' (183).

<sup>326</sup> Suplo 'a' (183).

leguas de la ciudad, cercada si de altísimos peñascos, de diamantinas. murallas que como por conducto recibían la luz del día para comunicarla a lo demás del castillo. Era ameno sitio aun dentro de esta cárcel peñascosa, pues ni dejaban allí de murmurar las fuentes ni tampoco eran tan mal recibidos sus arrojamientos, que en tazas de mármoles blancos repartidas por diferentes caños, a los diferentes cuadros de odoríferos naranjos, de sangrientos cléveles, de abrasadas rosas, de castísimos jazmines, de lacivos mirtos, de gratas valerianas, de apacibles madre selvas, de virtuoso hisopillo y otras muchas diferentes yerbezuelas y florecillas servían de alma, cuando a Flora<sup>327</sup> de descanso apacible, pues bordaban lo que su desvelo no alcanzaba. Aquí condujo don Carlos a su hermosa ingrata para celarla de tantos Argos como en la ciudad la atendían; mas a quien<sup>328</sup> en los bienes que posee no tiene el de su gusto, mayores males son los bienes.

Consolábala don Carlos diciéndola que aun en sola su voluntad libraba su gusto propio, y que él sería el medio eficaz para con su don Félix, pues no quería más premio de su voluntad que dejarse servir agradable. Esto no lo creía Felisarda, ni tampoco imaginaba hacer tan costosas burlas a su amor don Carlos, mas hacía esto para ver si así consolaba a su amada Felisarda, bien así como el oropel, que al niño entretiene como si fuera oro de subidos quilates. Mas estaba el amor de Felisarda para con don Félix oro puro en tantos, que todas le parecían hipócritas fullerías<sup>329</sup> de don Carlos para así barajarle el gusto.

Iba y venía de la ciudad con mucho disimulo, si bien todos los amantes imaginan tener el que se debe sin echar de ver que sus acciones son las que más abiertamente descubren las de sus amantes empeños. Los de don Carlos no así podían descubrirse, porque ya antes tenía por costumbre ir y venir de la ciudad a su castillo, y sólo de él salía para lo que era menester el que gobernaba aquella hacienda, hombre leal y de quien tenía confianza por otros lances don Carlos (que no de uno solo se puede sacar argumento firme de un buen natural). Pasaba así don Carlos entre dudas y esperanzas: vida, si no alegre, por lo menos fuera de la sospecha de los celos, si bien engañábase, pues no sé yo por qué no se han de tener de el alma, si ella ofende con ajenos pensamientos al amor.

Felisarda siempre era flor del sol de su don Félix, siempre iba repasando memorias de su bien perdido, cosa que en don Carlos, si no causaba enojo, ocasionaban poca confianza en su remedio (que le hay poco de escalar una voluntad si tiene prevenidas para adentro las murallas otro capitán). Una vez, pues, para probar don Carlos si con la muerte podía borrarle el carácter de su amor a su ingrata Felisarda, le dijo así viniendo de la ciudad:

—Pésame, bellísima prima, de daros tan malas nuevas; y en esto echaréis de ver que son ciertas, pues son las peores que podéis imaginar: mañana, porque

---

<sup>327</sup> La Naturaleza.

<sup>328</sup> 'Quienes'. Ya observamos esta acepción en la novela IV: 'como el impetuoso río a quien ponen estorbos a su presurosa corriente, que los atropella rompiendo por ellos con ímpetu mayor'.

<sup>329</sup> Orig.: 'fulleries' (185).

mató, como sabéis, a don Guillén de Cruillas un año ha según la fama, sacan a degollar a<sup>330</sup> don Félix.

No dijo más don Carlos, porque para persuadir que es cierto lo que se dice, la más elegante retórica es no paliarlo de palabras fuera del intento. Más efeto hicieron de lo que se quisiera las de don Carlos, pues robando el precioso nácar de las mejillas de Felisarda un funesto desmayo, dio muestras de querer acompañar a su querido (que no creará<sup>331</sup> acerca de lo que tiene quien teme). Viole en manos de la Justicia; había oído lo de la muerte de don Guillén: hizo su efeto la nueva. Mas ¿a qué atribuiremos el desmayo, al natural de hija, que la sangre sin saber hace<sup>332</sup> su efeto, o al amor antiguo que reinaba en su pecho? No sé determinarme en esta pregunta; todo lo hallo amor.

Don Carlos haciendo las diligencias que debía la piedad y el afecto restituyó a la vida la helada hermosura, alentando también su desmayado espíritu en viendo que abrió las pestañas negras de sus ojos bellos su amante desdeñosa, y sólo lo hizo, a lo que se vio, para verter por el que ya imaginaba difunto mil orientales, mil corrientes perlas.

Fuese don Carlos; dejó dicho al casero y a los demás dijese, si acaso lo pedía Felisarda, que aquel día sacaban a degollar a don Félix; hízolo la infeliz dama, y en todos halló más que ciertas nuevas de su mal.

—¡Ay desdichado caballero —decía—, qué estrella tan infeliz gobernó los primeros tumbos de tu cuna, la desdicha de los pasos de tu florida juventud! Mas ¡ay de mí, que quedo para sentir lo que tú no puedes!

Así martirizaba su alma Felisarda, y me admiro en don Carlos al amor tan cruel con la persona amada; mas como sea en tu provecho, ¡oh amor!, emprenderás ser Nerón de las almas y del objeto de tus gustos. Pero consolábanla los del castillo, en particular Flora,<sup>333</sup> que aunque aldeana en lo natural, pero cortesana en las gracias, tocaba con tantas una arpa, y con tan divinas sostenidas y remontadas cadencias, que dejaba elevados aun los mismos sentimientos de Felisarda cuando la picaban tanto. Rogola el día después le cantase esta canción que a pesar de sus lágrimas había la noche antes compuesto a las últimas honras, que no memorias, de su malogrado don Félix (que esta gracia de hacer versos también y felizmente se halla en algunas damas). Hízolo así Flora, y encarcelando por un rato el viento, así soltó el hermoso imperio de su voz.

Si pudieran mis ojos,  
si mis versos supieran,  
si mi amor inmortal pudiera tanto  
que entre tantos enojos

---

<sup>330</sup> Suplo 'a' (185).

<sup>331</sup> Orig.: 'creeran' (186).

<sup>332</sup> Orig.: 'hazer' (186).

<sup>333</sup> Una joven criada de la casa, se supone.

darte el alma pudiera  
 y naciera tu vida de mi llanto,  
 fuera mi llanto tanto,  
 que el Sol cuando naciera  
 entre clavel y rosa  
 siguiendo al alba hermosa  
 por Piélagos sin duda me tuviera,  
 y al trasponer la frente  
 engañado pasara al rojo Oriente  
 Volver pudiera a verte,  
 que sin duda buscara  
 a la Parca homicida que en sus brazos  
 te dio sangrienta muerte.  
 Mas mi vida repara,  
 la vida no, los infernales lazos;  
 mas sin los embarazos  
 de esta vida cansada  
 tu rostro veré hermoso,  
 impasible y glorioso,  
 y de corona de virtud orlada,  
 tu cabeza divina  
 compitiendo con la alba matutina.  
 Muriera coma vela  
 tu portentosa vida,  
 que su edad pasa leve como el viento;  
 que aunque a su muerte anhela,  
 espira consumida  
 porque gastó a su tiempo su alimento.  
 Mas tu gallardo aliento,  
 cuando más fuerte estaba,  
 cuando al Sol parecía  
 y en su virtud lucía,  
 disparó la homicida triste aljaba,  
 haciendo en ti tal suerte,  
 que mató muchas vidas con tu muerte.  
 Perdite, dueño mío;  
 mi gloria fue soñada,  
 barajome la muerte tus memorias;  
 mas de mi llanto fío,  
 pues es agua abrasada,  
 materia es seca y arderá:<sup>334</sup> mis glorias  
 serán así notorias.

---

<sup>334</sup> Orig.: 'i me darà' (187).



Cada lágrima mía  
 tu nombre Félix tiene,  
 que del corazón viene  
 esta corriente toda, y bien podría  
 tan grave fuego junto  
 hacer un Fénix de mi amor trasunto.

Lúgubre canción, vuela  
 a superior esfera.  
 Mas no vuelas, espera;  
 aguárdame, ya voy; el alma anhela  
 a gozar lo que gozas.  
 Los dos seremos dulces mariposas  
 de aquel divino fuego.  
 Guarda pues, que ya te sigo luego.

Con tan lastimosos dejos remató la tierna y diestra Flora la referida canción, que como si pudiera trepar los aires la lastimada Felisarda, se levantaba en alto arrobada en su amante.

El cual mejor lo pasaba que lo lloraba su amada Felisarda; porque si bien era verdad que él había muerto al referido caballero, mas como no tuvo plena probanza el hecho salió con particular orden de Su Majestad (por el cual también le había echado mano la Justicia) con tal que fuese capitán y cabo o coronel de cuatro compañías de infantería que habían de ir a defender las fronteras infestadas, con tal que cesando la ocasión volviese don Félix otra vez a su patria.

Parece que nos olvidamos de doña Juana, casi principal asunto de nuestra historia, a la<sup>335</sup> cual tenía tan encerrada su padre, que ni la dejaba allegar a los marcos de las ventanas; mas comoquiera que no siempre estaba en casa el recatado viejo, por entre los cristales se le entró la luz del sol de don Félix. Así le pareció un día que le vio tan galán que, si esto de enamorarse pudiera ser dos veces, esta fue la segunda que doña Juana se amarteló de don Félix. Iba él, vestido sobre un fuerte colete de ante, adornado de muchas franjas de oro, calzón y medias, con el demás adrezo leonado todo, hasta el jubón, y sombrero que coronaba con militares plumas, asimismo leonadas, con una banda que en otro más dichoso tiempo fue de su antigua amante Felisarda. Nada de esto había menester don Félix para parecer galán, sólo su gallarda persona era lo que se llevaba la gala, ni doña Juana para estar enamorada de don Félix como si no sobrasen unos celos.

Salió al otro día de su ciudad con la bizarra soldadesca; entró en la frontera; resistió valiente al enemigo: volvió las espaldas él, temeroso del poder de los catalanes, que no del todo asegurados aguardaban el fin de los designios enemigos. Y una noche que solo andaba de ronda visitando sus cuarteles o para

---

<sup>335</sup> Orig.: 'lo' (188).

ir más secreto o por que no le tuviesen por cobarde, sintió que cerca las ruinas de un antiguo edificio salía una voz que en acentos confusos parecía que se quejaba de su fortuna. Acercose el animoso don Félix y oyó que así decía:

—Infelicísima enemiga estrella, que así me conduces de males a males, si ellos han de ser inmortales, como de su duración lo entiendo, lisonjéame en que me halle la muerte antes que tan penosa vida. Sigo el feliz esposo mío, mas soy tan infeliz, que huyo de su misma presencia por que no desacredite mi fin mi desvarío.

Ya quería don Félix saber si era verdad lo que imaginaba (presto se imagina lo que se quiere), de que la que se quejaba era Felisarda, buscada tanto de sus pensamientos; ya iba a darle los brazos cuando el robusto capitán se halló al pecho arrimadas dos bocas de pistolas francesas y cuatro soldados que asiéndole fuertemente acudieron a que no gritase. Éstos eran del ejército retirado, que por un gran premio que les había ofrecido su general intentaron aquella temeridad; y con sumo silencio por una desierta senda le encaminaban cuando, sin embargo de la flaqueza de mujer, a gritos y prisa convocó arma la que estaba descansando y enseñó la senda por donde le llevaban. Presto tuvo el socorro don Félix, pero hubiérale de costar más caro que la desgracia de los franceses, porque tirando un mosquetazo a bulto un soldado para aturdir a los enemigos acertó a dar la bala a don Félix, que tenido por muerto fue dejado de sus contrarios, huyendo ellos el monte adentro. Llegaron los soldados, vieron aquel hombre en el suelo y según las galas entendieron la verdad del caso; mas como la fama es más que la verdad, luego pasó la palabra de que era muerto don Félix.

Oyó esto la mujer que convocó arma, y maldiciendo su voz, pues fuera menos mal que le llevaran sus enemigos y no muriera a manos de sus amigos, lo que consiguiera a no gritar, llegó, aunque en hábito de varón a su tienda, donde le<sup>336</sup> habían llevado, y echándole los brazos al cuello dijo así:

—Desdichado esposo mío, por mi mal hallado, ¿qué desgracia es ésta? Abrid, dulcísimo dueño mío, esos eclipsados ojos. No así, pues siempre habéis deseado mi muerte, me la deis ahora, que pues os despedís de la vida, la que no podéis detener podéis darme.

Admirados quedaron los circunstantes de ver así hablar a un hombre, y viendo que también se había desmayado, echándole agua al rostro fácilmente conocieron era mujer. Abrió los ojos don Félix, vuelto de su desmayo; alzó la cabeza, para ver la turbación que había en su tienda, cuando encontró con los de doña Juana, que a poder de diligencias los abría. No es fácil de creer el gusto que tuvo don Félix, envuelto en admiraciones de ver allí a doña Juana, y entendiendo la verdad de todo de la boca de la dama, diciéndole que se había venido siguiéndole como a esposo suyo, pidió un capellán para que, pues entendía que se moría, los desposase, que no era entonces tiempo de no echar de el alma amores que no fueran muy honestos.

---

<sup>336</sup> Orig.: 'la' (189).

Hízose esto con brevedad, y con la misma fue desnudado don Félix para reconocerle la herida; mas no fue lo que pensaron, que si bien con el gran ímpetu le molió el cuerpo la bala, pero halló mucha resistencia con un colete de ante. Con todo, costole un mes de enfermedad, pero con los regalos de doña Juana convaleció en fin para ponerse en camino. Y una tarde antes, cuando el Sol ya se permitía vencer de las frías sombras y cual valiente que de mala gana se retira cara a cara, siempre imitador del real león, se resistía lo que le era posible, para que no le doliese a don Félix aquel amor antiguo que había mostrado a la olvidada Felisarda, deseosa de granjearle la voluntad para que sola se emplease en sus finezas le dijo:

—¿En qué estado están, no me diréis, señor, en los senos de vuestra alma los amores de aquella Felisarda malogradamente hermosa?

Aquí de lo íntimo arrojó un gran suspiro don Félix, y culpando a doña Juana de poco advertida, pues le hacía memoria de su antigua competidora, añadió ella:

—Mayor, aunque más noble amor, le debéis; que habéis de saber, Félix mío, que no es menos que vuestra única hija y mía. Todos mis desvelos han sido por desviar ese amor. Nunca tuve ocasión de decíroslo, y digo verdad, don Félix, que os vi tan ciego, que aunque os lo dijera no lo creyérades.<sup>337</sup>

—Es así —dijo don Félix—, y estoy corrido que así haya enamorado a mi propia hija. Pero ¿dónde estará, que ahora me lastima más que nunca?

Con lágrimas iba a responder doña Juana, mas interrumpióselas el emparejar con ellos un caballero con dos criados, el cual atendiendo con mayor afecto, saltó aunque anciano, del<sup>338</sup> caballo y levantando el gallette de una pistola la puso en los pechos de doña Juana. La cual viendo tan cerca la pálida y horrible imagen de la fiera muerte se amparó de don Félix, el cual saltando con velocidad, cogió por el cañón la pistola, que ya despedía la horrenda munición, dando ella en alto por el aire.

—¿Qué es esto? —dijo don Félix—. ¿Así descomponéis la modestia de vuestras canas? ¿Así, ¡oh señor don Pedro!, gustáis de ser tan fácilmente filicida? Dejad el enojo, y atended que ofendéis en doña Juana no menos que mi querida esposa.

El gusto y las palabras, los brazos y los abrazos, los parabienes y la admiración, todo junto embargó el enojo a don Pedro, si bien tan inauditos trances de amor jamás había el oído. Abrazó a su hija, arrojó el instrumento de su ira (que lo fuera de su eterna tristeza), estimó a don Félix la elevación, riñole de no haberla aceptado antes, y vueltos todos a la tienda del capitán don Félix, contándose las fortunas unos a otros dijo don Pedro:

—En el instante que faltó de mi casa doña Juana, no sé yo por qué razón, guiado de mi enojo seguí el camino real cansado de buscar por Girona quien me

---

<sup>337</sup> Orig.: 'creerades' (191).

<sup>338</sup> Orig.: 'de' (191).

diese nuevas, y en el camino preguntaba a todos si habían visto la causa de mis desdichas. Entré acaso en una posada de noche; vi un hombre a quien pedía el huésped pagase la posada, pues había dos días se estaba en ella. «No tengo dinero alguno (dijo el hombre), mas si queréis esta sortija con un diamante en prenda, veisla ahí, o si la queréis mercar, juzguen lo que vale estos señores». Dierónmela para que la mirase, cuando conocí habérsela yo dado poco había a doña Juana. Asombrome; juzguela por muerta, o por lo menos (y esto era lo más) por afrentada de aquel hombre vil, y lleno el pecho de ira, asiéndole fuertemente dije: «¡Ahora pagarás, infame, con las reliquias de tu maldad la muerte que has dado al dueño de esta prenda!». Maniatándole mis criados a pesar de las disculpas que daba, pagando el gasto que hizo en la venta primero, le puse en un caballo de un criado y le llevé a la cárcel de Villafranca, donde puesto, volví a ver quién me daría noticia de ti, viva o muerta, y al otro día hallé aquel criado Lauso que venía de Perpiñán, pero ningunas señas me dio de ti. Dispúsole la fortuna de aquel hombre de suerte que, pues te hallo contenta, quedará él libre y satisfecho.

—Aquel hombre que decís que está preso, señor, fue quien me libró de la fuerza que este infame criado Lauso quiso hacerme en el camino; que me fie de él diciéndole me acompañase, y prometiéndolo, a la primera jornada me solicitó atrevido, y un mediodía que entre unos sauces pasábamos el calor de la siesta, más que nunca deshonesto intentó bárbaramente atrevido lo que no pudo lograr pues después de haber forcejado un rato bajó un hombre de la eminencia de un montecillo, cuya ayuda imploré, y sólo fue menester su presencia, pues con sólo ella se ausentó Lauso, y yo le rogué a él me acompañase hasta aquí y en premio le di el rico diamante. Mirad qué bien, padre y señor, habéis pagado por mal el bien y el bien por mal.

Concertaron para otro día la partida, y a pocos llegaron la compañía de don Félix y otras dos a una legua de la ciudad de Girona y a la vista del castillo de don Carlos, el cual poco a poco iba ablandando el durísimo diamante de la voluntad de Felisarda, ya con asistirle, aunque de eso gustaba ella poco (que quien esta afligido, con ninguno se halla mejor que consigo); ya de sacarla, si bien eso pocas veces, al monte a entretenerla en la caza; ya le declaraba los desvelos amantes suyos, que decía parecían de ardiente fuego, pues siempre afectaban mayor alteza, cosa que hallaba con ventajas en su divina hermosura, subiendo cada día a los más encumbrados quilates; ya en dulcísimos versos cantados por la aldeana Flora le decía lo fogoso de sus intentos, y ya, finalmente, en historias de amor la pretendía mover en ejemplos: de todo se vale quien tiene amor.

Ya no recibía mal Felisarda las finezas del amante, sólo sentía que para cantárselas se valiese de Flora, pues más a ella que a sí miraba encaminados los discursos de don Carlos. Pero ¿qué se le da a Felisarda? Diría ella que nada; mas ¿quién dirá que no son éstos principios de amor, que siempre empieza a introducirse con desatinos, señal de que es frenesí? ¡Qué desvariado pensamiento el de Felisarda, cuando a don Carlos ofendía todo lo que no era memorias de su desdeñosa belleza! Disculpa tiene, pues, en principios de su voluntad forzosos son los hierros; que si en los fines se suele tropezar porque es ciega, más lo es en

los rudimientos suyos. Pero atiéndase a lo que es un amor primero: dicción parece de maligna naturaleza, pues todo lo que no pertenece a él lo destruye y aniquila la voluntad.

Cada vez que Felisarda ponía los ojos en don Carlos para ver si podría hallar en él algún agrado imaginaba la sombra de don Félix riñéndola, a su parecer, de poco leal en los ojos; si pretendía oírle<sup>339</sup> se le oponía a la voz antigua, que era en ella como la armonía que los cielos forman devanándose en sí mismos; si le quería hablar no se atrevía, que imaginaba ofender el recato que al amor inmenso de don Félix por tantos títulos debía. Pero, como decía ella:

— ¿No murió mi don Félix? ¿No quedó aquella flor destroncada al golpe duro de la cruel venganza? ¿No quedó aquel hermoso donaire descaído para siempre? ¿Qué me queréis pues, memorias antiguas con esperanzas imposibles?

Pero podía, de experimentada, Felisarda saber que amor tiene otro imperio fuera de los cuerpos, en las almas, y si bien ellos mueren, ellas duran en sus afectos a pesar del tiempo, regidos de impresiones antiguas que son caracteres permanentes de la voluntad.

Con la que se puede presumir de dos uniformemente unidos al vínculo santo del matrimonio, en compañía de su padre, libres de celos y de pasados yerros don Félix y doña Juana, sirviéndoles de escolta seiscientos soldados que vitoriosos volvían de la frontera coronados de plumas para que en el papel espacioso de el aire escribiesen las hazañas de su capitán y suyas, caminaban hacia el castillo, que sabiendo era de don Carlos le pareció a don Félix alojar aquella noche las lucidas compañías, a su esposa y a su padre; que el título del parentesco hizo decente este atrevimiento, cuanto y más no habiendo lugar alguno a la redonda.

No estaba en esta ocasión don Carlos en el castillo, pero aguardábale por instantes el casero, que como tenía allí su alma toda sólo en la presencia de Felisarda pocas horas se podía detener en otra parte. Pasmado quedó el casero viendo presente a don Pedro, don Félix y doña Juana sabiendo lo que su dueño encubría de los ojos de los tres a Felisarda, y lleno de una inquietud grave dio que sospechar cosas bien fuera del intento a los huéspedes, pues imaginaron ser aquella inquietud<sup>340</sup> hija del enojo de don Carlos. Abrió de par en par las puertas, porque imaginó que cuando él quisiera persuadir en tenerlas cercadas, la violencia las abriría (que ya debía de saber qué cosa eran soldados), y don Félix empezó a entrar con doña Juana por los cuadros de la huerta acompañándolos don Pedro, y al llegar una fuente de variado jaspe donde formaban una a modo de columna el Amor y Anteros<sup>341</sup> (aunque entonces ya aquél coronando con las alas y plumas pompa de su bizarría a éste) vieron una dama recostada a un

---

<sup>339</sup> Orig.: 'oirle' (193).

<sup>340</sup> Orig.: 'inquietnd' (194).

<sup>341</sup> Anteros y Eros (Cupido en la mitología romana) eran hijos de Afrodita (Venus en la mitología romana), pero rivalizaban porque Anteros castigaba a quien rechazaba el amor que otro le mostraba.

mirto, tan hermosa, que no se escusa aquí decir que parecía la alma<sup>342</sup> Venus, por las circunstancias, elevada en mirar de sus hijos dos la engazada amistad.

Viola don Félix el primero, y conociola, por lo cual, sin decir palabra, lleno de increíble alegría se fue a engastar los brazos en el cándido marfil con alma del cuello de la hermosa dama; que mirando la presteza con que venía aquel hombre, no siendo don Carlos, en parte donde le parecía a ella que aquellas florecillas jamás habían sido violadas de plantas de otro hombre que de su dueño propio, se retiraba suspensa, y cuando conoció ser don Félix, imaginándolo sombra huía con mayor velocidad; mas como de mala gana era Aretusa,<sup>343</sup> si bien sus ojos lo habían sido tantas veces por su don Félix, se dejó alcanzar y aun abrazar. Pues vio doña Juana, a su pesar, reduplicar besos y enlazar brazos, moría de celos doña Juana, o de agravios.

Atendía don Pedro al suceso, y como menos ciego conoció a Felisarda, y lleno el pecho de ira, ya por el agravio que hacía don Félix a doña Juana, ya porque la había tenido en lugar de hija, por quien corría la cuenta de su honor, desenvainó una daga para traspasar los dos unidos cuerpos.

Doña Juana viendo a su padre así, por librar siquiera su esposo, aunque a su parecer no se lo merecía, detuvo la enojada mano, que ya bajaba a ejecutar la venganza, a tiempo que don Carlos por otra parte, informado del casero y de sus ojos, de la mesma manera tenía la daga levantada para hacer lo mismo que don Pedro. Valiose del otro brazo doña Juana, abiertos los ojos y más distinta la razón viendo que quien le causaba celos era su hija, a quien don Félix abrazaba y besaba como a tal, y llena de pasión gozosa el alma, dijo así:

—Envainad, padre. Sosegaos, primo. Proseguid esposo, y reconoced vos, Felisarda, a vuestra madre, y vos, padre, en Felisarda vuestra nieta, y vos, querida hija mía —esto dijo abrazando a don Félix y a Felisarda, que todavía estaban enredados los brazos—, reconoced que de aquí adelante al que abrazáis lo podéis hacer, pero con más honesta correspondencia: el que miráis, vuestro padre es.

Soltó la dama a don Félix, y lleno el rostro de una purpúrea vergüenza parecía que le faltaba el alma; don Pedro solenizaba el hallazgo de la querida nieta confirmando consigo de qué procedía el amor que la tuvo antes; solo don Carlos aguardaba lugar y tiempo para pedir la mano al desdén de Felisarda, pero no fue menester, porque doña Juana, pasados los abrazos y suspensiones de todos, tomó la mano a Felisarda, dándosela a don Carlos diciendo:

—Primo, yo os prometí a Felisarda: ahí la tenéis.

Con que todos con contento tan colmado a la mañana se volvieron a Girona, que les recibió triunfante por la vitoria de don Félix, y sus ciudadanos, luego que don Carlos cumplió con las diligencias de la Iglesia, celebraron con máscaras y

---

<sup>342</sup> En algunos textos de la época de emplea por 'maternal'. Así creo que se lo usó Cervantes: 'ni la dejaremos hasta que con dichoso fin le dé a sus trabajos... en la alma ciudad de Roma' (*Persiles*, II-XV).

<sup>343</sup> Ninfa de los ríos que para huir del acoso del cazador Alfeo se escondió de su vista transformándose en un río subterráneo.

lucen estas bodas, quedando en ellas y después tan amante don Carlos como si todavía estuviera en la esperanza que tantos días mantuvo a pesar del tiempo y en la porfía con que venció la voluntad de su bellísima consorte.





## Suceso octavo (trágico)

### LOS CELOS DEL OTRO MUNDO

**D**OÑA Beatriz, cuya divina hermosura no sólo era admiración de una de las más populosas ciudades de la Andalucía, sino escándalo, porque con unos ojos verdes y una boca de nácar y marfil pasaba a tiranía sus gracias, su color a veneno, y su candor a ofender los ojos que le miraban. Nació de padres que en los ejércitos de don Fernando y doña Isabel, de Felipe Primero y Carlos Emperador (quinto de este nombre) hicieron<sup>344</sup> resonar su nombre dilatando la estendida corona de sus príncipes; descendientes de los antiguos Condes de Ureña (con esto se dice su nobleza). Fue amada, pasando esta voluntad a extremo, de don Pedro Girón, que aunque sólo tenía el de su padre en el nacimiento, pero comoquiera que la virtud y los hechos claros hacen ilustres y merecedores de alta fortuna a los hombres, las partes deste caballero merecieron el agrado de doña Beatriz; pero la fortuna, que siempre aborrece merecimientos, dispuso tan infiel la voluntad de los padres de la dama e hizo tan mal tercio en cohechar su agrado, que sola la presencia del bizarro mozo en la calle les era por extremo enfadosa, mandando a doña Beatriz no le hiciese favor alguno, porque era cierto no había de servir más que de perder tiempo. Esto le decía a su amante en las ocasiones que a hurto de su madre podía hablarle; pero decíasele la llorosa dama con tales lástimas, con una terneza tan atractiva y con unos sentimientos tan hechiceros, que más servían de espuela al apasionado amante para que corriese con ímpetu su voluntad que de freno para entibiar sus ardientes amores, antes hizo propósito firme de pasar por cualquiera riesgo, como fuera medio de alcanzar la pretensión que juzgaba altísima.

Y viendo los padres de don Beatriz que don Pedro no la dejaba, aunque con tantos desaires, se la querían hacer inaccesible, entendiendo que su hija le daba ocasión con sus favores o con la ocasión de no ver empleada en dueño decente su hermosura. Por lo cual, sin decirle cosa alguna, un día que más picada se hallaba de los poderosos ardores de amor vio entrar por su casa muy galan, aunque viejo, un caballero a quien sus pajes llamaban «Capitán», y despues de haberle agasajado<sup>345</sup> sus padres de doña Beatriz (por orden de los cuales había venido don Vasco de Ataide, que este era el nombre del caballero), le mandaron a la

---

<sup>344</sup> Orig.: 'hiziera' (197).

<sup>345</sup> Orig.: 'agesejado' (198).



dama al otro día se compusiese y adornase como de boda, porque luego había de desposarse con aquel caballero y capitán portugués que allí había venido.

Bien pienso yo que cualquiera que haya probado cuáles son los empeños de una voluntad amante sabrá apreciar en esta ocasión los sobresaltos de la hermosa doña Beatriz, los martirios y las congojas, que fueron tantas y tan sentidas<sup>346</sup> que las dejó, por no querer que se enternezcan así los sentidos ni se lastimen así los corazones. Basta que la afligida dama, echando los ojos a ver a su forzoso tirano para atender si acaso hallaba algún agrado en su persona, la imagen de don Pedro Girón, que tan retratada tenía en su mente, pienso que sólo puso al paso para querérselo impedir, y así, tropezando en sus penas vino a caer de un súbito desmayo en los brazos de su madre, no sé si de amor que tenía a don Pedro o de aborrecimiéro que cobró con don Vasco.

No hicieron caso sus padres, sobradamente severos, antes echándolo a melindre de doncellas, con unos breves remedios y aliviarle el pecho la sosegaron; pero fue para mayor disgusto suyo, pues acaso aquel día se había puesto<sup>347</sup> un papel que de don Pedro había recibido y un retrato en un naipe donde se delineaba su airosa persona y su talle. Violo don Vasco y quiso curioso levantarlo, pero mirando el retrato y el naipe estuvo en punto de descartarse de la dama, que, medio difunta, volvió otra vez el desmayo a escucecer el claro sol de sus hermosos ojos. Entráronla en su cama; disculpáronla sus padres de que no era mucho guardase prendas de quien imaginaba había de ser su esposo, pues confesaban que aquel caballero que en los sutiles lince del pincel se ostentaba había sido su galan; pero que ya doña Beatriz reducida a sus preceptos, poco a poco iba dando de mano a su empleo, anteponiendo cualquiera gusto a la obediencia paternal; pero que como difícilmente se desarraiga lo que deleita, poco a poco se desarraigarían con el trato y con el tiempo, si no con las lisonjas y sobornos de un esposo amante y fino, aquellas que parecían raíces de amor. Con esto quedó<sup>348</sup> sosegado don Vasco el capitán, que si no era más diestro en las máquinas, cautelas y estratagemas de Marte, que en las de Venus poco plático parecía. ¿Quién le había dicho a él que los primeros amores se olvidan? ¿Quién que un viejo había de ser antepuesto a un mozo bizarro y galán?

Al cabo de cuatro días, en efeto, de que convaleció la gallarda doña Beatriz con mayores donaires y hermosura se desposó don Vasco, juntando sin duda en una coyunta como la de amor un sátiro y una ninfa, fingiendo ésta falsas alegrías, abrazos flojos y donaires tibios, y aquél sacando fuerzas de flaqueza para parecer galán y aún no tan viejo, galas, pajes, bizarrías y caballos, mas uno y otro andando recelosos, doña Beatriz de que no se entendiese su desamor, y don Vasco de que no se pareciesen sus celos ni sus canas (que se dice que se las sabía

---

<sup>346</sup> Orig.: 'sentinas' (198).

<sup>347</sup> En el pecho, se entiende.

<sup>348</sup> Suplo 'quedó' (199).

volver del color que le daba gusto). ¡Oh, cómo pagan en el mundo padres y esposos estos desaciertos tal vez! Mas el caso nos lo dirá mejor.

En estos días, que no se pudo contener, escribió la malmaridada bella a su amante don Pedro en un papel cifrado lo inmenso de sus desventuras, acabando de esmaltar, si con el marfil de sus manos, con las perlas, diamantes o aljófár de sus bellos ojos. Advertía en él a su galán no hiciese movimiento alguno, porque no serviría de otra cosa sino de acabar de dar al<sup>349</sup> traste con su quietud y perderla para siempre, y que aquella noche se viesen, para que con el raudal de los ojos ambos hiciesen las obsequias a su amor y pagasen a una reja (gran medianera de sus correspondencias) con llanto haberlas tanto tiempo servido, aunque en balde. Pensó perder el juicio don Pedro (si lo tenía, siendo amante). ¡Oh, qué varias trazas intentaba para ver si podía dar por nulo este matrimonio! ¡Oh, qué disignios!

En los cuales gastó todo el restante del día y de la noche hasta la hora señalada de verse con su dama, en el discurso de la cual se fue a su calle, y allí,<sup>350</sup> deseoso de que se supiesen sus enojos y penas, cantó así:

Alma de mis enojos,  
 cielo de mis placeres,  
 presente en mis martirios,  
 en mis puestos ausente:  
 cuando esto canto o lloro,  
 mis esperanzas verdes  
 marchitan ya los días,  
 talan agravios crueles.  
 No hay Tántalo tan firme  
 en sus porfías fuertes  
 al raudal fugitivo  
 y a la fruta inclemente,  
 como yo que te alcanzo  
 en tus favores fieles,  
 que, sombras, se remontan,  
 que, sueños, desaparecen.  
 Diré que tu hermosura  
 es fuga de mis bienes,  
 retiro de mis gustos,  
 tropiezo de tu Oriente,  
 y diré que me burlan  
 con trato aleve  
 tus divinos favores  
 si a pruebas vienes

---

<sup>349</sup> Orig.: 'el' (200).

<sup>350</sup> Orig.: 'assí' (200).

Belisa, hermosa mía:  
por tu cielo de nieve,  
por tus rosas mejillas,  
por tus labios claveles,  
gocen tus manos blancas  
mis ancías siempre ardientes,  
y chupen ya mis labios,  
dulce abeja, claveles.  
No tímida esperanza,  
escuadrónada siempre,  
triunfe de mi firmeza,  
opuesta al tiempo y muerte.  
Memorias martirizan,  
por pasadas presentes,  
un corazón amante,  
alma que alma no tiene.  
Duélete de mis males:  
mejorarás mi suerte,  
darás aliento al alma,  
darás vida a mi muerte.  
En fin, señora mía,  
si acaso son desdenes,  
serene el cielo tuyo,  
tu luz me salga alegre.

Reconoció don Pedro que le habían hecho el señal acostumbrado al puesto; fue a él lleno de sentimientos; riñole su dama el poco recato que guardaban a su honor, pues podía haber llegado a noticia de su esposo, que no tomara bien, aunque pacífico, semeejantes cantares a su calle. Y, en fin, llorando uno y otro su malogrado amor, resolvió don Pedro que se había de ir a la guerra de Nápoles, porque no podían ver sus ojos que otro con tan desiguales prendas el bien que tantos afanes le costaba tan a su salvo gozase. Dióle vislumbres de esperanzas doña Beatriz: despidiose don Pedro, y volviéndose a su casa, después de varios y desatinados pensamientos vino a parar la fuerza de su imaginación en desafiar el capitán don Vasco, que más trataba entre la delgada tela de holanda cumplir con los desafíos de amor que de sustentar en la tela del campo si había usurpado o no a don Pedro Girón la esposa que gozaba.

Con todo, recibió un billete con pocas razones (mejor diremos sin razón alguna, pues no la había para desafiar a un inocente) celándole la causa del desafío, porque pensaban sus celos descubrirla en lo cubierto de las tinieblas, si bien lo decubierto de la campaña. Armore el Capitán con todo; que pues no se temía antes contrarios, sospechó que los que se daban por tales podían ser viles, y sin las leyes del valor podían darle la muerte al revolver de alguna esquina. Era

portugués; por consiguiente, arriscado, y así, no escogió compañía de alguno sino de sí mismo. Don Pedro, por los mismos resguardos, a más de su espada, daga y un fuerte peto, había prevenido dos pistolas bien municionadas; no por vengarse con ellas (que la razón de noble aún no estaba desterrada de su memoria), sino por andar con el recato que le parecía decente en tales casos.

Había de pasar por una parte lóbrega y casi de noche jamás cursada de nadie para ir al puesto, lugar donde en los antiguos tiempos se enterraban los cuerpos de los que habían muerto a manos de la Justicia. Eran las once de la noche, y aunque el Cielo estaba tranquilo y sesgo, las luces de las estrellas ayudaban poco a hacer menores los horrores de la noche, donde faltaba alumbrando la triforme Proserpina. Pasó don Pedro por el horrible cementerio sin susto alguno, porque naturalmente sabía de su ánimo mayores bríos, a más de que la gran experiencia de atrevidos hechos que, como mozo, cada día intentaba le hacían más arriscado; pero en la mitad del funesto lugar hubiera de perder brío, el ánimo y coraje, porque a más de un largo y horrendo ruido se le puso delante un perro tan disforme y negro, que en lo primero parecía caballo, y en lo<sup>351</sup> segundo el padre horrible de las pardas sombras del Herebo, el trifauce Cerbero.

Poco le moviera<sup>352</sup> el fuerte corazón al valeroso don Pedro a no dar el monstruo unos terribles aullidos, tales que con ser imagen del Infierno los ponía en el Cielo, y tan terribles, que hicieron eco en los cabellos del asombrado joven, pues se le pusieron más inhiestos que los atesados de la temida ballena. Procuró desviarle don Pedro con la espada envainada, mas no hacía cosa, porque luego se le volvía a poner delante con mayor fiereza y más horrenda porfía; y tanta fue, que con un presuroso salto le puso las diformes garras a los hombros y los fieros dientes al cuello haciendo presa con ellos a la garganta del helado amante; el cual no del todo perdió el brío por entonces, antes sacando una de sus pistolas se la disparó por el vientre a la nocturna fiera; mas, a lo que le pareció a don Pedro, ella era compuesta de una dura piel, que más parecía impenetrable escama, y así, retrocedieron las balas, dándole la una, aunque a soslayo, al desatentado caballero en una pierna. Forcejaron más de media hora por aquel distrito, y viendo don Pedro que no valían ya humanas diligencias ni corazón arriscado acudió, más advertido. a las divinas, protestando, si de aquella escapaba, no ir al aplazado desafío, sino a su casa, si ya le dejaba el susto; y a la verdad, el mismo peligro le forzaba a hacer lo primero que propuso. En fin, traído del desapiadado alano de aquí para allí vino a dar en la dura tierra desmayado, y tan fuera de sí, que las luces del día le hallaron en el puesto y no se halló aún con los sentidos, antes sin ellos fue llevado a su casa por la piedad de algunos que pasaron y le conocieron.

El capitán don Vasco, como caballero honrado, acudió al señalado puesto, y aunque aguardó hasta el resplandor puro de la resplandeciente aurora no vino su desafiador, por haber salido el infernal alano al desafío en su lugar. Por lo cual

---

<sup>351</sup> Orig.: 'la' (202).

<sup>352</sup> Orig.: 'moviere' (202).

sospechándose burlado de su enemigo iba a buscarle a su casa cuando halló que algunos lo traían en brazos desmayado, cosa que sintió en el alma, porque tenía entendido de su valentía que de aquella vez había con gran satisfacción de su gusto de desquitar su coraje y sus celos, puesto que se le traslucía a qué fin era el desafío, con que se volvió a su casa aguardando lo que el Cielo haría de la vida de don Pedro. El cual al cabo de dos horas con muchos y violentos remedios volvió en su acuerdo hallándose en su casa y cama rodeado de la familia y sus amigos; y discurriendo lo que podía ser, quiso, como cuerdo, callar la causa a todos sino al médico y confesor, que con silencio aplicaron remedios, el uno al alma, si al cuerpo el otro.

Ya en este tiempo sabía doña Beatriz la desgracia de su amante, aunque no la circunstancias de ella, y le costaron tantas lágrimas, que pudieran acreditarla ellas solas de enamorada, echando de ver su esposo (que callaba, sobradamente remiso o tibiamente amante) los sentimientos que tan a sus ojos salían a la cara de su desdeñosa esposa, pues se le negó por muchos días a la cama y mesa fingiéndose enferma en fe de su sentimiento. Pero mal dije fingiéndose, pues realmente lo estaba de amor, y quería que aquellos exteriores sentimientos le advirtiesen después a su galán las pasiones internas de su corazón amante.

Mejóro don Pedro; supo las finezas de doña Beatriz y aun los desaires que padecía de su capitán esposo; y aunque prometió la enmienda a Dios en el trance apretado que tuvo, tal desatino fue el de su amor, que como el que quiere correr mucho vuelve atrás algunos pasos para correr mejor, así don Pedro se retiró un tiempo, pero ahora a todo correr arrancó en el alcance de su doña Beatriz dejando aparte desafíos, que en eso pensó cumplir con Dios, y harto más mal le hacía al Capitán si le desmantelaba el castillo de su honor. Determinó no ya amar y galantear en en el obscuro silencio de las tinieblas que los delitos esconden, sino con tanta publicidad, que ya era el escándalo de aquellas catles.

Queríale bien doña Beatriz, pero como era noble no se atrevía, por el temor del vulgo, abalanzarse a corresponderle<sup>353</sup> del todo, aunque no dejaba de corresponder a sus papeles y a vestir tal vez sus colores. Y don Pedro viendo esto, deseoso de corresponder más fino, muchas noches le cantaba tonos graves y sentidas letras declaradoras de sus ardientes pensamientos, pensando así acabar de preñar (por no decir<sup>354</sup> despeñar) la bien dispuesta voluntad<sup>355</sup> de su dama. En particular una noche que con más vivos afectos ablandaba los hierros de sus balcones le cantó esta sentida letra.

No te encarezco mis penas,  
pues son ellas de tal arte,  
que no hay en el orbe cosa  
que venga a penas tan graves.

---

<sup>353</sup> Orig.: 'corresponderla' (204).

<sup>354</sup> Orig.: 'dezi-' (204). V. la n. siguiente.

<sup>355</sup> Orig.: 'vor-lluntad' (204). V. la n. anterior.

Encarecer sus martirios  
 suelen los demás amantes  
 a un bien que al fin se consuela  
 con la igualdad de sus males.  
 Pero a los míos eternos  
 no hay mal que al justo les cuadre,  
 pues todas las penas juntas,  
 de las mías son ensayes.  
 Agravios y celos pruebo,  
 martirios altos del un ángel,  
 por lo<sup>356</sup> invisible más fieros,  
 por lo visible más graves.  
 Pienso que lo he dicho todo;  
 que a quien sufre los desaires  
 de agravios y celos juntos  
 bien pueden luego enterrarle.  
 Y con ser las penas mías  
 sin ejemplar, sin imagen,  
 dulces las hace, ¡ay amor!,  
 la fe hermosa de mi amante.  
 Belisa hermosa, divina,  
 o válgame tus piedades  
 o a me abalance a morir  
 del achaque de adorarte.

Cantaba aún don Pedro cuando descolgándose de aquellos balcones un hombre, y luego otro, arremetieron a él con tanto denuedo que a los primeros encuentros se tuvo por muerto. Resistíase, con todo, y aun ofendía, como hombre resuelto a morir, sino que los dos eran tan valientes y le daban tanto en que entender, que si no sobreviniera otro hombre lo pasara mal el trabajado don Pedro. Éste era el capitán don Vasco, que volvía de una casa de entretenimiento a la suya; el cual viendo que era desigual el partido, aunque lo reñía bien don Pedro, se puso a su lado ignorando quién fuese y le ayudó. Con que los otros retirándose cuerdos, le dijeron:

—Agradeced al mismo que debiera mataros el favor de valeros; pero advertid que a otra vez os sucederá peor, pues no nos vamos de miedo, sino de respeto.

En un instante se desaparecieron, dejando al amante más para seguirles al otro mundo (de donde pareció que eran) que para discurrir en el caso.

Preguntóle don Vasco, casi tan asustado como don Pedro, si estaba herido, y el estaba tal que dijo que sí, y que le parecía lo estaba de muerte. Pidióle le siguiese a su casa, que no lejos de allí la había dejado el amante retirándole los

---

<sup>356</sup> Orig.: 'el' (205).

dos contrarios suyos, y que allí le contaría la causa de la pendencia. Siguióle, porque no le conoció tampoco, don Pedro a don Vasco, y aunque entró por la casa de su dama, estaba ya en la sala y en la casa de su amada doña Beatriz y aún no lo había advertido; pero sacole de su encanto don Vasco, saliendo él también de su desalumbramiento, diciéndole:

—¿Cómo es esto, señor don don Pedro? ¿Quién fueron vuestros contrarios? ¿Dónde están las heridas que habéis recibido?

—Ni uno ni otro hallo —dijo don Pedro—. Sólo sé que se descolgaron por un balcón dos hombres, y me parecía a mí me dieron fieras y diformes cuchilladas. De las cuales no hallo yo ahora señal alguno, por donde juzgara era devaneo de mis sentidos a no estar vos, señor y libertador mío, de por medio, que me defendisteis. Mas si ahora me habéis entrado en vuestra casa para darme la muerte abrid la puerta o consentid que me defienda, que no es de valeroso caballero vengar sus agravios tan a su salvo.

—Ninguno sospecho yo que me hayáis hecho —dijo don Vasco—. Mas, según veo, lo que os importa mucho es vivir bien, porque cuando no se anticipan los hombres a vengar sus injurias hallo que se adelantan los Cielos, pues veis que aquellos hombres eran del otro mundo, pues desaparecieron como humo y yo lo vi. Y así, pues no teméis los hombres temed a Dios. Y ved si algo se os ofrece; que para quien está ofendido como yo bástale en razón de cristiano lo que hago; que yo os buscaré, como os he buscado, cuando tengáis más aliento y valor o cuando estéis más libre para que rematemos el aplazado desafío.

—No quiero yo reñir con vos, señor capitán —dijo don Pedro.

—Pues yo sí —dijo don Vasco—, que no quedara bien mi honor si no os hiciera pedazos para que nadie se glorie que desafió a un hombre como yo sin llevarse el castigo que tal atrevimiento merece. Mas importa aguardar tiempo y razón.

Estaban presentes a esto los padres de doña Beatriz, y deseando no se supiera el suceso hicieron allí las amistades, que las aceptó don Vasco con que don Pedro jamás pasase por la calle de su esposa, pareciendo en los protestos que le daba aquel romance: «Mira, Zaide, que te aviso», que todo lo prometió (a lo que pareció para no cumplirlo) don Pedro. Con que acompañado de sus criados, que ya habían llegado, se volvió a su casa; pero tan asustado y atonito, que con las fuerzas de su imaginación se quedaba embelesado por muy largos espacios, durándole muchos días aquel linaje de enfermedad, ya atendiendo al suceso del horrible can, ya al de aquellos fieros hombres que aun con quererle matar le amenazaban para despues fieramente, y todos le parecían señales del Cielo que se armaban contra su vida.

Y así, deseoso de obedecer al que le amenazaba prometió olvidar el amor de doña Beatriz, en particular cuando debía duplicadamente la vida al capitán don Vasco de Ataide su esposo. Púsolo por obra no escribiendo más a su dama; la cual supo de un criado todo el suceso de aquella noche, y aguardando a que le

escribiese, como solía, don Pedro, viendo que en tantos días no lo hacía, lo hizo ella enviándole este papel:

*Mucho es que la que tiene la espada de su esposo y la del qué dirán casi sobre la cabeza no la tema, siendo sujeto femenil; y que un hombre tanpreciado de robusto como vos, por el temor de unas espadas, sombras, y por miedo de enojar a un viejo haga pactos que implican a las luces de amor y hacen infame galán al que pretende serlo fino y correspondiente, mudándose al viento de los que sospechasteis espíritus. Señor, yo os amo y estoy determinada, y así, resuelveos vos a no ser inconstante, por que yo me resuelva a seros firme. Lo demás, a la vista.*

¿Qué pudo hacer aquí don Pedro si vio descollarse tanto la voluntad de doña Beatriz? Resistió grande rato a la batería que le daban las palabras del papel, que salió vencedor de el pecho del antes arrepentido amante. Vistiose un fuerte peto a la noche; prevínose de dos criados de robusto corazón; fuese a la calle de su dama, que ausente entonces el marido a negocios de su hacienda pudo lograr esta ocasión; abrió a una seña la ventana doña Beatriz; lloró; enterneciose don Pedro, y como las iras de los amantes suelen ser mayores lazos de amor, el de estos dos llegó a tan grande altura que se prometieron las últimas consecuciones de amor para la siguiente noche. Ya se le fueron a don Pedro de la memoria todos los buenos propósitos, y expelió desde luego todos los pensamientos santos de su corazón porque no eran de su bando; y aunque a veces el temor de las divinas iras le enfrenaba, pero mirando sus gustos tan inmediatos sospechó que para todo habría tiempo.

Volvióse a su casa aquella noche no con tanta alegría como se prometía le había de causar la promesa de su amante, que la comprara, con todo, con lo más precioso que se pudiera hallar; antes bien, sentía casi una repugnancia que le violentaba a no hacer lo que tan de su gusto era. Llegó la noche, y solo, por el honor de la liviana doña Beatriz (porque dejó sus criados aparte), se<sup>357</sup> fue a su casa con una escala de cuerda, que, echando una cinta, la dama la recogió arriba y ató fuertemente en un balcón; subió don Pedro a conseguir sus deshonestos contentos, concertándose para la prosecución de ellos casi todos los días, y supuesto que su ausente esposo les daba a los dos aquel breve plazo, no les pareció que se malograra.

Así prosiguieron, aunque con más recato, estos dos amantes, enamorando cada día a cada cual las gracias del objeto hermoso que gozaba. Pero una de las noches, que iba don Pedro solo por<sup>358</sup> no obligarse a criado alguno (porque ni ellos saben reñir las pendencies de sus dueños, ni callar tampoco), así como daban las doce de la noche (hora que le había dado la dama), al emparejar con la puerta principal y ya que le quería tirar doña Beatriz la escala, de repente se halló delante de sí un bulto tan diforme y portentoso que, aunque al principio era de la

<sup>357</sup> Orig.: 'i se' (208).

<sup>358</sup> Orig.: 'per' (208).



altura de cuatro hombres uno encima de otro, pero creció tanto a vista del pasmado don Pedro, que le vio llegar desde el suelo al techo: tan inusitada era su longitud. Añadióse a esto dar el espantajo horrendo unos gemidos tan penetrantes y lastimosos que derribaran sin duda al más animoso y valiente corazón.

Quería, con todo, don Pedro porfiar a subir la escala (tanta es la ceguedad de amor), pero la fantasma horrible se le oponía, con que dejó su pensamiento. Y se volvía a su casa hartamente confuso del suceso, pero parecióle en medio del camino que era cobardía delante de su dama huir peligro alguno por grande que fuese, por lo cual volvióse al mismo intento, si bien antes que lo pusiese por obra, casi a los lindares de la puerta de doña Beatriz se halló la imagen de la temida muerte otra vez, tan resuelta, que se la amenazaba si no se apartaba del intento, y esto con fieros aullidos, con espantosos ayes y con tanta confusión, que ya no pudo más el robusto corazón de don Pedro, dando con un desmayo el cuerpo en la dura tierra. Donde estuvo gran parte de la noche, hasta que a las tres de la mañana, saliendo los clérigos de la parroquia a traer el Santísimo Sacramento a un enfermo peligroso fue hallado de ellos y de quien acompañaba a tan divino Señor, pero tan descompuesto que a la una parte estaba su espada, a otra los pistoletes, y a otra la capa y sombrero del desmayado amante. Fue conocido, y llevado a su casa, donde le dejaremos por ahora. Veamos si con tantos golpes de la divina mano se confundirá su corazón rebelde, y vamos a doña Beatriz, que con no menores asombros desde la ventana y balcón había visto la desgraciada historia de su querido amante.

Peleaban en ella el temor y el amor después que se recogió a su aposento; miraba que el Cielo se iba cansando de sus gravísimos delitos, como lo enseñaban las varias veces que sabía haberle acontecido tales sustos a su amante.

—Pues alguna —decía la afligida dama— se ha de acabar de cansar de mis culpas, ¿qué remedio? ¿Dejaré a don Pedro? ¿Direle que se recoja, que el Cielo le avisa, que Dios le envía estos piadosos ministros, pues le asombran y no le castigan, le espantan y no le acaban? Mas ¿cómo podré vivir yo sin don Pedro, ni él sin mí?

Aquí no podía más sufrir su ardiente pasión, dando con su hermoso cuerpo encima de una cama.

Después de algunos días llegó don Vasco; supo por mayor el suceso, esto es, que a don Pedro habían hallado desmayado en la calle con todas las circunstancias que dijimos (que jamás falta quien le cuente a un desdichado las cosas que le han de matar sólo imaginadas), con que don Vasco se dio del todo por entendido: ordenando a su esposa que jamás saliese sin su compañía, mudó los criados, criadas y escuderos de su casa, fue continua centinela de sus ventanas y, en fin, no vio el mundo celoso (si no le llamamos agraviado) más prevenido; pero ¿de qué servía todo, si estos dos amantes ya no reparaban en las horrendas sombras?

Quien no teme castigos del Cielo, ¿cómo temerá los de la Tierra? Dígolo porque don Pedro convaleció de sus males, doña Beatriz volvió atrás con los que ella antes llamaba constantes propósitos, y dando toda la rienda<sup>359</sup> a sus apetitos, aun al lado de su mismo esposo perdían el respeto y el tálamo conyugal; si bien tanto se recogió don Vasco, tan guardados tuvo sus sentidos, tan prevenidos sus cuartos, tan fuertes sus llaves, tan atento su recato y tan oprimida a su esposa, que, en fin, no pudo uno ni otro amante, no digo comunicarse, pero ni hablarse si no es con los ojos. Por donde viendo que era barbarismo de amor, y lo mismo que querer contener en sus límites un grande y caudaloso río constreñir el ímpetu del amor que tan violento se alimentaba en su pecho, determinaron dar un bocado mortal al capitán don Vasco para salir de una vez de tales aprietos y gozar sin estorbos, espías o temores las dulzuras de la blanda Venus. Así se trató entre los dos amantes, y fue tan ejecutivo su pensamiento, que un día se le echó doña Beatriz era la comida, si bien por salvar su reputación no fue tan presto y eficaz como quisieran los crueles amantes.

Sintiose malo don Vasco y advirtió que se le abrasaban las entrañas; vino a sospechar lo que era, y así, ordenando sus cosas dispuso le administrasen los Sacramentos, que con devoción prevenida recibió. Entre muchos caballeros que venían a visitar el doliente don Vasco en su enfermedad, por ser caballero noble, uno fue don Pedro, con el mismo Corregidor para mejor disimular su delito (que a veces los delincuentes se amparan de la mema Justicia y se saben valer de la sombra de ella). Pidiéronle de su salud, encarecieron deseos de su mejora; pero dijo el capitán enfermo, volviendo los ojos y clavándolos en don Pedro:

—Yo moriré de ésta, que bien veo no puede ser menos; pero los agravios que se me han hecho en vida y de que no me pude vengar los vengaré después de muerto.

Esto dijo. Miráronse los circunstantes, o, por mejor decir, todos miraron a don Pedro, y como sabían, aunque con confusa noticia, los sucesos, de los dos amantes, entendieron que don Pedro era el que hacía morir con ponzoña a don Vasco; pero, en fin, tuvo se por entonces, aunque se turbó don Pedro, por desvarió la amenaza. Murió, en efeto, el capitán don Vasco. No se averiguó el caso por ser tan poderoso en la ciudad don Pedro; el cual melancólico a demás de lo que había hecho y de lo que le había oído, se estaba en su casa, y encerrado en su cuarto entretenía su melancoiia con algunos libros hasta que pasados días de su tristeza aliviada pudiese en recíprocos abrazos gozar a su amada doña Beatriz, ya desembarazada de su (para ellos) enfadoso esposo.

Las once de la noche serían cuando oyó don Pedro en su casa un ruido tan desconcertado que bien pensó irse toda su casa a pique. Paró el ruido a poco más de media hora, empezando el de unas fastimosas cadenas: pareciole al amante triste que dejaba de ser cuerdo y daba en temerario si no llamaba a alguno para que le sirviese de compañía; pero cuando iba a hacerlo, de repente se halló delante de sí la funesta imagen de el agraviado don Vasco, amortajado, pero la

---

<sup>359</sup> Orig.: 'rienta' (210).

cara descubierta y los brazos sueltos. Venía con una hacha en las manos, y llegando con mucha pausa donde estaba el remeroso don Pedro, haciendo señal con la hacha que encendida traía en las manos le dijo con ademán amenazador: «Cuando ésta se acabe se acabará tu vida».

Esto apenas había pronunciado el espantoso prodigio cuando se movió tan gran ruido que pareció que totalmente habían faltado los fundamentos de aquel edificio. Tembló don Pedro (poco fue: asombrose), y de tan grave caso no pudo dejar de caer en una gravísima enfermedad que le duró muchos días; en<sup>360</sup> los cuales, no del todo dando crédito a lo que había visto, buscaba trazas para que las ideas del suceso se le fueran de la turbada imaginación. Dejémoslo en la cama, sabiendo él solo su misma desgracia, y vamos a doña Beatriz, que más enamorada de su querido don Pedro que en algún tiempo, si vestía tocas (puesto que delgadas) por defuera, no dejaba de vestirse por dedentro airosas galas aforradas con lo verde de las esperanzas de que, a pesar de zozobras, sin duda esposo gozaría a su amante.

Y una noche que estaba considerando cuán poco habían merecido las muchas caricias de su difunto esposo el pago que le había dado, habiendo también aguardado a su don Pedro, al cual en tres días (dilatado plazo para el amor de la dama) no le había visto, entendió que o algun desvío o suceso había dado causa a la poca correspondencia de su amante; y como ya era dueño absoluto de su casa (porque ya sus padres desta dama habían trocado esta caduca vida por la otra, eterna y permanente), llamó a un criado fiel de su casa y le mandó le acompañase, porque quería sanearse de un negocio que le importaba no menos que la quietud y la vida. Prometiolo el fiel criado, y diciendo se aguardase un rato, que se quería vestir de hombre, porque para el caso le parecía más a propósito, entrose en su camarín para ponerse un vestido de su difunto esposo cuando al entrar casi tropezó en la formidable sombra de don Vasco. Venía el difunto vestido con su ordinario traje, pero tan severo que bien fue menester fuerza superior para que doña Beatriz pudiese oír las siguientes razones que articuló el helado cadáver:

—¿Posible es, liviana mujer —esto lo dijo teniendola asida por el brazo—, ciega a mi ofensa como a la murmuración del pueblo, que así te quieres despeñar? ¡Torpe! Mira que atropella tu delito los respetos del recato y que ya llegan sus circunstancias a irritar del todo las divinas iras. Vuelve en ti, que en el otro mundo y en éste he de ser centinela y fiscal de tus desafueros.

Esto pronunció, y estremeciéndose el aposento, viendo el criado que su dueño tardaba entró y la hallo en tierra, tan fuera de sus sentidos, que llamó<sup>361</sup> a las criadas diciéndoles que había hallado a su señora muerta. Sucesos son éstos espantosos, y casi tales que la misma gravedad y estrañeza los pudiera dar por fabulosos, pero yo escribo lo que me contaron por cierto.

---

<sup>360</sup> Orig.: 'con' (212).

<sup>361</sup> Orig.: 'llegó' (213).

Volvió en sí tras de muchos remedios doña Beatriz; y digo bien volvió en sí, porque del todo se determinó dejar aquellos torcidos caminos que así tan arrebatadamente le conducían al despeñadero de la perdición eterna. Disponíalo así cuando supo el suceso de su don Pedro, que en un papel largamente se lo escribía después de haber sosegado y haber cobrado algo de su salud perdida. Estímolo como por favor del Cielo doña Beatriz; que cuando dos que bien se quisieron hallan iguales propósitos en uno y otro fácilmente ejecutarán lo que quisieren. Y como era galán don Pedro, por que no pensase que procedía el apartarse de alguna otra circunstancia amorosa (porque los hombres, y aun las mujeres, cuando se cansan de amar o quieren mudar de voluntad luego se abroquelan con lo santo), valiéndose de lo que alguna vez la misma doña Beatriz le había dicho de que se recogiese, le escribió estos versos:

Debo a vuestro entendimiento  
y a vuestro ilustre valor,  
de un incasto un casto amor  
y una gloria de un tormento.  
En diferentes extremos  
hará amor de mi amor queja,  
pues de lo incasto se aleja  
por que castos nos gocemos.  
En tal estado os concedo<sup>362</sup>  
el llamaros vos dichosa,  
pues recabáis una cosa  
que no sé como la puedo.  
Pero porque triste os veo,  
y porque también lo estoy,  
por lo que me ofrecéis hoy  
resistiré un mal deseo.  
Confieso el merecimiento  
que suspende un bien tan alto,  
que no soy de ingenio falto  
en semejante tormento;  
pero por lo temporal  
no es justo perder lo eterno;  
que aunque esto os digo tierno,<sup>363</sup>  
pero el alma es inmortal.  
De mil prendas adulado  
que airosamente en vos veo,  
que mereceré más, creo,  
haberlas por vos dejado.

---

<sup>362</sup> Orig.: 'concediò' (213).

<sup>363</sup> Orig.: 'muy tierno' (214).

Resistid; tened valor;  
 cumplid, Beatriz, con el mundo,  
 que en vos hoy, señora, fundo  
 una otra especie de amor,  
 porque fundo en vuestro intento  
 prendas de gloria mayor,  
 aunque vos seáis, mi amor,  
 más alta que el pensamiento.  
 Si acaso entendéis cobarde  
 no poder perseverar,  
 Beatriz, todo es comenzar  
 por no arrepentirse tarde.  
 Y lo que más aquí estimo  
 es que vos dello gustéis,  
 y a fe, Beatriz, que veréis  
 cuán de veras me reprimo.  
 Sé ya en lo que amor para,  
 y así, vengo hoy a pensar  
 que no os supiera estimar  
 si así, Beatriz, no os amara.  
 Esto os digo en caso tal,  
 y aunque casto he de adoraros,  
 cuando quisiera yo amaros,  
 traigo contra mí un fiscal.

Escribióle, en efeto, doña Beatriz también a don Pedro todo lo que le había sucedido a ella, determinada a irle a visitar a su casa, atenta a no haberle<sup>364</sup> visto en tantos días, y aun le refería las palabras que le dijo el celoso difunto (que si bien le hizo perder los sentidos su honor, no así la memoria). Y como tenía buen entendimiento, fácilmente esta dama se ajustó con su amor; que si bien suponía se le había de tener con amagos de eterno a don Pedro, pero limpio y honesto desde allí adelante. Mas porque las ocasiones son la mayor circunstancia de los tropiezos, propuso no sólo no verle jamás, sino también encerrarse en parte donde no le fuese posible su vista en ningún tiempo.

Dio orden para ejecutar todo lo propuesto, y en breves días se halló contenta, aunque encerrada en un convento que entonces en aquella ciudad se fundaba con estraña pobreza, clausura y penitencia rara por aquella insigne señora que despues vio el mundo canonizada como santa: doña Teresa de Ahumada en el siglo, y fuera dél sor Teresa de Jesús. Aquí dirigió sus deseos doña Beatriz, aquí condujo la nave de su cuerpo para no dar en los terribles escollos que fieramente y por último castigo le amenazaban; tan fervorosa en el espíritu de allí a poco

---

<sup>364</sup> Orig.: 'averla' (214).

tiempo, que, a más de que fue enviada para fundar en algunas partes, su penitencia y virtudes eran tales que fácilmente se conquistó el renombre de «Perfeta», siempre encomendando a Dios su limpiamente ya querido don Pedro, acabando después de muchos años santamente. Y aun hay quien dice que de cuando en cuando se le aparecía su difunto don Vasco agradeciéndole las resoluciones santas que había eficazmente ejecutado y amonestandola a la perseverancia (sin la cual es cierto que no se alcanza el fin que se pretende), y añaden que doña Beatriz estaba tan acostumbrada a semejante vista, que ya no le causaba horror, antes bien se hallaba triste y melancólica si su difunto esposo tardaba algunos días a venirla a ver: tanto puede la costumbre.

Don Pedro Girón sabiendo todos estos sucesos, después que, como se ha referido, cobró la salud deseada, volviendo los ojos a las varias y revoltosas tempestades, prodigios, aventuras y desastres que en tantas veces tan desairadamente habían pasado por él, regido ya del temor de perderse, ya del amor que cobraba a Dios viendo sus divinas piedades, pues en tantas veces donde naturalmente había siempre de perder la vida se la había reservado, aunque con enfermedades graves, toques de su divina mano, intentó por último desengaño y resolución dar de mano a los mundanos deleites, si bien se entristeció notablemente cuando supo habersele entrado doña Beatriz en tan apretada clausura.

Había ocho días que se le presentó por primera vez la negra y horrible aunque luminosa sombra del difunto don Vasco, y estando ahora solo en un cuarto de su casa le volvió a ver, con el mismo talle y señales que la vez primera, añadiendo también lo que entonces dijo: «Cuando se acabe esta hacha se acabará tu vida». El terror otra vez le tuvo en un dilatado pasmo, y el fiscal de la conciencia otra vez le apretó los cordeles al potro de la verdad. Desapareció la visión del celoso difunto; cobró ánimo don Pedro, fuese a consultar el caso (ya no de burlas, porque para burlas era muy pesado) con un religioso,<sup>365</sup> a quien confesó el espanto y el delito gravísimo y dijo que ya por dos veces le había aparecido la predicadora sombra, y tenía traza de volver cada día y presentársele en los lugares donde más solitario estuviese.

Salió, en efeto, de su confesión levantándose, pero caído de sus engañosas torres de viento que había tan antes fabricado; y tratando de la enmienda, renunció las galas, anatematizó deleites, repartió limosnas, asistió en las iglesias y frecuentó sacramentos. No se contentó con lo ya referido el celoso del otro mundo, guiado y regido sin duda de superior fuerza y poder; antes cada día con mayor continuación proseguía sus visitas a don Pedro, y llegó a tanto, que todas las horas del día y muchas de la noche se le ponía delante de los ojos como paje de hacha, que sin duda le deseaba guiar al Cielo.

La continuación le fue poco a poco minorando el miedo, y la conciencia ajustada le achicaba<sup>366</sup> el espanto (que esta es la mayor seguridad). A todos

---

<sup>365</sup> Orig.: 'Religiso' (216).

<sup>366</sup> Orig.: 'achecava' (216).

contaba ya la fatal compañía que no le dejaba, y cuando en alguna conversación se trataba otra cosa que de virtud, o fuese de hacienda o de cobranza o tuviese algo de mundana, o comiendo más de lo que pedía un ayuno o durmiendo más de lo que bastaba a la necesidad, así se le aparecía el relator de su causa enseñándole la hacha, que miraba más gastada cada día. Decíalo a veces a los que le asistían, dejaba las conversaciones y vino a dejar pueblo, casa y hacienda: tan acosado le traía el helado esqueleto<sup>367</sup> de don Vasco.

Trató de hacer sólo penitencia y limosnas, y acostumbrose solamente a tratar **de Dios**. Fuese, para mejor hazer todos estos ejercicios con mayor pureza y más desahogo (aunque a pesar de los parientes, que se lo reñían), a una ermita que no lejos de la ciudad, en un hiermo, era deliciosa estancia para los que adolecían del mal que fatigaba a don Pedro. No le faltaba allí compañía, porque, a más de un ermitaño que había sido morador de muchos años en aquel albergue, jamás le faltaba la de don Vasco, pues tan introducido se había con nuestro caballero como si fuera su sombra inseparable, según su continuación; mas tanto se vino a acostumbrar que ya le servía de compañía, y apenas hacía caso sino para disponerse a la partida de que continuamente le iba informando.

El cual con el pesar que le causaba vida tan llena de zozobras y miedos deseaba que la hacha ardiese presto hasta consumirse, por que al paso della se le consumiese la vida; y temeroso de que otra vez no volviese a los pasados tropiezos se lo pedía a Dios, que en una imagen de lienzo era venerado en una capilla de la ermita puesto en la dulcísima hamaca de la Cruz pendiente a tres sagradas escarpías. Repetíaselo muchas veces, y una que por su divertimento y alivio de sus pesares, y aun por sobrarle el tiempo en aquel desierto, aunque andaba tan ajustado como se ha dicho y era reñido del difunto preceptor cuando malograba los ratos y las horas cun grave aspereza, se lo dijo a su Dios en estos versos, por ser en algún tiempo aficionado a las Musas:

A mi ardiente corazón  
ya le es de sobra mi vida;  
antes le es tan dura muerte,  
que mayor vida le quita.  
Vida que me priva el ver  
y gozar vida más limpia,  
más hermosa y más alegre,  
más apacible y florida;  
vida que cuando otra asoma,  
o por tema o por envidia,  
se pone en medio por que  
no me enamore su vida;  
vida que entre halagos falsos

---

<sup>367</sup> Orig.: 'esqualeto' (216).

a sus gustos me convida,  
 y entre ellos mete venenos  
 que aunque no matan hechizan,  
 ¿cómo vida he de llamarla,  
 ¡ay Dios y amor!, que militan  
 para vencer o morir  
 dentro en mí mismo dos vidas?  
 Pero muera la mía,  
 que dándome el vivir  
 me es enemiga.  
 Si no fuera porque vos  
 gustáis, mi amor, de que viva,  
 yo mesmo rompiera el lazo  
 con que a mi cuerpo está asida,  
 Vida que en continuas ansias  
 y en tentaciones continuas  
 tocan al arma por puntos  
 mil escuadrones de Arpías;  
 vida, donde no se sabe  
 si de vuestra gracia el día  
 sale al alba<sup>368</sup> enamorada  
 por más que se abraza fina;  
 vida mar tan revoltoso,  
 que aunque el viento de amor pica,  
 son las Sirtes por instantes  
 los Caribdis y las Silas;  
 vida en que si os ausentáis  
 y os remontáis de la vida,  
 dejáis hecha noche el alma  
 aunque llore amante y gima,  
 ¡muera tal vida,  
 que dándome el vivir  
 me es enemiga!  
 La paloma que inocente,  
 cruel con su especie misma,  
 que atada es engaño a cuantas  
 su vuelo mortal imitan.  
 Es mi vida en este suelo  
 pues cuando volar codicia,  
 al primero amago amor  
 el lazo la oprime y tira.  
 ¡Oh si viniese una flecha

---

<sup>368</sup> Orig.: 'alma'.



tan dulcemente impelida,  
 que acabase con el lazo  
 o con la paloma misma!  
 Y entonces con más aliento  
 escalando esferas limpias,  
 volará el alma paloma  
 competencias de sí misma.  
 ¿Cuándo llegará ese instante?  
 ¿Cuándo me vendrá esa dicha?  
 Para gozada, ¡qué tarde!  
 Para temida, ¡qué aprisa!  
 Entretanto, dueño ausente,  
 enviad fuego de arriba,  
 para que esta vida mate,  
 para que la eterna viva.  
 ¡Muera, muera mi vida,  
 que dándome el vivir  
 me es enemiga!

Esto cantaba don Pedro Girón deseoso de ser oído, y atendiendo siempre a lo que quedaba de la funesta de sus sentidos, estrechabase más cuanto menos le quedaba de vida, siendo el hacha el contador de sus días y el arancel de sus horas. Más de diez años trujo la muerte sobre la vida muriendo dos y tres veces, pues vía su muerte dos y tres veces a sus ojos al día. Procuraba el ermitaño consolar sus melancolías con razones graves y sentidas, y tal vez le compelió a salir de la ermita andándose paseando por el monte, donde, aunque no le divertía a don Pedro la salva de las cánoras<sup>369</sup> aves, que al salir la infante Aurora, en las parleras lenguas, clarines de los bosques le hacían; aunque no le causaba<sup>370</sup> alegría el bulicioso ruido de las aguas que en los saltos de cristal abollaban traviesas su mismo espejo en que enamorados<sup>371</sup> narcisos se precipitaban, y aunque no le causaba gusto el discurrir de las pintadas fieras, veloces gamos, ciervos ganchudos<sup>372</sup> según sus lustros, y tímidos conejuelos, ni el quejarse en clamores, voces a su modo, de sus celos, cuyos bramidos volvía la ninfa Eco de los remotos ejidos, todavía sosegaban en estas cosas algún tanto sus penas, pero de modo que en divirtiéndose mucho en ellas, el azar de don Vasco con su hacha se le presentaba estímulo y despertador de sus ojos.

Y un día que volvían de ver un bulicioso estanque que en la misma corona de un monte la naturaleza había collado para espejo, casi jamás turbado del cielo, y tan fértil de pesca, que servía un tanto de sustento a los moradores de algunos

---

<sup>369</sup> Orig.: 'canores' (219).

<sup>370</sup> Orig.: 'causavan' (219).

<sup>371</sup> Orig.: 'enamoradas' (219).

<sup>372</sup> Orig.: 'ganjudos' (219).

pueblos, le preguntó don Pedro al venerable ermitaño qué causa le había traído a aquellas soledades con tanta permanencia cursadas del. A lo cual respondió:

—Por estraños caminos, señor don Pedro, he venido a éstos. Y pues sé que os han de servir de consuelo los ajenos males, hasta que lleguemos a nuestra ermita yo os contaré los míos, que ya se han convertido en bienes.

—Deso gustaré yo —dijo don Pedro— estrañamente. Y así, no hay sino empezar.

Y el ermitaño venerable dijo así:

—Nací, señor don Pedro, en la fértil isla a quien llaman el Granero de la Europa: en Sicilia y en la más bella ciudad del mundo, tal es Palermo. Soy caballero<sup>373</sup> descendiente de sus antiguos conquistadores; gozaba mi mayorazgo libre del yugo de amor. Mas vi a Leonora<sup>374</sup> por curiosidad: una dama que con no ser sobradamente noble ni rica conquistaba las voluntades de los nobles todos de mi ciudad. Fui dichoso en pretender su cielo con tanta ufania de mis pensamientos, que en explicándose sacrificados a sus plantas tuvieron luego por sagrado sus brazos y sus ojos. Invidiado fui de toda la Isla, porque Leonora era la más preciosa prenda de toda ella; y yo con la magnitud del bien que todos quisieran por suyo, no sabía si de dichoso me había de tener desdichado. Sí, amigo; porque bien del mundo que todos envidian, o le ha de costar infinitos desvelos por guardarlo al que lo tiene, o ha de descuidarse de modo que no lo sienta cuando se pierda.

Leonora, en fin, que me amaba, que se casó por amores conmigo, al cabo de un año se cansó de mi amor. ¡Ay Dios, que no sabéis vos, señor, los tormentos de no verse correspondido el que ama! Fueron tantos los míos, que no sufriendolos el trabajado cuerpo apeló para una cama, testificando en la infinidad de remedios que los médicos le hicieron cuán con razon se hallaba agravado. Y al cabo de tres meses y años de gravísimas dolencias adolecí del mal de agravado en el honor; porque una noche que había una purga dado alguna pausa y alivio a mis dolores y achaques, por haber oído algún ruido en la antecámara<sup>375</sup> de mi cuarto me levanté alborotado y oí de Leonora estos últimos acentos... Mejor dijera que la sierpe que alimentaba en mi seno, ponzoñosa, disparó en estos acentos esta pestilente ponzoña:

—Ricardo está tal (que así me llamo yo) que aunque quisiera él no pude gozar de los reciprocos haberes de amor; y así, si bien me quieres no dejes de acudir a mi casa para que se logren los gustos que en ti ha fundado mi voluntad amante y arrestrada.

Reconocí la voz de la que tal decía, y entrándome en mi retrete salí de él con una iluciente espada en las manos, no dándome lugar la cólera y enojo a que me vistiese más que la camisa y unos calconciltos de tela. Aún estaban hablando los amantes torpes cuando arremetí con ellos, y en particular donde oí la voz de mi

---

<sup>373</sup> Orig.: 'Cavellero' (219).

<sup>374</sup> Orig.: 'Leonra' (219).

<sup>375</sup> Orig.: 'entecamara' (220.)

aveve esposa. La cual desapercebida, recibió la punta de mi espada en su pecho, si bien no con la eficacia que yo quisiera, porque cobrándose el galán, que era un caballero de la ciudad llamado Felisardo, me pudo dar a su salvo con una daga un golpe de que caí no muy herido.

Acudió a mi esposa y aconsejole gritase que yo estaba loco y que el principal tema de mi locura y furor era decir que ella me agraviaba con Felisardo, que luego se ausentó. Así lo hizo la traidora, con la mayor disimulación que pudo, a pesar de la herida, gritando a la familia la librasen de mí, que estaba loco y furioso. Así se creyó luego, como me vieron en camisa, con espada y enfermo. Apoyó su mentira diciendo que yo mesmo me había herido con mis propias armas. Gritaba yo que me dejasen dar muerte en aquella adúltera, y cuanto más gritaba más procuraban tenerme fuertemente asido los criados de mi casa, y aunque les decía agravios y baldones no servía de otra cosa que de consumir para con ellos mi locura.

El adúltero dio todo el cumplimiento al enredo; porque, según supe de que ellos con mofa me lo decían después, se fue a casa de un médico que me solía visitar y aún lo hacía entonces, y le dijo que para cierto fin que importaba a la señora Leonora dijese que yo estaba loco, y viniese luego a visitar como quien había sido llamado. Entró lo primero a ver a la traidora Leonora, que estaban curándole con algunos medicamentos la herida leve; hablaron y luego se vino a mí tentándome el pulso con muchos visajes, y dijo:

—Ténganle muy bien asido, porque está más que loco este pobre caballero. La purga sin duda le ha revuelto los humores, y ya yo no quería que la tomase. Pero pondremos presto remedio: no hay sino tenerle atado fuertemente.

—Eso haremos nosotros —dijo uno de mis criados—, aunque nos lastimamos desta desgracia. Pero en verdad que si se suelta o enfurece ha de llevar muy gentiles palos, que el loco por la pena es cuerdo.

Ya podéis imaginar, señor, qué tal estaría yo oyendo que todos me daban por loco. Digo que me parece que fui loco en no volverme loco, y no fue poco no creerlo, pues todos lo decían. Ya con la magnitud del sentimiento y fuerzas que había hecho para soltarme de sus brazos no podía más, y verdaderamente, viendo la maldad, y que unos y otros le conjuraban contra mí sin haber uno que dijese la violencia que se me hacía (porque insistía Leonora que me atasen asegurados, por que no me soltase y le diese muerte) no me atrevía ya a gritar, por que o no se supiera mi flaqueza o mi deshonor. Venían mis parientes, pedían de mi salud y salía muy anticipada Leonora diciendo que los médicos habían ordenado no me hablasen; que como le iba saliendo bien este enredo, daba todas las fuerzas que podía para su apoyo.

Así pasé muchos meses, con el dolor y rabia que podéis imaginar, pues veía a mi enemiga a todas horas, que tratándome como a loco sabiendo que era cuerdo, apuraba altamente mis sentimientos. ¿Quién de los tiranos supo inventar tal género de cárcel ni tan vil linaje de tormento? Tan temeraria y disoluta anduvo mi falsa esposa, que ya delante mis propios ojos me ofendía, porque el Médico

se había pasado de la mano a la boca y no teniéndome siquiera respeto se hacían amores; pero cuando pensaron que el sentimiento había de dar conmigo en el sepulcro se hallaron tan burlados como dirá el presente suceso.

Solían enviarme un pajecillo para que tuviese cuenta con mi persona, y él se entretenía conmigo como hacían los demás, como si fuera loco. Un día, pues, le persuadí con las mejores razones que supe hallar me desatase los cordeles con que atados tenía los pies y manos, diciéndole que sólo para descansar y haciendo me los atabase con la colcha de la cama para que no se echase de ver. Hízolo el inocente pajecillo y ya aguardé la ocasión de mi venganza; que no tardó, porque queriendo mi cólera abrasar mi casa toda y dar muerte a cuantos en ella había, después la reporté y advertí que también había fuera de casa alguno de quien era fuerza vengarme. Pues más difícil era esto que lo otro, porque cada día podía haber a las manos los de mi casa y los de fuera no, y era espantar la caza, que quería toda para plato a mi venganza.

A la tarde, pues, vino el Dotor y luego se entró con él la torpe Leonora; decíanse amores a mis oídos y a mis mismos ojos me ofendían, por lo cual levantándome furioso de la cama, en un salto fui sobre ellos y echando las manos al cuello del Dotor le ahogué dentro de ellas casi en un instante. Bien pensaba yo poder hacer lo mismo con la adúltera y vil Leonora y ofrecerla en el mismo sacrificio a mi injuriado honor, pero ella se salió del aposento gritando que se había soltado el loco. Acudieron de dentro y fuera de la casa muchos hombres, y después de haberme reñido y aun maltratado me volvieron a mis antiguas ligaduras, reventando yo de coraje porque no había acabado y concluido toda mi venganza y porque oía las lástimas y llanto que hacían por el ahogamiento del Dotor mi enemigo.

No sé si había tenido celos Felisardo, el primer galán, del ya difunto Dotor, y así, días había no le había visto en mi casa, hasta que sabiendo su muerte volvió a enamorar a Leonora, que también le volvió a admitir con mayores finezas: ¡Oh despeñada mujer, que no te recatabas de que yo oyese todas estas maldades ni de que viese todas estas torpezas!

Pasaron días y ya me trataban con más descuido, de suerte que se contentaban de desatarme de noche y tenerme debajo de una fuerte llave en un guardado y casi obscuro aposento y un criado que siempre estuviese de escolta. Una noche, pues, que fue la última de mis desdichas y la en que renació el sol de mi honor, a cosa de las doce reconocí que el criado que me guardaba dormía tan a sueño suelto y tan descuidado como si estuviera en alguna muellida cama. Salté de la mía yo, y con recatados pasos me llegué a él, y sacándole de la cinta una buida daga se la metí por el pecho, y a dos golpes no tuvo lugar siquiera para arrancar un gemido. Con esto, haciendo mucha fuerza y sacando el hieso del cerrojo abrí la puerta, y cuando me vi en este estado quise descansar un poco, por que el susto no impidiese la siguiente facción hazañosa, pues en ella volví por mi ofendido honor.

Salí a la sala, saqué luz de una lamparilla que tibiamente ardía, y lo primero que hice fue entrarme en el aposento de mi adúltera esposa, que en la blanda

cama en compañía de Felisardo, su galán y mi enemigo, dormía; pero quien tiene enemigos no duerme. ¡Oh, que coraje se revistió en mi pecho! A cada cual le di dos estocadas en el fementido corazón, y a la primer vuelta que dieron por la cama con las bascas mortales se quedaron en sempiterna noche.

Esto hice, y vistiéndome un vestido de los míos eché al lacayo en mi cama muerto; pegué fuego a la casa y bajándome a la caballeriza ensillé un cuartago y con el dinero que pude me salí de la ciudad rico de honor y pobre de hacienda, mirando de lejos como se quemaba la mía, que me pareció lo mesmo que si fueran luminarias a la restitución de mi ofendido honor. Disfraceme algunos días, y después en un mesón de una villa no muy distante de mi patria oí toda la tragedia; y era la fama que yo también había perecido<sup>376</sup> entre lo voraz de las llamas; si bien en parte habiendo hallado a Felisardo y Leonora pasados de las homicidas estocadas, daba ocasión para que se dijese que yo era el autor de toda aquella tragedia.

Afrentado, pues, de que el fuego no hubiese encubierto el delito de los dos adúlteros en agravio de mi fama, aunque en parte consolado, pues sabían el castigo primero aunque no el agravio, determiné ausentarme de los ojos de todos y pasar esta vida con la mayor quietud que pudiese. Embarqueme en Mesina, pasé a España, a esa ciudad vuestra patria y a esta ermita, donde ha casi treinta años que sirvo a Dios. Al cual si le amo me corresponde divino y agradecido; no como el mundo, que cuanto más se ama, más cruel suele ser contra sus amadores. Aquí me entretengo y, los cielos cuadernos, aprendo por ellos la gran hermosura y poder de su Autor hasta que me llame a sus divinas moradas para que eternamente le goce.

Dio fin el ermitaño Ricardo a su estraña historia, y después de algunos piadosos discursos salidos de la piedad y ternura de don Pedro llegaron a la ermita, y al entrar en su pequeña iglesia vieron los dos la espantosa imagen de don Vasco, que volviéndose a don Pedro y haciéndole señal con la<sup>377</sup> acostumbrada hacha, de que ya no traía sino muy poca cosa, le dijo:

—Ya está: se acaba, y tu vida también.

Diose por entendido don Pedro; llegó al siguiente día una leve calentura; vinieron médicos, pero más estimó el penitente caballero los del alma; prevínoles a todos su breve fin y que continuamente estaba delante de sus ojos el cadáver de don Vasco con la hacha, y al cuarto día con verdaderas muestras de arrepentido y con obras de penitente se desató el espíritu del trabajado y mortal cuerpo, dejando en todos los que supieron este suceso una envidia grade de su tranquila paz y sosegada muerte. Mandose enterrar en la misma ermita; dotola de grandes bienes; instituyó en ella una insigne capellanía y hoy día duran las memorias deste espantoso suceso en la ciudad, patria destes dos nobles amantes.

---

<sup>376</sup> Orig.: 'parecido' (224).

<sup>377</sup> Orig.: 'ln' (225).

# LAUS DEO

